

Emerson

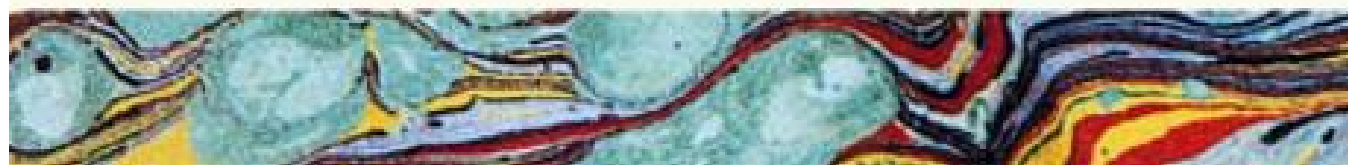
Naturaleza

y otros escritos de juventud

Edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra



CLASICOS DEL PENSAMIENTO • BIBLIOTECA NUEVA



Emerson

Naturaleza

y otros escritos de juventud

Edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra



CLASICOS DEL PENSAMIENTO • BIBLIOTECA NUEVA



NATURALEZA

Y OTROS ESCRITOS DE JUVENTUD

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO

Colección dirigida por Jacobo Muñoz

Ralph Waldo Emerson

NATURALEZA

Y OTROS ESCRITOS DE JUVENTUD

Edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra

BIBLIOTECA NUEVA

Edición digital, 2014

© Estudio preliminar, traducción y notas, Javier Alcoriza y Antonio Lastra
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid
Almagro, 38 - 28010 Madrid (España)
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-16089-22-2

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

[ESTUDIO PRELIMINAR](#)

[NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

[CRONOLOGÍA](#)

NATURALEZA Y OTROS ESCRITOS DE JUVENTUD

NATURALEZA

[Introducción](#)

[I. Naturaleza](#)

[II. Comodidad](#)

[III. Belleza](#)

[IV. Lengua](#)

[V. Disciplina](#)

[VI. Idealismo](#)

[VII. Espíritu](#)

[VIII. Perspectivas](#)

OTROS ESCRITOS DE JUVENTUD

[El escolar americano](#)

[Discurso a la Facultad de Teología](#)

[Ética literaria](#)

[El método de la naturaleza](#)

[El reformador](#)

[Introducción a la época](#)

[El conservador](#)

[El trascendentalista](#)

[El joven americano](#)

Estudio preliminar

Si es cierto, como anotó Emerson en una entrada de su diario, que, junto a la escritura creativa, hay lecturas creativas, de pocas podrá afirmarse esto con mayor seguridad que de la lectura de sus propias páginas. Casi cada párrafo escrito por Emerson puede transmitir la «esperanza y fe» de la que carecían, según afirmaba, los Scholars, o escolares, americanos, y tal vez sea en los textos recogidos en esta edición donde esa afirmación suene de manera más categórica¹. De los varios tipos que presentaría en los discursos y conferencias, el último y más controvertido - el «joven americano»-, habría podido caracterizar al autor en los comienzos de su carrera, y la juventud, la «palabra más hermosa de la lengua», sería en cierto modo el período ideal de la vida para escuchar al filósofo americano. La lectura detenida de estos textos, sin embargo, corregirá la impresión de idealismo exagerado que suele atribuirse a la obra de Emerson, y nos obligará a ser cuidadosos en la definición de lo que puede entenderse por «lectura creativa». El valor de la edición de los textos de juventud de Emerson consiste, desde luego, en iluminar un punto de partida que muchos intérpretes han considerado insuperable para su autor. «Naturaleza», por así decirlo, no es un principio casual en la obra de Emerson, sino el principio, casi diríamos el tropo, fundamental de su obra. Junto a la reiteración de ese principio encontraremos ya en estos escritos conceptos que el autor irá desgranando en sus títulos posteriores res, como la noción de genio o la importancia de la representación. Esto no supone negar el valor intrínseco de los títulos de Emerson, sino afirmar que la integridad de su voz filosófica es perceptible en cada uno de ellos. Las circunstancias que rodean la composición de los textos de este volumen, tal como ocurre en los demás, no quedan ocultas en absoluto, pero la índole de la obra misma de Emerson permitiría o exigiría otra lectura, fuera de su propio contexto, adaptada, de hecho, al contexto de nuestra lectura. Tal vez esto sea un efecto del arte de escribir de Emerson, que admiraba la capacidad de Montaigne, uno de sus predecesores como ensayista, de omitir los nombres propios en el registro de sus experiencias².

Esa vocación común es peculiar de la prosa de Emerson y facilita la transición, como apuntamos, del contexto de la escritura al de la lectura. Fijar el texto, así como fijarse en el texto, resulta, por tanto, especialmente necesario en un autor como Emerson, más pendiente de los principios que de los tropos de la escritura (véase, por ejemplo, el «Discurso a la Facultad de Teología»). Esos principios desafían el paso del tiempo de una manera deliberada, aunque sometida, sin duda, a las condiciones en que la obra fue concebida. Las condiciones asegurarían lo que Kant había llamado el «credo libre» de la filosofía en un plano político. Se ha afirmado que «El escolar americano» es la declaración de independencia intelectual de los Estados Unidos, y basta con seguir la pista de ese tópico para corroborar que el pensamiento de Emerson no habría podido articularse al margen de los principios establecidos desde la Fundación americana; no sólo corroborarlo, sino cultivar las implicaciones que supone esa afirmación como crítica

prospectiva de la cultura americana. La obra de Emerson puede considerarse un eslabón en la serie de documentos que han dado forma a su tradición cultural y política: en realidad, se ha apoderado de tal forma de la plataforma para la expresión literaria garantizada constitucionalmente que parece imposible situarse al margen de su influencia.

Desde el comienzo mismo, una dificultad a la hora de interpretar a Emerson vendría dada por su inclinación a no figurar en las filas de movimiento alguno con vistas a seguir la carrera que se le presentaba tras haber renunciado al púlpito, y por su propósito de rescatar la propia tarea intelectual de la tentación a la especialización que acabaría por conquistar, no obstante, no menos de lo que lo haría en el plano científico, el estudio de las humanidades. En consecuencia, la lectura más acertada parece la que defiende que las páginas de Emerson son la primera manifestación (o descubrimiento) de la filosofía en las tierras americanas. También en este caso la filosofía (tan especializada como las demás disciplinas) se habría contentado con señalar a Emerson como fundador del trascendentalismo y, más allá de ese punto, precursor del pragmatismo, sin atender en mayor medida a la propia advertencia emersoniana sobre que «no hay un trascendentalista puro». Stanley Cavell habría respondido a esa absorción pragmatista de Emerson con un argumento que supondría también una objeción filosófica al pragmatismo de Dewey³. Respecto al trascendentalismo, podríamos decir que la descripción no dice en absoluto la última palabra sobre Emerson como filósofo, sino sólo, a lo sumo, la primera. Los lectores de Emerson se han familiarizado con el progreso de su escritura, con el hecho de que hay conceptos o tipos que recogen y exponen las sucesivas enseñanzas del autor. Cada uno de los capítulos de Naturaleza, por tanto, funcionaría como una plataforma para el siguiente y, de igual modo, sería posible establecer vínculos entre las ideas de los discursos y conferencias que acompañan a ese título⁴. La reedición que Emerson haría de Naturaleza tras la publicación de su obra central, las dos series de Ensayos, y en la estela de la revolución de 1848, de la que había sido testigo, podía interpretarse, por tanto, como una reivindicación de sus comienzos. Tanto «Círculos», en la primera serie de Ensayos (1841), como «Hado», el primer capítulo de La conducta de la vida (1860), publicado años después, serían, en cierto modo, una reescritura de Naturaleza. Esa suerte de recuperación del comienzo en su arte de escribir resultaría un rasgo propio de la independencia que le caracteriza (la cual, en sentido personal, se reflejaba en la admisión de su «frialidad» y, en sentido performativo, entendida como la «confianza en sí mismo», llegaría incluso a impedir o cuestionar, como ha indicado Cavell, nuestra lectura de ciertos pasajes emersonianos)⁵. Es significativo que, tras su controversia con el clero de Nueva Inglaterra, el escritor de Concord no mostrara tampoco, a su regreso del viaje a Europa, mayor admiración por los hombres de letras que había conocido allí, como Coleridge, Wordsworth, Landor o Carlyle. Las observaciones que enfatizan la herencia puritana de Emerson (de sola Scriptura a sola natura) o su respuesta a la tradición literaria y filosófica europea no harían justicia, en realidad, a lo que se ha llamado «el acontecimiento americano en la

filosofía». La independencia es la lente y el punto de fuga, sin duda, de (y desde) Naturaleza6. Tendrían que llegar los años en que se desencadenase la crisis nacional de la Guerra de Secesión para que Emerson, que había recomendado a los escolares la «neutralidad armada» ante el ímpetu de movimientos reformistas (con los que simpatizaba) como el comunismo francés, el cartismo inglés e incluso el abolicionismo, mostrara su vehemente adhesión a la «civilización americana». La independencia, leída política y filosóficamente, por tanto, no estaba reñida con la fidelidad a los ideales americanos. Recordemos que Emerson abominaría de la Ley de Esclavos Fugitivos suscrita por Daniel Webster, de cuyo discurso de 1825 en el monumento conmemorativo de Bunker Hill, no obstante, había adaptado la expresión con que comenzaba Naturaleza. La Guerra de Secesión obligaría a repensar (también a Emerson), como enfatizó Abraham Lincoln, la vigencia y expresión de los principios de la Fundación americana'.

La idea de que la realidad no ha ido más allá de la capacidad de sugerencia que animan las páginas de Emerson puede hablarnos de esta dimensión profética de su escritura. La metáfora del saber profético se encuentra, por supuesto, en las entradas de su Diario8. Con todo, el alcance del pensamiento emersoniano es aún mayor, ya que su presupuesto no era la realidad política de los Estados Unidos del siglo xix, a pesar de las constantes alusiones a sus puntos débiles y fuertes, sino lo que entendemos, en sentido amplio, como el «experimento democrático». Se diría que esa dualidad entre la realidad de América y la noción de América como promesa, ade más, era susceptible de traducirse a los términos de la propia experiencia intelectual de Emerson, que admitía la doble faceta de nuestra constitución, o la vida de la razón y el entendimiento, y la conveniencia de que se encuentren y comparen entre sí (véase «El trascendentalista»). Esa doble condición, nacida del horizonte político de la república norteamericana, tendría una formulación afortunada en la anotación de su diario realizada en vísperas de su primera visita a Europa, cuando juzga lo superfluo que resulta el viaje a la vista de que cualquiera puede descubrir lo que la cultura pone a nuestra disposición, «la América de América»9. De nuevo, el carácter metafórico de América deja traslucir el sentido de los principios constitutivos de la escritura emersoniana. Se diría que la escritura era, de hecho, el medio con el que había que contar para construir un puente que salvara en la práctica el abismo de la dualidad. Tal como afirma el autor en las páginas siguientes, todos los hombres no son filósofos y ningún hombre es filósofo todo el tiempo, pero la exigencia de una vida gobernada según las «leyes superiores» sería más poderosa e influyente en la obra de Emerson que esa constatación, que le serviría, por lo demás, para advertir las limitaciones inherentes a todo afán reformador. De esas observaciones se deduce que la idea de América derivada de la obra de Emerson es compleja, ya que, hasta cierto punto, el valor de su escritura puede transportarse o traducirse a cualquier lugar donde arraiguen los principios que América representa en el mejor caso. Emerson sería así el «hombre representativo» de América cuando América fuera digna de lo que representaba. Pero lejos de encarnar una conciencia naif, como señalaría Henry Adams, de la clase clerical de Nueva Inglaterra, la crítica de Emerson a América, empezando por

la propia crítica a la religión, habría de ser más formidable que los lúcidos e irónicos presagios del prole [sor de Historia de Harvard](#)¹⁰. La apelación de Emerson a su público para que fuera capaz de lograr un estado social «más excelente» no tenía nada que ver con la evasión del idealista, sino con el análisis imparcial de lo que era América «de puertas afuera» y «de puertas adentro» (véase «El joven americano»). Las páginas de Emerson transpiran una fe viva en que la revolución no habría sido un capítulo cerrado de la biografía de América y en que la historia misma de la cultura humana fuera susceptible de ser leída según la pauta que la revolución había establecido en aquellas tierras.

Tal vez ningún pensador haya sido consciente, del modo en que lo fue Emerson, de la oportunidad que ha brindado la democracia a quienes se han propuesto reescribir la historia cultural. No hay, en absoluto, una filosofía de la historia emersoniana, sino una lectura transversal de sus etapas en función del carácter de sus «grandes hombres». El protagonista de la América emersoniana es, como es sabido, el escolar, el sucesor e «hijo pródigo» de los clérigos y el «delegado de la inteligencia», cuyo trabajo responderá a los parámetros de este «nuevo mundo». Como heredero de la Ilustración en América, Emerson retoma la apelación kantiana a «servirse del propio entendimiento sin la guía de otro» y proclama el fin de los días de la «dependencia»¹¹. La renovación emersoniana del propósito ilustrado, ampliado y modificado por el contexto de la lucha por futuras conquistas del régimen americano, como la abolición de la esclavitud, desmantela el tópico que clasifica a Emerson como romántico, como él mismo habría previsto al denominar «reflexivo» al momento en que le correspondía vivir al escolar. La tarea del escolar sería inconcebible en adelante sin los desafíos que planteaba la realidad de la democracia en América; de ahí que, más allá del «uso público» de la razón ante «el público entero del mundo de lectores» en que había cifrado Kant el proyecto ilustrado, Emerson diagnostique que «la timidez de nuestra opinión pública es nuestra enfermedad, incluso el carácter público de nuestra opinión, la ausencia de una opinión personal» (véase «El joven americano»). La posición del escolar en la sociedad democrática estaría así garantizada por el derecho a la libertad de expresión y amenazada por el riesgo de la conformidad con las creencias mayoritarias. (Recomendar la res privada por encima de las conquistas públicas sería uno de los enunciados más poderosos de Thoreau, atento oyente de «El escolar americano».) La noción del mundo privado como la «América de América» debería vincularse, además, con la de la domesticación de la idea de cultura como guía de la conducta de la vida del escolar. En este empeño por domesticar la idea de cultura o cultivar la res privada, el escolar no se distinguiría como miembro de una clase, sino como representante de una función común a todos los hombres, aunque debería asumir los compromisos y deberes intrínsecos a su trabajo, en las líneas expuestas en «Ética literaria». A propósito habría que recordar las amonestaciones de Emerson a los clérigos de Nueva Inglaterra, cuyas palabras resultaban «irreales». De nuevo, y por el contrario, lejos de sonar «nebulosas», las de Emerson podían ser leídas como un análisis casi despiadado de los temores que atenazaban a sus conciudadanos.

Según la retórica de Emerson, en tensión con la persuasión que era capaz de transmitir, al escolar le bastaba con practicar la «religión de la conciencia» 12 y considerar el trabajo como «la educación de Dios» («El reformador»). La crítica emersoniana de la religión, de hecho, situaría al escolar como un intermediario entre los objetivos de la filosofía y los fines que surgirían de un estado social «más excelente» («El joven americano»). El autor de *Naturaleza* comenzaba ya a modular la expresión de la «confianza en sí mismo» como un eje de su pensamiento - la transmisión americana del lema kantiano-, pero advertía también la conveniencia de respetar las formas establecidas del culto, sin el cual no resultaría comprensible la vida de un país. Emerson reconocía que no todo sería explicable en esa indagación solitaria, tan afín a su propia disposición: no podemos crear la fe. Sin embargo, el trabajo supremo del escolar, como descubría ya al final de su «Discurso a la Facultad de Teología», tendría que ver con una «integridad épica» capaz de reunir lo mejor de las escrituras griega y hebrea.

El comienzo de todo el trabajo del escolar no se encontraría en los libros, que son la segunda de las influencias a las que se vería sometido, sino en la manera misma de vivir y administrar sus recursos, en la economía, que Emerson ya presentaba en estas páginas (véase «El reformador») y que su más atento lector y amigo, Henry David Thoreau, convertiría en el primer capítulo de *Walden*. Varias entradas del diario de Emerson revierten sobre esa amistad «socrática», jalonada por episodios en que se manifiesta la citada contraposición entre la religión de la conciencia y el respeto a las leyes. La célebre «desobediencia civil» podría leerse sin menoscabo como un corolario del intercambio de opiniones que Thoreau habría mantenido con su maestro y amigo¹³. Por otro lado, literalmente, Emerson se anticipaba a Nietzsche, como educador, al escribir que lo mejor de cada uno no había de buscarse dentro, sino por encima de sí mismo. Al proponer la citada «integridad épica», sin embargo, desbordaba el planteamiento de la crítica nietzscheana a una sociedad que, más allá de la teología, pretendiera rescatar a toda costa los fundamentos de la moralidad bíblica. Emerson ya habría escrito (¡en las puritanas tierras de Nueva Inglaterra!) que el cristianismo había desaparecido («is lost»). A los reformistas, no obstante, no dejaría de repetirles que no debían apresurarse en sus aspiraciones («paciencia, paciencia», repite en «El escolar americano»), ya que la actitud conservadora, a pesar de la mezquindad que se le atribuye, tendría de su parte la verdad de los hechos. Emerson recuerda que no hay un conservador puro, así como no hay un reformador ni un trascendentalista puro. El trascendentalismo sería la corriente a la que se asignarían los planteamientos emersonianos, pero la crítica más eficaz a esa asignación será la lectura de las propias palabras de Emerson. La explicación sobre el origen del trascendentalismo, sin embargo, entroncaba conceptualmente con la historia de la filosofía europea, aunque obedecía sobre todo, como es sabido, a la tradición antinomianista del puritanismo americano. A propósito, la crítica a la relación que la filosofía podía mantener con el puritanismo sería canonizada por George Santayana en su conferencia sobre la tradición gentil en la filosofía americana. No obstante, la deuda de Santayana con el estilo de la escritura de Emerson resultaba más visible que la deuda

[con su pensamiento. Santayana se distancia de lo que calificaba como la tradición gentil y adjudicaba a Emerson una posición en las transformaciones que esa tradición habría sufrido en el terreno filosófico, pero esta interpretación no hacía justicia a la crítica emersoniana a la religión, mucho más profunda y comprensiva que la desabrida descripción ofrecida por el autor de La vida de la razón 14.](#) Tal vez sea en Santayana, el novelista de El último puritano, donde la angustia de la influencia (de Emerson) descrita por Harold Bloom adquiera unas proporciones más notables y fecundas, paradójicamente, por el hecho de no haberse expuesto suficientemente a la tercera de las influencias consideradas en «El escolar americano». A los lectores de Emerson no habrá de extrañarles que la «teoría de los libros» tuviera mayor peso en la obra de Santayana que la de la «acción», y que su supuesto exilio europeo acabara retratando su persona mejor que ningún otro de los lugares que recorrió.

[Una de las últimas lecturas de Emerson, la del filósofo Stanley Cavell, nos ofrece otra perspectiva con la que aún puede apreciarse la obra de Emerson, cuya recepción académica, fuera de los estudios dedicados a la tradición literaria americana, ha resultado sorprendentemente escasa 15.](#) Entre los varios hilos que urden la obra de Cavell, el de la filosofía emersoniana, que él llama «perfeccionismo moral», ha alcanzado un valor paradigmático. El paradigma, no obstante, responde, como advierten los lectores de Cavell, a una prolongada dedicación a las cuestiones que atañen a la relación entre las tradiciones analítica y continental de la filosofía contemporánea y a la función que el perfeccionismo puede cumplir frente a otras teorías morales. Al mismo tiempo, la obra de Cavell no se ha limitado estrictamente a la filosofía, sino que comprende la literatura y el cine. En uno de sus últimos libros, Ciudades de palabras, el primer capítulo, tras la introducción, está dedicado a Emerson, que se convierte en «piedra de toque» y «objeto» de la interpretación. Recibir la influencia de la acción, en términos emersonianos, podría entenderse, a la manera de Cavell, como la necesidad de ampliar los límites de la conversación capaz de fomentar la educación, y tomarse en serio la propia mejora sería así una consecuencia de la perspectiva orientada hacia la búsqueda de la «ciudad buena». Que Emerson sea el «filósofo de la democracia» nos llevaría, además, a replantear la naturaleza de la relación entre esos dos términos - filosofía y democracia - más allá del contexto, como hemos indicado, en que se ha gestado su obra. Si es posible trasplantar la democracia (si es cierto, como dice Emerson, que el gobierno de una república debería ser una planta, y no un fósil), entonces la proyección de la filosofía sobre la cultura debería dar lugar a nuevas escenas de instrucción, a nuevas oportunidades, como dijo Henry Adams, para ir en busca de educación. Ese «viaje» de la filosofía (antes que la filosofía del viaje) parece ser uno de los desafíos que aún esperan a los lectores de Emerson. El mundo ha cambiado desde los días bostonianos en que pronunció sus conferencias hasta hoy, pero en cierto modo sigue siendo el mismo. «Los inmigrantes son los auténticos nobles», escribió en su Diario por aquel entonces. La perspectiva o profecía de Emerson no debería ser interpretada literalmente, aunque siempre habremos de atenernos a lo que el filósofo de Concord dejó escrito.

Como uno de los Estudios Culturales de nuevo cuño, la ética de la literatura habría intentado prestar atención al nuevo mapa del saber trazado en una época en que el humanismo, por emplear los conceptos de Edward Said, no puede segregarse o aislarse de la «crítica democrática». Más acá de la estricta advertencia sobre cómo obran nuestros juicios morales en la consideración de un libro, según Wayne Booth ha explicado en *La ética de la ficción*, el estudio de la ética de la literatura nacería de la apreciación de la conducta humana como referencia indirecta (la «indirección» emersoniana [na](#)) [a la lectura](#)¹⁶. La lectura y la vida son magnitudes inmanejables desde el punto de vista intelectual, pero no desde el de la «imaginación moral», de ahí que el esfuerzo por desentrañar la ética de la literatura no pueda agotarse en el examen de los méritos estrictamente literarios de un texto. Hay una indeterminación en el tránsito de la literatura a la vida, de los libros a los hechos, que este punto de vista intentaría compensar. Que la ecuación entre lectura y conducta sea inviable, o que la hipótesis de su reciprocidad sea indemostrable, no implicaría que no valga la pena o no sea prometedor sondear las corrientes que atraviesan el suelo de nuestra experiencia literaria en esa dirección. La revolución en la cultura que habría conllevado el desarrollo o expansión de la democracia como marco del mundo de la vida serviría también para respaldar la perspectiva de este estudio, menos preocupado por la historia de la literatura que, digámoslo así, por la historia en la literatura. La negativa a que la estilística o el historicismo dijeran la última palabra en los estudios literarios podría derivarse de la posición que Emerson adopta respecto a la búsqueda de la unidad en la diversidad (el «universo pluralista» de James o la «multiplicidad del siglo xx» de Adams) que emprendía el escolar americano: «La principal desgracia del mundo es la de no ser una unidad.» La afirmación de Emerson de que el carácter enseña por encima de la inteligencia se aplicaría también a la renovación de nuestras expectativas ante toda lectura. Por lo demás, al situar la teoría de los libros entre las influencias de la naturaleza y la acción, el propio Emerson podría moderar o domesticar las aspiraciones o inspiraciones de la ética de la literatura, pero no sería menos cierto que, en el afán por colonizar todas las provincias de nuestra experiencia, las provocaciones del Emerson «poscolonial» suenan hoy tan claras como el día en que fueron pronunciadas y nos ayudan a interpretar el desafío del mundo en que vivimos.

Nota sobre esta edición

En 1849, Emerson compiló en un solo volumen *Nature* (Naturaleza), publicada anónimamente en 1836, y una serie de discursos (*Addresses*) y conferencias (*Lectures*), escogidos entre los muchos que había impartido desde que abandonara el púlpito a principios de la década de 1830. Para entonces, ya era el autor de las dos series de Ensayos (publicadas en 1841 y 1844, respectivamente) y de un libro de poesía (*Poems*, 1847). Todos los discursos y conferencias, al igual que *Naturaleza*, habían sido publicados con anterioridad, tanto en forma de panfletos ocasionales (los discursos) como en las páginas de *The Dial* (La esfera, órgano de expresión de los trascendentalistas, donde aparecerían las conferencias). El hecho de que Emerson no publicara otros textos contemporáneos - como su célebre discurso sobre la emancipación de los esclavos negros en las Indias Occidentales-, así como la publicación póstuma de su inmenso Diario, han alimentado desde entonces hasta ahora la discusión sobre los dos supuestos niveles de su escritura, el exotérico y el esotérico, y condicionado la tarea de sus editores y traductores. Emerson, además, revisaba escrupulosamente las pruebas de imprenta de sus escritos y, en la edición de 1849 del que ha pasado a considerarse - desde que ocupó esa posición en la primera edición, aún en vida del autor, de su *Complete Prose* (Prosa completa) en 1869 - su primer libro, *Nature; Addresses, and Lectures*, tendría ocasión de demostrarlo, suprimiendo largos pasajes e introduciendo sutiles modificaciones respecto a las primeras versiones. El título que escogió distinguía, por otra parte, entre los discursos, que conservarían una mayor huella retórica, y las conferencias, más apegadas, por de cirio así, a la letra. Todo ello deshace la idea de la impronta brillante, pero incoherente, que suele atribuírsele a Emerson.

En nuestra traducción hemos seguido fundamentalmente la edición de 1849 y añadido entre corchetes los pasajes más relevantes eliminados por Emerson de las primeras ediciones, sobre todo en «El joven americano», cuya lectura se convierte en un hito que advierte del final de la juventud del autor. «El joven americano» data de 1844, el año en que apareció la segunda serie de los Ensayos, y seguramente debe leerse teniendo en cuenta lo que Emerson dice en «Experiencia», el texto central de la escritura emersoniana. *Representative Men* (Hombres representativos), en 1850, y *English Traits* (Rasgos ingleses) en 1856, prepararían el camino de la madurez del autor en una década que acabaría trágicamente en la Guerra de Secesión. Característicamente, estos dos últimos libros, al igual que *The Conduct of Life* (La conducta de la vida, 1860) serían textos mucho menos autobiográficos que ocultarían tanto las crisis existenciales del autor como el inmenso esfuerzo realizado para superarlas, en paralelo al desarrollo de la experiencia política americana. Es difícil sustraerse a la impresión de que los tipos elaborados por Emerson en 1849, del escolar al joven americano, son tan fieles al original como elaboradamente simbólicos. Damos una entrada editorial a cada uno de los textos. En las notas hemos procurado contextualizar, en la medida de lo posible, el arte

de escribir emersoniano.

Bibliografía

Works of Ralph Waldo Emerson, ed. de J.Elliot Cabot, Nueva York, Riverside Edition, 1883.

Works of Ralph Waldo Emerson, Londres, Routledge, 1894.

The Complete Works of Ralph Waldo Emerson, ed. de Edward Waldo Emerson, Centenary Edition, 12 vols., Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1903-1904.

Works of Ralph Waldo Emerson, Edimburgo, The Edina Edition, 1906.

The Letters of Ralph Waldo Emerson, 9 vols., ed. de R.L.Rusk y E. M.Tilton, Nueva York, Columbia University Press, 1939-1994.

The Early Lectures of Ralph Waldo Emerson, 3 vols., ed. de S. Wicher, Belknap Press, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1960-1972.

The Journals and Miscellaneous Notebooks of Ralph Waldo Emerson, 16 vols., ed. de W.Gillman et al., Belknap Press, Cambridge, Mass., Harvard UP, 1960-1982.

The Collected Works of Ralph Waldo Emerson, vol. 1: Nature, Addresses, and Lectures, introducción y notas de Robert E. Spiller, texto establecido por Alfred R.Ferguson, Cambridge, Mass., The Belknap Press of Harvard UP, 1971.

Essays & Poems, ed. de Joel Porte, Harold Bloom y Paul Kane, College Edition, Nueva York, The Library of America, 1996.

Emerson in His Journals, ed. de Joel Porte, Cambridge, Mass., Harvard UP, 1982.

Discurso a la Facultad de Teología, ed. de P.S.Derrick y J. L. Gavilán, Universidad de León, 1994.

Confía en ti mismo, trad. de M.J.Vázquez, San Cugat del Vallés, Ediciones 29, 1996.

El poeta, ed. de J.Rodríguez Padrón, Universidad de León, 1998.

Ensayo sobre la naturaleza, trad. de E.González Blanco, Tacaronte, Baile del Sol, 2000.

Escritos de estética y poética, ed. de R.Miguel Alfonso, Málaga, Analecta Malacitana, 2000

Ensayos, ed. de R.Miguel Alfonso, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

- Pensamientos para el futuro, ed. de M.Bach, Barcelona, Península, 2002.
- La conducta de la vida, ed. de J.Alcoriza y A.Lastra, Valencia, Pre-Textos, 2004.
- Hombres representativos, ed. de J.Alcoriza y A.Lastra, Madrid, Cátedra, 2008.
- MATTHIESSEN, Francis O., American Renaissance: Art and Expression in the Age of Emerson and Whitman, Nueva York, Oxford University Press, 1941.
- WHICHER, Stephen, Freedom and Fate: An Inner Life of Ralph Waldo Emerson, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1953.
- WILSON ALLEN, Gay, Waldo Emerson: A Biography, Nueva York, Viking Press, 1981.
- PORTE, Joel, Representative Man: Ralph Waldo Emerson in His Time, Nueva York, Columbia UP, 1988.
- REYNOLDS, David S., Beneath the American Renaissance: The Subversive Imagination in the Age of Emerson and Melville, Cambridge, Mass., Harvard UP, 1989.
- SEALTS, Jr., Merton M., Emerson on the Scholar, Columbia, University of Wisconsin Press, 1992.
- The Cambridge Companion to Ralph Waldo Emerson, editado por Joel Porte y Sandra Morris, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- LASTRA, Antonio, La Constitución americana y el arte de escribir, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, Valencia, Universitat de Valencia, 2002.
- Emerson transcendens. La trascendencia de Emerson, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, Valencia, Universitat de Valencia, 2004.
- Emerson como educador, Madrid, Verbum, 2007.
- «Leer. Emerson, Leo Strauss, Harold Bloom», en Ecología de la cultura, Buenos Aires, Katz editores, 2008.
- «De Emerson a Fanon: una heterotopía», Seminario del Grupo de Estudios Peirceanos, Universidad de Navarra (<http://www.unav.es/gep/SeminarioLastra.html>).
- CAVELL, Stanley, Emerson's Transcendental Études, ed. de D.Justin Hodge, Stanford, Stanford University Press, 2003.

ALCORIZA, Javier, La experiencia política americana. Un ensayo sobre Henry Adams, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

-La ética del literatura, Salamanca, Kadmos, 2005.

The Essential Transcendentalists, ed. de Richard G.Geldard, Nueva York, Jeremy P.Tarcher/Penguin, 2005.

Cronología

1803-1812

Ralph Waldo Emerson nace el 25 de mayo de 1803 en Boston, Massachusetts. Es el cuarto hijo de William Emerson, pastor de la Primera Iglesia de Boston y descendiente de una estirpe de clérigos puritanos, y Ruth Haskin, de religión anglicana. En 1811 muere su padre. Emerson será criado por su madre y su tía, Mary Mood Emerson, que ejercerá sobre él una notable influencia. En 1812 ingresa en la Escuela de Latín de Boston y comienza a escribir poesía.

-Administración de Thomas Jefferson (1801-1809). 1803. Compra de Luisiana. 1805. Batalla de Trafalgar. 1808. El Papa Pío VII excomulga a Napoleón. 1812. Invasión de Rusia por las tropas napoleónicas. 1812-1814. Guerra entre los Estados Unidos e Inglaterra. 1814. Abdicación de Napoleón y Congreso de Viena. 1815. Segunda abdicación de Napoleón. 1816. Indiana entra en la Unión como estado libre.

1817-1827

Se matricula en la Universidad de Harvard. Empieza su Diario y usa el nombre de Waldo, que luego dará a su hijo. Ejerce como profesor de una escuela femenina junto a su hermano William. En 1825 se cierra la escuela; tras un período en la Facultad de Teología de Harvard, vuelve a la enseñanza. En 1827 empieza su tarea pastoral y conoce a Ellen Louise Tucker.

Administraciones de James Madison (1809-1817), James Monroe (1817-1825) y John Quincy Adams (1825-1829). 1817. Mississippi entra en la Unión como estado esclavista. 1817-1818. Guerra Seminola y cesión de Florida. 1819. Alabama entra en la Unión como estado esclavista. Bolivia se independiza. 1819-1824. Las resoluciones de John Marshall establecen la autoridad del Tribunal Supremo sobre los tribunales federales. 1820. Muere Jorge HL Se alcanza el Compromiso de Missouri sobre la esclavitud en los territorios. 1821. Muere Napoleón en Santa Elena. 1822. El presidente Monroe recomienda al Congreso que reconozca a las repúblicas latinoamericanas. Se funda Liberia con esclavos americanos manumitidos. 1825. Revolución decembrista en Rusia.

Washington Irving, Rip Van Winkle (1819), William Cullen Bryant, Poems (Poemas, 1821). Catharine Maria Sedwick, A New England Tale (Un relato de Nueva Inglaterra, 1822). James Fenimore Cooper, The Pioneers (Los pioneros, 1823), The Last of the Mohicans (El último mohicano, 1826).

1828-1835

Su hermano Edward sufre un colapso mental. Emerson ingresa en la Sociedad Phi Beta Kappa de Harvard. Comprometido con Ellen, enferma de tuberculosis, se casan en septiembre de 1829. Predica en la Segunda Iglesia de Boston. Ellen muere en 1831. En 1832 comienza a dudar de su vocación religiosa. En diciembre, viaja a Europa (Floencia, París, Londres), donde conoce a Landor, Mill, Coleridge, Wordsworth y Carlyle, con quien mantendrá una duradera amistad y correspondencia. En Inglaterra concibe la idea de Naturaleza. De vuelta a Boston, alterna la predicación y las conferencias. En 1834 recibe la herencia de su mujer y se instala en la «vieja rectoría», sobre la que escribirá Hawthorne. En 1835 se casa con Lydia Jackson y se traslada a Concord.

Administración de Andrew Jackson (1829-1837). Se publica el Memorial of the Cherokee Council (1829). (En 1838 Emerson escribirá una carta abierta al presidente Martin Van Buren por el desplazamiento de los Cherokee de sus tierras.) 1830. Muere Simón Bolívar. Revolución de Julio en Francia, abdicación de Carlos X y ascenso al poder de Luis Felipe de Orleáns. 1833. Abolición de la esclavitud en las colonias inglesas.

Lydia Maria Child, *An Appel in Favor of That Class of Americans Called Africans* (Llamamiento a favor de esa clase de americanos llamados africanos, 1832).

1836-1839

Su hermano Charles muere de tuberculosis. Con Margaret Fuller, funda el Club Trascendentalista. En septiembre, de manera anónima, publica *Nature* (Naturaleza). Nace su hijo Waldo. En 1837 pronuncia «The American Scholar» (El escolar americano); en 1838, «Divinity School Address» (Discurso a la Facultad de Teología), con el que se despide de la «institución de la predicación». Ese año conoce a Henry David Thoreau. En 1839 pronuncia en Concord su último sermón, y también conferencias sobre «The Present Age» (La época actual).

-Administración de Martin Van Buren (1837-1841). 1836. Se funda la república de Texas. 1837-1900. Reinado de Victoria de Inglaterra, caracterizado por la expansión imperial y las guerras coloniales.

William Henry Furness, *Remarcks on the Four Gospels* (Observaciones sobre los cuatro Evangelios, 1836). George Ripley, *Discourse on the Philosophy of Religion* (Discurso sobre la filosofía de la religión, 1836), *Specimens of Foreing Standard Literature* (Muestras de literatura extranjera, 1838-1842). Nathaniel Hawthorne, *Twice-Told Tales* (Cuentos repetidos, 1837). Edgar Allan Poe, *The Narrative of Arthur Gordon Pym* (Narración de Arthur Gordon Pym, 1838).

1840-1850

Edita con Margaret Fuller *The Dial* (La esfera). Rechaza unirse a los experimentos comunistas de Fruitlands y Brook Farm, criticados por Thoreau y Hawthorne. Empieza la primera serie de *Essays* (Ensayos); su escritura atraviesa tres fases: diario, conferencia y libro. Rechaza el confinamiento de los indios y la esclavitud. En 1842 muere Waldo, su hijo, cuya figura le inspira «Experiencia», de la segunda serie de Ensayos. En 1843 traduce la *Vita nuova* de Dante. Se opone a la anexión de Texas a la Unión y a la guerra con México. Imparte sus primeras conferencias sobre «hombres representativos». En 1846 publica *Poems* (Poemas). En 1847 viaja a Inglaterra; visita París durante la revolución de 1848 y conoce a Tocqueville. En 1849 publica de nuevo, con su nombre, *Naturaleza*, junto a varias conferencias de juventud; en 1850, *Representative Men* (Hombres representativos). A finales de año pronuncia las primeras conferencias de «*The Conduct of Life*» (La conducta de la vida).

Administraciones de William H. Harrison (1841), John Tyler (1841-1845), James K. Polk (1845-1849) y Zachary Taylor (1849-1850). 1845. Texas entra en la Unión. 1846-1848. Guerra de los Estados Unidos con México. 1848. Horace Mann elabora el Informe de la Junta de Educación de Massachusetts. Declaración de los Derechos de la mujer de Seneca Falls. Luis Felipe es destronado tras la Revolución de París. Louis Blanc intenta imponer el socialismo en el estado francés. La revolución se extiende por Austria, los estados alemanes, Praga, Lombardía Venecia, Cerdeña y Hungría (con Louis Kossuth).

Theodore Parker, *A Discourse of the Transient and Permanent in Christianity* (Discurso sobre lo transitorio y lo permanente en el cristianismo, 1841), *A Discourse of Matters Pertaining to Religions* (Discurso sobre asuntos propios de las religiones, 1842). James Russel Lowell, *A Fable For Critics* (Fábula para los críticos, 1841). *The Poems and Poetry of Europe* (Los poetas y la poesía de Europa, 1845), antología editada por Henry Wadsworth Longfellow. Edgar Allan Poe, *The Raven* (El cuervo, 1845). Margaret Fuller, *Woman in the Nineteenth Century* (La mujer en el siglo xix, 1845). Frederick Douglass, *Narrative of the Life of Frederick Douglass, an American Slave* (Narración de la vida de Frederick Douglass, un esclavo americano, 1845). Nathaniel Hawthorne, *The Scarlett Letter* (La letra escarlata, 1850). Elizabeth Oakes Smith, *Woman and Her Needs* (La mujer y sus necesidades, 1851).

1851-1860

Emerson rechaza abiertamente la Ley de Esclavos Fugitivos aprobada por el Congreso tras el Compromiso de 1850. Alaba *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe. Pronuncia conferencias antiesclavistas. En 1855 recibe *Hojas de hierba*, de Walt Whitman. Toma la palabra en la Convención sobre los Derechos de la Mujer de

Boston. En 1856 publica *English Traits* (Rasgos ingleses). Le horroriza la ejecución del capitán Brown, tras el asalto a Harper's Ferry. En 1860, un mes después de las elecciones que hacen presidente a Lincoln, publica *The Conduct of Life* (La conducta de la vida).

Administraciones de Millard Fillmore (1850-1853), Franklin Pierce (1853-1857) y James Buchanan (1857-1861). 1852-1870. Napoleón III, emperador de Francia. 1854-1856. Guerra de Crimea, de Gran Bretaña, Francia, Turquía y Cerdeña contra Rusia. 1855. Alejandro II de Rusia proclama la emancipación de los siervos. 1857. La Decisión Dred Scott del Tribunal Supremo declara inconstitucional el Compromiso de Missouri. 1860. Carolina del Sur se separa de la Unión.

Herman Melville, *Moby Dick* (1851). Nathaniel Hawthorne, *The Blithedale Romance* (La granja de Blithedale, 1852). *Memoirs of Margaret Fuller Ossoli* (Memorias de Margaret Fuller, 1852, compiladas por Emerson, James Freeman Clarke y William Henry Channing). Henry David Thoreau, *Walden* (1854). Abraham Lincoln, *Discurso de la casa dividida* (1858). Emily Dickinson escribe la mayoría de sus poemas, inéditos, durante estos años. Charles Darwin, *The Origin of Species* (El origen de las especies, 1859).

1861-1882

En 1862 se entrevista con Lincoln, a quien llamará, tras su asesinato, el «verdadero representante» de América; tras la muerte de Thoreau, pronuncia su discurso fúnebre. La Universidad de Harvard le nombra doctor honorario en 1866. En 1867 publica *May-Day and Other Pieces* (Primero de mayo y otros poemas). En 1870 aparece *Society and Solitude* (Sociedad y soledad). En 1872 se incendia su casa y un grupo de amigos y admiradores reúne una suma para repararla; viaja al extranjero por última vez y se despide de Carlyle. Con ayuda de su hija Ellen y su yerno James Elliot Cabot, publica *Letters and Social Aims* (Cartas y fines sociales), el último de sus libros, con textos dispares. Publica también una selección de poemas propios y otra de favoritos, *Parnassus*, que no incluye a Whitman ni Poe. Pronuncia el elogio fúnebre de Carlyle y asiste al entierro de Longfellow. El 27 de abril de 1882 muere de neumonía en Concord.

Administraciones de Abraham Lincoln (1861-1865), Andrew Johnson (primer presidente destituido por el Congreso, 1865-1869), Ulysses S. Grant (1869-1877), Rutherford B. Hayes (1877-1881), James Garfield (1881) y Chester A. Arthur (1881-1885). 1861. Víctor Emmanuel II es proclamado rey de Italia. 1861-1865. Estalla la Guerra Civil americana. 1862-1890. Otto von Bismarck se convierte en primer ministro de Prusia y une Alemania «con sangre y hierro». 1865. Abolición de la esclavitud en los Estados Unidos por la ratificación de la Decimotercera Enmienda. 1867. Ley Básica de Reconstrucción. 1868. Aprobación de la Decimocuarta Enmienda (del «debido

proceso legal»). 1870. Proclamación de la Tercera República en Francia. 1870-1871. Guerra franco-prusiana. 1871. Bismarck proclama en Versailles la unión del norte y sur de Alemania en un solo Reich. 1871. Se proclama la Comuna de París frente a la asamblea nacional de Versailles. 1873-1874. Primera República en España. 1877. Termina la Era de la Reconstrucción: las tropas federales se retiran del Sur. 1879-1883. Guerra del Pacífico, en que Chile derrota a Bolivia y Perú. 1882. Se forma la Triple Alianza, entre Italia, Alemania y Austria-Hungría.

-Harriet Jacobs, *Incidents in the Life of a Slave Girl* (Incidentes en la vida de una joven esclava, 1861, publicado bajo el seudónimo de Linda Brent). Abraham Lincoln, Discurso de Gettysburg (1863). Herman Melville, *Battle Pieces* (Piezas de batalla, 1866). Bret Hart, *The Outcasts of Poker Flat* (Los proscritos de Poker Flat, 1869). Walt Whitman, *Democratic Vistas* (Vistas democráticas, 1871). Mark Twain, *The Gilded Age* (La edad sobredorada, 1873), *The Adventures of Tom Sawyer* (Las aventuras de Tom Sawyer, 1875). Octavius Brooks Frothingham, *Transcendentalism in New England* (El trascendentalismo en Nueva Inglaterra, 1876). Henry Adams, *Democracy* (Democracia, 1880). Henry James, *The Portrait of a Lady* (Retrato de una dama, 1881). James Elliot Cabot, *A Memoir of Ralph Waldo Emerson* (Memoria de Ralph Waldo Emerson, 1887).

NATURALEZA

Y OTROS ESCRITOS DE JUVENTUD

NATURALEZA*

Una sutil cadena de incontables anillos
Lleva del próximo al más lejano:
El ojo lee los presagios donde ve,
Y la rosa habla todas las lenguas;
Luchando por ser un hombre, el gusano
Remonta las espirales de la forma¹.

INTRODUCCIÓN

1 En la edición de 1836, Emerson encabezaba el texto con la siguiente cita de Plotino: «La naturaleza es una imagen o imitación de la sabiduría, la última instancia del alma; la naturaleza es un ser que sólo hace, sin saber.» La cita estaba tomada de *The True Intellectual System of the Universe* (1678), del platónico de Cambridge Ralph Cudworth.

Nuestra época es retrospectiva. Erige los sepulcros de los padres. Escribe biografías, historias y crítica. Las generaciones precedentes contemplaban cara a cara a Dios y la naturaleza; nosotros a través de su mirada. ¿Por qué no habríamos de disfrutar también nosotros de una relación original con el universo? ¿Por qué no habríamos de tener una poesía de la intuición y no de la tradición, y una religión que fuera una revelación para nosotros, y no la historia de esas generaciones? En el seno, durante una temporada, de la naturaleza, cuyos flujos de vida nos rodean y atraviesan, y nos invitan con sus poderes a una acción proporcionada a la naturaleza, ¿por qué habríamos de tantear entre los secos huesos del pasado o vestir a la generación viva con el marchito guardarropa de una mascarada? El sol también brilla hoy. Hay más lana y lino en los campos. Hay nuevas tierras, nuevos hombres, nuevos pensamientos. Exijamos nuestras propias obras y leyes y culto.

Sin duda, nuestras preguntas no son incontestables. Debemos confiar en la perfección de la creación hasta el punto de creer que, cualquiera que sea la curiosidad que el orden de las cosas despierte en nosotros, quedará satisfecha con el orden de las cosas. La condición de todo hombre es una solución jeroglífica a sus indagaciones; la interpreta como vida, antes de aprehenderla como verdad. De manera similar, la naturaleza, en sus formas y tendencia, ya está describiendo su propio designio. Interroguemos a la gran aparición que brilla tan pacíficamente a nuestro alrededor. Preguntemos: ¿cuál es el fin de la naturaleza?

Toda ciencia tiene un objetivo: hallar una teoría de la naturaleza. Tenemos teorías de las razas y las funciones, pero apenas nos hemos aproximado a una idea de la creación. Estamos tan lejos del camino de la verdad que los profesores de religión discuten y se odian entre sí, y a los hombres especulativos se los considera débiles y frívolos. Pero, para un juicio sólido, la verdad más abstracta es la más práctica. En cuanto aparezca una teoría verdadera se hará evidente por sí misma. Su prueba será que explicará todos los fenómenos. Ahora se piensa que muchos no sólo no se han explicado, sino que resultan inexplicables, como la lengua, el sueño, la locura, las visiones, las bestias, el sexo.

Considerado filosóficamente, el universo se compone de la naturaleza y el alma. En sentido estricto, por tanto, todo lo que se separa de nosotros, lo que la filosofía distingue como no yo, es decir, la naturaleza y el arte, los demás hombres y mi propio cuerpo,

debe ser catalogado bajo este nombre: naturaleza. Al enumerar los valores de la naturaleza y efectuar su suma, usaré las palabras en ambos sentidos, el común y el de su importancia filosófica. En indagaciones tan generales como ésta, la inexactitud no es sustancial; no habrá confusión alguna de pensamiento. La naturaleza, en el sentido común, se refiere a las esencias que el hombre no ha cambiado: el espacio, el aire, el río, la hoja. El arte se aplica a la mezcla de su voluntad con las mismas cosas, como en una casa, una estatua, un canal, un cuadro. Pero sus operaciones, como cincelar, hornear, remendar y lavar, en conjunto, son tan insignificantes que en una impresión tan grande como la que produce el mundo en el ser humano no hacen variar el resultado.

1. NATURALEZA

Para estar solo, el hombre necesita retirarse tanto de su habitación como de la sociedad. No estoy solo mientras leo y escribo, aunque no haya nadie conmigo. Pero si un hombre está solo, dejad que mire las estrellas. Los rayos que provienen de esos mundos celestes se interpondrán entre él y lo que toque. Podría pensarse que la atmósfera fue creada transparente con esa intención, para conceder al hombre, con los cuerpos celestes, la presencia perpetua de lo sublime. ¡Qué grandes parecen desde las calles de la ciudad! Si las estrellas aparecieran cada mil años, los hombres creerían, adorarían y conservarían el recuerdo de la ciudad de Dios que se les mostrara. Pero todas las noches salen los emisarios de la belleza e iluminan el universo con su sonrisa admonitoria.

Las estrellas despiertan cierta reverencia, porque, aunque están siempre presentes, son inaccesibles; pero todos los objetos naturales producen una impresión similar cuando estamos abiertos a su influencia. La naturaleza nunca presenta una apariencia mezquina. El más sabio no le arranca su secreto ni pierde su curiosidad al descubrir toda su perfección. La naturaleza nunca ha sido un juguete para el espíritu sabio. Las flores, los animales, las montañas reflejan la sabiduría de su mejor hora, así como han satisfecho a su sencilla infancia.

Cuando hablamos de la naturaleza de esta manera, pensamos en un sentido distinto, que resulta el más poético. Nos referimos a la integridad de la impresión causada por múltiples objetos naturales. Se trata de lo que distingue la vara de madera del leñador del árbol del poeta. El paisaje encantador que he visto esta mañana se compone indudablemente de unas veinte o treinta granjas. Miller es el propietario de este campo, Locke, el de aquél, y Manning, el del bosque lejano, pero ninguno posee el paisaje. Hay una propiedad en el horizonte que ningún hombre tiene, salvo aquél cuya mirada integra todas las partes, es decir, el poeta. Se trata de la mejor parte de las granjas de esos hombres, a la que no da derecho un título de propiedad.

A decir verdad, pocas personas adultas pueden ver la naturaleza. La mayoría de las personas no ve el sol. A lo sumo tienen una visión muy superficial. El sol ilumina sólo el

ojo del hombre, pero brilla en el ojo y el corazón del niño. El amante de la naturaleza es aquél cuyos sentidos interno y externo aún se ajustan realmente entre sí, el que ha retenido el espíritu de la infancia incluso en la madurez. Su trato con el cielo y la tierra se convierte en parte de su comida diaria. En presencia de la naturaleza, un goce salvaje atraviesa al hombre, a pesar de su tristeza real. La naturaleza dice: es mi criatura y, a pesar de sus impertinentes penas, conmigo se alegrará. No sólo el sol o el verano, sino cada hora y estación produce su tributo de goce, porque cada hora y cambio se corresponde con un ánimo diferente, y lo autoriza, desde el jadeante mediodía hasta la medianoche más lúgubre. La naturaleza es un escenario que se adapta por igual a una pieza cómica o luctuosa. Con buena salud, el aire es un cordial de increíble virtud. Al cruzar un erial con charcos de nieve, al anochecer, bajo un cielo nublado, sin tener ninguna ocurrencia especialmente afortunada, he sentido un regocijo perfecto. Estoy alegre al borde del temor. En los bosques, el hombre se desprende de los años, como la serpiente de la piel mudada y, en cualquier período de su vida, es siempre un niño. En los bosques es un joven perpetuo. En estas plantaciones de Dios, reinan el decoro y la santidad, se organiza un festival perenne, y el invitado no entiende por qué debería cansarse de ello ni siquiera en un millar de años. En los bosques regresamos a la razón y la fe. Allí siento que nada puede pasarme en la vida, ninguna desgracia o calamidad (si conservo los ojos) que la naturaleza no pueda reparar. Sobre la tierra desnuda, con la cabeza bañada por un aire bendito y erguida en el espacio infinito, se desvanece todo egoísmo mezquino. Me convierto en una pupila trasparente; no soy nada, lo veo todo; las corrientes del ser universal circulan a través de mí; soy una parte o partícula de Dios. El nombre del amigo más íntimo suena entonces extraño y accidental; ser hermanos, ser conocidos, amo o criado, es entonces una trivialidad y una molestia. Soy el amante de la belleza incontenible e inmortal. En lo agreste encuentro algo más querido y congénito que en las calles o ciudades. En el tranquilo horizonte y, en especial, en la lejana línea del horizonte, el hombre contempla algo tan bello como su propia naturaleza.

El mayor goce que proporcionan los campos y bosques es la sugerencia de una relación oculta entre el hombre y el mundo vegetal. No estoy solo ni carezco de reconocimiento. Campos y bosques se inclinan ante mí y yo ante ellos. El ondular de las ramas en la tormenta me resulta nuevo y viejo. Me coge por sorpresa y, sin embargo, ya lo conocía. Su efecto es como el de un pensamiento superior o una emoción mejor, cuando creemos que pensamos justamente o sentimos debidamente.

Sin embargo, es cierto que el poder para producir este goce no reside en la naturaleza, sino en el hombre, o en una armonía entre ambos. Es necesario usar estos placeres con gran templanza. La naturaleza no siempre se viste de gala, sino que la misma escena que ayer exhalaba perfume y brillaba como una fiesta de ninfas, hoy está cubierta de melancolía. La naturaleza viste siempre los colores del espíritu. Para un hombre que trabaja bajo el peso de una calamidad, el calor de su propio fuego resulta triste. Entonces hay una especie de desprecio del paisaje, como el que experimenta quien

acaba de perder a un amigo querido. El cielo no parece tan grande cuando se cierne sobre una población menos valiosa.

II. COMODIDAD

Quien considere la causa final del mundo, discernirá múltiples usos que forman parte del resultado. Corresponden a una de las siguientes clases: comodidad, belleza, lengua y disciplina.

Bajo el nombre general de comodidad, catalogo todas las ventajas que nuestros sentidos deben a la naturaleza. Se trata, desde luego, de un beneficio que es temporal y mediato, no último, como el servicio al alma. Sin embargo, aunque inferior, es perfecto en su especie, y es el único uso de la naturaleza que todos los hombres entienden. La miseria del hombre parece petulancia infantil cuando exploramos la firme y pródiga provisión que le ha sido concedida para su mantenimiento y deleite en esta verde esfera que le mantiene a flote por el cielo. ¿Qué ángeles han inventado estos espléndidos adornos, este océano de aire por arriba, este océano de agua por debajo, este firmamento intermedio de la tierra? ¿Y este zodiaco de luces, esta tienda de nubes colgantes, este abrigo rayado de climas, este año cuádruple? Bestias, fuego, agua, piedras y maíz están a su servicio. El campo es al mismo tiempo su piso, su lugar de trabajo, de juego, su jardín y su lecho.

Más criados de los que nunca sabrá
Esperan al hombre².

2 Del poema «Man» (Hombre) de George Herbert. Emerson vuelve a citarlo en el capítulo final, «Perspectivas».

La naturaleza, en su atención al hombre, no es sólo la materia prima, sino también el proceso y el resultado. Todas las partes trabajan sin cesar en manos ajenas para provecho del hombre. El viento planta la semilla, el sol hace que se evapore el mar, el viento empuja la nube al campo, el hielo del otro lado del planeta condensa la lluvia en éste, la lluvia alimenta a la planta, la planta alimenta al animal. Así, las circulaciones interminables de la caridad divina nutren al hombre.

Las artes útiles son reproducciones o nuevas combinaciones del ingenio del hombre, de los mismos benefactores naturales. Ya no espera el vendaval favorable, sino que, por medio del vapor, realiza la fábula de Eolo, y lleva los treinta y dos vientos en la caldera de su barca. Para disminuir la fricción, cubre los caminos con barras de hierro y, montando un vagón con cargamento de hombres, animales y mercancías, lo lanza a través del país, de una ciudad a otra, como un águila o una golondrina por el aire. ¡Cuánto ha cambiado el rostro del mundo por acumulación de estas ayudas, desde los días de Noé hasta los de Napoleón! Hay ciudades, barcos, canales, puentes contruidos

para el hombre pobre y privado. Va a la oficina de correos y la raza humana le hace el recado; a la librería, y la raza humana lee y escribe cuanto ocurre para él; al juzgado, y las naciones reparan sus errores. Pone su casa en el camino, y la raza humana se apresta cada mañana a retirar la nieve y abrirle una senda.

No hay necesidad de especificar casos de este tipo de usos. El catálogo es interminable, y los ejemplos tan obvios que los dejaré a la reflexión del lector, con la observación general de que este beneficio mercenario tiene en consideración un bien más lejano. A un hombre no se le alimenta por alimentarlo, sino para que pueda trabajar.

III. BELLEZA

La naturaleza satisface una necesidad más noble del hombre: el amor a la belleza.

Los antiguos griegos llamaban al mundo *xo6 tos*, belleza. En virtud de la constitución de todas las cosas, o del poder plástico del ojo humano, las formas primarias, como el cielo, la montaña, el árbol, el animal nos proporcionan un goce en y por sí mismas; un placer que surge del contorno, el color, el movimiento y la conjunción. Parece que esto se debe en parte al ojo mismo. El ojo es el mejor artista. Por la acción mutua de su estructura y las leyes de la luz se produce la perspectiva, que integra todos los objetos, cualquiera que sea su carácter, en un globo bien coloreado y matizado, de modo que, aun cuando los objetos particulares sean mezquinos y desabridos, el paisaje que componen resulta redondo y simétrico. Así como el ojo es el mejor compositor, la luz es el primer pintor. No hay objeto tan sucio que una luz intensa no haga hermoso. El estímulo que proporciona al sentido, y una especie de infinitud que posee, como el espacio y el tiempo, alegran toda la materia. Incluso un cadáver tiene su propia belleza. Además de esta gracia general difundida sobre la naturaleza, casi todas las formas individuales resultan agradables a la mirada, como lo demuestran las interminables imitaciones de algunas de ellas, como la bellota, la uva, la piña, la fucsia, el huevo, las alas y formas de la mayoría de los pájaros, la garra del león, la serpiente, la mariposa, las conchas, las llamas, las nubes, los capullos y las hojas y las formas de muchos árboles, como la palmera.

Para considerarlos mejor, podemos tratar los aspectos de la belleza de tres maneras.

1. En primer lugar, la mera percepción de las formas naturales es una delicia. La influencia de las formas y acciones en la naturaleza resulta tan necesaria para el hombre que, en sus funciones inferiores, parece residir en los confines de la comodidad y la belleza. Al cuerpo y el espíritu turbados por el trabajo o una compañía nociva, la naturaleza les resulta medicinal, ya que restaura su tono. El comerciante, el abogado salen del estrépito y tráfico de la calle y ven el cielo y los bosques, y son hombres de nuevo. En su calma eterna, se encuentran a sí mismos. La salud del ojo parece exigir un horizonte. Mientras podamos ver lo bastante lejos, no nos cansaremos.

Pero, en otras horas, la naturaleza satisface con su encanto, sin mezcla de beneficio corporal. Veo el espectáculo de la mañana en la cima de la colina frente a mi casa, desde la salida hasta la puesta de sol, con emociones dignas de un ángel. Las largas y finas hileras de nubes flotan como peces en un mar de luz carmesí. Desde la tierra, como una orilla, miro ese mar silencioso. Me parece que formo parte de sus rápidas transformaciones: el activo encantamiento alcanza mi polvo, y me dilato y conspiro con el viento matutino. ¡La naturaleza nos deifica con pocos y baratos elementos! Dadme salud y un día, y haré que la pompa de los emperadores sea ridícula. El amanecer es mi Asiria; la puesta de sol y la salida de la luna mi Palos, e inimaginables reinos de hadas; el amplio mediodía será mi Inglaterra de los sentidos y el entendimiento; la noche será mi Alemania de los sueños y la filosofía mística.

No menos excelente, salvo por nuestra menor susceptibilidad de la tarde, ha sido el encanto, esta tarde, de una puesta de sol de enero. Las nubes del oeste se dividían y subdividían en flecos rosados modulados con tintes de inefable suavidad, y el aire tenía tanta vida y dulzura que resultaba doloroso entrar en casa. ¿Qué era lo que diría la naturaleza? ¿Acaso no había significado, un significado que Homero y Shakespeare no podrían traducirme con palabras, en el vívido reposo del valle tras el molino? Los árboles desnudos se convierten en espirales de llama en el crepúsculo, con el contrapunto del este azul, y las estrellas de los cálices muertos de las flores y todo tallo marchito y rastrojo cubierto de escarcha contribuyen a la música muda.

Los habitantes de las ciudades suponen que el paisaje campestre es agradable sólo la mitad del año. Yo me regocijo con las gracias del escenario invernal, y creo que nos afecta en igual medida que las influencias geniales del verano. Para el ojo atento, cada momento del año tiene su propia belleza y, en el mismo campo, contempla cada hora un cuadro que no había sido visto antes ni volverá a verse de nuevo. Los cielos cambian a cada momento y reflejan su gloria o penumbra en las llanuras inferiores. El estado de la cosecha en las granjas altera la expresión de la tierra cada semana. La sucesión de plantas nativas en los pastos y veredas, que compone el reloj silencioso con que el tiempo cuenta las horas del verano, hará que las divisiones del día sean perceptibles a un observador agudo. Las bandadas de pájaros e insectos, como las puntuales plantas, se siguen unas a otras, y el año las contiene a todas. Junto a las corrientes, la variedad es mayor. El camalote azul o la pontederia florecen en largos arriates sobre las aguas someras y bullen con mariposas amarillas en continuo movimiento. El arte no puede rivalizar con esta pompa de púrpura y oro. En efecto, el río es una gala perpetua y luce cada mes un adorno nuevo.

Pero esta belleza de la naturaleza, vista y sentida como belleza, es la parte menor. Si perseguimos con avidez las manifestaciones del día, el rocío de la mañana, el arco iris, las montañas, los huertos en flor, las estrellas, la luz de la luna, las sombras en el agua quieta, resultan sólo manifestaciones, y nos defraudan con su irrealidad. Salid de casa a ver la luna y veréis puro oropel; no os agraderá como la luz que brilla en el viaje que

tenéis que hacer. ¿Quién podría asir la belleza que resplandece en las amarillas tardes de octubre? Salid a buscarla y se habrá ido; es sólo un espejismo al mirar por las ventanillas de la diligencia.

2. La presencia de un elemento superior, espiritual, resulta esencial para su perfección. La belleza elevada y divina que puede ser amada sin afeminamiento es la que se combina con la voluntad humana. La belleza es la marca que Dios pone en la virtud. Toda acción natural es graciosa. Toda acción heroica es también decente y hace resplandecer el lugar y a los espectadores. Las grandes acciones nos enseñan que el universo es propiedad de cada individuo que hay en él. Toda la naturaleza es la dote y herencia de cualquier criatura racional. Es suya, si así lo quiere. Puede desprenderse de ella, arrastrarse a un rincón y abdicar de su reino, como la mayoría de los hombres, pero, según su constitución, tiene derecho al mundo. En proporción a la energía de su pensamiento y voluntad, asume en sí mismo el mundo. «Todo aquello por lo que el hombre ara, construye o navega, obedece a la virtud», dice Salustio. «Los vientos y las olas - dice Gibbon - favorecen siempre a los navegantes más diestros.» De igual modo ocurre con el sol y la luna y todas las estrellas del cielo. Si se lleva a cabo un acto noble, tal vez en una escena de gran belleza natural; si Leónidas y los trescientos mártires tardan un día en morir, y el sol y la luna salen y los miran una vez en el hondo desfiladero de las Termópilas; si Arnold Winkelried, en los Alpes, bajo la amenaza de una avalancha, reúne a su lado una hueste de lanzas austriacas para romper la línea a favor de sus camaradas, ¿no tienen derecho estos héroes a añadir la belleza de la escena a la belleza de la gesta? Cuando el barco de Colón se aproxima a la orilla de América, una vez frente a ella, con la playa llena de salvajes que salen de sus chozas de caña, con el mar a sus espaldas, rodeado de las montañas purpúreas del archipiélago indio, ¿podemos separar al hombre del cuadro vivo? ¿No se reviste la forma del Nuevo Mundo con palmerales y sabanas como su tapiz idóneo? La belleza natural se infiltra con un aire parecido y envuelve las grandes acciones. Cuando sir Harry Vane fue conducido a Tower-hill, sentado en un trineo, para ser ejecutado, como campeón de las leyes inglesas, alguien de la multitud le gritó: «Ha sido tu asiento más glorioso.» Carlos II, para intimidar a los ciudadanos de Londres, hizo que el patriota lord Russel fuera conducido en un coche abierto por las principales calles de la ciudad en su camino al cadalso. Según su biógrafo, «la multitud creyó ver sentadas a su lado a la libertad y la virtud». En lugares privados, entre objetos sórdidos, un acto de verdad o heroísmo parece arrastrar consigo al cielo como su templo, al sol como su vela. Si la naturaleza extiende sus brazos hacia el hombre, que sus pensamientos sean igual de grandes: seguirá complacida sus pasos junto a la rosa y la violeta, e inclinará sus líneas de grandeza y gracia para decorar a su querido hijo. Si sus pensamientos tienen el mismo alcance, el marco se adecuará al cuadro. El hombre virtuoso vive al unísono con las obras de la naturaleza y compone la figura central de la esfera visible. Homero, Píndaro, Sócrates y Foción se asocian debidamente en nuestro recuerdo a la geografía y clima de Grecia. El cielo y la tierra visible simpatizan con Jesús. En la vida corriente, cualquiera

que haya visto a una persona de carácter poderoso y genio feliz habrá observado la facilidad con que todas las cosas le siguen, las personas, las opiniones y el día, y cómo la naturaleza se somete al hombre.

3. La belleza del mundo presenta aún otro aspecto cuando se convierte en objeto de la inteligencia. Además de su relación con la virtud, las cosas se relacionan con el pensamiento. La inteligencia busca el orden absoluto de las cosas tal como se mantienen en Dios, sin los colores del afecto. Los poderes intelectual y activo parecen sucederse mutuamente, y la actividad exclusiva de uno genera la actividad exclusiva del otro. Hay algo adverso en uno respecto al otro, pero son como los períodos alternos de alimentación y acción en los animales; cada uno prepara al otro y será seguido por él. Por tanto, la belleza, que, en relación con las acciones, como hemos visto, llega inadvertida, y llega porque resulta inadvertida, se mantiene en la búsqueda y aprehensión de la inteligencia, y luego, a su vez, del poder activo. Nada divino muere. Todo bien es eternamente reproductivo. La belleza de la naturaleza se reforma en el espíritu, y no en aras de la estéril contemplación, sino de la nueva creación.

El aspecto del mundo impresiona, hasta cierto punto, a todos los hombres; incluso deleita a algunos. Este amor a la belleza es el gusto. Otros sienten el mismo amor tan excesivamente que, no contentos con admirarla, pretenden encarnarla en formas nuevas. La creación de la belleza es el arte.

La producción de una obra de arte arroja luz sobre el misterio de la humanidad. Una obra de arte es un resumen o epítome del mundo. Es el resultado de la expresión de la naturaleza, en miniatura. Pues, aunque las obras de la naturaleza son innumerables y diferentes, su resultado o expresión es similar y singular. La naturaleza es un mar de formas radicalmente parecidas e incluso únicas. Una hoja, un rayo de sol, un paisaje, el océano causan una impresión análoga. Lo que tienen en común, esa perfección y armonía, es la belleza. El modelo de la belleza es el circuito completo de las formas naturales, la totalidad de la naturaleza, lo que los italianos expresaban al definir la belleza como *il piu nell'uno*. Nada es bello a solas: nada es bello salvo en el conjunto. Un solo objeto es bello sólo si sugiere esa gracia universal. El poeta, el pintor, el escultor, el músico, el arquitecto aspiran a concentrar esta radiación del mundo en un punto, y cada uno aspira a satisfacer en su obra el amor a la belleza que le induce a producirla. Así, el arte es la naturaleza filtrada por el alambique del hombre. Así, en el arte, la naturaleza opera a través de la voluntad de un hombre saturado por la belleza de las primeras obras de la naturaleza.

Para el alma, el mundo existe con el fin de satisfacer el deseo de belleza. A este elemento lo llamo un fin último. No hay pregunta ni respuesta al hecho de que el hombre busque la belleza. La belleza, en su sentido más amplio y profundo, es una expresión del universo. Dios es todo lo hermoso. La verdad, el bien y la belleza no son sino aspectos del mismo todo. Pero la belleza en la naturaleza no es final. Es el heraldo de la belleza

eterna e interior, y no es sólo un bien único y satisfactorio. Debe ser una parte y no, como hasta ahora, la expresión última o superior de la causa final de la naturaleza.

IV. LENGUA

La lengua es un tercer uso con el que la naturaleza ayuda al hombre. La naturaleza es el vehículo del pensamiento, en primer, segundo y tercer grado.

1. Las palabras son signos de hechos naturales.
2. Los hechos naturales y particulares son símbolos de los hechos espirituales y particulares.
3. La naturaleza es el símbolo del espíritu.

1. Las palabras son signos de hechos naturales. Usar la historia natural nos ayuda a entender la historia sobrenatural: el uso de la creación exterior nos proporciona la lengua de los seres y cambios de la creación interior. Cada palabra que se usa para expresar un hecho intelectual o moral, llevada a su raíz, resulta el préstamo de una apariencia material. Correcto significa recto; erróneo significa torcido. Espíritu significa, en primer lugar, viento; transgresión, el cruce de una línea; arrogante es enarcar las cejas. Decimos corazón para expresar emoción, cabeza para denotar el pensamiento, y pensamiento y emoción son palabras prestadas de cosas sensibles y apropiadas a la naturaleza espiritual. La mayor parte del proceso con que se llevó a cabo esta transformación queda oculto para nosotros en la época remota en que se forjó la lengua; sin embargo, a diario puede observarse la misma tendencia en los niños. Los niños y los salvajes usan sólo sustantivos o nombres de cosas que convierten en verbos y aplican a actos mentales análogos.

2. Pero el origen de todas las palabras que transmiten una importancia espiritual - un hecho conspicuo en la historia de la lengua - es nuestra menor deuda con la naturaleza. No sólo son emblemáticas las palabras; las cosas son emblemáticas. Todo hecho natural es un símbolo de un hecho espiritual. Toda apariencia en la naturaleza corresponde a un estado de ánimo, y el estado de ánimo sólo puede describirse al presentar esa apariencia natural como su imagen. El hombre enfurecido es un león, el astuto, un zorro, el constante, una roca; el hombre culto es una antorcha. El cordero es inocente; la serpiente despierta una sutil ojeriza; las flores nos expresan afectos delicados. La luz y la oscuridad son las expresiones familiares del conocimiento y la ignorancia; y el calor, la del amor. La distancia visible delante y detrás de nosotros es, respectivamente, nuestra imagen de la memoria y la esperanza.

Quien mira meditabundo un río, ¿acaso no se acuerda del flujo de las cosas? Lanzad una piedra a un estanque y los círculos que se propagan serán el bello tipo de toda

influencia. El hombre es consciente de un alma universal dentro de su vida individual, o tras ella; un alma de la que, como un firmamento, salen y brillan las naturalezas de la justicia, la verdad, el amor, la libertad. Al alma universal la llama razón: no es mía o tuya o suya, sino que nosotros somos suyos; somos su propiedad y sus hombres. Y el cielo azul en que se hunde la tierra privada, el cielo con su eterna cama y lleno de orbes eternos es el tipo de la razón. A lo que intelectualmente llamamos razón, lo llamamos espíritu por su relación con la naturaleza. El espíritu es el creador. El espíritu tiene vida propia. Un hombre, en todas las épocas y países, lo encarna en su lengua, como el padre.

Entendemos fácilmente que no hay nada fortuito o caprichoso en estas analogías, sino que son constantes e impregnan la naturaleza. No se trata de sueños de poetas aquí y allá, sino que el hombre es un forjador de analogías y estudia las relaciones en todos los objetos. Se halla en el centro de los seres, y el rayo de la relación pasa de cualquier objeto a él. No puede comprenderse al hombre sin los objetos, ni a los objetos sin el hombre. En sí mismos, los hechos de la historia natural carecen de valor, son estériles, como un solo sexo. Casadlos con la historia humana y se llenarán de vida. Todas las Floras, los volúmenes de Lineo y Buffon, son secos catálogos de hechos, pero el hecho más trivial, el hábito de una planta, los órganos o la actividad o el ruido de un insecto, aplicados a la ilustración de un hecho en la historia intelectual, o asociados de cualquier manera a la naturaleza humana, nos afectan de la manera más viva y agradable. La semilla de una planta - qué emotivas analogías con la naturaleza humana sugiere ese pequeño fruto en todos los cursos, hasta en la voz de Pablo, que llama al cadáver humano una semilla - «se siembra como un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual». El movimiento de la tierra en torno a su eje, y alrededor del sol, produce el día y el año. Son ciertas cantidades de luz y calor en estado bruto, pero ¿no resulta una analogía entre la vida del hombre y las estaciones? ¿Y no adquieren grandeza y patetismo las estaciones según esa analogía? Los instintos de la hormiga son muy insignificantes, limitados a ella; pero en el momento en que el rayo de la relación alcanza al hombre y la diminuta obrera resulta instructiva, un cuerpo pequeño con un corazón poderoso, entonces todos sus hábitos, incluso los recientemente observados, como el de que nunca duerme, se vuelven sublimes.

A causa de esta correspondencia radical entre las cosas visibles y los pensamientos humanos, los salvajes, que sólo poseen lo necesario, se convierten en cifras. Cuando retrocedemos en la historia, la lengua se vuelve más pintoresca, hasta su infancia, en que es toda poesía; todos los hechos espirituales se representan con símbolos naturales. Los mismos símbolos constituyen los elementos originales de todas las lenguas. Además, se ha observado que las expresiones de todas las lenguas se aproximan en los pasajes de mayor elocuencia y poder. Lo mismo que ocurre con la primera lengua, ocurre con la última. Esta inmediata dependencia de la lengua respecto a la naturaleza, esta conversión de un fenómeno exterior en algo típico de la vida humana, no deja de afectarnos. Esto es lo que confiere ese sabor picante a la conversación del rudo granjero o del leñador, que

deleita a cualquiera.

El poder de un hombre para conectar su pensamiento con su símbolo apropiado y expresarlo depende de la sencillez de su carácter, es decir, de su amor a la verdad y su deseo de comunicarla sin pérdida. La corrupción de la lengua sigue a la corrupción del hombre. Si la sencillez del carácter y la soberanía de las ideas se quiebran por el predominio de los deseos secundarios, el deseo de riquezas, de placer, de poder, de alabanza, y si la duplicidad y la falsedad ocupan el lugar de la sencillez y la verdad, se pierde hasta cierto punto el poder sobre la naturaleza como intérprete de la voluntad; dejan de crearse nuevas imágenes y se pervierten las palabras antiguas al representar cosas que no existen; se usa papel moneda cuando no hay oro en depósito. A su debido tiempo, el fraude se manifiesta y las palabras pierden todo poder para estimular el entendimiento o los afectos. En toda nación civilizada hay centenares de escritores que, durante un breve intervalo, creen y hacen creer a los demás que ven y expresan verdades, incapaces de vestir un pensamiento por sí mismos con su ropa natural, alimentados inconscientemente con la lengua creada por los primeros escritores del país, los que se aferran primariamente a la naturaleza.

Pero los sabios traspasan esa dicción podrida y sujetan de nuevo las palabras a las cosas visibles, de modo que la lengua pintoresca certifica de pronto que aquél que la emplea es un hombre aliado con la verdad y con Dios. En el momento en que el discurso se eleva sobre la línea de los hechos familiares y se inflama con la pasión y se exalta con el pensamiento, se viste con imágenes. El hombre que conversa en serio, si observa sus procesos intelectuales, descubre que surge en él una imagen material, más o menos luminosa, contemporánea de cualquier pensamiento, que suministra la vestimenta del pensamiento. De ahí que la buena escritura y el discurso brillante sean alegorías perpetuas. La imagen es espontánea. Es la mezcla de la experiencia y la acción actual del espíritu. Es la creación apropiada. Es la actividad de la causa original mediante los instrumentos que ya ha creado.

Esos hechos pueden sugerir la ventaja que la vida campestre tiene para un espíritu poderoso frente a la vida artificial y reducida de las ciudades. Sabemos más de la naturaleza de lo que podemos comunicar a voluntad. Su luz fluye siempre hacia nosotros, y olvidamos su presencia. El poeta, el orador crecido en los bosques, cuyos sentidos se han alimentado de sus bellos y apaciguadores cambios, año tras año, sin plan ni atención, no olvidarán del todo su lección, a pesar del rugido urbano y la pelea política. Mucho después, entre la agitación y el terror de las reuniones nacionales - en la hora de la revolución-, estas solemnes imágenes reaparecerán con su lustre matutino, como símbolos y palabras apropiadas de los pensamientos que despierten los sucesos pasajeros. Con la llamada de un sentimiento noble, los bosques se ondulan de nuevo, los pinos murmuran, el río fluye y brilla, y el ganado muge en las montañas, tal como fueron vistos y oídos en la infancia. Esas formas pondrán en sus manos los hechizos de la persuasión, las llaves del poder.

3. Los objetos naturales nos ayudan así a expresar significados particulares. ¡Una gran lengua para transmitir informaciones minúsculas! ¿Eran necesarias las nobles razas de estas criaturas, esa profusión de formas, esa hueste de orbes en el cielo, para suministrar al hombre el diccionario y la gramática de su expresión municipal? Mientras usamos esta gran cifra para despachar los asuntos de la cazuela y la marmita, sentimos que aún no la hemos usado debidamente ni somos capaces de ello. Somos como viajeros que emplean las cenizas de un volcán para freír sus huevos. Aunque veamos que siempre es posible vestir lo que decimos, no podemos evitar la pregunta de si los caracteres son significativos por sí mismos. ¿No tienen las montañas y las olas y el cielo significado alguno, salvo el que conscientemente les damos cuando los usamos como emblemas del pensamiento? El mundo es emblemático. Parte del discurso es metafórico, porque la naturaleza, en conjunto, es una metáfora del ser humano. Las leyes de la naturaleza moral responden a las de la materia como un rostro se responde a sí mismo en el espejo. «El mundo visible y la relación de sus partes son el disco esférico de lo invisible.» Los axiomas de la física traducen las leyes de la ética. Así, «el todo es mayor que la parte», «la reacción es igual a la acción»; «el peso menor puede sostener el mayor si el tiempo compensa la diferencia de peso»; éstas y otras proposiciones similares tienen un sentido tanto ético como físico. Esas proposiciones tienen un sentido más extenso y universal si se aplican a la vida humana en lugar de limitarse al uso técnico.

De manera similar, las palabras memorables de la historia y los proverbios de las naciones consisten habitualmente en un hecho natural, seleccionado como un cuadro o parábola de una verdad moral. Así, piedra movediza, el musgo no la cobija; más vale pájaro en mano que ciento volando; la ocasión la pintan calva; por el camino recto gana el cojo al deshonesto; es difícil mantener la copa llena; el vinagre es hijo del vino; tanto va el cántaro a la fuente, que al final se rompe; los árboles longevos arraigaron primero, etcétera. En su sentido literal, se trata de hechos triviales, pero los repetimos por el valor de su importancia analógica. Lo que es cierto de los proverbios, lo es de todas las fábulas, parábolas y alegorías.

Esta relación entre materia y espíritu no ha sido obra de poeta alguno, sino que reside en la voluntad de Dios, y así todos los hombres la conocen libremente. Se les presenta a los hombres, o no. Cuando en horas afortunadas consideramos este milagro, el sabio duda de si el resto del tiempo no está ciego o sordo:

¿Pueden existir estas cosas
Y superarnos como una nube estival
Sin que nos maravillemos?³

El universo se vuelve transparente y la luz de leyes superiores a la suya brilla a través de él. Es el problema permanente que ha suscitado las preguntas y el estudio de todo genio desde que fuera creado el mundo; desde la época de los egipcios y los

brahmanes hasta la de Pitágoras, Platón, Bacon, Leibniz y Swedenborg. Allí se sienta la esfinge en la cuneta y, de época en época, el profeta se acerca a probar fortuna leyendo su acertijo. El espíritu parece tener la necesidad de manifestarse en formas materiales; día y noche, río y tormenta, bestia y pájaro, ácido y alcalino preexisten como ideas necesarias en Dios y son lo que son en virtud de afectos precedentes en el mundo del espíritu. Un hecho es el fin u objetivo último del espíritu. La creación visible es el término o la circunferencia del mundo invisible. «Los objetos materiales - decía un filósofo francés - son necesariamente tipos de scoriae de los pensamientos sustanciales del creador, que deben siempre conservar la relación con su origen primero; en otras palabras, la naturaleza visible debe tener un aspecto espiritual y moral»4.

Esta doctrina es abstrusa y, aunque las imágenes de «vestido», scoriae, «espejo» y otras estimulen la fantasía, debemos solicitar la ayuda de expositores más sutiles y vitales para aclararla. La ley fundamental de la crítica es que «toda escritura debe interpretarse con el mismo espíritu que la ha producido»5. Una vida en armonía con la naturaleza, el amor a la verdad y la virtud purgarán la mirada para comprender su texto. Gradualmente llegaremos a conocer el sentido primitivo de los objetos permanentes de la naturaleza, de modo que el mundo será para nosotros un libro abierto y toda forma tendrá el significado de su vida oculta y causa final.

Un nuevo interés nos sorprende cuando, con la perspectiva sugerida, contemplamos la temible extensión y multitud de objetos, ya que «todo objeto entendido correctamente libera una nueva facultad del alma»6. Lo que era una verdad inconsciente se convierte, interpretada y definida en un objeto, en una parte del dominio del conocimiento, una nueva arma en el almacén del poder.

V DISCIPLINA

A la vista del significado de la naturaleza, llegamos de pronto a un hecho nuevo: la naturaleza es una disciplina. Este uso de la palabra incluye, como partes suyas, los usos precedentes.

El espacio, el tiempo, la sociedad, el trabajo, el clima, la comida, la locomoción, los animales, las fuerzas mecánicas nos proporcionan las lecciones más sinceras, día tras día, con un significado ilimitado. Educan tanto el entendimiento como la razón. Toda propiedad de la materia - su solidez o resistencia, su inercia, su extensión, su figura, su divisibilidad - es una escuela para el entendimiento. El entendimiento añade, divide, combina, mide y halla alimento y espacio para su actividad en esta valiosa escena. Entretanto, la razón transfiere todas estas lecciones a su propio mundo de la lengua y percibe la analogía que casa la materia y el espíritu.

1. La naturaleza es la disciplina del entendimiento en las verdades intelectuales. Nuestro trato con los objetos sensibles es un ejercicio constante en las lecciones

necesarias de la diferencia, la semejanza, el orden, el ser y la apariencia, la disposición progresiva, el ascenso de lo particular a lo general, la combinación de múltiples fuerzas para un fin. En proporción a la importancia del órgano que ha de formarse, resulta el extremo cuidado con que recibe su enseñanza, un cuidado no omitido en caso alguno. La tediosa instrucción, día tras día, año tras año, sin cesar, para formar el sentido común, la continua reproducción de molestias, inconvenientes, dilemas, la burla que sufrimos de los hombrecillos, la disputa por los precios, las consideraciones del interés, ¡y todo para formar la mano del espíritu, para aprender que «los buenos pensamientos no son mejores que los buenos sueños, a menos que se ejecuten»!

La propiedad y sus sistemas filiales de deuda y crédito desempeñan el mismo buen oficio. La deuda, la agobiante deuda, cuyo rostro de hierro temen y odian la viuda, el huérfano y los hijos del genio; la deuda, que tanto tiempo consume, que paraliza y descorazona a un gran espíritu con cuidados que parecen mezquinos, es un preceptor de cuyas lecciones no podemos prescindir, y el más necesario para los que más la padecen. Además, la propiedad, que se ha comparado con la nieve («si hoy ha caído uniforme, mañana volará a ráfagas»), es la acción superficial de la maquinaria interna, como la manecilla del reloj. Mientras el entendimiento hace gimnasia, va almacenando experiencia, en previsión del espíritu, mediante leyes más profundas.

Todo el carácter y fortuna del individuo resulta afectado por las menores desigualdades en la cultura del entendimiento; por ejemplo, en la percepción de las diferencias. Por tanto, el espacio y el tiempo hacen saber al hombre que las cosas no están agrupadas y revueltas, sino separadas individualmente. La campana y el arado tienen su propio uso, y una no puede hacer el trabajo del otro. El agua es buena para beber, el carbón, para calentar, la lana, para vestir; pero no se puede beber lana, tejer agua ni comer carbón. El sabio muestra su sabiduría en la separación, en la gradación, y su escala de criaturas y de méritos es tan amplia como la naturaleza. El necio aplica una escala sin rango y supone que cualquier hombre es como cualquier otro. Llama lo peor a lo que no es bueno, y lo mejor a lo que no es odioso.

De manera similar, ¡cuánta atención nos presta la naturaleza! No perdona error alguno. Su sí es sí, su no es no.

Los primeros pasos en la agricultura, la astronomía, la zoología (que son los primeros pasos que dan el granjero, el cazador y el marino), enseñan que los dados de la naturaleza siempre están cargados; que en sus pilas y escombros se ocultan resultados seguros y útiles.

¡Qué tranquila y genialmente aprendemos, una tras otra, las leyes de la física! ¡Qué nobles emociones dilatan al mortal cuando entra en los consejos de la creación y siente mediante el conocimiento el privilegio de ser! Su intuición le refina. La belleza de la naturaleza brilla en su propio pecho. El hombre es mayor cuando puede ver esto, y el

universo menor, porque las relaciones del tiempo y el espacio se desvanecen cuando conocemos las leyes.

[Aquí nos vemos de nuevo impresionados e intimidados por el inmenso universo a explorar. «Lo que sabemos es una señal de lo que ignoramos»7.](#) Abramos cualquier revista de ciencia y sopesemos los problemas sugeridos respecto a la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo, la fisiología, la geología, y juzguemos si es probable que se extinga pronto el interés de la ciencia natural.

Entre muchos particulares de la disciplina de la naturaleza, no debemos omitir dos.

Todo acontecimiento enseña el ejercicio de la voluntad o la lección del poder. Desde la posesión sucesiva de sus varios sentidos hasta la hora en que dice «¡lo haré!», el ser humano aprende el secreto de que puede someter a su voluntad no sólo hechos concretos, sino grandes clases, toda la serie de acontecimientos, y adecuar así cualquier hecho a su carácter. La naturaleza resulta por completo mediata. Su fin es servir. Recibe el dominio del hombre tan dócilmente como el asno en que montó el Salvador. Ofrece todos sus reinos al hombre como la materia prima con que moldear lo útil. El hombre nunca se cansa de elaborarla. Con el aire sutil y delicado, forja palabras sabias y melodiosas y les confiere alas como ángeles de persuasión y mando. Una tras otra, su victorioso pensamiento alcanza y doblega todas las cosas, hasta que el mundo se convierte, al fin, en una voluntad cumplida: el doble del hombre.

2. Los objetos sensibles se corresponden con las premoniciones de la razón y reflejan la conciencia. Todas las cosas son morales y en sus cambios ilimitados se refieren incesantemente a la naturaleza espiritual. Por tanto, la gloriosa naturaleza, con forma, color y movimiento, todo globo en el cielo más remoto, todo cambio químico, desde el cristal más rudo a las leyes de la vida, todo cambio en la vegetación, desde los primeros principios del crecimiento en la yema de una hoja hasta el bosque tropical y la mina de carbón antediluviana, toda función animal, desde la esponja hasta Hércules, sugerirá o proclamará al hombre las leyes del bien y el mal, y se hará eco de los Diez Mandamientos. Por tanto, la naturaleza es aliada de la religión: presta toda su pompa y riquezas al sentimiento religioso. El profeta y el sacerdote, David, Isaías y Jesús han bebido de esta fuente. Este carácter ético penetra tanto el hueso y la médula de la naturaleza que parece el fin por el que ha sido creada. Cualquiera que sea el propósito privado al que responda un miembro o parte suya, ésta es su función pública y universal, y nunca se omite. En la naturaleza nada se agota con el primer uso. Cuando una cosa ha servido al máximo a un fin, resulta por completo nueva para un servicio ulterior. En Dios, todo fin se convierte en un nuevo medio. Así, el fin de la comodidad, considerado en sí mismo, es mezquino y escuálido. Pero para el espíritu supone una educación en la doctrina del uso: una cosa es buena sólo en cuanto que sirve; la conspiración de partes y esfuerzos para la producción de un fin resulta esencial para cualquier ser. La primera y grosera manifestación de esta verdad es nuestra inevitable y odiada instrucción en

valores y necesidades, en maíz y carne.

Queda así ilustrado que todo proceso natural es la versión de una sentencia moral. La ley moral reside en el centro de la naturaleza e irradia a la circunferencia. Es el meollo de toda sustancia, de toda relación y proce so. Todas las cosas con las que tratamos nos predicán. ¿Qué es una granja sino un evangelio mudo? El ganado y el trigo, las malas hierbas y las plantas, el tizón, la lluvia, los insectos, el sol son un emblema sagrado desde el primer surco de la primavera hasta el último promontorio que la nieve del invierno cubre en los campos. Pero el marino, el pastor, el minero, el mercader, con sus varios recursos, tienen una experiencia paralela que conduce a la misma conclusión, porque toda organización es radicalmente similar. No puede dudarse de que este sentimiento moral que perfuma el aire, crece en el grano e impregna las aguas del mundo resulta captado por el hombre y se hunde en su alma. La influencia moral de la naturaleza en todo individuo es esa verdad que le ilustra. ¿Quién puede apreciarlo? ¿Quién puede adivinar cuánta firmeza ha enseñado el rompeolas al pescador, cuánta tranquilidad se ha reflejado en el hombre desde el cielo azul, en cuyas inmaculadas profundidades los vientos empujan por siempre bandadas de nubes oscuras que no dejan atrás arruga o mancha alguna? ¿Cuánto ingenio y providencia y afecto hemos captado de la pantomima de los brutos? ¡Qué penetrante predicador de dominio de sí mismo es el variable fenómeno de la salud!

Así aprehendemos la unidad de la naturaleza - la unidad en la variedad-, que nos sale al paso en todas partes. La interminable variedad de las cosas causa una impresión idéntica. Jenófanes se quejaba en su vejez de que, dondequiera que mirara, las cosas volvían a la unidad. Se cansaba de ver la misma entidad en la tediosa variedad de las formas. La fábula de Proteo tiene una verdad cordial. Una hoja, una gota, un cristal, un momento del tiempo se relacionan con el todo y participan en la perfección del todo. Cada partícula es un microcosmos y muestra fielmente la semejanza del mundo.

La semejanza no sólo existe entre las cosas cuya analogía es obvia, como cuando reconocemos el tipo de la mano humana en la aleta del lagarto fosilizado, sino también entre objetos en los que hay gran diferencia superficial. Así, De Staél y Goethe llaman a la arquitectura «música helada». Vitrubio creía que el arquitecto debía ser un músico. «Una iglesia gótica - decía Coleridge - es la religión petrificada.» Miguel Ángel mantenía que el conocimiento de la anatomía es esencial para el arquitecto. En los oratorios de Haydn, las notas presentan en la imaginación no sólo movimientos, como los de la serpiente, el ciervo y el elefante, sino también colores, como el de la verde hierba. La ley de los sonidos armoniosos reaparece en los colores armoniosos. En sus leyes, el granito se diferencia del río que lo lleva sólo por su calor mayor o menor. El río, al fluir, se parece al aire que sopla sobre él; el aire se parece a la luz que lo atraviesa con corrientes más sutiles; la luz se parece al calor que viaja con ella a través del espacio. Toda criatura es sólo una modificación de otra criatura; su semejanza es mayor que su diferencia, y su ley radical es una y la misma. La regla de un arte o la ley de una

organización resultan verdaderas en toda la naturaleza. Tan íntima es esa unidad que, como es obvio, subyace a la prenda interior de la naturaleza y revela su fuente en el espíritu universal, porque también penetra el pensamiento. Toda verdad universal que expresamos con palabras implica o supone cualquier otra verdad. Omne verum vero consonat. Es como un gran círculo en una esfera que comprende todos los círculos posibles; los cuales, sin embargo, una vez trazados, lo comprenden de manera similar. Esa verdad es el absoluto Ens visto desde un lado, pero tiene innumerables lados.

La unidad central es aún más conspicua en las acciones. Las palabras son órganos finitos del espíritu infinito. No pueden cubrir las dimensiones de lo que en verdad existe. Lo rompen, lo cortan y lo empobrecen. Una acción es la perfección y publicación del pensamiento. Una acción correcta parece colmar el ojo y relacionarse con toda la naturaleza. «El sabio, al hacer una cosa, las [hace todas, y en lo que hace bien ve la semejanza de cuanto así se hace](#)»⁸.

Las palabras y las acciones no son los atributos de la naturaleza bruta. Nos introducen en la forma humana, de la que las demás organizaciones parecen degradaciones. Cuando aparece entre muchas otras, el espíritu prefiere tal forma a las demás. Dice: «De ella he extraído goce y conocimiento, y en ella me he encontrado y contemplado a mí mismo; le hablaré; puede hablar de nuevo; puede proporcionarme pensamiento ya formado y vivo.» De hecho, al ojo - al espíritu - siempre le acompañan estas formas, masculina y femenina, y éstas son las informaciones más ricas del poder y el orden que residen en el corazón de las cosas. Por desgracia, todas llevan la marca de alguna ofensa; están desfiguradas y resultan superficialmente defectuosas. Sin embargo, a diferencia de la naturaleza sorda y muda que las rodea, se nutren como manantiales del insondable mar de pensamiento y virtud del que son, entre todas las organizaciones, las únicas entradas.

Sería una grata indagación seguir su curso hasta nuestra educación, pero ¿dónde pararía? En la vida adolescente y adulta, nos asociamos con algunos amigos que, como los cielos y las aguas, se extienden con nuestra idea; que, al responder a cierto afecto del alma, satisfacen nuestro deseo al respecto; amigos a los que no somos capaces de poner a la distancia focal que nos permita reformarlos o aun analizarlos. Sólo podemos quererlos. Cuando el largo trato con un amigo nos ha proporcionado un modelo de excelencia y ha aumentado el respeto por los recursos de Dios, que nos ha enviado a una auténtica persona capaz de superar nuestro ideal; cuando se ha convertido, además, en un objeto de pensamiento y, mientras su carácter retiene todo su efecto inconsciente, se ha transformado en sóli da y dulce sabiduría, resulta una señal que su trabajo acabe, y, por lo general, en breve desaparece de nuestra vista.

VI. IDEALISMO

Así se transmite al hombre, el inmortal pupilo, el significado inefable, pero

inteligible, del mundo, en cada objeto sensible. Todas las partes de la naturaleza conspiran con este fin de la disciplina.

Una perpetua duda se plantea de manera perpetua sobre si este fin es la causa final del universo y si la naturaleza existe en el exterior. Una explicación suficiente de la apariencia que llamamos mundo consiste en que Dios enseñe al espíritu humano y lo convierta en receptor de una serie de sensaciones congruentes, que llamamos sol y luna, hombre y mujer, casa y oficio. Respecto a mi absoluta impotencia para probar la autenticidad del testimonio de los sentidos, para saber si las impresiones que causan en mí se corresponden con objetos exteriores, ¿qué diferencia hay entre que Orión esté allá en el cielo o que un dios pinte su imagen en el firmamento del alma? Si la relación de las partes y el fin del todo siguen siendo los mismos, ¿qué diferencia hay entre que la tierra y el mar interactúen y los mundos se revuelvan y mezclen sin número o fin -y se abra un abismo bajo otro y las galaxias se equilibren en el espacio infinito - o que, sin relaciones de tiempo y espacio, las mismas apariencias se inscriban en la fe constante del hombre? Igual de útil y venerable me resulta que la naturaleza goce de una existencia exterior sustancial o que sea sólo el apocalipsis del espíritu. En todo caso, mientras no pueda probar la exactitud de mis sentidos, se trata de algo ideal para mí.

Los frívolos se alegran con la teoría ideal, como si las consecuencias fueran burlescas, como si afectara a la estabilidad de la naturaleza. Seguramente no es así. Dios no bromea con nosotros y no comprometerá el fin de la naturaleza permitiendo inconsecuencia alguna en su proceso. Toda desconfianza de la permanencia de las leyes paralizaría las facultades del hombre. Su permanencia es respetada como algo sagrado, y su fe, por tanto, es perfecta. Las ruedas y resortes del hombre responden a la hipótesis de la permanencia de la naturaleza. No estamos hechos como un barco al que sacuden las olas, sino como una casa que ha de perdurar. La consecuencia natural de esta estructura es que, mientras los poderes activos predominen sobre los reflexivos, resistiremos indignados toda sugerencia de que la naturaleza es más efímera o mudable que el espíritu. El agente, el carretero, el carpintero, el peajero se disgustan con la insinuación.

Pero mientras asentimos por completo a la permanencia de las leyes naturales, aún sigue abierta la cuestión de la existencia absoluta de la naturaleza. El efecto uniforme de la cultura en el hombre no es dañar nuestra fe en la estabilidad de fenómenos concretos, como el calor, el agua, el ázoe, sino llevarnos a considerar la naturaleza un fenómeno, no una sustancia; atribuir existencia necesaria al espíritu; estimar la naturaleza como un accidente y un efecto.

A los sentidos y al entendimiento habitual les corresponde una especie de creencia instintiva en la existencia absoluta de la naturaleza. A su juicio, el hombre y la naturaleza están indisolublemente unidos. Las cosas son definitivas y nunca miran más allá de su esfera. La presencia de la razón desfigura esta fe. El primer esfuerzo de la razón tiende a relajar ese despotismo de los sentidos, que nos une a la naturaleza como si

formáramos parte de ella y nos muestra una naturaleza lejana y, por así decirlo, flotante. Hasta que interviene esta agencia superior, el ojo animal ve, con maravillosa exactitud, contornos nítidos y superficies coloreadas. Cuando se abre el ojo de la razón, al contorno y la superficie se añaden de pronto la gracia y la expresión. Éstas provienen de la imaginación y los afectos, y reducen algo la distinción angular de los objetos. Cuando la razón logra una visión más sincera, los contornos y superficies se vuelven transparentes y ya no son visibles; a través de ellos vemos causas y espíritus. Los mejores momentos de la vida son los deliciosos despertares de los poderes superiores y la reverente retirada de la naturaleza ante su Dios.

Indiquemos los efectos de la cultura. 1. La primera institución de la filosofía ideal es una sugerencia de la propia naturaleza.

La naturaleza conspira con el espíritu para emanciparnos. Ciertos cambios mecánicos, una pequeña alteración en nuestra posición local nos informan de un dualismo. Quedamos extrañados al ver la orilla desde un barco en movimiento, desde un globo o con los tonos de un cielo inusual. El menor cambio en nuestro punto de vista confiere al mundo entero un aire pictórico. El hombre que rara vez monta a caballo no tiene más que subirse a un coche y cruzar la ciudad para ver la calle convertida en un teatro de marionetas. No reparamos en los hombres, las mujeres - hablando, corriendo, comerciando, discutiendo-, el mecánico serio, el haragán, el mendigo, los niños, los perros; o, al menos, quedan completamente separados de toda relación con el observador, que los ve como cosas aparentes, no sustanciales. ¡Cuántos pensamientos nuevos sugiere una cara familiar entrevista en el rápido movimiento del vagón! Los objetos más habituales (con un ligero cambio en el punto de vista) son los que más nos agradan. En una cámara oscura, en la carreta del carnicero, la figura de un pariente nos divierte. Un retrato de una cara conocida causa satisfacción. Mirad al revés el paisaje, con la cabeza entre las piernas, y veréis qué cuadro tan espléndido, aunque lo hayáis visto durante veinte años.

En estos casos se sugiere con medios mecánicos la diferencia entre el observador y el espectáculo, entre el hombre y la naturaleza. Surge así un placer con mezcla de temor; se experimenta algo sublime cuando el hombre advierte que, aunque el mundo sea un espectáculo, en él mismo hay algo estable.

2. El poeta comunica el mismo placer de manera elevada. Con algunos toques traza, como en el aire, el sol, la montaña, el campo, la ciudad, el héroe, la doncella, no muy diferentes de como los conocemos, pero elevados del suelo y como flotantes ante la mirada. Desplaza la tierra y el mar, hace que giren en torno al eje de su pensamiento primario y los sitúa de nuevo. Poseído por una pasión heroica, usa la materia como su símbolo. El hombre sensual adecua los pensamientos a las cosas; el poeta adecua las cosas a sus pensamientos. Aquél considera la naturaleza arraigada y constante; éste, fluida, y así le imprime su ser. Para él, el mundo refractario resulta dúctil y flexible;

inviste de humanidad al polvo y las piedras y los convierte en palabras de la razón. La imaginación puede definirse como el uso que la razón hace del mundo material. Shakespeare posee el poder de subordinar la naturaleza a los propósitos de la expresión, más allá de todo poeta. Su musa imperial esgrime la creación como un juguete de mano en mano y lo usa para encarnar todo capricho del pensamiento que resulte predominante. Una sutil conexión espiritual permite visitar los espacios más remotos de la naturaleza y reunir las cosas más apartadas. Sabemos que la magnitud de las cosas materiales es relativa y que todos los objetos se encogen y expanden al servicio de la pasión del poeta. Así, en sus sonetos, los cantos de los pájaros, los olores y colores de las flores le parecen la sombra de su amada; el tiempo, que la aparta de él, es su pecho; la sospecha que ha suscitado es su ornamento:

El ornamento de la belleza es la sospecha,
Un cuervo que vuela en el aire más dulce del cielo.

Su pasión no es fruto del azar; crece, llega a ser, mientras habla, una ciudad, o un estado.

No, fue construida sin accidente alguno;
No sufre en sonriente pompa, ni cae
Bajo el golpe del descontento mezquino;

No teme a la intriga, ese hereje
Que trabaja contratado por breves horas contadas,
Sino que se mantiene con enorme prudencia.

Frente a la fuerza de su constancia, las pirámides le parecen recientes y transitorias. La frescura de la juventud y el amor le deslumbra por su semejanza con la mañana.

Aparta esos labios
Dulcemente perjuros,
Y esos ojos, el alba del día,
Luces que confunden la mañana.

Puedo decir que la literatura no lo tendrá fácil para igualar la salvaje belleza de esta hipérbole.

La transfiguración que todos los objetos materiales sufren mediante la pasión del poeta - el poder que ejerce para reducir lo grande, para magnificar lo pequeño podría ilustrarse con mil ejemplos de sus obras. Ante mí tengo *La tempestad*, de la que citaré sólo unos versos:

ARIEL. El fuerte promontorio
He hecho temblar y, por el incentivo, he desplumado
El pino y el cedro.

Próspero hace que la música calme al frenético Alonso y a sus compañeros.

Un aire solemne, el mejor consolador
Para una fantasía inquieta, cura tu cerebro,
Ahora inútil, que hierve en tu cráneo.

De nuevo:

El encanto se disuelve rápido
Y, como la mañana roba a la noche,
Mezclada a la oscuridad, los sentidos despiertos
Ya deshacen los ignorantes humos que ofuscan
Su clara razón.

Su entendimiento
Empieza a crecer: y la próxima marea
Pronto colmará las razonables orillas,
Que ahora están sucias y fangosas⁹.

La percepción de las afinidades reales entre los acontecimientos (es decir, de las afinidades ideales, ya que sólo éstas son reales) permite al poeta usar a voluntad las formas y fenómenos más imponentes del mundo y afirmar el predominio del alma.

3. Mientras el poeta anima la naturaleza con sus propios pensamientos, difiere del filósofo en que el fin que se propone es la belleza, y el del filósofo la verdad. Pero el filósofo pospone, no menos que el poeta, el aparente orden y las relaciones de las cosas ante el imperio del pensamiento. «El problema de la filosofía - según Platón - es hallar una causa incondicional y absoluta de todo cuanto existe de manera condicional»¹⁰.

Procede según la fe en que una ley determina todos los fenómenos, los cuales, una vez conocida, pueden predecirse. Esa ley, concebida, es una idea. Su belleza es infinita. El verdadero filósofo y el verdadero poeta son uno, y la belleza, que es verdad, y la verdad, que es belleza, es el objetivo de ambos. ¿No son tan encantadoras las definiciones de Platón y Aristóteles, en sentido estricto, como las de la Antígona de Sófocles? En ambos casos se ha impartido vida espiritual a la naturaleza; el pensamiento ha impregnado y disuelto el bloque aparentemente sólido de la materia; el débil ser humano ha penetrado las vastas masas de la naturaleza con un alma inspiradora y se ha reconocido en su armonía, es decir, ha captado su ley. Cuando esto ocurre en la física, la memoria queda descargada de sus enojosos catálogos de datos particulares y condensa siglos de

observación en una sola fórmula.

Así, incluso en la física, lo material se degrada ante lo espiritual. El astrónomo, el geómetra confían en su irrefragable análisis y desprecian los resultados de la observación. La sublime observación sobre la ley de los arcos de Euler, «parece contradecir la experiencia, pero es cierta», ha transferido la naturaleza al espíritu y abandonado la materia como un cadáver.

4. Se ha observado que la ciencia intelectual engendra invariablemente una duda sobre la existencia de la materia. Turgot dijo: «Quien nunca ha dudado de la existencia de la materia carece de aptitudes para la indagación metafísica.» La ciencia intelectual llama la atención sobre las naturalezas inmortales, necesarias e increadas, las ideas; en su presencia, notamos que la circunstancia exterior es un sueño y una sombra. Mientras esperamos en este Olimpo de dioses, pensamos en la naturaleza como en un apéndice del alma. Ascendemos a su región, y sabemos que las ideas son los pensamientos del ser supremo. «Desde antiguo, desde siempre han estado allí, desde el principio, antes del origen de la tierra. Cuando colocaba los cielos, allí estaban, cuando sujetaba las nubes en la altura y reprimía las fuentes abismales. Estaban junto a él, como artesano. Ellas le aconsejaron»".

Su influencia es proporcional. Como objetos científicos, resultan accesibles a unos pocos. Sin embargo, todos los hombres pueden elevarse a su región por medio de la piedad o la pasión. Y ningún hombre toca esas naturalezas divinas sin volverse él mismo divino hasta cierto punto. Como un alma nueva, renuevan el cuerpo. Físicamente, nos sentimos ágiles y ligeros; pisamos en el aire; la vida ya no es molesta, y creemos que nunca volverá a serlo. En su serena compañía, ningún hombre teme la vejez, la desgracia o la muerte, porque se ve llevado fuera del distrito del cambio. Mientras contemplamos desvelada la naturaleza de la justicia y la verdad, conocemos la diferencia entre lo absoluto y lo condicional o relativo. Aprehendemos lo absoluto. Se diría que, por vez primera, existimos. Nos volvemos inmortales, porque aprendemos que el tiempo y el espacio son relaciones de la materia; no son afines a la percepción de la verdad o a una voluntad virtuosa.

5. Por fin, la religión y la ética, que pueden llamarse debidamente la práctica de las ideas o la introducción de las ideas en la vida, tienen un efecto análogo al de la cultura inferior, al degradar la naturaleza y sugerir su dependencia del espíritu. La ética y la religión difieren en esto: una es el sistema de los deberes humanos que comienzan en el hombre; la otra, en Dios. La religión incluye la personalidad de Dios; la ética no. Con nuestro propósito, son iguales. Ambas ponen a la naturaleza bajo su planta. La primera y última lección de la religión es: «Pues lo visible es transitorio, lo invisible es eterno» 12. Afrenta a la naturaleza. Lo hace para los no instruidos, de igual modo que la filosofía, según Berkeley y Viasa. La lengua uniforme que puede oírse en las iglesias de las sectas más ignorantes reza así: «Desprecia las apariencias insustanciales del mundo; son

vanidades, sueños, sombras, cosas irreales; busca las verdades de la religión.» El devoto se burla de la naturaleza. Algunos teósofos han desarrollado cierta hostilidad e indignación respecto a la materia, como los maniqueos y Plotino. Desconfiaban de toda evocación de los lujos de Egipto. Plotino se avergonzaba de su cuerpo. En breve, pudieron decir de la naturaleza lo que Miguel Ángel dijera de la belleza exterior: «Es el hierbajo frágil y marchito con que Dios viste al alma que ha introducido en el tiempo.»

Parece que el movimiento, la poesía, la ciencia física e intelectual y la religión tienden a influir en nuestra convicción sobre la realidad del mundo exterior. Pero confieso que resulta ingrato expandir caprichosamente los datos particulares de la proposición general, de modo que toda cultura nos imbuya de idealismo. No albergo hostilidad alguna hacia la naturaleza, sino un amor infantil por ella. Respiro y vivo en el día cálido, como el maíz y los melones. Hagámosle justicia. No deseo arrojar piedras a mi hermosa madre ni ensuciar mi gentil nido. Sólo deseo indicar la verdadera posición de la naturaleza respecto al hombre, a cuyo establecimiento tiende la educación; alcanzar ese terreno es el objetivo de la vida humana, de la conexión del hombre con la naturaleza. La cultura invierte los conceptos vulgares de la naturaleza y hace que llamamos aparente a lo que suele llamarse real, y real a lo que suele llamarse visionario. Los niños, por cierto, creen en el mundo exterior. La creencia de que sólo es apariencia resulta posterior, pero con la cultura esta fe resurgirá tan firme como al principio.

La ventaja de la teoría ideal sobre la fe popular es que presenta el mundo precisamente con la visión más deseable para el espíritu. Es, de hecho, la visión que adopta la razón, tanto especulativa como práctica, es decir, la filosofía y la virtud. A la luz del pensamiento, el mundo siempre es fenoménico y la virtud lo subordina al espíritu. El idealismo ve el mundo en Dios. No contempla todo - el círculo de personas y cosas, de acciones y acontecimientos, del país y la religión - como algo dolorosamente acumulado, átomo a átomo, acto a acto, desde un pasado arcaico y renqueante, sino como un vasto cuadro que Dios pinta en la eternidad instantánea para la contemplación del alma. Por tanto, el alma se cree exenta de un estudio demasiado trivial y microscópico de la tablilla universal. Respeta demasiado el fin para sumergirse en los medios. Ve en el cristianismo algo más importante que los escándalos de la historia eclesiástica o las precisiones de la crítica; y, sin curiosidad respecto a las personas y los milagros, e indemne a los abismos de la evidencia histórica, acepta de Dios el fenómeno, según lo descubre, como la forma pura y cruda de la religión en el mundo. No se enciende y apasiona con la aparición de lo que llama su buena o mala suerte, con la unión u oposición de otras personas. Ningún hombre es enemigo suyo. Acepta cuanto ocurre como parte de su lección. Prefiere observar antes que hacer, y hace algo sólo con el fin de observar mejor.

VII. ESPÍRITU

Es esencial que una verdadera teoría de la naturaleza y el hombre contenga algo progresivo. Los usos que se agotan o pueden agotarse, y los hechos que acaban en una afirmación, no pueden constituir la única verdad de este valeroso alojamiento en que se hospeda el hombre y en que todas sus facultades se ejercitan de manera apropiada e interminable. Y todos los usos de la naturaleza admiten ser resumidos en uno que confiere a la actividad del hombre un alcance infinito. En todos los reinos, hasta los suburbios y aledaños de las cosas, se mantiene fiel a la causa a la que debe su origen. Siempre habla del espíritu. Sugiere lo absoluto. Es un efecto perpetuo. Es una gran sombra que apunta siempre al sol que hay tras nosotros.

El aspecto de la naturaleza es devoto. Como la figura de Jesús, permanece con la cabeza inclinada y las manos sobre el pecho. El hombre más feliz es el que aprende de la naturaleza la lección del culto.

El que más piensa en esa inefable esencia que llamamos espíritu es el que menos dirá. Podemos prever a Dios en los groseros y distantes fenómenos de la materia, pero cuando intentamos definirlo y describirlo, tanto la lengua como el pensamiento nos abandonan y quedamos tan desamparados como idiotas y salvajes. Esa esencia se niega a ser registrada en proposiciones, pero, una vez el hombre la ha adorado intelectualmente, el ministerio más noble de la naturaleza será presentarse como la aparición de Dios. Es el órgano a través del cual el espíritu universal habla al individuo y se esfuerza por que regrese a él.

Cuando consideramos el espíritu, entendemos que las visiones ya presentadas no incluyen toda la circunferencia del hombre. Debemos añadir algunos pensamientos relativos a ello.

La naturaleza nos plantea tres problemas. ¿Qué es la materia? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? La teoría ideal responde sólo a la primera pregunta. El idealismo ha dicho: la materia es un fenómeno, no una sustancia. El idealismo nos informa de la total disparidad entre la evidencia de nuestro ser y la evidencia del ser del mundo. Uno es perfecto, el otro, incierto; el espíritu es una parte de la naturaleza de las cosas; el mundo es un sueño divino, del que podemos despertar a las glorias y certidumbres del día. El idealismo es una hipótesis que explica la materia con principios diversos a los de la carpintería y la química. Sin embargo, aunque sólo niega la existencia de la materia, no satisface las demandas del espíritu. Deja a Dios fuera de mí. Me deja vagando sin fin en el espléndido laberinto de mis percepciones. El corazón se resiste a él, porque frustra los afectos al negarles el ser sustancial a hombres y mujeres. La naturaleza está tan impregnada de vida humana que hay algo de humanidad en todo, y en todo lo particular. Pero esta teoría vuelve la naturaleza extraña a mí y no explica la consanguinidad que reconocemos en ella.

Dejemos que perdure, pues, en el estado actual del conocimiento, como una útil

hipótesis introductoria que nos informa de la eterna distinción entre el alma y el mundo.

Pero cuando, al seguir los invisibles pasos del pensamiento, indagamos de dónde viene la materia y adónde va, se nos plantean numerosas verdades fuera de los recesos de la conciencia. Aprendemos que lo superior está presente en el alma del hombre, que la temida esencia universal, que no es la sabiduría, o el amor, o la belleza, o el poder, sino todos en uno, y cada uno por completo, es aquello por lo que todas las cosas existen y aquello por lo que son; que el espíritu crea; que tras la naturaleza, en toda ella, el espíritu está presente; siendo uno, y no compuesto, no actúa en nosotros desde fuera; por tanto, el espíritu, es decir, el ser supremo, no construye la naturaleza a nuestro alrededor, sino que la muestra en nosotros, como la vida del árbol muestra nuevas ramas y hojas a través de los poros viejos. Como una planta sobre la tierra, el hombre reposa sobre el seno de Dios; fuentes incesantes le alimentan, y obtiene, según la necesidad, poder inagotable. ¿Quién puede poner límite a las posibilidades del hombre? Una vez inhala el aire más puro, admitido en la contemplación de las naturalezas absolutas de la justicia y la verdad, sabemos que el hombre accede al ser entero del creador, es él mismo el creador en lo finito. Esta visión, que me advierte de dónde residen las fuentes de la sabiduría y el poder, y apunta a la virtud como

La llave dorada
Que abre el palacio de la eternidad¹³,

lleva sobre su rostro el supremo certificado de la verdad, porque me anima a crear mi propio mundo mediante la purificación del alma.

El mundo procede del mismo espíritu que el cuerpo del hombre. Es una encarnación de Dios más remota e inferior, una proyección de Dios en lo inconsciente. Pero difiere del cuerpo en un aspecto importante. No está sometido, como él, a la voluntad humana. No podemos violar su sereno orden. Es, por tanto, para nosotros, el expositor actual de lo divino. Es un punto fijo desde el que podemos medir nuestra separación. Cuando degeneramos, resulta más evidente el contraste entre nosotros y nuestra casa. Somos extranjeros en la naturaleza, y somos extraños ante Dios. No comprendemos las notas de los pájaros. El zorro y el ciervo huyen de nosotros; el oso y el tigre nos destrozan. No conocemos sino los usos de unas pocas plantas, como el maíz y el manzano, la patata y la vid. ¿No es el paisaje, cada destello del cual tiene grandeza, un rostro suyo? Sin embargo, esto nos demuestra la discordia entre el hombre y la naturaleza, ya que no podéis admirar libremente un paisaje noble mientras los trabajadores están cavando en el campo. El poeta encuentra algo ridículo en su goce hasta que está fuera de la vista de los hombres.

VIII. PERSPECTIVAS

Al indagar sobre las leyes del mundo y la estructura de las cosas, la razón superior es

siempre la más verdadera. Lo que parece vagamente posible resulta tan refinado, a menudo difuso y oscuro, porque yace en lo hondo de nosotros, entre verdades eternas. La ciencia empírica es capaz de nublarnos la vista y, por el conocimiento mismo de las funciones y procesos, privar al estudiante de la contemplación viril del todo. El sabio se vuelve prosaico. Pero el naturalista más versado que preste una atención devota y completa a la verdad, entenderá que le queda mucho por aprender de su relación con el mundo, y que no lo aprenderá por adición o sustracción o comparación alguna de cantidades sabidas, sino por los no aprendidos ímpetus del espíritu, por una recuperación continua de sí mismo y por una actitud completamente humilde. Advertirá que hay cualidades más excelentes en el estudiante que la precisión e infalibilidad; que una suposición es a menudo más fructífera que una afirmación indiscutible, y que un sueño puede acercarnos más al secreto de la naturaleza que cien experimentos concertados.

Porque los problemas que hay que solucionar son precisamente aquellos que omiten el fisiólogo y el naturalista. No es tan pertinente para el hombre conocer todos los individuos del reino animal como conocer el origen y dirección de esta unidad tiránica en su constitución que siempre separa y clasifica las cosas tratando de reducir lo más diverso a una forma. Cuando contemplo un hermoso paisaje, me propongo menos recitar correctamente el orden y la superposición de los estratos que saber por qué todo pensamiento de lo múltiple se pierde en el tranquilo sentido de la unidad. No puedo honrar los minuciosos detalles mientras no se sugiera una explicación de la relación entre las cosas y los pensamientos, cierta luz sobre la metafísica de las conchas, la botánica, las artes, para mostrar la relación de las formas de las flores, las veneras, los animales y la arquitectura con el espíritu, y edificar la ciencia sobre las ideas. En un gabinete de historia natural, somos conscientes de cierto reconocimiento y simpatía respecto a las formas más torpes y excéntricas de la bestia, el pez y el insecto. Al americano que ha permanecido en su propio país, que ha tenido a la vista edificios diseñados según modelos extranjeros, al entrar en York Minster o en San Pedro de Roma le sorprende la sensación de que esas estructuras también son imitaciones, débiles copias de un arquetipo invisible. Tampoco la ciencia tendrá suficiente humanidad si el naturalista omite esa maravillosa congruencia que subsiste entre el hombre y el mundo, cuyo amo es él, no porque sea el habitante más sutil, sino por ser su cabeza y corazón y descubrir algo propio en todo lo grande y pequeño, en cada estrato de la montaña, en una nueva ley del color, un hecho astronómico o una influencia atmosférica expuestos por la observación o el análisis. La captación de este misterio inspira a la musa de George Herbert, el gran salmista del siglo xvii. Los siguientes versos pertenecen a su breve poema sobre el hombre:

El hombre es todo simetría,
De proporciones lleno, un miembro con otro,
Y además con el mundo.
Cada parte puede llamar hermana a la más lejana,
La cabeza y el pie han intimado
Y ambos con la luna y las mareas.

Nada va tan lejos,
El hombre todo lo capta y apresa;
Desmontan sus ojos la estrella más alta;
En pequeño es toda la esfera.
Alegremente curan las hierbas nuestra carne,
Porque allí son conocidas.

Por nosotros sopla el viento,
Descansa la tierra, se mueve el cielo, manan las fuentes;
Cuanto vemos implica un bien,
Un placer, o un tesoro;
El todo es nuestro recipiente de comida
O una sala de placer.

Las estrellas nos llevan al lecho:
La noche corre el telón, el sol lo alza.
La música y la luz acompañan a la cabeza.
Todo es amable con nuestra carne,
En su descenso y su ser; con nuestro espíritu
En su ascenso y causa.

Más criados de los que nunca sabrá
Esperan al hombre. En toda senda
Pisa aquello que le aliviará
Cuando enferme y palidezca.
¡Oh poderoso amor! El hombre es un mundo
Y posee otro a su lado.

La percepción de estas verdades funda la atracción que lleva a los hombres a la ciencia, pero al atender a los medios se pierde de vista el fin. A la vista de esa miopía de la ciencia, aceptamos la afirmación de Platón: «La poesía se aproxima más a la verdad vital que la historia.» Toda suposición y vaticinio merece ser tomada en cuenta, pues aprendemos a preferir teorías imperfectas y afirmaciones que contienen atisbos de la

verdad antes que sistemas digeridos que carecen de una sola sugerencia valiosa. El escritor versado advertirá que se responde mejor a los fines del estudio y la composición con el anuncio de regiones vírgenes del pensamiento y con la esperanzada comunicación de una nueva actividad al espíritu aletargado.

Concluiré este ensayo, por tanto, con algunas tradiciones del hombre y la naturaleza que cierto poeta me recitó; como siempre han existido en el mundo y tal vez se le presenten de nuevo a todo bardo, pueden ser tanto historia como profecía.

Los fundamentos del hombre no están en la materia, sino en el espíritu. Pero el elemento del espíritu es la eternidad. A su juicio, por tanto, la serie de acontecimientos más larga, la más antigua cronología, es joven y reciente. En el ciclo del hombre universal, del que proceden los individuos conocidos, los siglos son puntos y toda la historia no es sino una época de degradación.

Repudiamos y negamos interiormente la simpatía con la naturaleza. Admitimos y despreciamos alternativamente nuestra relación con ella. Como Nabucodonosor, somos destronados y privados de la razón, y comemos hierba como asnos. Pero ¿quién puede poner límites al fuerte remedio del espíritu?

El hombre es un dios en ruinas. Cuando los hombres sean inocentes, la vida se alargará y se volverán inmortales tan suavemente como al despertar de un sueño. El mundo se volvería loco y rabioso si esta desorganización durara cientos de años. Le ponen freno la muerte y la infancia. La infancia es el perpetuo Mesías que llega a los brazos de los hombres caídos y les ruega volver al paraíso.

El hombre es su propio enano. Una vez quedó impregnado y disuelto por el espíritu. Llenó la naturaleza con sus abundantes corrientes. De él surgían el sol y la luna; del hombre, el sol; de la mujer, la luna. Las leyes de su espíritu, los períodos de sus acciones se exteriorizaban en el día y la noche, en el año y las estaciones. Pero, al haberse fabricado esa enorme concha, sus aguas se han retirado; ya no llena las venas y capilares; ha encogido hasta ser una gota. Ve que aún puede ajustarse a la estructura, pero le queda colosal. Decid más bien que una vez se ajustó a ella, y ahora le queda grande de lejos y a lo alto. Adora tímidamente su propio trabajo. El hombre es ahora el seguidor del sol, y la mujer la seguidora de la luna. Sin embargo, a veces se despierta de su somnolencia y se asombra de sí mismo y de su casa, y medita extrañamente sobre la semejanza entre él y ella. Advierte que si la ley aún importa, si aún tiene un poder elemental, si su palabra aún destella en la naturaleza, no se trata de un poder consciente, no está por debajo, sino por encima de su voluntad. Se trata del instinto.

Así canta mi poeta órfico14

Hoy en día, el hombre aplica a la naturaleza la mitad de su fuerza. Trabaja en el mundo sólo con el entendimiento. Vive en él y lo domina escatimoso; y el que más trabaja en él es hombre sólo a medias, y mientras sus brazos son fuertes y su digestión buena, su espíritu se embrutece y se vuelve un salvaje egoísta. Su relación con la naturaleza, su poder sobre ella están mediados por el entendimiento, como si fuera abono: así ocurre con el uso económico del fuego, el viento, el agua, y la aguja del marino; con el vapor, el carbón, la agricultura química; con las curas del cuerpo humano por parte del dentista y el cirujano. Recupera el poder como un rey destronado que comprara su territorio pulgada a pulgada, en vez de saltar de una vez sobre el trono. Mientras tanto, en la completa oscuridad, no hay destellos de luz nueva, ejemplos ocasionales de la acción del hombre sobre la naturaleza con toda su fuerza, tanto con la razón como con el entendimiento. Tales ejemplos serían las tradiciones milagrosas en la antigüedad de todas las naciones, la historia de Jesucristo, los logros de un principio, como en las revoluciones políticas y religiosas y en la abolición del tráfico de esclavos, los milagros del entusiasmo, como los mencionados por Swedenborg, Hohenlohe y los Agitadores, muchos hechos oscuros y ya discutidos, bajo la denominación de magnetismo animal; la oración, la elocuencia, la curación de sí mismo y la sabiduría de los niños. Éstos son ejemplos en que la razón ase momentáneamente el cetro: ejercicios de un poder que no existe en el tiempo o el espacio, de un poder instantáneo, interior y provocador. La diferencia entre la fuerza actual e ideal del hombre ha sido felizmente retratada por los eruditos al decir que el conocimiento del hombre es un conocimiento vespertino, vespertina cognitio, mientras que el de Dios es un conocimiento matutino, matutina cognitio.

El problema de devolver al mundo su belleza original y eterna se resuelve con la redención del alma. La ruina o el vacío que vemos cuando miramos la naturaleza están en nuestros ojos. El eje de la visión no coincide con el eje de las cosas, de modo que no parecen transparentes, sino opacas. La razón por la que al mundo le falta unidad y está roto y despedazado es que el hombre está separado de sí mismo. No podrá ser un naturalista hasta que no satisfaga todas las demandas del espíritu. El amor es una demanda tanto como la percepción. En efecto, uno no puede ser perfecto sin la otra. En el sentido pleno de la palabra, el pensamiento es devoto y la devoción es un pensamiento. Lo profundo llama a lo profundo. Pero en la vida actual no se celebra el matrimonio. Hay hombres inocentes que adoran a Dios según la tradición de sus padres, pero su sentido del deber no se ha extendido al uso de todas sus facultades. Y hay naturalistas pacientes, pero congelan la materia a la luz invernal de su entendimiento. ¿No es también la oración un estudio de la ver dad, una salida del alma al infinito desconocido? Ningún hombre ha rezado de corazón sin aprender algo. Cuando un pensador fiel, decidido a separar todo objeto de las relaciones personales, y a verlo a la luz del pensamiento, encienda al mismo tiempo la ciencia con el fuego de los afectos

más sagrados, entonces Dios se presentará de nuevo en la creación.

No necesitará, si está preparado para el estudio, ir en busca de objetos. La marca invariable de la sabiduría es ver lo milagroso en lo común. ¿Qué es un día? ¿Qué es un año? ¿Qué es el verano? ¿Qué es la mujer? ¿Qué es un niño? ¿Qué es el sueño? Para nuestra ceguera, estas cosas parecen inanes. Elaboramos fábulas para ocultar la desnudez del hecho y adecuarlo, digamos, a la ley superior del espíritu. Pero cuando vemos el hecho a la luz de la idea, la alegre fábula se desvanece hasta consumirse. Contemplamos la auténtica ley superior. Para el sabio, por tanto, un hecho es verdadera poesía y la más hermosa de las fábulas. Estas maravillas están a nuestras puertas. También vosotros sois hombres. Conocéis al hombre y la mujer, y su vida social, la pobreza, el trabajo, el sueño, el temor, la fortuna. Sabed que ninguna de estas cosas es superficial, sino que cada fenómeno tiene sus raíces en nuestras facultades y afectos. Mientras la inteligencia se ocupa de la cuestión abstracta, la naturaleza os la trae concretamente, para que la resolváis con las manos. Sería una indagación delicada comparar nuestra historia cotidiana, punto por punto, en especial en crisis destacadas de la vida, con la aparición y progreso de las ideas.

Así llegaremos a ver el mundo con una nueva mirada. Responderá a la indagación interminable de la inteligencia - ¿qué es la verdad? - y de los afectos - ¿qué es lo bueno? - mostrándose pasivo ante la voluntad educada. Entonces ocurrirá lo que mi poeta decía:

La naturaleza no es fija, sino fluida. El espíritu la altera, la moldea, la fabrica. La inmovilidad o aspereza de la naturaleza es la ausencia del espíritu; para el espíritu puro, es fluida, es volátil, es obediente. Todo espíritu se construye una casa y, más allá de la casa, un mundo y, más allá del mundo, un cielo. Entiende, pues, que el mundo existe para ti. El fenómeno es perfecto para ti. Sólo podemos ver lo que somos. Cuanto tuvo Adán, cuanto pudo César, tú lo tienes y puedes. Adán llamó a su casa cielo y tierra; César llamó a su casa Roma; tal vez la tuya se llame el taller del zapatero, cien acres de tierra de cultivo o la buhardilla del escolar. Sin embargo, línea a línea, punto por punto, tu dominio es tan grande como el suyo, aunque sin hermosos nombres. Construye, pues, tu propio mundo. Tan pronto como adecues tu vida a la idea pura que has concebido, desplegará sus grandes proporciones. Una revolución correspondiente en las cosas acompañará a la afluencia del espíritu. De pronto se desvanecerán las apariencias desagradables, el cerdo, las arañas, las serpientes, la peste, los manicomios, las prisiones, los enemigos; son pasajeros y desaparecerán. El sol secará, y el viento barrerá, lo sórdido y mugriento de la naturaleza. Así como el verano asciende del sur y derrite las lomas nevadas y el rostro de la tierra reverdece, el espíritu avanzado creará sus ornamentos a lo largo del camino y llevará consigo la belleza que visita y la canción que le encanta; arrastrará en su marcha rostros hermosos, corazones cálidos, palabras sabias y actos heroicos, y el mal desaparecerá. El reino del hombre sobre la naturaleza, que no proviene de la observación - un dominio que ahora supera su sueño de Dios-, sobrevendrá sin asombro, así como el ciego nota que recupera gradualmente la vista.

OTROS ESCRITOS DE JUVENTUD

El escolar americano*

Discurso pronunciado ante la Phi Beta Kappa Society en Cambridge, Massachusetts, el 31 de agosto de 1837. Con el título *An Oration Delivered before the Phi Beta Kappa Society, at Cambridge, August, 1837*, circularía en forma de panfleto desde septiembre de ese mismo año y en una nueva edición en febrero de 1838. El título de «The American Scholar» (El escolar americano) apareció por primera vez en la edición de 1849.

Señor presidente, caballeros:

Os saludo al retomar nuestro curso literario. El nuestro es un aniversario de esperanza y menos, tal vez, de trabajo. No nos reunimos para celebrar juegos de fuerza o habilidad, como los antiguos griegos; para encuentros de amor y poesía, como los trovadores, ni para el avance de la ciencia, como nuestros contemporáneos en la capital británica y en las europeas. De lejos, nuestra fiesta es simplemente una señal amistosa de la supervivencia del amor a las letras en un pueblo demasiado ocupado para darle nada más a las letras. En sí misma es algo precioso como señal de un instinto indestructible. Tal vez sea el momento, cuando toca, de ser algo más; de que la perezosa inteligencia de este continente mire desde debajo de sus párpados de hierro y cumpla las expectativas aplazadas del mundo con algo mejor que la exhibición de su habilidad mecánica. Nuestro día de dependencia, nuestro largo aprendizaje de las enseñanzas de otras tierras, ha terminado. Los millones que a nuestro alrededor se apresuran a vivir ya no pueden alimentarse de los secos restos de cosechas ajenas. Se suceden acontecimientos y acciones que han de ser cantados, que cantarán por sí mismos. ¿Quién duda de que la poesía revivirá y regirá en una nueva época, como la estrella de la constelación de la Lira que ahora brilla en nuestro cenit y que, según los astrónomos, será un día la estrella polar durante mil años?

A la luz de esta esperanza, acepto el motivo, que no sólo la costumbre, sino la naturaleza que nuestra asociación parece prescribirle a este día: el escolar americano. Año tras año venimos aquí a leer un nuevo capítulo de su biografía. Investiguemos qué luz han arrojado sobre su carácter, sus deberes y sus esperanzas los nuevos días y acontecimientos.

Es una de aquellas fábulas, que desde una antigüedad desconocida aportan una sabiduría inesperada, que los dioses, al principio, dividieron al hombre en hombres para que fuera más valioso para sí mismo, igual que la mano se dividió en dedos para servir mejor a su propósito.

La vieja fábula encubre una doctrina aún más nueva y sublime: que hay un hombre,

presente en todos los hombres particulares sólo de una manera parcial o mediante alguna facultad, y que debemos aceptar toda la sociedad para encontrar al hombre completo. El hombre no es granjero, ni profesor, ni ingeniero, sino todo. El hombre es sacerdote, y escolar, y estadista, y productor, y soldado. En el estado social o dividido, esas funciones se reparten entre los individuos, cada uno de los cuales se limita a hacer su parte del trabajo conjunto, mientras los demás hacen la suya. La fábula implica que, para poseerse a sí mismo, el individuo ha de volver de su trabajo para abrazar a los demás trabajadores. Pero, por desgracia, esa unidad original, esa fuente de poder, se ha distribuido hasta tal punto entre las multitudes, se ha subdividido y diseminado tan minuciosamente, que no hay modo de reunirla. Los miembros del estado social han sufrido la amputación del tronco y andan pavoneándose como monstruos andantes: un buen dedo, un cuello, un estómago, un codo, pero no un hombre.

El hombre se ha metamorfoseado en una cosa, en muchas cosas. Al plantador, que es el hombre enviado a los campos a procurar el alimento, no le alegra la idea de la verdadera dignidad de su ministerio. Contempla su cesto y su carreta, sin ver más allá, y se hunde en el granjero, en lugar del hombre en la granja. El mercader no le concede un valor ideal a su trabajo, llevado por la rutina de su oficio, porque el alma está sometida a los dólares. El sacerdote se convierte en un rito, el abogado en un estatuto, el mecánico en una máquina, el marinero en la soga de un barco.

En esta distribución de funciones, el escolar es la inteligencia delegada. En el estado verdadero sería el hombre que piensa. En el estado degenerado, víctima de la sociedad, tiende a ser un mero pensador o, aún peor, el loro del pensamiento de otros hombres.

Toda la teoría de su oficio se encuentra en esta perspectiva del escolar como hombre que piensa. La naturaleza le solicita, placenteramente, todas sus imágenes ejemplares. El pasado le instruye. El futuro le invita. ¿No es, de hecho, todo hombre un estudiante y no existen todas las cosas para provecho del estudiante? ¿No es, al cabo, el verdadero escolar el verdadero maestro? Pero, como dice el viejo oráculo, «todas las cosas tienen dos partes; cuidado con la errónea». En la vida, demasiado a menudo, el escolar yerra con la humanidad y echa a perder su privilegio. Veámoslo en su escuela y observémoslo en referencia a las principales influencias que recibe.

I. La primera en el tiempo y la primera en importancia de las influencias que recibe es la de la naturaleza. Cada día el sol y, tras el atardecer, la noche y sus estrellas. El viento que sopla, la hierba que crece. Cada día, hombres y mujeres que conversan, que miran y son vistos. El escolar asiste con añoranza y admiración a este espectáculo. Ha de darle su valor. ¿Qué es la naturaleza para él? No hay un principio, no hay un final a la inexplicable continuidad de esta trama de Dios, sino un poder circular que vuelve siempre a sí mismo. En ello encuentra el parecido con su propio espíritu, cuyo principio, cuyo final no encuentra, tan íntegro e ilimitado. Lejos, también, mientras dura su esplendor, un sistema irradiante tras otro, arriba, abajo, sin centro, sin circunferencia; en

la masa y en la partícula, la naturaleza se apresura a rendir cuentas. Empieza la clasificación. Para el joven, todo es individual y se sostiene por sí mismo. Poco a poco aprende a unir dos cosas y ve en ellas una sola naturaleza; luego tres, luego tres mil, hasta que, tiranizado por su propio instinto unificador, sigue vinculando cosas, reduciendo las anomalías, descubriendo raíces que corren bajo la superficie y que dan coherencia a cosas contrarias y remotas, que florecen en el tallo. Se da cuenta de que, desde el alba de la historia, ha habido una constante acumulación y clasificación de hechos. Pero ¿qué es la clasificación sino la percepción de que esos objetos no son caóticos, ni foráneos, sino que siguen una ley que también es una ley para el hombre? El astrónomo descubre que la geometría, pura abstracción humana, es la medida del movimiento planetario. El químico encuentra proporciones y un método inteligible en la materia, y la ciencia no es otra cosa que el hallazgo de la analogía, de la identidad en las partes más remotas. El alma ambiciosa se sitúa ante cada hecho refractario; una tras otra reduce las constituciones extrañas, los nuevos poderes, a su clase y ley, y sigue animando hasta la última fibra de organización, en las afueras de la naturaleza, por medio de la intuición.

A él, a ese muchacho bajo la bóveda del día, se le sugiere que él y la naturaleza proceden de una raíz; una es la hoja y el otro la flor; la relación, la simpatía recorren cada vena. ¿Qué es esa raíz? ¿No es el alma de su alma? Un pensamiento demasiado osado, un sueño demasiado salvaje. Sin embargo, cuando esa luz espiritual haya revelado la ley de naturalezas más terrenales, cuando haya aprendido a rendirle culto al alma y a ver que la filosofía natural que ahora existe es sólo una insinuación de su gigantesca mano, mirará hacia delante hacia un conocimiento que se extiende cada vez más hasta convertirse en creador. Verá que la naturaleza es lo opuesto del alma y se corresponde a ella parte a parte. Una es el sello y la otra la impresión. La belleza de la naturaleza es su propia belleza. Sus leyes son sus propias leyes. La naturaleza se convierte en la medida de sus logros. Lo que no sepa de la naturaleza equivale a lo que no posea de sí mismo. Al cabo, el antiguo precepto, «Conócete a ti mismo», y el precepto moderno, «Estudia la naturaleza», se convierten en una sola máxima.

II. La siguiente gran influencia en el espíritu del escolar es el pasado, en cualquier forma, sea la literatura, el arte, las instituciones, en que se inscriba. Los libros son el mejor ejemplo de la influencia del pasado, y tal vez sepamos la verdad -y conozcamos la extensión de su influencia de un modo más adecuado - al considerar su valor.

La teoría de los libros es noble. El escolar recibió al principio el mundo que le rodeaba; se nutrió de él; le dio la nueva disposición de sí mismo y lo puso en circulación. Llegó a él como vida y salió de él como verdad. Llegó a él en forma de acciones efímeras y salió de él en forma de pensamientos inmortales. Llegó a él como una ocupación y salió de él como poesía. Era un hecho pasado; ahora es un pensamiento ágil. Se sostiene y sigue. Perdura, vuela, inspira. En proporción a la profundidad mental de la que sale, se remonta y canta.

Podría decir que depende del punto al que haya llegado el proceso de transmutar la vida en verdad. Si la destilación es completa, lo será la pureza e inalterabilidad del producto. Pero ninguno es tan perfecto. Igual que ninguna burbuja de aire puede lograr un vacío perfecto, ningún artista puede excluir por completo lo convencional, lo local, lo perecedero de su libro, ni escribir un libro de pensamiento puro tan eficiente en todos los aspectos para una remota posteridad como lo es para sus contemporáneos o para una segunda época. Cada época debe escribir sus propios libros, o más bien cada generación para la siguiente. Los libros de un período más antiguo no le sirven.

Sin embargo, se da aquí una grave equivocación. El carácter sagrado del acto de la creación - el acto de pensamiento - se transfiere instantáneamente al registro. El poeta en su canto fue considerado un hombre divino. En consecuencia lo es también el canto. El escritor era un espíritu preciso y sabio. En consecuencia, se dice que el libro es perfecto, igual que el amor al héroe se corrompe en la adoración de su estatua. El libro se vuelve nocivo al instante. El guía es un tirano. Buscábamos a un hermano y de repente encontramos a un gobernante. La multitud perezosa y perversa, siempre reacia a aceptar las incursiones de la razón, una vez las acepta, una vez recibe el libro, se apoya en él y arma un alboroto si se le desacredita. Las universidades se levantan sobre el libro. Los pensadores, no el hombre que piensa, escriben libros sobre el libro; hombres de talento, es decir, que empiezan mal, que parten de dogmas establecidos y no de sus propios principios. Débiles jóvenes que crecen en las bibliotecas y consideran su deber aceptar las opiniones de Cicerón, de Locke, de Bacon, olvidándose de que Cicerón, Locke y Bacon eran sólo jóvenes en las bibliotecas cuando escribieron sus libros.

Así, en lugar del hombre que piensa, tenemos a la rata de biblioteca. Así, la clase de instruidos en los libros, que valora los libros por sí mismos, no en relación con la naturaleza y la constitución humana, sino como una especie de tercer estado junto al mundo y el alma. Así, los restauradores de lecturas, los enmendadores, los bibliomaniacos de todas clases.

Esto es malo, peor de lo que parece. Bien usados, los libros son lo mejor que hay; si se abusa de ellos, lo peor. ¿Cuál es su uso correcto? ¿Cuál es el único fin que todos los medios buscan? No tratan sino de inspirar. Preferiría no haber visto nunca un libro que desviarme de mi órbita a causa de su atracción, y convertirme en satélite en lugar de ser un sistema. Lo único que tiene valor en el mundo es el alma activa, el alma libre, soberana, activa. Todos los hombres tienen derecho a ella; todos los hombres la albergan, aunque en casi todos esté obstruida y casi no haya nacido. El alma activa ve la verdad absoluta, y dice la verdad o la crea. En esa acción, es el genio; no un privilegio, aquí y allá un favorito, sino el estado sano de cualquier hombre. En su esencia, es progresiva. El libro, la universidad, la escuela de arte, cualquier institución, se detienen ante cualquier asomo de genio. Esto es bueno, dicen; apoyémonos aquí. El libro, la universidad, la institución me sostienen. Miran atrás, no hacia delante. Pero el genio siempre mira hacia delante. Los ojos del hombre están en su frente, no en la nuca. El

hombre espera. El genio crea. Crear, crear, es la prueba de una presencia divina. Cualquiera que sea su talento, si el hombre no crea, el efluvio puro de la deidad no es suyo: habrá ceniza y humo, pero no llama. Hay modales creativos, acciones creativas y palabras creativas: modales, acciones, palabras que no indican costumbre ni autoridad, sino brotes espontáneos del sentido humano de lo que es bueno y hermoso.

De otro modo, en lugar de ser su propio vidente, el hombre recibe de otro su verdad, aunque sea en torrentes de luz, sin períodos de soledad, búsqueda y recuperación, y se le hace un mal favor. El genio es siempre el enemigo del genio por un exceso de influencia. La literatura de cualquier nación me tiene de testigo. Los poetas dramáticos ingleses han shakespearizado durante doscientos años.

Sin duda hay un modo adecuado de leer, estrictamente subordinado. El hombre que piensa no ha de estar sometido a sus instrumentos. Los libros son para el momento de ocio del escolar. Cuando puede leer a Dios directamente, la hora es demasiado preciosa para perderla en las transcripciones de las lecturas de otros. Pero cuando se producen los intervalos de oscuridad, que no faltan nunca, cuando el alma no ve, cuando el sol se esconde y las estrellas no brillan, recurrimos a las lámparas encendidas para que sus rayos nos guíen de nuevo hacia el este, por donde amanece. Oímos para poder hablar. El proverbio árabe dice: «Una higuera frente a otra higuera da sus frutos.»

Es curioso el placer que obtenemos de los mejores libros. Imprimen en nosotros la convicción de que una misma naturaleza escribe y lee. Leemos los versos de alguno de los mejores poetas ingleses, Chaucer, Marvell, Dryden, con el mayor goce moderno, con un placer causado en gran parte por la abstracción de cualquier época de sus versos. Hay cierto espanto mezclado en el goce de nuestra sorpresa cuando este poeta, que vivió en un mundo pasado, hace doscientos o trescientos años, dice lo que está más cerca de mi alma, lo que yo podría haber pensado y dicho. Pero, como prueba de la doctrina filosófica de la identidad de todas las almas, habríamos de suponer una armonía preestablecida, la previsión de almas por venir y una preparación para sus necesidades futuras, como el hecho observado en los insectos, que almacenan la comida antes de morir para las larvas que no verán nunca.

Ni el amor del sistema ni la exageración de los instintos me llevan a menospreciar el Libro. Sabemos que, igual que el cuerpo humano puede alimentarse con cualquier cosa, aunque sea hierba hervida y suela de zapatos, el alma puede alimentarse de cualquier conocimiento. Ha habido grandes y heroicos hombres que no tenían otra información que la página impresa. Sólo añadiría que hace falta una firme cabeza para soportar esa dieta. Hay que ser un inventor para leer bien. Como dice el proverbio, «quien quiera traer a casa la riqueza de las Indias debe cargar con la riqueza de las Indias». Hay una lectura creativa como hay una escritura creativa. Cuando el alma se forja en el trabajo y la invención, la página de cualquier libro es tan grande como el mundo. Entonces vemos lo que siempre es cierto, que igual que la hora de visión del vidente es breve y rara entre

los pesados días y meses, su recuerdo es, tal vez, la parte menor de su volumen. El hombre capaz de discernir leerá en su Platón o en su Shakespeare sólo aquella parte menor - sólo las auténticas expresiones del oráculo-, y desechará lo demás, como si hubiera ya bastante de Platón y Shakespeare.

Por supuesto, hay una cantidad de lecturas indispensable para un sabio. Debe aprender la historia y las ciencias mediante una laboriosa lectura. Las universidades, de igual modo, tienen su cometido indispensable: enseñar lo elemental. Pero sólo pueden servirnos de un modo superior cuando no tratan de inculcar, sino de crear; cuando reúnen de lejos cada rayo de genios diversos en sus hospitalarias aulas y, concentrando el fuego, encienden el corazón de sus jóvenes. El pensamiento y el conocimiento son naturalezas en las que el aparato y la pretensión no sirven de nada. Las togas, y las fundaciones pecuniarias, aunque en ciudades de oro, no valen lo que la menor sentencia o sílaba de ingenio. Olvidaos de eso y todas nuestras universidades americanas retrocederán en importancia pública mientras se hacen más ricas cada día.

III. Circula por el mundo la idea de que el escolar habría de ser un recluso, un enfermo, incapaz de cualquier trabajo manual o empleo público, como una navaja en comparación con un hacha. Los supuestos «hombres prácticos» se ríen de los hombres especulativos como si, debido a que especulan o ven, no pudieran hacer nada. He oído decir que a los clérigos - que siempre han sido, más que ninguna otra clase, los escolares de su época - les habla como a las mujeres, que la conversación ruda, espontánea de los hombres no es para sus oídos, sino una forma de hablar remilgada y diluida. Se los priva de derechos con frecuencia y, de hecho, abogan por su celibato. En la medida en que esto sea cierto de la clase estudiosa, no es justo ni sensato. La acción es subordinada en el escolar, pero esencial. Sin ella no sería un hombre. Sin ella, el pensamiento no puede madurar en la ver dad. Mientras el mundo cuelgue ante los ojos como una nube de belleza, no podremos ver su belleza. La inacción es cobardía, pero no podría haber ningún escolar que no fuera heroico. El preámbulo del pensamiento, la transición por la que pasa de lo inconsciente a lo consciente, es acción. Sólo sé en la medida en que he vivido. Sabemos en seguida qué mundos están llenos de vida y cuáles no.

El mundo, esa sombra del alma, u otro yo, se extiende alrededor. Sus atractivos son las llaves que abren mis pensamientos y me permiten conocerme. Me apresuro hacia ese tumulto bullicioso. Estrecho las manos de quienes están a mi lado y ocupo mi lugar para sufrir y trabajar, guiado por el instinto de que así el mudo abismo tendrá voz. Hago pedazos su orden, disipo su temor, dispongo de él en el circuito de mi vida expansiva. Sólo conozco la vida por experiencia en la medida en que he conquistado el desierto y lo he cultivado, o extendido mi ser, mi dominio. No veo por qué habría nadie de ahorrarse, para velar por sus nervios y su sueño, una acción en la que pudiera participar. Serían perlas y rubíes en su discurso. El trabajo monótono, la desgracia, la exasperación, la necesidad instruyen en elocuencia y sabiduría. El verdadero escolar lamenta cada oportunidad de acción que deja pasar como una pérdida de poder.

La acción es la materia prima con la que la inteligencia moldea sus espléndidos productos. Un proceso extraño, por el que la experiencia se convierte en pensamiento, como una hoja de morera se convierte en seda. La manufactura no se detiene nunca.

Las acciones y acontecimientos de nuestra infancia y juventud son ahora materia de una observación más tranquila. Son hermosas imágenes en el aire. No es así con nuestras acciones recientes, con las ocupaciones que ahora llevamos entre manos. No somos capaces de especular al respecto. Nuestros afectos aún circulan por ellas. En cuanto sentimos o sabemos algo, sentimos los pies, o la mano, o el cerebro de nuestro cuerpo. El nuevo hecho es una parte de la vida, sigue estando durante un tiempo inmerso en nuestra vida inconsciente. En alguna hora de contemplación, se separa de la vida como una fruta madura para convertirse en pensamiento. En seguida se eleva, transfigurado; lo corruptible ha dejado de serlo. Ahora será un objeto de belleza, por inferiores que sean su origen y circunstancias. Observad la imposibilidad de adelantarnos a este hecho. En su estado larvario, no puede volar, no puede brillar; es una larva torpe. Pero, de repente, sin darnos cuenta, desarrolla alas hermosas y es un ángel de sabiduría. No hay un hecho, un acontecimiento de nuestra historia personal que antes o después no pierda su forma inerte y nos sorprenda remontándose desde nuestro cuerpo hasta el empíreo. La cuna y la infancia, la escuela y el campo de juegos, el temor de los muchachos, los perros, la férula, el amor de las doncellas y las grosellas, y muchas otras cosas que una vez llenaron el cielo, han desaparecido; el amigo y el pariente, la profesión y el partido, la ciudad y el país, la nación y el mundo aún deben elevarse y cantar.

Por supuesto, quien haya puesto toda su fuerza en acciones adecuadas obtendrá el mayor rendimiento de sabiduría. No me apartaré de este globo de acciones ni trasplantaré un roble en un macizo de flores, para que adolezca y se incline, ni confiaré en los ingresos de una sola facultad, ni agotaré una vena de pensamiento, como aquellos saboyanos que, ganándose la vida con la talla de pastores y pastoras, y holandeses con pipa, para toda Europa, fueron un día a la montaña para procurarse la madera y descubrieron que habían cortado hasta el último de sus pinos. Hay muchos autores que escriben hasta agotar su inspiración y que, llevados por una encomiable prudencia, navegan a Grecia o Palestina, siguen al trampero por la pradera o vagabundean por Argelia para colmar su reserva de mercancías.

Aunque sólo fuera por el vocabulario, el escolar estaría ávido de acción. La vida es nuestro diccionario. Los años están bien empleados en las labores del campo, en la ciudad, inmiscuidos en el comercio y la manufactura, en franco intercambio con muchos hombres y mujeres, en la ciencia, en el arte, con el fin de dominar todos los hechos en una lengua con la que ilustrar y dar cuerpo a nuestras percepciones. Capto enseguida en cualquier orador cuánto ha vivido por la pobreza o esplendor de su discurso. La vida yace a nuestras espaldas como la cantera de donde extraemos las losas y los remates para la construcción. Éste es el modo de aprender la gramática. Las universidades y los libros se limitan a copiar la lengua que los campos y los patios de trabajo producen.

Pero el valor final de la acción, como el de los libros, y superior al de los libros, consiste en ser un recurso. Conocemos el gran principio de la ondulación en la naturaleza, que se muestra en la aspiración y expiración del aliento, en el deseo y la saciedad, en el flujo de las mareas, en el día y la noche, en el calor y el frío, y aún más en cada átomo y cada fluido, con el nombre de polaridad: esos «ajustes de transmisión y reflexión», como Newton los llamó, son la ley de la naturaleza porque son la ley del espíritu.

Pensamos, actuamos, y cada ajuste reproduce el otro. Cuando el artista agota su material, cuando la fantasía ya no pinta, cuando ya no capta los pensamientos y los libros son un fastidio, aún tiene el recurso de vivir. El carácter es superior a la inteligencia. Pensar es la función. Vivir es el funcionario. La corriente se remonta a su fuente. Un alma grande tendrá fuerzas para vivir tanto como para pensar. ¿Carece de órgano o medio para impartir sus verdades? El artista puede retomar esta fuerza elemental de vivir esas verdades. Es un acto total. Pensar es un acto parcial. Que la grandeza de la justicia brille en sus asuntos. Que la belleza del afecto alegre su humilde techo. Aquéllos que están «lejos de la fama» y habitan y actúan con él sentirán la fuerza de su constitución en los hechos y momentos del día mejor de lo que podría medirse por un ejercicio público y previsto. El tiempo le enseñará que el escolar no pierde el tiempo en que el hombre vive. De ahí brota la semilla sagrada de su instinto, a salvo de la influencia. Lo que se pierde en decoro se gana en fortaleza. El gigante propicio que destruirá lo viejo o edificará lo nuevo no proviene de aquéllos en quienes los sistemas de educación han agotado su cultura, sino que Alfredo y Shakespeare resultan de la insólita naturaleza salvaje, de los terribles druidas y berserkirs.

Por ello oigo con placer lo que empieza a decirse de la dignidad y la necesidad del trabajo de cualquier ciudadano. Aún hay virtud en la azada y el arado en manos doctas e indoctas. El trabajo es bien recibido en cualquier parte; siempre estamos invitados a trabajar, con esta salvedad: que nadie sacrificará una opinión, en aras de una actividad mayor, a los juicios y modos de actuación populares.

He hablado de la educación del escolar por medio de la naturaleza, de los libros y de la acción. Queda algo por decir de sus deberes.

Lo son del hombre que piensa. Pueden resumirse en la confianza en sí mismo'. El oficio del escolar es alegrar, elevar y guiar a los hombres mostrándoles los hechos en medio de las apariencias. Desempeña la lenta, inadvertida e impagada tarea de la observación. Flamsteed y Herschel, en sus observatorios de cristal, catalogan las estrellas con las alabanzas de los hombres y, al ser espléndidos y útiles los resultados, tienen asegurado el mérito. Pero quien, en su observatorio privado, cataloga oscuras y nebulosas estrellas de la mente humana, en las que nadie ha reparado - observando durante días y meses, a veces, para anotar algunos hechos que corrigen sus antiguos registros-, debe renunciar al reconocimiento y la fama inmediata. En el largo período de

su preparación, revelará a menudo su ignorancia e incapacidad para las artes populares e incurrirá en el desprecio de los expertos, que lo relegarán. Balbuceará al hablar y a menudo antepondrá los muertos a los vivos. Aún peor, tendrá que aceptar, con demasiada frecuencia, la pobreza y la soledad. A la facilidad y el placer de seguir el camino trillado, aceptar las modas, la educación, la religión de la sociedad, prefiere la cruz de seguir su camino y aceptar, por supuesto, la abnegación, el descorazonamiento, la recurrente incertidumbre y pérdida de tiempo que son las ortigas y enredaderas en el camino de la confianza en sí mismo y en su propia dirección, y el estado de hostilidad virtual en el que parece encontrarse en sociedad, especialmente en la sociedad educada. ¿Qué compensación hay para todas esas pérdidas y desprecio? Ha de encontrar consuelo en ejercer las más elevadas funciones de la naturaleza humana. Es él quien se eleva por encima de las consideraciones personales y respira y vive entre pensamientos públicos e ilustres. Él es el ojo del mundo. Es el corazón del mundo. Ha de resistir la prosperidad vulgar que retrocede hasta la barbarie por medio de la preservación y la comunicación de sentimientos heroicos, biografías nobles, versos melodiosos y las conclusiones de la historia. Cualesquiera que sean los oráculos que el corazón humano, en todas las emergencias, en todas las horas solemnes, haya pronunciado para comentar el mundo de las acciones, el escolar los habrá recibido e impartido. Cualquiera que sea el nuevo veredicto que la razón dicte desde su inviolable sede sobre los hombres y acontecimientos efímeros, el escolar lo oirá y lo promulgará.

Siendo éstas sus funciones, le corresponde sentir la confianza en sí mismo y no inclinarse nunca ante el clamor popular. El escolar, y sólo él, conoce el mundo. El mundo de cualquier momento es mera apariencia. Cierta gran decoro, el fetiche de un gobierno, un comercio efímero, o la guerra, o el hombre, son vitoreados por media humanidad y vituperados por la otra media, como si todo dependiera de ese particular toma y daca. Lo extraño es que la cuestión no merece la menor atención que el escolar haya prestado a la controversia. Que no abandone su creencia de que una pistola de aire comprimido es una pistola de aire comprimido, aunque los honorables ancianos de la tierra digan que se trata del Juicio Final. En silencio, con determinación, en su severa abstracción, el escolar se sostiene solo; añade una observación a otra, a pesar del descuido, a pesar del reproche, y espera su oportunidad, feliz por sentir la satisfacción de haber visto hoy verdaderamente algo. El éxito sigue a cada paso correcto. El instinto le lleva a decirle a su hermano lo que piensa. Se da cuenta de que al descender a sus propios secretos, ha descendido a los secretos de todos. Se da cuenta de que quien sigue una ley en sus pensamientos, dominará en la misma medida a los hombres cuya lengua habla y a aquéllos a cuya lengua puede traducirse la suya. El poeta que, en completa soledad, recuerda sus pensamientos espontáneos y los registra, descubre que ha registrado lo que los habitantes de pobladas ciudades consideran que también es cierto. El orador desconfía al principio de que su franca confesión sea adecuada, hasta que descubre que es el complemento de sus oyentes, que beben sus palabras porque colma para ellos su naturaleza. Cuanto más excave en sus presentimientos más íntimos, con

más sorpresa encontrará el escolar la verdad más aceptable, pública y universal. La gente se solaza con ella. La parte mejor de cada hombre sentirá: ésa es mi música, ése soy yo.

Todas las virtudes están comprendidas en la confianza en sí mismo. El escolar ha de ser libre, libre y valiente. Libre incluso de la definición de libertad, «sin otro obstáculo que no surja de su constitución»². Valiente, porque el temor es algo que un escolar, por su función, deja tras de sí. El miedo surge siempre de la ignorancia. Es una vergüenza para el escolar que su tranquilidad, en tiempos de peligro, resida en la presunción de que, como los niños y las mujeres, pertenece a una clase protegida; o que busque una paz temporal apartando sus pensamientos de las cuestiones políticas o molestas y escondiendo la cabeza como una ostra en cestos de flores, asomándose a los microscopios, entonando rimas, como un muchacho que silba para infundirse valor. El peligro, así, sigue siendo peligro, como el peor de los temores. La valentía le permite encararlo. Ha de contemplarlo de frente e indagar su naturaleza, rebuscar su origen - asistir al parto del león-, que no está lejos. Entonces hallará en sí mismo una perfecta comprensión de su naturaleza y extensión. Abarcará el peligro, podrá desafiarlo y superarlo. El mundo es de quien capta lo que se propone. Qué sordera, qué costumbre, qué error tan grande se producen sólo por el sufrimiento, por nuestro sufrimiento. Consideradlo una mentira y habréis resistido su embate mortal.

Sí, estamos acobardados, carecemos de confianza. Es una idea errónea la de que hemos llegado tarde a la naturaleza, que el mundo se acabó hace mucho tiempo. Igual que el mundo es dúctil y fluido en las manos de Dios, lo son muchos de sus atributos cuando llegamos a él. Para la ignorancia y el pecado es un pedernal, y se adaptan como pueden; pero en la medida en que el hombre tiene algo de divino, el firmamento fluye ante él y toma su sello y su forma. No es grande quien puede alterar la materia, sino quien puede alterar mi estado de ánimo. Los reyes del mundo le dan el color de sus pensamientos a la naturaleza y al arte, y persuaden a los hombres por la jovial serenidad con la que manejan los asuntos: lo que hacen es la manzana que los siglos querían coger, por fin madura, e invitan a las naciones a la cosecha. El gran hombre hace grandes las cosas. Donde se sienta Macdonald está el asiento principal. Lineo convierte la botánica en el estudio más atractivo gracias al granjero y la herbolaria. Davy la química y Cuvier los fósiles. El día es de quien trabaja con serenidad y grandes miras. Las inestables estimaciones de los hombres rodean a quien posee la verdad, como las olas inmensas del Atlántico siguen a la luna.

Gracias a esta confianza en sí mismo, la razón es más profunda de lo que puede sondearse, más oscura de lo que podría ser iluminada. No podría llevar conmigo el sentimiento de mi público al afirmar mi creencia. Pero ya he mostrado el fundamento de mi esperanza al señalar la doctrina de que el hombre es uno. Creo que el hombre ha sido engañado: se ha engañado a sí mismo. Casi ha perdido la luz que puede devolverle sus prerrogativas. Los hombres han perdido importancia. En la historia, en el mundo actual, los hombres son insectos, larvas, y los llaman «masa» y «rebaño». En un siglo, en un

milenio, dos o tres hombres, es decir, una o dos aproximaciones al verdadero estado de cualquier hombre. Los demás contemplan en el héroe o el poeta su ser verde y crudo ya maduro; sí, y se contentan con ser menos, para alcanzar toda su estatura. Qué testimonio lleno de grandeza, de piedad, ofrece la exigencia que el miembro de un clan, el fiel partidario que se regocija en la gloria de su jefe, plantea a su naturaleza. El pobre y el inferior proponen algunas enmiendas a su inmensa capacidad moral con su aquiescencia a una inferioridad política y social. Se resignan a ser apartados como moscas del camino de una gran persona para que pueda hacer justicia a la naturaleza común que todos desean ver aumentada y glorificada. La luz del gran hombre es su sol, y se sienten en su elemento. Arrojan la dignidad del hombre de su ser oprimido sobre los hombros del héroe, y perecerán por añadir una gota de sangre para que ese gran corazón pueda latir y esos músculos gigantescos combatir y conquistar. El héroe vive por nosotros y nosotros vivimos en él.

Tal como son, los hombres buscan naturalmente dinero o poder, y el poder porque es tan bueno como el dinero: los llamados «despojos» del cargo. ¿Por qué no? Aspiran a lo más elevado y, al soñar despiertos, creen que eso es lo más elevado. Despertadlos y pondrán a un lado los falsos bienes y saltarán hacia la verdad, dejando los gobiernos a los empleados y las oficinas. Esta revolución tendrá lugar mediante la domesticación gradual de la idea de cultura. El propósito más claro del mundo en esplendor, en extensión, es la edificación de un hombre. Los materiales están esparcidos por el suelo. La vida privada de un hombre será una monarquía más ilustre, más formidable para su enemigo, más dulce y serena en su influencia sobre el amigo, que cualquier reino de la historia. Pues, bien mirado, un hombre comprende las naturalezas particulares de todos los hombres. Cada filósofo, cada bardo, cada actor han hecho por mí, como delegados, lo que un día haré por mí mismo. Hemos agotado los libros que una vez valoramos más que la niña de nuestros ojos. Lo cual es como decir que hemos llegado al punto de vista que el alma universal adopta mediante los ojos de un escriba; hemos sido ese hombre y seguimos. Primero uno, luego otro; hemos secado las cisternas, y crecidos con las provisiones, anhelamos una comida mejor y más abundante. No ha vivido quien pueda alimentarnos para siempre. El hombre no puede ser venerado en una persona que interpondrá una barrera que nos separe de ese imperio ilimitado, ilimitable. Hay un fuego central que surge de la boca del Etna e ilumina los cabos de Sicilia, y que desde la chimenea del Vesubio ilumina las torres y viñas de Nápoles. Es una luz que irradia de mil estrellas. Un alma que anima a todos los hombres.

Tal vez me haya demorado tediosamente en esta abstracción del escolar. No debería tardar en añadir lo que tengo que decir, refiriéndome más de cerca a esta época y este país.

Históricamente se ha pensado que hay una diferencia en las ideas que predominan en épocas sucesivas y que hay datos para señalar el genio de la época clásica, de la romántica y ahora de la reflexiva o filosófica. Con la perspectiva que he adoptado de la

unidad o identidad de todos los individuos, no me detendré en estas diferencias. De hecho, creo que todos los individuos atraviesan las tres épocas. El muchacho es un griego; el joven, romántico; el adulto, reflexivo. No niego, sin embargo, que pueda producirse una revolución en la idea dominante.

Lamentamos que la nuestra sea una época de introversión. ¿Es necesariamente mala? Al parecer, somos críticos. Nos detienen las segundas intenciones. No disfrutamos de nada porque anhelamos saber en qué consiste el placer. Nos dejamos llevar por los ojos. Vemos con los pies. El tiempo está infectado con la infelicidad de Hamlet, «enfermizo con el pálido semblante del pensamiento».

¿Está todo tan mal? La vista es lo último que habríamos de lamentar. ¿Preferiríamos estar ciegos? ¿Nos da miedo perder de vista la naturaleza y a Dios, y apurar la verdad? Considero que el descontento de la clase literaria pone de relieve que ya no comparte el estado de ánimo de sus padres y lamenta el siguiente por desconocido, igual que a un muchacho le da miedo el agua antes de aprender a nadar. Si hay algún período en el que desearíamos nacer no es la época de la revolución, cuando lo viejo y lo nuevo están frente a frente y toleran la comparación, cuando el temor y la esperanza ponen a prueba las energías de los hombres, cuando las glorias históricas de antaño quedan compensadas por las ricas posibilidades de la nueva era. Esa época, como todas, sería muy buena si supiéramos qué hacer con ella.

Leo con alegría las señales favorables de los días futuros conforme resplandecen en la poesía y el arte, la filosofía y la ciencia, la Iglesia y el Estado.

Una de esas señales es el hecho de que el mismo movimiento que eleva la supuesta clase inferior del Estado asume en literatura un aspecto tan destacado como beneficioso. En lugar de lo sublime y hermoso, se explora y poetiza lo cercano, lo inferior, lo común. Lo que habían descuidado quienes se aprovisionaban para largos viajes a lejanos países es ahora más fecundo que lo exótico. La literatura del pobre, los sentimientos infantiles, la filosofía de la calle, el significado de la vida doméstica son los tópicos de la época. Es un gran paso. Es una señal - ¿no es así? - de un nuevo vigor, cuando las extremidades se muestran activas, cuando las corrientes cálidas de la vida corren por las manos y los pies. No busco lo grande, lo remoto, lo romántico, lo que se hace en Italia o Arabia, el arte griego o la poesía provenzal; abrazo lo común, exploro y me siento a los pies de lo familiar, de lo inferior. Dejadme ver este día y tendréis los mundos antiguos y futuros. En realidad, ¿de qué conocemos el significado? La harina en el barril, la leche en el cazo, la balada en la calle, las noticias del barco, la mirada del ojo, la forma y el garbo del cuerpo: mostradme la última razón de estas cosas, mostradme la sublime presencia de la más elevada causa espiritual que se cierne, como siempre lo hace, en estos suburbios y extremidades de la naturaleza; dejadme que vea la resplandeciente trivialidad con la polaridad que alcanza instantáneamente una ley eterna, y la tienda, el arado, el pentagrama, en referencia a la misma causa de la ondulación de la luz y el canto del

poeta, y el mundo ya no será una torpe miscelánea y una estancia atestada de antiguallas, sino que tendrá forma y orden. No hay nada trivial, no hay enigma, sino un diseño que une y anima el pináculo más encumbrado y la trinchera más honda.

Esta idea ha inspirado el genio de Goldsmith, Burns, Cowper y, recientemente, de Goethe, Wordsworth y Carlyle, que han seguido esa idea a su manera y con distinto éxito. En contraste con su escritura, el estilo de Pope, de Johnson, de Gibbon, parece frío y pedante. Esa escritura es de sangre caliente. Al hombre le sorprende descubrir que las cosas cercanas no son menos hermosas y maravillosas que las remotas. Lo cercano explica lo lejano. Esta percepción del valor de lo vulgar es fructífera en hallazgos. Goethe, en este aspecto el más moderno de los modernos, nos ha enseñado, como nadie antes, el genio de los antiguos.

Hay un hombre de genio que ha hecho mucho por esta filosofía de la vida, cuyo valor literario no se ha estimado como es debido: me refiero a Emmanuel Swedenborg. El más imaginativo de los hombres, aunque escribiera con la precisión de un matemático, se esforzó por inculcar una ética puramente filosófica en el cristianismo popular de su época. Ese intento, por supuesto, se enfrentaba a dificultades que ningún genio podía superar. Pero Swedenborg vio y mostró la relación entre la naturaleza y los afectos del alma. Separó el carácter emblemático o espiritual del mundo visible, audible y tangible. Especialmente, su musa sombría se cernió sobre las partes inferiores de la naturaleza y las interpretó; mostró el misterioso vínculo que une el mal moral con las groseras formas materiales, y ofreció en parábolas épicas una teoría de la locura, de las bestias, de todo lo sucio y temible.

Otra señal de los tiempos, marcada por un movimiento político análogo, es la nueva importancia dada a la persona en singular. Todo lo que tiende a aislar al individuo, a rodearlo de barreras de respeto natural, de modo que todos los hombres sientan que el mundo es suyo y el hombre trate al hombre como un estado soberano trata a otro estado soberano, tiende a una verdadera unión tanto como a la grandeza. «He comprendido - dijo el melancólico Pestalozzi - que nadie en la ancha tierra de Dios desea o es capaz de ayudar a nadie» 3. La ayuda ha de venir únicamente del interior. El escolar es quien debe tomar sobre sí todo aquello de lo que el tiempo es capaz, las contribuciones del pasado, las esperanzas del futuro. Ha de ser una universidad de conocimientos. Si alguna lección ha de penetrar en sus oídos es ésta: el mundo no es nada, el hombre es todo; en ti mismo está la ley de la naturaleza y aún no sabes cómo asciende una gota de savia; en ti sueña toda la razón; a ti te toca saberlo todo, atreverte a todo. Señor presidente, caballeros, esta confianza en el poder inexplorado del hombre pertenece por todos los motivos, por todas las profecías, por toda la preparación, al escolar americano. Ya hemos oído bastante a las musas cortesanas de Europa. El espíritu del hombre libre de América ya no quiere ser tímido, imitativo, pacato. La avaricia pública y privada hace el aire que respiramos pesado y denso. El escolar es decente, indolente, complaciente. Ved las trágicas consecuencias. Este país enseña a dirigirse a objetos nimios, a devorarse a sí mismo. No

hay trabajo más que para el mojigato y el complaciente. Jóvenes de las más hermosas promesas, que empiezan a vivir en estas orillas, henchidos del viento de las montañas, resplandecientes por el brillo de todas las estrellas de Dios, no encuentran la tierra bajo sus pies con esas miras, sino que se ven impedidos de obrar por el disgusto que les inspiran los principios de los negocios, y se vuelven torpes o se mueren de disgusto, suicidas algunos de ellos. ¿Cuál es el remedio? No ven aún, y miles de jóvenes tan esperanzados que ahora atestan las barreras para la carrera tampoco, que si el hombre se planta indomable sobre sus instintos, y se hace fuerte, el mundo entero girará a su alrededor. Paciencia, paciencia; con las sombras de todo lo bueno y grande por compañía, por solaz la perspectiva de nuestra vida infinita y como trabajo el estudio y la comunicación de los principios, hasta lograr que prevalezcan esos instintos, la conversión del mundo. La principal desgracia del mundo es la de no ser una unidad, no ser tenido en cuenta como carácter, no recoger el fruto peculiar que cada hombre ha sido creado para dar, y ser contado en el montón, entre cientos, o miles, en el grupo, en la sección a la que pertenecemos, y que nuestra opinión se prediga geográficamente, del norte o del sur. Nada de eso, hermanos y amigos, gracias a Dios, nosotros no. Andamos con nuestros pies, trabajamos con nuestras manos, decimos lo que pensamos. El estudio de las letras ya no será un nombre para la piedad, la duda y la indulgencia sensual. El temor del hombre y el amor del hombre serán un muro de defensa y una corona de alegría a nuestro alrededor. Por primera vez habrá una nación de hombres, porque cada uno se creará inspirado por el alma divina que inspira también a todos los demás.

Discurso a la Facultad de Teología*

Pronunciado ante los licenciados de la Facultad de Teología de Harvard, en la tarde del domingo 15 de julio de 1838, este discurso supuso para Emerson un veto, que duraría treinta años, de las instituciones académicas. Fue publicado en Boston con el título *An Address Delivered before the Senior Class in Divinity College, Cambridge, Sunday Evening, 15 July, 1838*, y Emerson no volvería a publicarlo hasta 1849.

En este verano radiante ha sido un lujo respirar el hálito de la vida. La hierba crece, los capullos se abren, el prado se tiñe del fuego dorado de las flores. El aire está lleno de pájaros y posee la dulzura del aroma del pino, del abeto y del heno reciente. La noche no oprime el corazón con su bienvenida sombra. A través de la transparente oscuridad, las estrellas vierten su luz casi espiritual. El hombre, cobijado por ellas, parece un muchacho y su abigarrado globo un juguete. La frescura de la noche baña el mundo como si fuera un río y prepara la mirada para un nuevo amanecer púrpura. El misterio de la naturaleza nunca se había desvelado de una manera tan dichosa. El grano y el vino se han repartido libremente entre las criaturas, y el silencio ininterrumpido con el que se derrama la antigua abundancia no ha dado una sola palabra de explicación. Estamos obligados a respetar la perfección de este mundo, en el que conversan nuestros sentidos. ¡Qué ancho, qué rico, cuántas invitaciones a usar las propiedades de cada facultad humana! Merece la pena que la médula y el corazón de los grandes hombres se entreguen a sus fértiles suelos, a su mar navegable, a sus montañas de metal y piedra, a sus bosques de toda clase de madera, a sus animales, a sus ingredientes químicos, a los poderes y el camino de la luz, del calor, de la atracción y de la vida, y disfruten. La historia se complace honrando a los plantadores, los mecánicos, los inventores, los astrónomos, los constructores de ciudades y los capitanes.

Pero en cuanto la mente se abre, y revela las leyes que atraviesan el universo y hace de las cosas lo que son, entonces el gran mundo se contrae en seguida en una mera ilustración y fábula mentales. ¿Qué soy y qué es?, pregunta el espíritu humano con una curiosidad creciente e inextinguible. Mirad esas leyes apresuradas, que nuestra imperfecta aprehensión ve que tienden hacia allí o hacia allá, sin cerrar el círculo. Mirad esas relaciones infinitas, tan parecidas, tan distintas; muchas, aunque una sola. No dejaría nunca de estudiar, de aprender, de admirar. Esas obras del pensamiento han sido el entretenimiento del espíritu humano en todas las épocas.

Una belleza secreta, dulce y omnímoda se le aparece al hombre cuando se entrega cordial y mentalmente al sentimiento de la virtud. Entonces es instruido al instante en lo que hay sobre él. Aprende que su ser es ilimitado; que ha nacido para el bien, para lo perfecto, por mucho que ahora esté abatido por el mal y la debilidad. Lo que venera sigue siendo suyo, aunque aún no lo haya llevado a cabo. Debe. Conoce el significado de

esa gran palabra, aunque su análisis no logre explicarla. Cuando, con inocencia, o gracias a la percepción intelectual, logra decir: «Amo lo justo, la verdad es hermosa por dentro y por fuera, siempre. Virtud, soy tuyo: sálvame, úsame, te serviré, día y noche, en lo grande, en lo pequeño, de modo que no sea virtuoso, sino virtud», entonces la creación encuentra respuesta y Dios se complace.

El sentimiento de la virtud es una reverencia y un placer en presencia de ciertas leyes divinas. Percibe que este juego doméstico de la vida al que nos entregamos esconde, bajo lo que podrían parecernos detalles sin importancia, principios que nos asombrarían. El niño, con sus juguetes, aprende la acción de la luz, del movimiento, de la gravedad, de la fuerza muscular, y, en el juego de la vida humana, el amor, el miedo, la justicia, el apetito, el hombre y Dios interactúan. Esas leyes no se dejan redactar adecuadamente. Nosotros no las escribiremos en papel ni las pronunciaremos, ni siquiera para nosotros mismos. Son elusivas, esquivan nuestro perseverante pensamiento y, sin embargo, las leemos a cada instante en los rostros de los demás, en las acciones de los demás y en nuestro remordimiento. Hemos de dividir los rasgos morales comprendidos en cada acto y pensamiento virtuoso, y describirlos o esbozarlos mediante una penosa enumeración particular. Sin embargo, como ese sentimiento es la esencia de la religión, permitidme que dirija vuestra mirada hacia los objetos precisos de ese sentimiento mediante una enumeración de algunas clases de hechos en los que ese elemento es característico.

La intuición del sentimiento moral capta la perfección de las leyes del alma. Esas leyes obran por sí mismas. Están fuera del tiempo y del espacio, no están sometidas a las circunstancias. En el alma del hombre hay una justicia cuyas retribuciones son instantáneas y completas. Quien hace una buena acción se ennoblece instantáneamente. Quien comete un hecho mezquino se degrada por ello. Quien arroja de sí la impureza se reviste de pureza. Si un hombre es justo de corazón, en la misma medida es Dios; la seguridad de Dios, la inmortalidad de Dios, la majestad de Dios entran en ese hombre con la justicia. Si un hombre disimula, engaña, se engaña a sí mismo y deja de conocer su propio ser. Con la perspectiva de la bondad absoluta, el hombre adora con completa humildad. Cada paso hacia abajo en ese sentido es un paso hacia arriba. Quien renuncia a sí mismo llega a sí mismo.

Fijaos en que esa rápida e intrínseca energía obra en todas partes, deshaciendo lo que está mal, corrigiendo las apariencias y armonizando los hechos con los pensamientos. Obra con la vida, aunque los sentidos apenas lo perciban, con la misma seguridad que con el alma. Gracias a esa energía, el hombre se convierte en su propia providencia, y dispensa el bien a su bondad y el mal a su pecado. El carácter se conoce siempre. Los hurtos no enriquecen; la limosna no empobrece; las piedras hablarán del asesinato. El menor asomo de mentira - por ejemplo, la menor muestra de vanidad, el más nimio intento de causar una buena impresión, de dar una apariencia favorable - malogrará al instante el efecto. Pero digamos la verdad y toda la naturaleza y todos los espíritus nos ayudarán en un progreso inesperado. Digamos la verdad y todas las cosas vivas o brutas

serán testigo, y parecerá que las raíces subterráneas de la hierba se yerguen para dar testimonio. Veamos de nuevo la perfección de la ley cuando se aplica a los afectos y se convierte en la ley de la sociedad. Según somos, nos asociamos. El bien, por afinidad, busca el bien; el mal, por afinidad, el mal. Por su propia voluntad, las almas van al cielo, al infierno.

Estos hechos siempre le han sugerido al hombre el credo sublime de que el mundo no es el producto de un poder múltiple, sino de una voluntad, de un solo entendimiento, un entendimiento activo en todas partes, en cada rayo de estrella y en cada onda del estanque, y lo que se opone a esa voluntad queda frustrado y desbaratado, porque las cosas son así y no de otra manera. El bien es positivo. El mal es sólo privativo, no absoluto. Es como el frío, privación de calor. Todo lo malo es muerte e inexistencia. La benevolencia es absoluta y real. Cuanta más benevolencia posea un hombre, más vida tendrá. Todas las cosas proceden del mismo espíritu, que se llama con distintos nombres, amor, justicia, temperancia, según se aplique, igual que el océano recibe distintos nombres en las diversas costas que baña. Todas las cosas proceden del mismo espíritu y todas las cosas conspiran con él. Mientras un hombre persigue buenos fines, su fuerza es la fuerza plena de la naturaleza. Cuando se aparta de esos fines, se despoja de poder o auxiliares; su ser se aparta de los canales remotos, se va menoscabando hasta convertirse en una mota, en un punto, hasta que el mal absoluto sea la muerte absoluta.

La percepción de esta ley de leyes despierta un sentimiento que llamaremos sentimiento religioso y que constituye nuestra mayor felicidad. Su poder de atracción y de mando es maravilloso. Es una montaña de aire. Es el embalsamador del mundo. Es mirra y estoraque, cloro y romero. Hace sublimes el cielo y las colinas; es la silenciosa canción de las estrellas. Gracias a ella, no a la ciencia ni al poder, el universo es seguro y habitable. El pensamiento puede mostrarse frío e intransitivo con las cosas y no encontrar fin ni unidad. Pero el amanecer del sentimiento de la virtud en el corazón otorga, y es, la garantía de que la ley es soberana sobre todas las naturalezas, y los mundos, el tiempo, el espacio, la eternidad, parecen estallar de gozo.

Este sentimiento es divino y deificante. Es la beatitud del hombre. Lo hace ilimitado. Por medio de este sentimiento, el alma se conoce. Corrige el error capital infantil, que consiste en tratar de ser grande siguiendo al grande y esperar a obtener ventajas de otro, mostrando que la fuente del bien está en uno mismo y que cada uno, en igualdad con los demás, es una cala en las profundidades de la razón. Cuando el hombre dice «Debo»; cuando el amor lo calienta; cuando escoge, advertido desde las alturas, el bien y los grandes hechos, entonces, profundas melodías atraviesan su alma desde la sabiduría suprema. Entonces puede adorar y crecerse con su culto, pues ya no podrá quedarse a la zaga de ese sentimiento. En los vuelos más sublimes del alma, la rectitud no se supera, el amor no pasa.

Ese sentimiento subyace a la fundación de la sociedad y crea sucesivamente todas las

formas del culto. El principio de la veneración no muere. El hombre caído en la superstición, en la sensualidad, no está privado por completo del sentimiento moral. De manera parecida, todas las expresiones de ese sentimiento son sagradas y permanentes en proporción a su pureza. Las expresiones de ese sentimiento nos afectan profundamente, más que ninguna otra composición. Las frases de antaño, que die ron a conocer esta piedad, siguen frescas y fragantes. Este pensamiento era el más profundo entre los hombres del devoto y contemplativo oriente, no sólo en Palestina, donde alcanzaría su expresión más pura, sino en Egipto, en Persia, en India, en China. Europa siempre ha debido sus impulsos divinos al genio oriental. Lo que sus bardos sagrados dijeron, todos los hombres sensatos lo consideran grato y cierto. La única impresión de Jesús sobre la humanidad, cuyo nombre no ha sido tanto escrito como arado en la historia de este mundo, es prueba de la sutil virtud de esa infusión.

Mientras las puertas del templo estén abiertas, noche y día, ante cualquiera, y no cesen los oráculos de esa verdad, habrá una dura condición; a saber: es una intuición. No puede tenerse de segunda mano. A decir verdad, no es instrucción, sino provocación, lo que puedo recibir de otra alma. Lo que anuncia debo juzgar por mí mismo que es cierto o rechazarlo por completo, y de su palabra, o de su secuela, sea quien sea, no puedo aceptar nada. Por el contrario, la ausencia de esta fe primordial indica la presencia de la degradación. La marea sube igual que baja. Dejad a un lado esta fe y las palabras que diga, y las cosas que haga serán falsas y perniciosas. Así caen la Iglesia, el Estado, el arte, las letras, la vida. Si se olvida la doctrina de la naturaleza divina, una enfermedad infecta y rebaja la constitución. Una vez el hombre lo fue todo; ahora es un apéndice, un matiz. Debido a que no podemos librarnos del espíritu supremo que habita en nosotros, su doctrina sufre la perversión de atribuir la naturaleza divina a una o dos personas y negársela a las demás, negársela con furia. Se pierde la doctrina de la inspiración; la doctrina inferior de la mayoría de las voces usurpa el lugar de la doctrina del alma. Los milagros, la profecía, la poesía, la vida ideal, la vida sagrada existen sólo como historia antigua; ya no forman parte de la creencia ni de la aspiración de la sociedad y, cuando se sugieren, son ridículas. La vida es cómica o lamentable tan pronto como los fines más elevados del ser se pierden de vista y el hombre se queda miope y sólo atiende a lo que le dicen los sentidos.

Esas perspectivas generales, que, mientras son generales, nadie discute, encuentran ilustración abundante en la historia de la religión, especialmente en la historia de la Iglesia cristiana. Allí es donde todos nosotros hemos nacido y crecido. La verdad que contiene, vosotros, mis jóvenes amigos, vais ahora a enseñarla. Como cultus, o adoración establecida del mundo civilizado, tiene gran interés histórico para nosotros. No necesitáis que os hable de sus palabras de bendición, que han sido el consuelo de la humanidad. Trataré de cumplir mi deber, en esta ocasión, señalando dos errores de su administración, que cada día parecen más groseros desde el punto de vista que hemos adoptado.

Jesucristo perteneció a la verdadera raza de los profetas. Vio con los ojos abiertos el misterio del alma. Atraído por su armonía, arrebatado por su belleza, vivió en ese misterio y fijó allí su ser. Único en toda la historia, apreció la grandeza del hombre. Un hombre fue sincero con lo que hay en vosotros y en mí. Vio que Dios se encarna en el hombre y no deja de tomar posesión de este mundo. En el jubileo de su sublime emoción, dijo: «Soy divino. Dios obra a través de mí, habla a través de mí. Si queréis ver a Dios, vedme a mí, o veos a vosotros cuando lleguéis a pensar como yo.» Pero ¡qué distorsión sufrirían su doctrina y su memoria en su época, en la siguiente y en todas! No hay doctrina de la razón que pueda enseñarse mediante el entendimiento. El entendimiento captó ese canto elevado en labios del poeta y dijo en la siguiente generación: «Era Jehová descendido del cielo. Te mataré si dices que era un hombre.» Los idiomas de su lenguaje, y las figuras de su retórica, han usurpado el lugar de su verdad, y las iglesias no se han edificado sobre sus principios, sino sobre sus tropos. El cristianismo se ha convertido en un mythos, como antes la enseñanza poética de Grecia y de Egipto. Jesús hablaba de milagros, pues sentía que la vida del hombre, y todo cuanto el hombre hace, era un milagro, y sabía que ese milagro diario brilla más cuanto más divino es el hombre. Pero la misma palabra milagro, pronunciada por las iglesias cristianas, da una falsa impresión. Es un monstruo. No es una con el trébol y la lluvia.

Sentía respeto por Moisés y los profetas, pero no una ternura impropia que pospusiera sus revelaciones iniciales a la hora y el hombre que ahora existe, a la revelación eterna en el corazón. Por eso fue un hombre verdadero. Al ver que la ley manda en nosotros, no toleró que fuera mandada. Osadamente, con mano, corazón y vida, declaró que la ley era Dios. Por eso fue un hombre verdadero. Por eso es la única alma en la historia que, en mi opinión, ha apreciado el valor del hombre.

1. Al contemplar así a Jesús, seremos sensibles al primer defecto del cristianismo histórico. El cristianismo histórico ha caído en el error que corrompe todos los intentos de comunicar la religión. Según se nos aparece, y como ha aparecido en cualquier época, no es la doctrina del alma, sino una exageración de lo personal, lo positivo, el rito. Ha vivido, vive, de la nociva exageración de la persona de Jesús. El alma no conoce acepción de personas. Invita a cualquiera a extender el círculo del universo y no tiene otra preferencia que la del amor espontáneo. Pero debido a esta monarquía oriental del cristianismo, que la indolencia y el miedo han levantado, el amigo del hombre se ha convertido en un perjuicio para él. El modo en que su nombre se rodea de expresiones que una vez fueron arranques de admiración y de amor, y que ahora se han petrificado en títulos oficiales, mata toda simpatía generosa y todo parecido. Todos cuantos me oís, daos cuenta de que el lenguaje que describe a Cristo en Europa y América no es del estilo de la amistad y el entusiasmo dirigidos a un corazón bueno y noble, sino decoroso y formal, como si fuera un semidiós, igual que los orientales y los griegos describirían a Osiris o Apolo. Aceptad las imposiciones lesivas de nuestro primer cate [cismo, e incluso la honradez y la abnegación no serán sino pecados espléndidos, aunque no lleven un](#)

nombre cristiano. Preferiría ser «un pagano alimentado en un credo gastado» ¹ a sentirme defraudado del derecho de llegar a ser y no encontrar nombres ni lugares, tierras ni profesiones, y ver la virtud y la verdad cercadas y monopolizadas. Ni siquiera sería un hombre. No poseería el mundo, ni me atrevería a vivir según la ley infinita que hay en mí, acompañado por la infinita belleza que el cielo y la tierra reflejan en mí y en todas las formas vivaces, sino que tendría que subordinar mi naturaleza a la de Cristo, aceptar nuestras interpretaciones y llevar su retrato como la gente vulgar.

Siempre es mejor lo que me devuelve a mí mismo. La gran doctrina estoica, «Obedécete a ti mismo», excita lo sublime que hay en mí. Lo que me muestra a Dios en mí, me fortifica. Lo que me muestra a Dios fuera de mí hace de mí una verruga y una runa. Ya no hay una razón necesaria para mí ser. Las largas sombras del olvido intempestivo se ciernen sobre mí, y moriré para siempre.

Los bardos divinos son los amigos de mi virtud, de mi inteligencia, de mi fuerza. Me advierten de que los rayos que cruzan mi mente no son míos, sino de Dios, que se parecen y no desobedecen la visión celestial. Por eso los amo. Nobles provocaciones se desprenden de ellos y me invitan a emanciparme, a resistir el mal, a someter al mundo, a ser. Así, con estos pensamientos sagrados, Jesús nos sirve, y sólo así. Tratar de convertir a un hombre con milagros es una profanación del alma. Una verdadera conversión, un Cristo verdadero, ahora, como siempre, se logra mediante la recepción de sentimientos hermosos. Es cierto que un alma grande y rica, como la suya, al caer entre almas sencillas, prepondera hasta el punto de dar nombre al mundo, como él hizo. Les parecerá que el mundo existe para él, y no se habrán saciado tanto de su presencia como para ver que sólo si vuelven a sí mismos, o a Dios en sí mismos, podrán crecer cada vez más. Es un pobre beneficio darme algo; es un gran beneficio capacitarme para hacer algo de mí mismo. Ha llegado el momento de que todos vean que el don de Dios al alma no es una santidad vana, opresiva, excluyente, sino una bondad dulce, natural, una bondad como la vuestra y la mía, que nos invita a vosotros y a mía ser y crecer.

La injusticia del tono vulgar de la predicación no es menos flagrante respecto a Jesús que respecto a las almas que profana. Los predicadores no ven que no alegran su evangelio y que le despojan de los adornos de la belleza y los atributos del cielo. Cuando veo a un majestuoso Epaminondas o Washington; cuando veo entre mis contemporáneos un verdadero orador, un juez recto, un amigo querido; cuando vibro con la melodía y la fantasía de un poema, veo la belleza deseable. Con la misma vivacidad, y con un consentimiento aún mayor de mi ser humano, suena en mi oído la música severa de los bardos que han cantado al Dios verdadero en todas las épocas. No degrademos la vida y los diálogos de Cristo del círculo de su encanto con el aislamiento y la peculiaridad. Dejemos que sean lo que son, vivos y cálidos, parte de la vida humana, del paisaje, del día jovial.

2. El segundo defecto del modo tradicional y limitado de usar a Cristo es

consecuencia del primero: que la naturaleza moral, la ley de leyes, cuyas revelaciones introducen la grandeza, a Dios mismo, en el alma abierta, no se explore como fuente de la enseñanza establecida en sociedad. Los hombres hablan de la revelación como algo que se dio y se hizo hace mucho tiempo, como si Dios estuviera muerto. La falta de fe asfixia al predicador, y la mejor de las instituciones se convierte en una voz incierta e inarticulada.

El efecto de la conversación con la belleza del alma, desde luego, es engendrar el deseo y la necesidad de impartir a los demás el mismo conocimiento y amor. Si se reprime la expresión, el pensamiento pesa como una carga sobre el hombre. El vidente siempre se manifiesta. De algún modo cuenta su sueño. De algún modo lo publica con solemne gozo. A veces con el pincel en el lienzo, a veces con el buril en la piedra, a veces en torres y naves de granito levanta el culto de su alma, a veces en antífonas de música indefinida; pero del modo más claro y permanente con palabras.

El hombre enamorado de esta excelencia se convierte en su sacerdote o poeta. El oficio es tan antiguo como el mundo. Pero fijos en la condición, en la limitación espiritual del oficio. Sólo el espíritu puede enseñar. El profano, el hombre sensual, el mentiroso, el esclavo no pueden enseñar; sólo puede dar el que tiene, sólo puede crear el que es. Sólo aquel sobre quien descende el alma, a través de quien habla el alma, puede enseñar. El coraje, la piedad, el amor, la sabiduría pueden enseñar, y cualquiera podría abrir la puerta a estos ángeles, que le concederán el don de lenguas. Pero quien trate de hablar como los libros, como en los sínodos, según la moda y obedeciendo al interés, balbuceará. Que se calle.

Os proponéis dedicaros a este oficio sagrado. Querría que sintierais vuestra llamada en raptos de deseo y esperanza. Es el primer oficio del mundo. Es de tal índole que no puede tolerar falsedad alguna. Es mi deber deciros que la necesidad de la revelación no ha sido nunca tan grande como ahora. De la perspectiva que he puesto de relieve deduciréis el triste convencimiento, que yo comparto, creo, con muchos, de la decadencia universal y ahora casi la muerte en sociedad de la fe. No se predica el alma. La Iglesia amenaza con desmoronarse hasta los escombros. En estas circunstancias, sería criminal toda muestra de cortesía que os dijera, a vosotros, cuya esperanza y cometido es predicar la fe de Cristo, que la fe de Cristo se predica.

Es hora de que este mal acallado murmullo de todos los hombres de pensamiento contra la carestía de nues tras iglesias, de que este lamento del corazón privado del consuelo, la esperanza, la grandeza que sólo provienen de la cultura de la naturaleza moral, se oiga a través del sueño de la indolencia y el barullo de la rutina. No se puede abandonar este oficio grande y perpetuo del predicador. La predicación es la expresión del sentimiento moral aplicado a los deberes de la vida. ¿En cuántas iglesias, con cuántos profetas, decidme, se da cuenta el hombre de que es un alma infinita que la tierra y los cielos recorren, de que perpetuamente está embebido del alma de Dios? ¿Dónde suena la

persuasión, cuya melodía colma mi corazón de dicha y confirma su origen celestial? ¿Dónde oiré las palabras que en otras épocas llevaron a los hombres a dejarlo todo y seguirlos: padre y madre, casa y tierra, mujer e hijos? ¿Dónde oiré las augustas leyes del ser moral pronunciadas de tal modo que rebosen mis oídos y me sienta ennoblecido por el ofrecimiento de mi acción y pasión extremadas? La prueba de la verdadera fe reside en su poder para seducir y dirigir al alma, igual que las leyes de la naturaleza rigen la actividad de las manos, de modo que encontramos placer y honor en obedecer. La fe habría de mezclarse con la luz de los soles que se levantan y se ponen, con la nube pasajera, con el pájaro que canta y el perfume de las flores. Pero el sábado del sacerdote ha perdido el esplendor de la naturaleza, carece de gracia, nos alegramos cuando acaba. Podríamos hacer, lo hacemos, incluso sentados en nuestros bancos, algo mucho mejor, más sagrado, más dulce para nosotros.

Donde un formalista usurpa el púlpito, el adorador queda defraudado y desconsolado. Nos encogemos tan pronto empieza la plegaria, que no nos eleva, sino que nos golpea y ofende. Estamos tentados de cubrarnos con nuestros abrigos y asegurar, lo mejor que podamos, una soledad que no oiga. Una vez oí a un predicador que me llevó a decir lúgubrementemente que no volvería nunca más a la iglesia. La gente va, pensé, donde suele ir, de otro modo ni un alma habría entrado en el templo esta tarde. Una tormenta de nieve caía sobre nosotros. La nevada era real, el predicador espectral, y la mirada captaba el triste contraste al mirarlo y luego al ver por la ventana, detrás de él, el hermoso meteoro de la nieve. El predicador había vivido en vano. Ni una sola palabra sugería que hubiera reído o llorado, que estuviera casado o enamorado, que hubiera sido ensalzado, o vilipendiado, o sintiera pesadumbre. Aunque hubiera vivido y obrado alguna vez no seríamos más sabios por ello. No había aprendido el secreto capital de su profesión, es decir, convertir la vida en verdad. No había incorporado a su doctrina hecho alguno de su experiencia. Había arado, y plantado, y hablado, y comprado, y vendido; había leído libros; había comido y bebido; le dolía la cabeza, su corazón se arrebatava, sonreía y sufría, pero no había una sola conjetura, un indicio, en todo su discurso, de que hubiera vivido. No extrajo una sola línea de la historia real. El verdadero predicador se conoce porque da a conocer su vida a su pueblo, una vida que ha atravesado el fuego del pensamiento. Pero del sermón del mal predicador no podríamos saber en qué época del mundo ha caído, si tiene padre o hijo, si es pudiente o pobre, si vive en la ciudad o en el campo ni hecho alguno de su biografía.

Era extraño que la gente fuera a la iglesia. Sus casas parecían tan poco acogedoras que preferían ese clamor insensato. Esto muestra que hay una atracción imperativa en el sentimiento moral que puede arrojar, en su nombre y en su lugar, una débil luz sobre la torpeza y la ignorancia. El buen oyente sabe que a veces ha quedado tocado; sabe que hay algo que alcanzar y una palabra que puede hacerlo. Cuando escucha esas vanas palabras, se consuela recordando horas mejores, y por eso la cháchara y el eco se repiten.

Ya sé que no siempre es en vano que prediquemos indignamente. En algunos hay un

buen oído que extrae retazos de virtud del alimento más indiferente. Hay una verdad poética oculta en los tópicos de la plegaria y los sermones, y aunque se digan sin sentido, pueden oírse con sensatez, pues cada uno de ellos es una expresión selecta que brotó en un momento de piedad de almas jubilosas o abatidas, y su excelencia las hace dignas de recuerdo. Las plegarias, e incluso los dogmas de nuestra iglesia, son como el zodiaco de Denderah² y los monumentos astronómicos de los hindúes, completamente aislados de todo cuanto ahora existe en la vida y los negocios de la gente. Marcan la altura a la que llegaron un día las aguas. Esa docilidad es una prueba de la tergiversación del bien y la devoción. En gran parte de la comunidad, el servicio religioso suscita otros pensamientos y emociones. No hace falta reñir al sirviente descuidado. Es preferible la compasión por la rápida retribución de su pereza. Ay del desdichado que está llamado a ocupar el púlpito y no da el pan de la vida. Todo lo que sucede le acusa. ¿Pedirá por las misiones, en el extranjero o en casa? En seguida su rostro enrojecerá de vergüenza por proponer a su parroquia que envíe dinero a cientos o miles de millas para abastecer a pobres como los que tiene en casa, y hará bien en alejarse cientos o miles de millas para escapar. ¿Apremiará a la gente a que lleve un buen modo de vida, y le pedirá a un semejante que acuda el sábado, cuando tanto él como los demás saben lo poco que pueden esperar de ese encuentro? ¿Los invitará en privado a la cena del Señor? No se atreve. Si el corazón no calienta su rito, la formalidad hueca, seca, chirriante será tan plana que, si se encuentra con un hombre de ingenio y energía, no podrá invitarle sin sentir pánico. En la calle, ¿qué podrá decirle al osado vecino que blasfeme? Ese vecino verá el temor en el rostro, en el aspecto y en el paso del ministro.

No corromperé la sinceridad de este alegato pasando por alto las exigencias de los buenos. Conozco y honro la pureza y estricta conciencia de muchos clérigos. La vida que el culto público retenga se la debe a la dispersa compañía de hombres piadosos, que administran aquí y allá en las iglesias y que, aceptando en ocasiones con demasiada ternura los principios de los mayores, no aceptan sino de su corazón los genuinos impulsos de la virtud, y así dirigen nuestro amor y nuestro espanto a la santidad del carácter. Las excepciones no se encuentran tanto en algunos predicadores eminentes como en las horas mejores, las inspiraciones más verdaderas de todos, es decir, en los momentos sinceros de cualquier ser humano. Pero, a pesar de las excepciones, sigue siendo cierto que la tradición caracteriza la predicación de este país, que brota de la memoria y no del alma; que se dirige a lo acostumbrado, y no a lo que resulta necesario y eterno; que, de este modo, el cristianismo histórico destruye el poder de predicar al impedir que explore la naturaleza moral del hombre, donde está lo sublime, donde se encuentran los recursos del asombro y el poder. Qué cruel injusticia con aquella ley, gozo de toda la tierra, que puede hacer atractivo y rico al pensamiento; aquella ley cuya fatal seguridad las órbitas astronómicas apenas pueden emular, invertida y despreciada, convertida en mercancía sin que ni uno sólo de sus rasgos o sus palabras perduren. Al perder de vista esa ley, el púlpito pierde toda su inspiración y ya no sabe qué hacer. A falta de esta cultura, el alma de la comunidad es débil e infiel. Nada le hace tanta falta

como una disciplina severa, firme, estoica, cristiana, para darse a conocer a sí misma y a la divinidad que habla a través de ella. El hombre se avergüenza de sí mismo; se escabulle y holgazanea por el mundo, tolerado, compadecido, y cada mil años alguien se atreve a ser sabio y bueno y a atraer sobre sí las lágrimas y bendiciones de los suyos.

Ha habido períodos en que, debido a la inactividad de la inteligencia en ciertas verdades, una fe mayor fue posible en nombres y personas. Los puritanos en Inglaterra y América encontraron en el Cristo de la Iglesia católica, y en los dogmas heredados de Roma, espacio para su austera piedad y sus anhelos de libertad civil. Pero su credo ha pasado y ningún otro ocupa su lugar. No creo que nadie pueda acudir con sus pensamientos encima a una de nuestras iglesias sin sentir que lo que mantenía el culto público se está desvaneciendo o lo ha hecho ya. Ha perdido su capacidad de afecto por el bien y su temor por el mal. En el campo, en los vecindarios, la mitad de las parroquias ha interrumpido sus servicios, por usar la jerga local. Ya empieza a advertirse que el carácter y la religión han desaparecido de los encuentros religiosos. He oído decir a una persona devota, que celebraba el sábado, con amargura en el corazón: «Parece una perversión ir el domingo a la iglesia»³. El motivo, que sigue siendo el mejor, ahora es sólo una esperanza y un deseo. Lo que una vez fue una mera circunstancia, que los mejores y los peores, los pobres y los ricos, los doctos y los ignorantes, los jóvenes y los viejos, se encontrasen un día en la parroquia como habitantes de una misma casa, en señal de un mismo derecho en cuanto al alma, ahora es el motivo supremo para ir allí.

Amigos míos, en estos dos errores, creo, encuentro las causas de la calamidad de una iglesia decadente y una incredulidad devastadora, que arrojan influencias malignas a nuestro alrededor y entristecen los corazones de los buenos. ¿Qué mayor calamidad podría caer sobre una nación que la pérdida del culto? Luego decae todo lo demás. El genio abandona el templo para acechar en el senado o el mercado. La literatura se hace frívola. La ciencia, fría. La esperanza de otros mundos ya no ilumina el ojo del joven, y la vejez carece de honor. La sociedad vive de trivialidades y, cuando los hombres mueren, no lo mencionamos.

Ahora preguntaréis, hermanos míos, ¿qué podemos hacer en estos días decepcionantes? El remedio se insinúa en el fundamento de nuestra queja de la Iglesia. He mos comparado la Iglesia con el alma. Busquemos la redención en el alma. En el alma, en vuestra alma. Hay recursos para el mundo. Lo antiguo es para los esclavos. Cuando llega un hombre, todos los libros son legibles, todas las cosas transparentes, todas las religiones formalidades. Él es religioso. El hombre hace milagros. Todos los hombres bendicen y maldicen. Él sólo dice sí y no. Lo inmóvil en la religión; el supuesto de que ha pasado la época de la inspiración, de que la Biblia está cerrada; el temor de degradar el carácter de Jesús representándolo como hombre, todo esto indica con suficiente claridad la falsedad de nuestra teología. El oficio de un verdadero maestro es mostrarnos que Dios es, no que fue; que habla, no que habló. El verdadero cristianismo - una fe como la de Cristo en la infinitud del hombre - se ha perdido. Nadie cree en el

alma del hombre, sino sólo en un hombre o en alguna persona vieja y desaparecida. Ay, nadie va solo. Todos los hombres acuden en rebaño a ese santo o aquel poeta, evitando al Dios que ve en secreto. No pueden ver en secreto; prefieren ser ciegos en público. Creen que la sociedad es más sabia que su alma y no saben que cualquier alma, y la suya, son más sabias que el mundo entero. Fijaos en cuántas naciones revolotean en el mar del tiempo sin dejar una sola onda que diga dónde flotaron o se hundieron, y en que una sola alma hará que el nombre de Moisés, de Zenón o Zoroastro sea reverenciado para siempre. Nadie ha ensayado la firme ambición de ser el yo de la nación, y de la naturaleza, sino que cada uno prefiere secundar un plan cristiano, o a un grupo sectario, o a un hombre eminente. Si dejamos de lado nuestro conocimiento de Dios, nuestro propio sentimiento, y adoptamos un conocimiento de segunda mano, el de san Pablo, el de George Fox, el de Swedenborg, nos alejaremos de Dios cada año que dure esa forma secundaria, y si, como ahora, dura siglos, la separación será tan ancha que nadie podrá convencerse de que hay en él algo divino.

Dejadme que os advierta, en primer lugar, de que vayáis solos, de que rehuséis los buenos modelos, incluso los más sagrados para la imaginación de los hombres, y os atreváis a amar a Dios sin mediador ni velo. Encontraréis amigos suficientes que mantendrán vuestra emulación de Wesley y Oberlin, de los santos y los profetas. Dad gracias a Dios por esos hombres buenos, pero decid: «Yo también soy un hombre.» La imitación no puede superar su modelo. El imitador se condena a una mediocridad desesperada. El inventor lo hizo, porque era natural en él, y en él tenía encanto. En el imitador algo más es natural, y se despoja de su belleza por acercarse a la de otro.

Vosotros mismos, bardos del Espíritu Santo, arrojad a vuestras espaldas toda conformidad y familiarizad a los hombres de primera mano con la deidad. Sed para ellos un hombre. Procuradlo en primer lugar y sólo eso; que la moda, la costumbre, la autoridad, el placer y el dinero no sean nada para vosotros - vendas sobre vuestros ojos que no os permitan ver-, y vivid con el privilegio de lo inmensurable. No estéis ansiosos por visitar periódicamente a todas y cada una de las familias de vuestra parroquia; cuando os encontréis a un hombre o a una mujer, sed para ellos un hombre divino, sed pensamiento y virtud, dejad que sus tímidas aspiraciones encuentren en vosotros a un amigo, que sus entrampados instintos se disipen en vuestra atmósfera, que sus dudas sean que habéis dudado y su asombro que os habéis asombrado. Al confiar en vuestra alma, os ganaréis una confianza mayor de los demás. A pesar de nuestra pacata sabiduría, de nuestra esclavitud destructora del alma, no hay que dudar de que todos los hombres tienen pensamiento sublimes, que todos valoran las pocas horas reales de la vida, que a todos les gusta ser oídos, que a todos les gusta captar la visión de los principios. Señalamos con luz en la memoria los pocos intercambios que hemos tenido en áridos años de rutina y pecado con almas que han hecho más sabia la nuestra, que decían lo que nosotros pensábamos, que nos contaban lo que sabíamos, que nos daban permiso para ser lo que éramos íntimamente. Ex¡ mid a los hombres del oficio sacerdotal

y, presentes o ausentes, os seguirá su amor como un ángel.

Para este fin no nos proponemos grados comunes de mérito. ¿No podemos dejar a un lado, para quienes la prefieran, la virtud que resplandece por recomendación de la sociedad, y abrirnos paso por las profundas soledades de la habilidad y el valor absolutos? Fácilmente alcanzamos la pauta del bien en sociedad. La alabanza social puede lograrse con facilidad, y la mayoría se contenta con méritos sencillos, pero el efecto instantáneo de conversar con Dios será el de ponerlos a un lado. Hay méritos sublimes, personas que no son actores, ni portavoces, sino influencias; personas demasiado grandes para la fama, para la ostentación, que desdeñan la elocuencia, para las cuales todo cuanto llamamos arte y artista está demasiado cerca del espectáculo y la propaganda, de la exageración de lo finito y egoísta, de la pérdida de lo universal. Los oradores, los poetas, los comandantes se inmiscuyen en nuestras vidas como sólo lo hacen las mujeres hermosas, con nuestro permiso y homenaje. No les prestéis atención, desatendedlos mientras podáis, poniendo vuestras miras en fines elevados y universales, y en seguida comprenderán que estáis en lo cierto, y que les corresponde brillar en lugares inferiores. Reconocerán vuestro derecho, pues con vosotros recibirán la influencia del espíritu omnisciente, que aniquila en su vasto mediodía las pequeñas sombras y gradaciones de la inteligencia en las composiciones que consideramos más sabias.

En esa elevada comunión, estudiemos las grandes muestras de rectitud: una osada benevolencia; independencia de los amigos, de modo que los deseos injustos de quienes nos aman no menoscaben nuestra libertad y resistamos, en aras de la verdad, el flujo desatado de la cordialidad, apelando con antelación a simpatías remotas, y - la forma más elevada en la que reconocemos ese hermoso elemento - cierta solidez en el mérito, que no tiene nada que ver con la opinión y que es tan esencial y manifiestamente virtud que damos por sentado el paso adecuado, valiente y generoso, que nadie piensa en corregir. Felicitaríamos a un farsante que hiciera una buena acción, pero no alabariamos a un ángel. El silencio que el mérito acepta como lo más natural del mundo es el mayor de los aplausos. Cuando aparecen, almas como éstas son la guardia imperial de la virtud, la reserva perpetua, los dictadores de la fortuna. No hace falta que alabemos su coraje: son el corazón y el alma de la naturaleza. Amigos míos: hay recursos en nosotros que no hemos aprovechado. Hay quienes se levantan descansados al oír una amenaza, hombres a quienes una crisis que intimida y paraliza a la mayoría -y no exige prudencia ni parsimonia, sino comprensión, impasibilidad, disposición al sacrificio - les parece graciosa y adorable como una novia. Napoleón dijo de Massena que no era él mismo hasta que la batalla empezaba a ir en su contra; entonces, cuando los muertos caían a filas a su alrededor, despertaban sus poderes de combinación y se investía del terror y la victoria. Así es como, en las crisis graves, en la resistencia infatigable y en propósitos que descartan la simpatía, se muestra el ángel. Pero éstas son alturas que apenas recordamos ni atisbamos sin contricción y vergüenza. Demos gracias a Dios por que

existan.

Ahora hagamos cuanto podamos por reavivar el fuego lento y casi apagado del altar. Los males de la iglesia actual son manifiestos. Surge de nuevo la pregunta: ¿qué haremos? Confieso que todos los intentos de proyectar y establecer un culto con nuevos ritos y formalidades me parecen vanos. La fe nos forja, y no nosotros a ella, y la fe tiene sus propias formalidades. Todos los intentos de crear un sistema son tan fríos como el nuevo culto a la diosa razón introducido por los franceses: hoy una tarjeta de visita y parabienes, que acabarán mañana en la locura y el asesinato. Dejad más bien que el hálito de la nueva vida pase a través de vosotros por las formalidades que ya existen. Si estáis vivos, descubriréis que esas formalidades son dúctiles y nuevas. El remedio a su deformidad es, en primer lugar, el alma, después el alma y siempre el alma. Un latido de la virtud puede levantar y vivificar todo un papado de formalidades. El cristianismo nos ha dado dos ventajas inestimables: en primer lugar, el sábado, el jubileo del mundo, cuya luz amanece igual en el gabinete del filósofo, en el lugar de trabajo y en las celdas de la cárcel y sugiere, en todas partes, incluso al malvado, el pensamiento de la dignidad del ser espiritual. Levantemos un templo para siempre al que el nuevo amor, la nueva fe y la nueva visión devolverán un mayor esplendor para la humanidad. En segundo lugar, la institución de la predicación, el discurso del hombre a los hombres, en esencia el más flexible de todos los órganos, de todas las formas. ¿Qué impide que ahora, en cualquier parte, en los pulpitos, en las salas de lectura, en las casas, en los campos, dondequiera que os inviten los hombres o tengáis ocasión, digáis la verdad que vuestra vida y conciencia enseñan, y alegréis los corazones expectantes, desfallecidos, de los hombres con una nueva esperanza y una nueva revelación?

Espero la hora en que la suprema belleza, que arrebató las almas de los orientales, y sobre todo de los hebreos, y a través de sus labios pronunció los oráculos a todas las épocas, los pronuncie también en occidente. Las Escrituras hebreas y griegas contienen frases inmortales, que han alimentado a millones. Pero no tienen una integridad épica; son fragmentarias y no se muestran en orden a la inteligencia. Busco al nuevo maestro que obedezca esas leyes resplandecientes hasta el extremo de que las vea cerrar el círculo, rodeadas de gracia; que vea el mundo como espejo del alma, la identidad de la ley de la gravedad y la pureza del corazón, y muestre que el deber, la obligación, son uno con la ciencia, la belleza y la alegría.

Ética literaria*

Discurso pronunciado ante las Literary Societies de Darmouth College, el 24 de julio de 1838. Fue publicado en Boston con el título *An Oration Delivered before the Literary Societies of Darmouth College*. El título «Literary Ethics» (Ética literaria) apareció por primera vez en la edición de 1849.

Caballeros:

Me ha agradado tanto la invitación con que me habéis honrado a hablaros hoy, que me apresuro a obedecerla. Me atrae tanto la llamada a celebrar con otros escolares un festival literario, que me sobrepongo a las dudas que pudiera albergar sobre mi habilidad para ofreceros un pensamiento digno de vuestra atención. He llegado a la edad media del hombre; sin embargo, no me siento menos alegre o animado en este encuentro con escolares que la primera vez que, en mi juventud, vi a los graduados de mi universidad reunidos en su aniversario. Ni los años ni los libros han logrado extirpar un prejuicio entonces ya arraigado en mí: el de que el escolar es el favorito del cielo y la tierra, la excelencia de su país, el más feliz de los hombres. Sus deberes le llevan directamente a la tierra sagrada a la que las aspiraciones de otros hombres sólo apuntan. Sus éxitos son ocasiones del goce más puro para todos los hombres. Él es ojos para el ciego, pies para el cojo. Sus fracasos, si es digno, le granjean ventajas superiores. Y como el escolar, con cada pensamiento, extiende su dominio en general a los demás hombres, no es uno, sino muchos. Los escasos escolares de cada país cuyo genio conozco no me parecen individuos, sino sociedades, y cuando ocurren acontecimientos de gran importancia, considero a estos representantes de la opinión, por su influencia, como si fueran naciones. Aun cuando sus resultados fueran incommunicables, si se han atendido a su propio espíritu, la inteligencia ha poseído algo tan sagrado que el hecho de su existencia y búsqueda sería un feliz presagio.

Entretanto, sé que en este país prevalece una estimación muy diferente de la profesión del escolar, y la importunidad con que la sociedad presiona a los jóvenes tiende a pervertir su visión respecto a la cultura de la inteligencia. De ahí el fracaso histórico del que tanto se habla en Europa y América. Este país no ha cumplido lo que parecía la expectativa razonable de la humanidad. Los hombres esperaban, una vez rotas las correas y vendas feudales, que la naturaleza, que había sido madre de enanos, se resarciera con un linaje de titanes que rieran y saltaran en el continente y escalaran las montañas del oeste con el impulso del genio y el amor. Pero la marca del mérito americano en la pintura, la escultura, la poesía, la ficción, la elocuencia, parece consistir en cierta gracia sin grandeza, que en sí misma no es nueva, sino derivada; un vaso de hermosas líneas, pero vacío, que llena quien lo ve con su propio ingenio y carácter, pero que no descarga como una nube con terrible belleza ni emite relámpagos sobre todos los

observadores.

No me perderé en cuestiones inconexas sobre las limitaciones y causas de este hecho. Me basta decir, en general, que la desconfianza de la humanidad en el alma humana se ha apoderado de los americanos; que los hombres, aquí como en cualquier parte, no se disponen a innovar y prefieren cualquier antigualla, usanza, entrega productiva de comodidad o provecho, al improductivo servicio del pensamiento.

Sin embargo, en toda hora sana, el servicio del pensamiento parece razonable, el despotismo de los sentidos, loco. El escolar puede perderse en las escuelas, en las palabras, y volverse un pedante; pero cuando comprende sus deberes, es sobre todo realista y conversa con las cosas. Porque el escolar es el estudiante del mundo, y el valor del mundo y el énfasis con que se di rige al alma del hombre serán el valor y la llamada del escolar.

La necesidad de los tiempos y la oportunidad de este aniversario concurren para que prestemos atención a la doctrina de la ética literaria. Lo que tengo que decir sobre esa doctrina se divide en los tópicos de los recursos, el tema y la disciplina del escolar.

I.Los recursos del escolar resultan proporcionados a su confianza en los atributos de la inteligencia. Los recursos del escolar se extienden como la naturaleza y la verdad y, sin embargo, no serán suyos a menos que los reclame con igual grandeza. No podrá conocerlos hasta que no haya contemplado con temor la infinidad e impersonalidad del poder intelectual. Cuando haya entendido que no se trata de la suya, ni de la de hombre alguno, sino del alma que ha hecho el mundo, y que resulta por completo accesible para él, sabrá que, como ministro suyo, puede mantener debidamente todas las cosas en subordinación y respuesta a ella. Como un peregrino divino en la naturaleza, todas las cosas siguen sus pasos. Sobre él giran las fugaces constelaciones; sobre él pasa el tiempo, como aquéllas, dividido en meses y años. Inhala el año como un vapor: su fragante aliento estival, su resplandeciente cielo de enero. Y los grandes acontecimientos de la historia atraviesan su espíritu, brillantemente transfigurados, para adoptar en él un nuevo orden y escala. El es el mundo, y las épocas y héroes son imágenes pictóricas con que se cuentan sus pensamientos. No hay acontecimientos, salvo el brotado en algún lugar del alma del hombre y, por tanto, sólo el alma del hombre puede interpretarlo. Todo presentimiento es ejecutado en algún lugar como un hecho gigantesco. ¿Qué otra cosa son Grecia, Roma, Inglaterra, Santa Elena? ¿Qué las iglesias, las literaturas y los imperios? [Pero el alma, al darse cuenta de su derecho, debe ejercitarlo, o se entregará a la usurpación de los hechos. Es esencial para nuestra riqueza la atenta afirmación de la independencia espiritual, como toda la historia de la literatura enseña.]

El hombre nuevo debe saber que es nuevo y que no ha venido al mundo hipotecado por las opiniones y usos de Europa y Asia y Egipto. El sentido de la independencia espiritual es como el encantador barniz del rocío, que renueva cada mañana la vieja, dura

y áspera tierra y sus mismas producciones, haciendo que brillen con el último toque de la mano del artista. La falsa humildad, la complacencia hacia las escuelas dominantes o la sabiduría de la antigüedad no deben frustrar mi posesión suprema de esa hora. Si una persona ama menos la libertad y es menos celosa respecto a su integridad, ¿habrá de prevalecer sobre ti y sobre mí? Digamos a esos doctores: os lo agradecemos, como a la historia, a las pirámides y a los autores, pero nuestro día ha llegado; hemos nacido del silencio eterno, y ahora viviremos, viviremos por nosotros mismos y no como portadores del féretro en un funeral, sino como los baluartes y creadores de nuestra época; y ya no nos mandarán Grecia ni Roma, ni las tres unidades de Aristóteles, ni los tres reyes de Colonia, ni la Edinburgh Review. Ahora que estamos aquí, ofreceremos nuestra interpretación de las cosas, y nuestras cosas a la interpretación. Que otros se complazcan como quieran; por mi parte, las cosas deben adoptar mi escala, no yo la suya. Diré con el rey guerrero: «Dios me dio esta corona y el mundo no me la arrebatará.»

Todo el valor de la historia, de la biografía, consiste en aumentar la confianza en mí mismo, demostrando lo que el hombre puede ser y hacer. Ésta es la moraleja de los Plutarco, Cudworth y Tennemann, que nos proporcionan la historia de los hombres y sus opiniones. Toda historia de la filosofía fortalece mi fe al mostrarme que los elevados dogmas que, según suponía, eran el fruto raro y tardío de una cultura acumulativa, y que ahora sólo estaban al alcance de Kant o Fichte, fueron las súbitas improvisaciones de los primeros pensadores, de Parménides, Heráclito y Jenófanes. A la vista de estos estudiantes, el alma parece susurrar: «Hay un camino mejor que esta indolente enseñanza ajena. Déjame sola, no me hables de Leibniz o Schelling, lo descubriré todo por mí misma.»

Nuestra esperanza aún se fortalece más con la biografía. Si conocéis el poder del carácter, entenderéis cuánto se empobrece el mundo si lo privamos de la historia de las vidas de Milton, Shakespeare y Platón, de estos tres, y fingimos que no han existido. ¿No veis cuán inferior sería el poder del hombre? Me consuelo con la pobreza de mis pensamientos, con la escasez de los grandes hombres, con la malignidad y torpeza de las naciones, con la postergación de estos sublimes recuerdos, pero si veo lo que el alma prolífica puede engendrar en la naturaleza actual, que Platón y Shakespeare y Milton fueron tres hechos irrefragables, entonces me atrevo, intentaré ser algo. El más humilde, el más desesperado, a la vista de estos hechos radiantes, puede ahora teorizar y esperar. A pesar de todos los tristes abortos que chillan y farfullan en la calle, a pesar del sueño y la culpa, a pesar del ejército, el bar y la cárcel, ha habido gloriosas manifestaciones humanas; y agradezco a mi hermano mayor sinceramente su advertencia para que me esfuerce también en ser justo y valiente, en aspirar a algo y hablar. También me hacen osado Plotino y Spinoza, y los bardos inmortales de la filosofía, por cuanto han escrito con paciente coraje. No descartaré al instante las visiones que destellan y cruzan mi cielo, sino que las observaré, me aproximaré a ellas, las domesticaré, pensaré en ellas y extraeré del pasado la vida genuina para la hora presente.

Para conocer el valor pleno de estas vidas como ocasiones de esperanza y provocación, debéis llegar a saber que cada genio admirable no es sino un exitoso buceador en ese mar cuyo fondo de perlas es todo vuestro. La empobrecedora filosofía de las épocas ha insistido en las distinciones del individuo, y no en los atributos universales del hombre. El joven, embriagado de admiración por el héroe, no entiende que lo que admira es sólo una proyección de su propia alma. En soledad, en una ciudad re mota, el joven ardiente holgazanea y gime. Con mirada encendida, en su soñoliento desierto ha leído la historia del emperador Carlos V, hasta que su fantasía asocia a los bosques circundantes el lejano rugido de los cañones del Milanesado y las marchas a Alemania. Siente curiosidad por el día de ese hombre. ¿Qué lo llenaba? ¿Las atestadas órdenes, las decisiones firmes, los despachos exteriores, la etiqueta castellana? El alma responde: ¡contempla aquí su día! Lo tienes en la vista de estos bosques, en la calma de estos campos grises, en la fría brisa que viene de las montañas del norte, en los trabajadores, los niños, las doncellas; en las esperanzas de la mañana, el tedio del mediodía y el paseo de la tarde; en las comparaciones inquietantes; en los lamentos por la falta de vigor, en la gran idea y en la ejecución nimia, contempla el día de Carlos V; es otro y, sin embargo, el mismo; contempla el día de Chatham, de Hampden, de Bayard, de Alfredo, de Escipión, de Pericles, el día de todos los nacidos de mujer. La diferencia de circunstancias es un mero traje. Estoy probando la misma vida, su dulzura, su grandeza, su dolor, que tanto admiro en otros hombres. No preguntes estúpidamente por el pasado olvidado, inescrutable, que no puede contar los detalles de esa naturaleza, de ese día llamado Byron o Burke; pregunta por el envoltorio ahora; cuanto más originalmente inspecciones su evanescente belleza, sus maravillosos detalles, sus causas espirituales, su asombrosa integridad, más dominarás la biografía de cualquier héroe. Sé señor de un día mediante la sabiduría y la justicia y podrás guardar tus libros de historia.

Una intimación de estos notables derechos nos resulta familiar por el sentido de injuria que sienten los hombres cuando cualquiera pretende limitar su posible progreso. Nos resentimos por toda crítica que nos niega aquello que está en nuestra línea de avance. Si decís a un hombre de letras que no puede pintar La transfiguración o construir un barco de vapor o ser un gran mariscal, no se ofenderá. Pero si le negáis cualquier cualidad de poder literario o metafísico, se enconará. Concededle el genio, que es una especie de estoico plenum que anula toda comparación, y quedará contento; pero concededle talentos no tan raros, negadle el genio, y se sentirá agraviado. ¿Qué significa esto? Sólo que su alma tiene la garantía, por instinto y presentimiento, de todo poder en la dirección de su rayo, así como de las habilidades especiales que ya ha adquirido.

Para conocer los recursos del escolar, no debemos depender del uso de pobres talentos, de facultades para lograr esta o aquella gesta con palabras, sino que debemos prestar juramento ante el poder supremo y acceder, si es posible, mediante el amor asiduo y la vigilancia, a las visiones de la verdad absoluta. El crecimiento de la inteligencia es estrictamente análogo en todos los individuos. Es la recepción mayor. Los

hombres capaces tienen, en general, una buena disposición y respeto por la justicia, porque un hombre capaz no es sino una organización buena, libre, vascular, en la que lo universal fluye libremente, de modo que su fondo de justicia no sólo es vasto, sino infinito. Todos los hombres, en abstracto, son justos y buenos; su obstáculo, en particular, es el predominio momentáneo de la verdad finita e individual sobre la general. La condición de nuestra encarnación en un ser privado parece ser la tendencia perpetua a preferir la ley privada, a obedecer el impulso privado y a excluir la ley del ser universal. El héroe es grande en virtud del predominio de la naturaleza universal; sólo tiene que abrir la boca, y ella habla; sólo tiene que verse obligado a actuar, y actúa. Todos los hombres captan la palabra o abarcan el hecho con el corazón, ya que realmente lo comparten con el héroe; pero la dolencia que sufren los hombres de un exceso de organización no produce el mismo resultado. Nada es más sencillo que la grandeza; en efecto, ser sencillo es ser grande. La visión del genio proviene de renunciar a una actividad demasiado oficiosa del entendimiento y conceder libertad y el mayor privilegio al sentimiento espontáneo. De ello debe proceder lo que resulta vivo y genial en el pensamiento. Los hombres muelen una y otra vez en el molino de la obiedad y no sacan de él sino lo que han puesto. En el momento en que abandonan la tradición por un pensamiento espontáneo, entonces la poesía, el ingenio, la esperanza, la virtud, el saber, la anécdota, todo acude en su ayuda. Observad el fenómeno de un debate extemporáneo. Un hombre culto, de hábitos reservados, sentado en silencio, admira el milagro de la libre expresión, apasionada y pintoresca, del hombre que se dirige a una asamblea, ¡un estado de ser y poder muy diferente al suyo! Ahora su propia emoción sube a sus labios y habla. Debe también levantarse y decir algo. Una vez embarcado, superada la novedad de la situación, le parece tan fácil y natural hablar - hablar con los pensamientos, con imágenes, con el equilibrio rítmico de las oraciones - como lo era sentarse en silencio; porque no necesita actuar, sino padecer; sólo se ajusta al libre espíritu que se pronuncia a través de él, y el movimiento resulta tan natural como el reposo.

II. Paso ahora a considerar la tarea que se le ofrece a la inteligencia en este país. La perspectiva que he adoptado de los recursos del escolar presupone un tema igual de amplio. Parece que no hayamos concebido sus riquezas. No hemos atendido a su invitación. Nos satisface ser tan buenos escolares como los ingleses, tener tanto saber como nuestros contemporáneos, haber escrito un libro que otros leen. Asumimos que hace mucho que todo pensamiento ha quedado adecuadamente anotado en los libros, y todas las imágenes en los poemas; y lo que decimos sólo lo proferimos como confirmación del supuesto cuerpo entero de la literatura. Una asunción muy superficial. Decid más bien que toda la literatura está por escribir. La poesía apenas ha entonado su primer canto. La perpetua advertencia de la naturaleza es: «El mundo es nuevo, inexperto. No creáis en el pasado. Hoy os entrego un universo virgen.»

Gracias a la poesía inglesa y latina, nacemos y nos alimentamos con un oratorio de alabanzas de la naturaleza - flores, pájaros, montañas, el sol y la luna - y, sin embargo, el

naturalista de esta época descubre que no sabe nada, con todos sus poemas, de ninguna de estas cosas hermosas; que ha conversado con su mera superficie y exhibición, y que no sabe nada de su esencia, de su historia. Nuevas indagaciones demostrarán que nadie, ni siquiera estos poetas, sabía verdaderamente nada de estas bellas naturalezas tan elogiadas; que se contentaban con el esporádico gorjeo de un pájaro, que han contemplado una o dos mañanas y mirado los atardeceres con indiferencia y repetido ociosamente esos escasos atisbos en su canto. Si entráis en los bosques, veréis que todo es nuevo y está por describir. El chillido del ganso salvaje en la noche; la aguda nota del amistoso paro un día de invierno; el descenso de los enjambres de moscas en otoño, que combaten en lo alto del aire y repiquetean en las hojas como la lluvia; el furioso silbido de los pájaros; el pino que lanza su polen en provecho del siglo próximo; la trementina que exuda el árbol, y cualquier planta, cualquier ser animado, todos y cada uno siguen incólumes. El hombre que está a la orilla del mar o pasea por los bosques parece el primer hombre que ha estado en la orilla o entrado en un soto: tan nuevas y extrañas son sus sensaciones y su mundo. Mientras leo a los poetas, creo que no puede decirse nada nuevo de la mañana y la tarde. Pero cuando veo el amanecer, no me acuerdo de esas pinturas homéricas, o shakespearianas, o miltonianas, o chaucerianas. No; tal vez sienta el dolor de un mundo ajeno, un mundo no sometido aún al pensamiento; o me anima la hora húmeda, cálida, brillante, incipiente, melodiosa, que derriba los estrechos muros de mi alma y extiende su vida y pulsaciones hasta el horizonte mismo. Eso es la mañana, dejar de ser prisionero de este cuerpo enfermo durante una hora brillante y crecer tanto como la naturaleza.

La oscuridad del mediodía del bosque americano, los bosques profundos, resonantes, aborígenes, donde las columnas vivientes del pino y el abeto presiden las ruinas de los árboles del pasado milenio; donde, año tras año, ni el águila ni el cuervo han visto intruso alguno; los pinos, barbados con el musgo silvestre, tocados por la gracia de las violetas a sus pies; las amplias tierras bajas, frías, que forman su capa de vapor con la calma de la cristalización subterránea, y donde el viajero, entre las repulsivas plantas nativas del pantano, se acuerda con terror de la lejana ciudad; esta belleza, belleza sombría y desierta, que repintan y cambian el sol y la luna, la nieve y la lluvia, nunca ha sido registrada por el arte y, sin embargo, no es indiferente a viajero alguno. Todos los hombres son poetas en su corazón. Sirven a la naturaleza a cambio de pan, pero a veces su encanto los supera. ¿Qué significan esas excursiones a Niágara, los peregrinos en las Colinas Blancas? Los hombres siempre creen en las adaptaciones de la utilidad; en las montañas, pueden creer en las adaptaciones de la mirada. Sin duda, los cambios de la geología se relacionan con el próspero brote del maíz y los guisantes en el jardín de mi cocina; pero asimismo existe una relación de belleza entre mi alma y los borrosos riscos del Agiocochook entre las nubes. Cuando se cuenta esto, todo hombre escucha alegre y, sin embargo, aún no ha entonado su propia conversación con la naturaleza.

¿Ocurre de otro modo con la historia civil? ¿No nos dice la experiencia que cada

hombre, si viviera lo suficiente, escribiría él mismo la historia? ¿Qué más indican esos volúmenes de extractos y comentarios manuscritos que todo escolar escribe? La historia griega significa una cosa para mí y otra para ti. Nacidos Niebuhr y Wolf, se ha escrito de nuevo la historia romana y griega. Desde que Carlyle ha escrito la historia de Francia, vemos que ninguna historia que poseemos está a salvo, y que un nuevo clasificador le otorgará una disposición nueva y más filosófica. Tucídides y Livio sólo han suministrado los materiales. En el instante en que un hombre de genio pronuncia el nombre de los pelagos, de Atenas, de los etruscos, del pueblo romano, vemos su estado bajo un nuevo aspecto. Así como en la poesía y la historia, en los demás departamentos. Hay pocos o ningún maestro. Aún ha de instalarse la religión con sólidos fundamentos en el pecho del hombre, y la política, y la filosofía, y las letras, y el arte. Hasta ahora sólo hemos tenido la tendencia e indicación.

Este sobresalto, esta deformación de las mejores obras literarias desde el diamante de la naturaleza, es especialmente observable en la filosofía. Cualquiera que sea el tono de pretensión que presente, al fin adquiere esa complexión. Tomemos, por ejemplos, el eclecticismo francés, que a Cousin le parece tan concluyente; en él hay una ilusión óptica. Tiene grandes pretensiones. Parecen verdaderas, al adoptar todos los sistemas, como si sólo tuviéramos que cerner, lavar y filtrar, de modo que el oro y los diamantes quedarán en la última colada. Sin embargo, la verdad es una mercancía tan ligera, tan furtiva, tan difícil de transportar y entonelar como la luz. Por rápido que cerréis las contraventanas para conservar la luz, resulta en vano; desaparece antes de que gritéis: ¡detente! Lo mismo ocurre con nuestra filosofía. Traducid, colad, destilad todos los sistemas; no servirá de nada: la verdad no puede manipularse mecánicamente. Pero la primera observación debida a un acto sincero de vuestra naturaleza, aunque sea de lo más anodino, puede brindar una nueva visión de la naturaleza y el hombre, la cual, como un menstruo, disolverá todas las teorías; abarcará Grecia, Roma, el estoicismo, el eclecticismo, todo, como datos y materia de análisis, y usará vuestro sistema mundial como una pequeña unidad. Un pensamiento profundo, en cualquier lugar, clasifica todas las cosas: un pensamiento profundo levantará el Olimpo. El libro de filosofía es sólo un hecho, un hecho no más inspirador que cualquier otro, ni menos; pero el sabio no considera nada final y trascendente. Id y hablad con el hombre de genio: la primera palabra que pronuncie dejará en suspenso vuestro supuesto saber. Platón, Bacon, Kant y el ecléctico Cousin condescienden al instante a ser hombres y meros hechos.

Con estas observaciones no pretendo menospreciar en absoluto el mérito de estas u otras composiciones; sólo digo que un retrato particular no excluye o impide de ninguna manera un nuevo intento, sino que, considerado por el alma, se retuerce y retrocede. La inundación del espíritu barre a su paso nuestra pequeña arquitectura del ingenio y la memoria, como paja y chozas que arrastra el torrente. Las obras de la inteligencia son grandes sólo si se las compara mutuamente: Ivanhoe y Waverley comparados con Castle Radcliffe y las novelas de Porter'; pero nada es grande, ni siquiera los poderosos Homero

y Milton, ante la razón infinita. Los empuja como una corriente. Son como un sueño.

Así se hace justicia a cada generación e individuo; la sabiduría enseña al hombre que no ha de odiar, temer o imitar a sus ancestros; que no ha de lamentarse, como si el mundo fuera viejo y no quedara pensamiento y él hubiera nacido cuando las cosas están ya seniles; porque, en virtud de la deidad, el pensamiento se renueva inagotablemente cada día y aquello sobre lo que brilla, aunque sea polvo y arena, es un tema nuevo con innumerables relaciones.

III. Tras referirnos así a los recursos y el tema del escolar, digamos que la regla de su ambición y vida procede de la misma fe. Debe saber que el mundo es suyo, pero que, para poseerlo, ha de estar en armonía con la constitución de las cosas. Debe ser un alma solitaria, laboriosa, modesta y caritativa.

Debe abrazar la soledad como a una novia. Debe conocer a solas sus alegrías y sus penas. Su propia estimación debe ser una medida suficiente para él; su propia alabanza, la recompensa. ¿Y por qué debe el estudiante ser solitario y silencioso? Para que pueda conocer sus pensamientos. Si suspira por la multitud en un lugar solitario, por lucirse, no está en un lugar solitario; su corazón está en el mercado; no ve, no oye, no piensa. Pero si cuidáis de vuestra alma, expulsáis a los compañeros, si adecuáis los hábitos a una vida de soledad, entonces las facultades surgirán claras y enteras, como árboles forestales y flores silvestres; obtendréis resultados que, una vez con los demás, podréis comunicar, y que serán bien recibidos. No os adentréis en la soledad sólo para presentaros en público. Tal soledad se niega a sí misma: es pública y rancia. El público puede lograr experiencia pública, pero desea que el escolar le restituya esas experiencias privadas, sinceras, divinas, que ha perdido por seguir en la calle. Lo que se os exige es el pensamiento noble, varonil, justo, la superioridad, y esta elevación la concede la soledad, no las multitudes. Lo esencial no es un lugar aislado, sino la independencia del espíritu, y el jardín, la cabaña, el bosque y la roca tienen valor sólo como una especie de ayuda mecánica. Pensad a solas y todos los lugares serán amistosos y sagrados. Los poetas que han vivido en ciudades han sido eremitas. La inspiración convierte en soledad cualquier lugar. Píndaro, Rafael, Miguel Ángel, Dryden, De Staél habitan entre multitudes, pero, en el momento en que llega el pensamiento, la multitud desaparece de su vista, su ojo se fija en el horizonte, en el espacio vacío; olvidan a los espectadores, desprecian las relaciones personales, tratan con abstracciones, con certezas, con ideas. Están a solas consigo mismos.

Por supuesto, no seré supersticioso respecto a la soledad. Dejemos que el joven estudie los usos de la soledad y de la sociedad. Debe usar ambas, no servir a ninguna. Un alma ingeniosa rehúye la sociedad con el fin de descubrir la sociedad. Repudia lo falso por amor a lo verdadero. Muy pronto podéis aprender todo cuanto la sociedad pueda enseñaros durante algún tiempo. Su tonta rutina, la multiplicación indefinida de bailes, conciertos, paseos, teatros, no pueden enseñaros demasiado. Aceptad entonces la

sugerencia de vergüenza, de vacío espiritual y pérdida que os ofrece la verdadera naturaleza, y retiraos, y ocultaos; cerrad la puerta y las contraventanas; dad la bienvenida a la lluvia, la querida ermita de la naturaleza. Reunid el ánimo. Rezad y alabad. Digerid y corregid la experiencia pasada, y mezcladla con la vida nueva y divina.

Me perdonaréis, caballeros, si os digo que creo que necesitamos una regla escolástica más rigurosa; me refiero a un ascetismo tan duro y devoto como el que puede cumplir el escolar. Vivimos al sol y en la superficie, una existencia fina, plausible, superficial, y hablamos de la musa y el profeta, del arte y la creación. Pero ¿cómo puede brotar la grandeza de nuestro modo de vivir somero y frívolo? Venid, vayamos, enmudezcamos. Sentémonos con la mano en la boca durante un largo, austero, pitagórico lustro. Vivamos en las esquinas y trabajemos, y suframos y lloremos y esforcémonos, con ojos y corazones que amen al Señor. El silencio, el encierro, la austeridad pueden atravesar la grandeza y secreto de nuestro ser y, desde lo más hondo, extraer de la oscuridad secular lo sublime de la constitución moral. ¡Qué vulgar resulta brillar como una abigarrada mariposa en las reuniones políticas, de moda, como el tonto de la sociedad, el tonto de la notoriedad, un tópico de los periódicos, una pieza callejera, y perder la auténtica prerrogativa de la casaca rojiza, la privacidad y el sincero y cálido corazón del ciudadano!

Para el hombre de letras, para el hombre, resulta fatal la lujuria de la ostentación, la apariencias que deshace nuestro ser. Un error sobre el fin principal de su trabajo resulta inherente a los literatos, los cuales, tratando con el órgano de la lengua - la más sutil, fuerte y longeva creación del hombre, que sólo se usa debidamente como arma del pensamiento y la justicia - aprenden a gozar del orgullo de jugar con ese espléndido recurso, pero le roban su majestad por no trabajar con él. Al desprenderse de las tareas del mundo, el mundo se venga exponiendo a cada paso la locura de estas criaturas incompletas, pedantes, inútiles, fantasmales. El escolar sentirá que el romance más bello, la ficción más noble jamás urdida - el corazón y el alma de la belleza - radican en la vida humana. Con valor sobresaliente, es también el material más rico para sus creaciones. ¿Cómo conocerá sus secretos de ternura, de terror, de voluntad y de hado? ¿Cómo puede captar el tono de música extremada que ahí resuena? Sus leyes quedan ocultas bajo los detalles de la acción cotidiana. Toda acción es un experimento con ellos. El escolar debe llevar su parte de la carga común. Debe trabajar con los hombres en las casas, y no con sus nombres en los libros. Sus necesidades, apetitos, talentos, afectos, logros son llaves que le abren el hermoso museo de la vida humana. ¿Por qué debería leerlo como un cuento árabe y no conocer en su propio pecho palpitante su dulzura y escozor? Lo que aprendemos de las leyes serenas y hermosas proviene del amor y el odio, de las ganancias y los préstamos y cesiones y pérdidas; de la enfermedad y el dolor; de la pena y la adoración; de viajar y votar y observar y preocuparse; de la desgracia y el desprecio. El escolar no debe mancillar su lección, sino saberla de corazón. Debe esforzarse con precisión, valor y alegría en resolver el problema de la vida que se le ofrece. Y no por

una acción esporádica, ni por promesas o sueños. Si cree, como en Dios, en la presencia y favor de las mayores influencias, merecerá el favor y aprenderá a recibirlo y usarlo, fiel también a las observancias inferiores.

Esta lección se enseña con énfasis en la vida del gran actor de esta época y proporciona la explicación de su éxito. Bonaparte representa la gran revolución reciente que nosotros, en este país, gracias a Dios, llevaremos a su máxima consumación. No me parece el pasaje menos instructivo de la historia moderna aquel rasgo de Napoleón mostrado a los ingleses cuando fue hecho prisionero. Al subir a bordo del Belerofonte, una columna de soldados ingleses en cubierta le recibió con el saludo militar. Napoleón observó que su manera de empuñar las armas difería de la francesa y, apartando los fusiles de los que le rodeaban, se acercó a un soldado, cogió su fusil y procedió a manejarlo al modo francés. Los oficiales y hombres ingleses miraron asombrados y se preguntaron si tal familiaridad sería habitual en el emperador.

En este caso, como siempre, ese hombre, a pesar de sus defectos o vicios, actuaba en lugar de aparentar. El feudalismo y el orientalismo han considerado majestuoso no hacer nada; la majestad moderna consiste en trabajar. Napoleón pertenecía a una clase, en aumento en el mundo, que piensa que lo que un hombre puede hacer es su mayor ornamento y que se pregunta siempre si resulta digno hacerlo. No creía en la suerte; así como tenía vista, tenía fe en la aplicación de medios a fines. Medios para fines es el motivo de toda su conducta. Creía que los grandes capitanes de la antigüedad realizaban sus hazañas sólo mediante combinaciones correctas, comparando justamente la relación entre los medios y las consecuencias, los esfuerzos y los obstáculos. El vulgo llama buena suerte al producto de los cálculos del genio. Pero Napoleón, fiel a los hechos, tenía también este mérito superior: mientras creía en el número y el peso y no omitía la prudencia, creía también en la libertad y la fuerza incalculable del alma. Hombre de precaución infinita, nunca descuidaba el menor detalle de la preparación, de la adaptación paciente; sin embargo, tenía una confianza sublime, como en todo, en los impulsos del coraje y la fe en su destino, la cual, en el momento apropiado, remediaba toda pérdida y arrollaba la caballería, la infantería, al rey y al káiser, como un rayo irresistible. Tal como se dice que la rama del árbol tiene el carácter de la hoja y el árbol entero el de la rama, resulta curioso observar que el ejército de Bonaparte compartía esta doble fuerza de su capitán; pues, estrictamente provisto en sus puestos, se podía esperar cualquier cosa del valor y disciplina de cada pelotón, en el flanco y el centro, y, sin embargo, siempre mantenía una confianza absoluta en las prodigiosas revoluciones de la fortuna que la guardia imperial era capaz de ejecutar si, por lo demás, el día estaba perdido. Aquí se mostraba sublime. Ya no calculaba la oportunidad del cañonazo. Era completamente fiel a la táctica y, una vez concluida, esperaba y aprovechaba las poderosas mutaciones de los más formidables soldados por naturaleza.

El escolar debe apreciar esta combinación de dones que, aplicados a un mejor propósito, conforman la verdadera sabiduría. Es un revelador de las cosas. Debe conocer,

en primer lugar, las cosas. Demasiado ansioso por lograr la insignia de la recompensa, no ha de omitir el trabajo por hacer. Debe saber que, aunque el éxito del mercado está en la recompensa, el verdadero éxito es obrar; que el secreto del mundo se aprende, y la habilidad ostensible se adquiere realmente, en la obediencia privada a su espíritu, en el diligente propósito, día tras día, año tras año, de saber cómo se mantienen las cosas; en el uso de todos los medios y, sobre todo, en la reverencia del humilde comercio y las humildes necesidades de la vida - para escuchar lo que ellas dicen y, así, por la reacción mutua del pensamiento y la vida, consolidar el pensamiento y perfeccionar la vida-, y en el desprecio de la cháchara de las opiniones del día. ¿O acaso no se supera la usurpación de los sentidos y se someten dócilmente las facultades inferiores del hombre con esta disciplina, por la cual, como un canal expedito, el alma fluye ahora fácil y alegremente?

El buen escolar no rehusará llevar el yugo en su juventud; conocerá, si puede, el máximo secreto del esfuerzo y la resistencia; hará que sus manos conozcan la tierra que le alimenta y el sudor que precede a la comodidad y el lujo. Debe pagar su diezmo y servir al mundo como un hombre sincero y noble, y no olvidar el culto a las divinidades inmortales que susurran al poeta y le convierten en emisor de melodías que perforan el oído del tiempo eterno. Si posee esta doble bondad - la instrucción y la inspiración-, entonces tendrá salud; entonces será un todo, no un fragmento, y la perfección de su don aparecerá en sus composiciones. En efecto, este doble mérito caracteriza siempre las producciones de los grandes maestros. El hombre de genio debe ocupar todo el espacio entre Dios o el espíritu puro y la multitud de hombres sin educación. Por un lado, debe proveerse de la razón infinita; por otro, debe penetrar en los sentidos y corazón de la multitud. De aquélla debe extraer su fuerza; a ésta deberá su objetivo. Uno lo subyuga a lo real; la otra, a lo aparente. En un polo se halla la razón; en el otro, el sentido común. Si resulta defectuoso en cualquier extremo de la escala, su filosofía parecerá inferior y utilitaria, o demasiado vaga e indefinida para los usos de la vida.

El estudiante, tal como venimos diciendo, es grande sólo si es pasivo frente al espíritu sobresaliente. Esta fe debe dictar toda su acción. Abundan las trampas y sobornos para descarriarle; sin embargo, ha de ser sincero. Su éxito también tiene su peligro. Hay algo inconveniente e injurioso en su posición. Aquéllos a quienes se han referido sus pensamientos o a quienes han inflamado le buscan antes de conocer las duras condiciones del pensamiento. Le buscan para que oriente su lámpara hacia los oscuros enigmas cuya solución creen que está inscrita en los muros de su ser. Descubren que es un hombre pobre, ignorante, con un abrigo mohoso y remendado, no un sabio que emite una corriente continua de luz, sino una esporádica ráfaga de luminoso pensamiento al que sigue la oscuridad total; además, no puede convertir su iluminación infrecuente en una vela portátil para explicar cualquier oscuro enigma que se presente. La pena le sigue. El escolar lamenta apagar la esperanza de los niños ingenuos, y el joven ha perdido una estrella salida de su nuevo firmamento brillante. De ahí la tentación del escolar a mistificar, a oír la pregunta y sentarse sobre ella, a responder con palabras, a falta del

oráculo de las cosas. Debe ser frío y sincero, y esperar con paciencia, pues la verdad puede volver incluso el silencio elocuente y memorable. La verdad será suficiente política para él. Debe abrir su pecho a toda indagación honrada y ser un artista por encima de los trucos del arte. Mostrad francamente, como haría un santo, vuestra experiencia, métodos, herramientas y medios. Dad la bienvenida a los recién llegados que quieran usarlos libremente. Por esta franqueza y caridad superior aprenderéis los secretos superiores de vuestra naturaleza, que los dioses, doblegados, os ayudarán a comunicar.

Si aprende a dominarse con confianza, verá que se vierten en su pecho grandes recompensas por lo que parecían horas de obstrucción y pérdida. No debe lamentarse demasiado por las compañías molestas. Cuando entienda cuánto pensamiento debe al desagradable antagonismo de varias personas con las que se cruza, pensará fácilmente que en una sociedad en que reinara la simpatía perfecta no habría palabra, acto o registro alguno. Aprenderá que no importa demasiado lo que lea, lo que haga. Si es un escolar, tendrá la parte del escolar de cada cosa. Así como, en la oficina de contabilidad, al comerciante le importa poco si el cargamento es de pieles o de barrilla, si la transacción es una letra o una transferencia y, sea lo que sea, ingresa discretamente la comisión, extraeréis la lección de la hora y del objeto, se trate de una ocupación concentrada o dispersa, incluso leyendo un libro tedioso o realizando un trabajo mecánico que os impongan las necesidades propias o ajenas.

Caballeros: me he atrevido a ofreceros estas consideraciones sobre el lugar y la esperanza del escolar porque pensaba que al estar, como muchos de vosotros, en el umbral de esta universidad, ceñido y listo para salir y asumir tareas públicas y privadas, en vuestro país, no lamentarías dejaros aconsejar sobre los deberes primarios de la inteligencia, de los que rara vez oiréis hablar a vuestros nuevos compañeros. Cada día oiréis las máximas de una prudencia inferior. Oiréis que el primer deber es conseguir tierras y dinero, posición y renombre. «¿Qué verdad es ésa que buscáis? ¿Qué belleza?», preguntarán los hombres en son de burla. Con todo, si Dios os ha llamado a algunos de vosotros a explorar la verdad y la belleza, sed osados, sed firmes, sed sinceros. Si decís, «haré como los demás, y renuncio, lo siento, a mis primeras visiones, debo probar los bienes de la tierra y despedirme del saber y las expectativas románticas hasta que llegue una época mejor», entonces morirá el hombre que hay en vosotros, entonces perecerán una vez más los capullos del arte, la poesía y la ciencia, tal como ya ha ocurrido con miles y miles de hombres. La hora de esa elección es la crisis de vuestra historia; que la inteligencia os mantenga firmes. Este temperamento dominante del mundo sensual es el que crea la extrema necesidad de los sacerdotes de la ciencia; y el oficio y derecho de la inteligencia es merecer y no arrebatar su estimación. Doblegaos a la persuasión que fluye hasta vosotros desde todo objeto de la naturaleza para ser la lengua que habla al corazón del hombre y para mostrar al mundo embrutecido lo sumamente bella que es la sabiduría. Advertidos de que el vicio de los tiempos y del país es una pretensión

excesiva, busquemos el tono y descubramos la sabiduría en la negligencia. Contentaos con una escasa luz para hacerla vuestra. Explorad, seguid explorando. Que no os engañe ni halague vuestra posición de indagación perpetua. No dogmaticéis ni aceptéis el dogmatismo de nadie. ¿Por qué deberíais renunciar al derecho a atravesar los estrellados desiertos de la verdad por el consuelo prematuro de un acre, una casa y un granero? La verdad también tiene su techo y cama y mesa. Hacedos necesarios para el mundo y la humanidad os dará pan y, aunque no en abundancia, no os arrebatarán vuestra parte en las posesiones de todos los hombres, en los afectos de todos los hombres, en el arte, la naturaleza y la esperanza.

No temáis que postule un ascetismo demasiado severo. No preguntéis de qué sirve la condición del escolar que retrocede sistemáticamente, o quién es mejor para el filósofo que disimula su talento y oculta sus pensamientos al mundo expectante. ¡Ocultar sus pensamientos! Ocultad el sol y la luna. El pensamiento es todo luz y se publica en el universo. Hablaría, aunque fuerais mudos, con su propio órgano maravilloso. Fluirá de vuestras acciones, modales y rostro. Os traerá amistades. A causa del amor y expectación de los espíritus generosos, hará que os dediquéis a la verdad. En virtud de las leyes de la naturaleza, que es una y perfecta, proporcionará todo bien sincero que hay en el alma al escolar, el amado de la tierra y el cielo.

El método de la naturaleza*

Discurso pronunciado ante la Society of the Adelphi, en Waterville Collage, Maine, el 11 de agosto de 1841. Se publicó en Boston con el título *The Method of Nature* (El método de la naturaleza) ese mismo año. Carlyle diría que era el «mejor escrito» de los textos que compondrían el volumen de 1849.

Caballeros:

Felicitémonos por los goces y promesas de este aniversario literario. El mayor interés de la tierra en que vivimos, si supiera lo que le hace falta, sería la debida consagración de los días de la razón y el pensamiento. Donde no hay visión, el pueblo perece. Los escolares son los sacerdotes de ese pensamiento que establece los fundamentos de la tierra. Al margen de su trabajo o profesión particular, representan el interés espiritual del mundo, y por desgracia suelen descuidar su puesto en un país en que el interés material es tan predominante como en América. Oímos demasiadas cosas sobre la maquinaria, el comercio y las artes útiles. Somos un pueblo endeble y voluble. La avaricia, la vacilación y el partidismo son nuestras enfermedades. La rápida riqueza que cientos de personas adquieren en la comunidad mediante el comercio o la expansión incesante de la población y las artes, encandila al resto; la suerte de uno es la esperanza de millares, y el soborno actúa como la proximidad de una mina de oro, que empobrece la escuela, la iglesia, la casa y el cuerpo y rostro mismo del hombre.

No quiero parecer agrio al mirar las manufacturas de la ciudad o la plaza del mercado. Me encanta la música de la rueda hidráulica; valoro el ferrocarril; siento el orgullo que inspira la vista del barco; considero también educación el comercio y toda habilidad mecánica. Pero discriminemos aquí lo precioso. En cada uno de esos trabajos se ha dado un acto de invención, un paso intelectual, o una pequeña serie de pasos; ese acto o paso es el acto espiritual; el resto es mera repetición de lo mismo miles de veces. No me engañaré admirando más la rutina de habilidades manuales y mecánicas, por espléndido que sea el resultado, de lo que admiro la rutina de los escolares o la clase clerical. Ese espléndido resultado que sigue a las labores de hombres estúpidos es el fruto de leyes superiores a su voluntad, y no justifica el elogio de la rutina. No sacrificaría al trabajador por el resultado, no sacrificaría al trabajador por mi conveniencia y orgullo, ni por los de la gran clase de aquéllos que son como yo. Que haya peor algodón y mejores hombres. Al tejedor no debe privársele de su superioridad respecto a su trabajo, ni de su conocimiento de que el producto o la destreza no tienen valor alguno, salvo si encarnan sus prerrogativas espirituales. Si no veo nada que admirar en la unidad ¿admiraré un millón de unidades? Los hombres respetan la ciudad, pero no honran a ningún ciudadano y ceden continuamente al deslumbrante resultado de los números lo que nunca cederían al ejemplo solitario de uno de ellos.

Mientras la multitud de los hombres se degrada mutuamente y da crédito a doctrinas desalentadoras, el escolar debe ser el portador de la esperanza y debe reforzar al hombre contra el hombre. A veces creo que nuestros aniversarios literarios asumirán una importancia mayor a medida que los hombres abran los ojos a sus capacidades. Aquí prevalece una nueva serie de distinciones, un nuevo orden de ideas. Aquí ponemos límite a la respetabilidad de la riqueza y las pretensiones de la ley y la Iglesia. El fanático debe dejar de ser hoy un fanático. El poder no puede entrar en nuestro círculo encantado, y el defensor más empeñado de las instituciones existentes siente el terrorífico carácter inflamable de este aire que condensa en cada rincón el calor capaz de devolver a los elementos la fábrica de las épocas. Nada sólido está seguro, todo se tambalea y se vuelca. Ni siquiera está a salvo el escolar; también él es requerido y revisado. ¿Está muerto su saber? ¿Vive de su memoria? El poder del espíritu no es la mortificación, sino la vida. Pero, ¡adelante, tú, niño curioso! ¡Venga, poeta encantador y esperanzado! Acércate, corazón tierno, dubitativo, si aún no has hallado un lugar adecuado en el mercado del mundo, ni mercancías que puedas comprar o vender - tan grande es tu amor y ambición-, tuya, y no suya, es la hora. No frunzas el ceño, espera y ama, porque el cielo amable te justifica y todo el mundo sabe que tienes razón.

Deberíamos celebrar esta hora con expresiones de gozo viril. Ni las gracias ni el rezo parecen el nombre superior o más verdadero para comunicarnos con lo infinito, sino la recepción alegre y conspiradora, la recepción que se convierte a la vez en donación, pues el receptor es sólo el parcial e infantil Donante de todo. No puedo - nadie puede - hablar con precisión de cosas tan sublimes, pero me parece que el ingenio del hombre, su fuerza, su gracia, su tendencia, su arte son la gracia y la presencia de Dios. Está más allá de toda explicación. Cuando todo queda dicho y hecho, el santo arrebatado es el único lógico. A nuestros labios no acuden exhortaciones ni argumentos, sino peanes de gozo y alabanza. Pero no de adulación: estamos demasiado próximos en lo más hondo de nosotros a aquello que honramos. Es Dios, en nosotros, quien frena la lengua de la petición por un pensamiento mayor. En el fondo del corazón oímos: «Soy, y por mí, oh hijo mío, tu hermoso cuerpo y mundo se yergue y crece. Soy; todas las cosas son mías: todo lo mío es tuyo.»

El festival de la inteligencia, y el retorno a su fuente, arroja una viva luz sobre los siempre interesantes tópicos del hombre y la naturaleza. Nos acordamos forzosamente de la vieja necesidad. No hay hombre alguno, nunca lo ha habido. La inteligencia aún quiere que nazca un hombre. La llama de la vida parpadea débilmente en los pechos humanos. Exigimos de los hombres una riqueza y universalidad que no encontramos. Los grandes hombres no nos contentan. Es su soledad, no su fuerza, la que los vuelve conspicuos. Hay algo indigente y tedioso en ellos. Están pobremente atados a un pensamiento. Si son profetas, son egoístas; si son educados y variados, superficiales. ¡Qué tarde llegan los hombres a todo resultado! ¡Cuánto tardan en pasar de uno a otro! La esfera de cristal del pensamiento es tan concéntrica como la estructura geológica del

globo. Así como nuestra tierra y rocas yacen en estratos, en estratos concéntricos, los pensamientos de los hombres discurren lateral, nunca verticalmente. Aquí llega un gran indagador con taladro y plomada, que perforará un pozo artesiano a través de nuestras convenciones y teorías y llegará al meollo de las cosas. Pero tan pronto como toca la corteza, mirad, la barrena, la plomada y el filósofo toman una dirección lateral, a pesar de toda resistencia, como si un fuerte viento se llevara cuanto hay a sus pies; y si venís cada mes a ver el progreso que ha hecho nuestro reformador, veréis que no ha perforado ni una pulgada, le hallaréis aún con palabras nuevas en el mismo lugar, flotando sobre partes nuevas de la misma vieja veta o corteza. El nuevo libro dice: «Te daré la llave de la naturaleza», y esperamos que caiga un rayo hasta el centro. Pero el trueno es un fenómeno superficial, produce un corte en la piel, y lo mismo hace el sabio. La cuña resulta ser un cohete. Así, el hombre dura muy poco, porque su monomanía se vuelve insoportablemente tediosa a los pocos meses. Así ocurre con todo libro y persona; sin embargo, no cogemos un libro nuevo ni conocemos a nadie sin sentir el pulso de la expectación. Y esta invencible esperanza de un intérprete más adecuado es la predicción segura de su advenimiento.

En ausencia del hombre, nos volvemos a la naturaleza, que está a continuación. En el orden divino, la inteligencia es primordial; la naturaleza, secundaria; es la memoria del espíritu. Aquello que una vez existió como ley pura en la inteligencia, ha tomado cuerpo ahora en la naturaleza. Ya existía disuelto en el espíritu; ahora ha precipitado, y el sedimento brillante es el mundo. Nunca podemos ser extraños o inferiores en la naturaleza. Es carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso. Pero ya no la cogemos de la mano; hemos perdido nuestro poder milagroso; nuestro brazo ya no es tan fuerte como la helada, ni nuestra voluntad equivalente a la gravedad y las atracciones electivas. Sin embargo, podemos usar la naturaleza como un modelo conveniente y el contador de nuestro ascenso y caída. Tiene esta ventaja como testigo: no puede ser corrompida. Cuando el hombre perjura, la naturaleza aún declara la verdad y el amor. Por tanto, podemos estudiar a salvo el espíritu en la naturaleza, porque no podemos mirarlo fijamente en el espíritu, tal como exploramos el rostro del sol en un estanque cuando nuestros ojos no pueden soportar su esplendor directo.

A mi juicio, pues, sería un peán oportuno celebrar piadosamente esta hora explorando el método de la naturaleza. Veámoslo tan de cerca como podamos e intentemos transferirlo a la vida literaria. Toda mirada seria que dirigimos a las realidades que nos rodean, con la intención de aprender, procede de un impulso sagrado y es realmente un canto de alabanza. ¿Qué diferencia puede haber si adopta la forma de una exhortación o de una exclamación apasionada o de una afirmación científica? Sólo son formas. A través de ellas expresamos, por fin, el mismo hecho, que Dios nos ha creado de una manera u otra.

Al tratar un tema tan amplio, en el que debemos apelar necesariamente a la intuición, y sugerir más que describir, sé que no es fácil hablar con la precisión accesible sobre

tópicos de menor alcance. No intentaré retratar a un hombre, describir un fantasma aéreo, desapasionado, imposible. Mis ojos y oídos se revuelven ante cualquier descuido de los hechos físicos, de las limitaciones del hombre. Sin embargo, el que concibe el verdadero orden de la naturaleza y contempla lo visible como procedente de lo invisible, no puede expresar su pensamiento sin que a los que estudian las leyes físicas no les parezca que no es justo con ellas. Hay un defecto intrínseco en el órgano. La lengua exagera. Suele entenderse que las afirmaciones de lo infinito son injustas con lo finito, y blasfemas. Sin duda, Empédocles expresó un pensamiento verdadero cuando dijo: «Soy Dios»; pero en el momento en que salió de su boca, se volvió una mentira para el oído, y el mundo se vengó por su aparente arrogancia con la historia de su sandalia. ¿Cómo puedo esperar tener mejor suerte al enunciar hechos espirituales? Sin embargo, confiemos en que, en la medida en que la verdad sea recibida, toda persona sincera sabrá que decimos lo que es justo.

El método de la naturaleza: ¿quién podría analizarlo? Esa vertiginosa corriente no se detendrá a que la observemos. No podemos sorprender a la naturaleza en un rincón, ni descubrir el extremo de un hilo, ni decir dónde poner la primera piedra. El pájaro se apresura a poner el huevo: el huevo, a eclosionar. El conjunto que admiramos en el orden del mundo es el resultado de una distribución infinita. Su suavidad es la suavidad de la caída de la catarata. Su permanencia es una perpetua incoación. Todo hecho natural es una emanación, y aquello de lo que emana es también una emanación, y de toda emanación surge otra. Si algo pudiera permanecer quieto, sería embestido y disipado por el torrente al que se resistiera, y si se trata de un espíritu, se vuelve loco, como los dementes que se aferran a un pensamiento y no fluyen con el curso de la naturaleza. No como la causa, sino como un efecto siempre novel, la naturaleza desciende siempre desde arriba. Es una obediencia inconsútil. La belleza de los objetos hermosos ha sido importada en ellos desde una primavera metafísica y eterna. En todas las formas animales y vegetales, el fisiólogo concede que ni la química ni la mecánica pueden explicar los hechos, sino que debe asumirse un misterioso principio de vida, que no sólo habita el órgano, sino que lo constituye.

Silenciosa, espaciosa, con cabida para todo y, sin embargo, sin lugar para un átomo, en graciosa sucesión, en igual plenitud, en equilibrada belleza, la danza de las horas continúa. Como el olor del incienso, como una melodía musical, como el sueño, es inexacta e ilimitada. No podrá ser diseccionada, desenredada ni mostrada. ¡Fuera con el filósofo profano! ¿Buscabas la causa en la naturaleza? Esto se refiere a eso, y eso a aquello, y aquello a lo otro, y todo se refiere a algo. Debes preguntar de otro modo, debes sentirlo y quererlo, debes contemplarlo con un espíritu tan grande como aquél por que existe, antes de poder conocer la ley. No podrá ser conocida, pero sí alegremente amada y disfrutada.

La vida simultánea en todo el cuerpo, el servicio igual de fines innumerables sin el menor énfasis o preferencia por ninguno, sino la firme subordinación de cada uno al

éxito de todos, no proporciona al entendimiento lugar alguno para operar. Sólo podemos considerar que la naturaleza existe para un universo de fines, y no para uno solo, que es un trabajo de éxtasis que debe representarse con un movimiento circular, así como una línea recta de longitud definida significaría la intención. Cada efecto fortalece todos los demás. No hay revuelta en reino alguno de la república, ni separación de ningún individuo. De ahí el carácter universal que convierte cada hoja en exponente del mundo. Cuando contemplamos con espíritu poético un paisaje, no tenemos en cuenta a los seres individuales. La naturaleza no conoce a la palmera o al roble, sino sólo la vida vegetal que brota en los bosques y festonea el globo con una guirnalda de hierbas y vides.

Que ningún fin puede seleccionarse, ni juzgarse al respecto la naturaleza, se deduce de esto: de que si se considera al hombre como el fin y se asume que la causa final del mundo es crear hombres sagrados o sabios o hermosos, veremos que se ha fracasado. Leed alternativamente la historia natural y la historia civil, un tratado de astronomía, por ejemplo, y un volumen francés de *Memoires pour servir*. Cuando nos asombra calcular la excesiva hospitalidad con que la alegre naturaleza alberga en su seno firmamentos sin fin, del mismo modo en que las madréporas fabrican el coral - soles y planetas hospitalarios para las almas-, y luego miramos de cerca esta corte de Luis XIV y vemos el juego que allí practican el duque y el mariscal, el abad y la dama, un juego de mesa en que cada uno trata de engañar al otro, en que el fin es siempre una mentira o estratagema para superar al rival y arruinarle ante este solemne currutaco con peluca y estrellas, el rey, no podemos evitar preguntarnos si este planeta es un hermoso espécimen de tan generosa astronomía, si el experimento no ha fracasado y si no valdría la pena hacer algo más en vez de arrojar al espacio inocente un artículo tan pobre.

Creo que nuestra impresión no será diversa si nos fijamos en los hombres grandes y sabios, las almas eminentes, e inspeccionamos de cerca su biografía. Ninguno de ellos, visto por sí mismo, si comparamos su actuación con su promesa o idea, justificará el coste de ese enorme aparato de medios proporcionado al final a esa persona maculada y defectuosa.

A este tipo de cuestiones, la naturaleza replica: «Crezco.» Todo resulta naciente, infantil. Cuando nos marea la aritmética del sabio que se esfuerza por calcular la longitud de una línea, la vuelta de una curva, nos calma advertir que se está llevando a cabo algo grande, que todo acaba de empezar; hay un cumplimiento activo de fines remotos. En ninguna parte podemos señalar nada final, sino que la tendencia aparece por doquier: el planeta, el sistema, la constelación, la naturaleza entera crece como un campo de maíz en julio, se convierte en algo más, está en rápida metamorfosis. El embrión no se esfuerza más por ser un hombre de lo que aquel lejano erizo de luz que llamamos nebulosa tiende a ser un anillo o un cometa o un globo, y padre de nuevas estrellas. ¿Por qué no deberían entonces esos messieurs de Versailles pavonearse y girar en torno a taburetes y lazos durante toda una época sin perjuicio de que su facultad sirva pronto para algo mejor?

Pero la naturaleza parece dispuesta a replicar:

Mi gran apuesta por el éxito no se debe a una sola criatura. Aún no he llegado a fin alguno. El jardinero pretende obtener una hermosa pera o melocotón, pero mi objetivo es la salud de todo el árbol - la raíz, el tronco, la hoja, la flor y la semilla-, en absoluto la crianza de un monstruoso pericarpio a costa de las demás funciones.

En resumen, el espíritu y peculiaridad de la impresión que la naturaleza nos produce es éste: que no existe para uno o cierto número de fines particulares, sino para el beneficio innumerable e interminable; que no hay en ella voluntad privada alguna, ninguna hoja o miembro rebelde, sino que el conjunto queda oprimido por una tendencia sobrepuesta, obedece a esa redundancia o exceso de vida que en los seres conscientes llamamos éxtasis.

Con esta concepción del genio o método de la naturaleza, volvamos al hombre. Es cierto, pretende explicarse a sí mismo, pero, al fin, ¿qué tiene que decir sino el hecho de que hay una vida que sólo puede ser descrita o conocida por la posesión? ¿Qué otra explicación puede dar de su esencia sino que había de ser así? La razón real, la gracia de Dios parece la única descripción de este hecho multiforme, pero siempre idéntico. Hay virtud, hay genio, hay éxito o no los hay. El ingreso o el receso de Dios: es cuanto podemos afirmar, y no podemos demostrar cómo ni por qué. La autoinculpación, el remordimiento y la moral didáctica de la abnegación y la lucha con el pecado forman la perspectiva que estamos forzados a adoptar por nuestra constitución sobre ese hecho, visto desde la plataforma de la acción; pero visto desde la plataforma de la inteligencia, para nosotros no hay sino alabanza y admiración.

La última victoria de la inteligencia parece ser la terminación del mundo en un hombre. Lo universal no nos atrae hasta que se aloja en un individuo. ¿Quién atiende al excesivo abismo de la posibilidad? El océano es en todas partes el mismo, pero carece de carácter hasta que se lo ve desde la orilla o desde un barco. ¿Quién valorará miles de millas de mar atlántico tramadas por líneas de latitud y longitud? Encerradlo en rocas de granito, a la orilla de la casa de los sabios, y la expresión lo llenará; el punto de mayor interés es aquél en que se encuentran la tierra y el agua. Así debemos admirar en el hombre la forma de lo informe, la concentración de lo vasto, la casa de la razón, la cueva de la memoria. ¡Ved el juego de los pensamientos! ¡Qué rápidas y gigantescas criaturas! ¿Qué saurios, qué palaiotheria nombrarán esos ágiles motores? El gran dios Pan de los antiguos, vestido con una piel de leopardo que significaba la belleza de la variedad de las cosas, y el firmamento, su manto de estrellas, era el representante del rico y variado hombre. Tú, palacio de vista y sonido, que llevas en tus sentidos la mañana y la noche y la insondable galaxia, en tu cerebro la geometría de la Ciudad de Dios, en tu corazón el hogar del amor y los reinos de lo justo y lo injusto. El hombre individual es un fruto que todas las edades pasadas han formado y madurado. La historia del génesis o de la vieja

mitología se repite en la experiencia de cada niño. También él es un demonio o un dios lanzado a un caos particular, donde se esfuerza por llevar las cosas del desorden al orden. Cada alma individual es así, por ser un poder que traduce el mundo a una lengua propia; si no en un cuadro, una estatua o una danza, en un oficio, un arte, una ciencia, un modo de vida, una conversación, un carácter, una influencia. Admiráis los cuadros, pero os resulta imposible pintar uno, así como la hierba no da manzanas. Pero cuando llega el genio, es todo dedos: es la flexibilidad y el poder de transferir el asunto de la calle a los óleos y colores. Debía nacer Rafael y debía nacer el Salvador.

No hay atracción como la que ejerce un hombre nuevo. Las naciones soñolientas están ocupadas con su rutina política. Inglaterra, Francia y América leen debates parlamentarios que ahora no aviva ningún genio superior; y nadie que confíe en sus ojos los leerá, sólo lo harán aquéllos a los que engaña la repetición popular de nombres distinguidos. Pero cuando Napoleón desenrolla un mapa, un poder original domina la mirada. Cuando Chatham conduce el debate, los hombres pueden escuchar, porque deben escuchar. Un hombre, una gran ascendencia personal, es el único gran fenómeno. Cuando la naturaleza tiene que hacer un trabajo, crea a un genio para hacerlo. Seguid al gran hombre y veréis lo que el mundo lleva en su corazón en esas épocas. No hay presagio como ése.

Pero lo que nos asombra en el genio excelente es lo que pertenece por derecho a cada uno. El hombre debería conocerse como un actor necesario. Faltaba un vínculo entre las dos partes anhelantes de la naturaleza, y aquél fue creado como el puente sobre esa necesidad abierta, el mediador entre dos hechos que serían, de otro modo, incasables. Sus dos padres mantenían cada una de sus necesidades, y la unión de las constituciones extrañas en él le permite hacer alegre y graciosamente lo que toda la raza humana no lograría. Conoce sus materiales, se aplica al trabajo; no puede leer o pensar o mirar, pero une las hebras hasta ahora separadas en una cuerda perfecta. Los pensamientos que le agrada pronunciar son la razón de su encarnación. ¿Acaso se ha de considerar barato y superfluo, o apostarse al borde del camino en busca de oportunidades? ¿No ha venido al mundo porque debía hacerse algo que sólo él puede hacer? Con que vea, el mundo será bastante visible. No necesita estudiar dónde estar ni poner las cosas bajo una luz favorable; la luz está en él, desde él se iluminan todas las cosas hasta su centro. ¿A qué patrón pedirá empleo y paga? Para esto nació, para llevar el pensamiento de su corazón desde el universo hasta el universo, para hacer un trabajo del que la naturaleza no puede privarse, ni del que él puede quedar exento, para sumergirse de nuevo en el silencio sagrado y la eternidad de la que ha salido como hombre. Dios es rico, y alberga en su pecho no sólo a uno, sino a muchos hombres, y cuida del momento y la necesidad y belleza de todos. ¿No es ésta la teoría del genio o facultad de todo hombre? ¿Por qué os dirigís entonces como un Boswell o un adorador a este santo o aquél? Ésa es la única lesa majestad. Aquí estáis, junto a aquéllos que han trabajado largo tiempo en el universo; ¿os atrevéis a pensar pobremente de vosotros mismos, cuando el robusto hado

os ha criado para unir sus lados desiguales, para salvar el abismo, para reconciliar lo irreconciliable?

Si una necesidad tan grande ha hecho que el hombre exista, su salud y firmeza consiste en la fidelidad con que transmite las influencias desde lo vasto y universal hasta el punto en que su genio puede actuar. Los fines son transitorios: son respiraderos para la corriente de vida interior que aumenta a medida que se gasta. La sabiduría del hombre es saber que todos los fines son transitorios, que el mejor fin puede debe ser superado por otro mejor. Pero existe en él la tendencia perjudicial a transferir su pensamiento de la vida a los fines, a abandonar su agencia y descansar en sus actos: las herramientas atrapan al trabajador, lo humano a lo divino. Al hombre siempre se le habla desde atrás, y es incapaz de volver la cabeza y ver al hablante. De todos los millones que han oído la voz, ninguno ha visto nunca su rostro. Así como los niños juegan a perseguirse y agarran a uno de la oreja y le hacen caminar delante, el espíritu es nuestro piloto oculto. Esa voz familiar habla todas las lenguas, gobierna a todos los hombres y ninguno ha captado nunca un atisbo de su forma. Si el hombre la obedece exactamente, ella le adoptará, de modo que él ya no la separará de sí mismo en su pensamiento, él parecerá ser ella, lo será. Si escucha con oídos insaciables, adquirirá una creciente sabiduría, el sonido se elevará como una música encantadora, será arrastrado como por una corriente, no se acordará de su comida ni de su casa, será el tonto de las ideas y llevará una vida celestial. Pero si pone los ojos en las cosas que ha de hacer, y no en la verdad que aún se le enseña, a causa de la cual hay que hacer las cosas, entonces la voz se debilitará y será, al fin, como un zumbido en sus oídos. Su salud y grandeza consiste en ser el canal por el que el cielo fluye a la tierra, en resumen, en la plenitud con que tiene lugar en él un estado extático. Es penoso ser un artista si, absteniéndonos de ser artistas, podemos ser los vasos llenos del desbordamiento divino, enriquecidos por la circulación de la omnisciencia y la omnipresencia. ¿No ha habido momentos en la historia del cielo en que la raza humana no se contaba individualmente, sino que era lo influido, era Dios distribuido, Dios lanzado a un beneficio multiforme? Es sublime recibir, y amar, pero esta ansia de impartir desde nosotros, este deseo de ser amados, el deseo a ser reconocidos como individuos, es finito, procede de un impulso inferior.

Diré, pues, que en la medida en que trazamos la historia natural del alma, su salud consiste en la plenitud de su recepción, llámese piedad, llámese veneración, en el hecho de que ahí se organiza el entusiasmo. ¿Qué parte es la mejor en una obra de arte, sino aquélla que la obra misma parece requerir y hacer, la que el hombre no puede hacer de nuevo, la que fluye desde la hora y la ocasión, como la elocuencia de los hombres en un debate tumultuoso? La teoría de la literatura siempre ha sido que la palabra de un poeta era final y autoritaria. Se suponía que por él hablaba la sabiduría divina. Nosotros envidiamos antes la circunstancia que el talento. Pensamos que podríamos haber profetizado alegremente en su lugar. Citamos nuestras Escrituras, como los griegos citaban a Homero, Teognis, Píndaro y los demás. Si la teoría ha retrocedido en la crítica

moderna es porque no hemos tenido poetas. En cuanto aparezcan, redimirán su propio crédito.

Ese estado extático parece dirigir la mirada al conjunto y no a las partes, a la causa y no a los fines, a la tendencia y no al acto. Respeta el genio, no el talento; la es peranza, no la posesión; la anticipación de todas las cosas por la inteligencia, no la historia misma; el arte, no la obra de arte; la poesía, no el experimento; la virtud, no los deberes.

El hombre desempeña debidamente su único oficio o función en virtud de este método divino, y todo le resulta odioso si se le separa de sus relaciones universales. ¿Es su trabajo en el mundo estudiar la naturaleza o las leyes del mundo? Que se proponga a sí mismo cualquier fin. ¿Ha de ser útil? Se degrada la naturaleza, como si al mirar al océano sólo se recordara el precio del pescado. ¿O ha de ser placentero? Se burlan de él: hay un aire seductor en los bosques y las montañas que arrastra al ocioso a la necesidad y la miseria. Hay algo social e instructivo en la naturaleza de todas las cosas; cada criatura pretende penetrar y dominar la naturaleza de las demás, y poseerse y sacar provecho de sí misma de todas las maneras y en todo el espacio y el espíritu. Cada estrella del cielo es desgraciada e insaciable. La gravitación y la química no pueden contentarla. Busca y corteja la mirada de todo contemplador. Quiere poseer y fascinar a cada hombre que viene al mundo, pasar a su espíritu, porque aspira a reeditarse en un mundo más delicado que el que ocupa. No le basta con ser Júpiter, Marte, Orión y la Estrella Polar en el firmamento gravitatorio; quiere tener a poetas como Newton, Herschel y Laplace para volver a existir y reaparecer en el mundo más hermoso de las almas racionales que pregonen su fama. Así ocurre con todos los objetos inmateriales. Estos bellos basiliscos fijan su mirada bruta, gloriosa, en los ojos de cada niño y, si pueden, hacen que su naturaleza atraviese sus ojos maravillados, de modo que todo quede mezclado.

Por tanto, el hombre debe evitar esta copa de encantamientos y mirar la naturaleza con un ojo sobrenatural. Sólo por la piedad, conversando con la causa de la naturaleza, está a salvo y la domina. Y como todo conocimiento es asimilación al objeto de conocimiento, ya que el poder o genio de la naturaleza es extático, también debe serlo su ciencia o la descripción que se haga de ella. El poeta debe ser un rapsoda: su inspiración, una especie de accidente brillante; su voluntad debe rendirse al poder universal, que no será visto cara a cara, sino que debe ser recibido y conocido con simpatía. Resulta notable que recibamos, de lo más remoto de la antigüedad, con los oráculos adscritos al fabuloso Zoroastro, una afirmación de este hecho, que reconocerá todo amante y buscador de la verdad:

No es apropiado - dice Zoroastro-, comprender lo inteligible con vehemencia, pero si os doblegáis, lo aprenderéis: no con mucho ardor, sino con una mirada pura e inquisitiva. No lo comprenderéis como se comprende algo en particular, sino con la flor del espíritu. Los mortales que comprenden las cosas sensuales no alcanzan las divinas, y sólo los que lleven armas ligeras llegarán a

la cumbre.

Y como el éxtasis es la ley y causa de la naturaleza, no podéis interpretarla en un sentido demasiado elevado y profundo. La naturaleza representa el mejor significado para el hombre más sabio. ¿Os parece el paisaje del atardecer el palacio de la amistad, y que ese cielo purpúreo y las aguas encantadoras son el anfiteatro engalanado y decorado sólo para el intercambio del pensamiento y el amor de las almas más puras? Así es. Los demás significados, atribuidos por hombres mezquinos, son conjeturables y falsos. No podéis bañaros dos veces en el mismo río, dijo Heráclito; yo añado que un hombre no ve dos veces el mismo objeto: con su propio aumento el objeto adquiere nuevos aspectos.

¿No se cumple la misma ley con la virtud? Queda viciada por un exceso de voluntad. El que aspira a progresar debe aspirar a un beneficio infinito, no a uno especial. Las reformas cuya fama colma ahora la tierra de templanza, abolicionismo, no resistencia, oposición al gobierno, trabajo justo, aunque parecen nobles y generosas, resultan pobres y magras si se las persigue como un fin. Los disgustos iniciales son inherentes a toda reforma en proporción a su energía, y el discípulo, en el momento mismo de sus primeros triunfos, se ve sorprendido por el enfado, la molestia y una desconfianza general, de modo que rehúye a sus socios, odia la empresa que recientemente parecía tan noble y piensa en arrojarle a los brazos de esa sociedad y manera de vivir que había abandonado con tanto orgullo y esperanza. ¿No es cierto que vinculaba el valor de la virtud con prácticas particulares como rehusar la satisfacción de ciertos apetitos, y que se ha sentido tan malvado e infeliz en esa abstinencia como lo había estado en el abuso? Pero el alma no queda apaciguada por un hecho, sino por una tendencia. Siente sus alas en una esperanza. Amaréis la rectitud, y no desusar el dinero o evadir el comercio; un espíritu expedito, y no un régimen monacal; la simpatía y la utilidad, y no cavar con la azada o reparar barriles. No me contéis vuestro gran proyecto, la liberación civil del mundo, su conversión en una iglesia cristiana, el establecimiento de la educación pública, una dieta más sana, una nueva división del trabajo y la tierra, las leyes de amor en lugar de las leyes de propiedad; os digo claramente que no hay fin alguno al que vuestra facultad práctica pueda aspirar, tan sagrado o tan grande que, perseguido por sí mismo, no se convierta al fin en carroña y hieda. La facultad imaginativa del alma debe alimentarse con objetos inmensos y eternos. Los sentidos no deberían percibir vuestro fin; entonces será como un dios al que nos aproximamos sin llegar a tocarlo, que siempre otorga salud. El hombre se adorna con la oración y el amor como un propósito adorna una acción. ¿Qué es más fuerte que el bien y más energético que la presencia de un valiente? La doctrina de la presencia en la fisiología vegetal, o la influencia general de cualquier sustancia por encima de su influencia química, se aplica mejor al hombre que a un alcalino o una planta viva. No necesitáis hablarme, ni yo necesito ir donde estéis para que ejerzáis un magnetismo sobre mí. Con que seáis íntegros y suficientes, os conoceré en cada parte de mi vida y fortuna, y tan fácil será eludir la fuerza de gravedad de la tierra como escapar de vuestra presencia.

Pero hay otros ejemplos de esta influencia total y suprema, además de la naturaleza y la conciencia. «El árbol venenoso, el mundo», dicen los brahmanes, «da dos frutos, dulces como las aguas de la vida: el amor, o la compañía de las almas bellas, y la poesía, cuyo sabor es como el zumo inmortal de Vishnú». ¿Qué es el amor, y por qué es el bien principal, sino porque es un entusiasmo predominante? Nunca en dominio de sí o prudente, es todo abandono. No se trata de cierta sabiduría admirable, preferible a cualquier otra ventaja y respecto a la cual las demás son sólo secundarias y compensatorias, porque con ella el individuo ya no es su propio dueño necio, sino que inhala un aire aromático y celestial, queda envuelto en el temor de su objeto y mezcla al instante ese objeto con el único y verdadero bien, y consulta todo presagio de la naturaleza con trémulo interés. A decir verdad - ¿no es infeliz sólo quien no está enamorado?, con su libertad imaginaria y autonomía-, ¿no se parece a la muerte? El que está enamorado es sabio y se vuelve más sabio, ve de nuevo cada vez que mira al objeto amado, extrayendo de él con su mirada y espíritu esas virtudes que posee. Por tanto, si el objeto no fuera en sí mismo un alma viva y expansiva, lo agotaría. Pero el amor perdura en él, así como la sabiduría que le dio, y anhela un objeto nuevo y superior. Y la razón por la que todos los hombres honran al amor es porque mira arriba y no abajo, aspira y no desespera.

¿Y qué es el genio sino el amor más hermoso, un amor impersonal, un amor del florecimiento y la perfección de las cosas, y un deseo de lograr una nueva imagen o copia de lo mismo? Mira a la causa y la vida: procede de dentro afuera, mientras que el talento procede de fuera adentro. El talento descubre sus modelos, métodos y fines en la sociedad, existe para exponerse y acude al alma sólo en busca de poder para trabajar. El genio es su propio fin, y obtiene los medios y el estilo de su arquitectura del exterior, y sale afuera en busca de público y espectadores, tal como adaptamos la voz y entonación a la distancia y carácter del oído al que hablamos. Vuestro saber de todas las literaturas no os permitirá anticipar uno solo de sus pensamientos o expresiones y, sin embargo, cada uno es tan natural y familiar como las palabras del hogar. Aquí al lado se agota por siempre el antiguo enigma, tan viejo y tan impronunciable. ¡Mirad! Están el sol y la lluvia y las rocas: el viejo sol, las viejas piedras. Parece fácil describirlo todo debidamente y, sin embargo, ninguna palabra lo logra. La naturaleza es muda, y el hombre, su hermano locuaz, ¡mirad!, también es mudo. Pero cuando llega el genio, su lengua es como un río; no le cuesta más describir de lo que a la naturaleza le cuesta existir. Cuando el pensamiento es el mejor, abunda. El genio derrama sabiduría como perfume y nos advierte de que mana de una fuente más profunda que el silencio anterior, conoce tan profunda y habla tan musicalmente porque es una mutación de la cosa que describe. Es el sol y la luna y la ola y el fuego en la música, como la astronomía es el pensamiento y la armonía en las masas materiales.

¿Qué es toda la historia sino el trabajo de las ideas, un registro de la energía incalculable que sus infinitas aspiraciones infunden al hombre? ¿Se ha hecho algo

grande y eterno? ¿Quién lo ha hecho? Resulta claro que ningún hombre, sino todos los hombres: ha sido el predominio y la inundación de una idea. ¿Qué trajo aquí a los peregrinos? Uno dirá la libertad civil; otro, el deseo de fundar una iglesia; un tercero descubre que la fuerza motriz era económica y comercial. Pero si los puritanos pudieran alzarse de sus tumbas, no podrían responder. Hay que entenderlo por lo que fueron y no por lo que se propusieron; fue el crecimiento y expansión de la raza humana, al que se ha parecido la revolución siguiente, que no ha ocurrido en Concord o Lexington o Virginia, sino que ha sido el desbordamiento del sentido del derecho natural en todo espíritu claro y activo de la época. ¿Se muestra el hombre jactancioso y astuto y dominador? Nos apartamos de él sin esperanza. Pero dejad que sienta respeto y temor ante lo vasto y lo divino, y que se disponga a ser útil, y nuestra mirada quedará fija en la cadena de acontecimientos. ¡Qué deuda tenemos con esa antigua religión que, en la infancia de la mayoría, moraba como una mañana de sábado en el país de Nueva Inglaterra, y que enseñaba privación, abnegación y pena! El hombre no ha nacido para la prosperidad, sino para sufrir en beneficio de los demás, como los arcos que rodean nuestras ciudades y exudan al servicio del hombre. Lo que ha absorbido el pensamiento no ha sido la alabanza ni la aceptación de nuestras obras por parte de los hombres, sino el sagrado error del espíritu a través de nosotros. ¡Cómo ha sido dignificado! ¡Todo lo que se llama talento y éxito en nuestras ruidosas capitales resulta ronroneo y estrépito ante el mérito humano! ¡Cuánto nos avergüenzan nuestras amistades y las complacencias que usamos! ¿No abandonaremos a nuestros compañeros como si fueran ladrones y compinches, y nos iremos a un solitario risco del monte Katahdin, a algún rincón ignorado de Moosehead Lake para llorar por nuestra inocencia y recuperarla, y con ella el poder de comulgar de nuevo con una idea más sagrada?

¿Y qué sustituirá a la piedad de esa raza? Nosotros carecemos de ella: nos abandona día tras día, pero también podemos solazarnos con la gran mañana que surge siempre del mar oriental y ser los hijos de la luz. Estoy aquí para deciros: adoremos al alma poderosa y trascendente. La tarea de esta época, sin duda, es anular el adúltero divorcio que la superstición de muchas épocas ha efectuado entre la inteligencia y la santidad. Los amantes del bien han formado una clase, los estudiantes de la sabiduría, otra, como si ninguna pudiera ser pura sin mezcla de la otra. La verdad siempre es sagrada, la santidad, siempre sabia. Deseo que ya no tratemos con el pecado, con la literatura y la sociedad pecaminosas, sino que vivamos una vida de descubrimiento y acción. Aceptemos la inteligencia y ella nos aceptará. Seamos los humildes ministros de esa pura omnisciencia y no la neguemos ante los hombres. Al instante consumirá toda literatura profana, toda opinión vulgar y mezquina, todo falso poder mundano. Extraigo de la naturaleza la lección de una intimidad divina. Nuestra razón y salud como hombres nos obliga a respetar este hecho contra la negligencia y la contradicción de la sociedad. La cordura del hombre necesita el equilibrio de esta fuerza inmanente. Su nobleza necesita la garantía de esta inagotable reserva de poder. Por grandes que hayan sido sus obsequios, son una gota del mar en que se mueven. Si decís, «la aceptación de la visión

es también el acto de Dios», no trataré de penetrar el misterio, admito la fuerza de lo que decís. Si preguntáis, «¿cómo pueden dictarse normas para lograr dones tan sublimes?», sólo mencionaré que, mientras haya vida, no podremos evitar las solicitudes de este espíritu. Tierna, tiernamente, nos buscan y cortejan con cada objeto de la naturaleza, con cada hecho de la vida, con cada pensamiento. La única condición asociada al don de la verdad es su uso: lo aprende el hombre que reduce su saber a la práctica. Emmanuel Swedenborg afirmaba que le parecía claro «que los espíritus que conocen la verdad en esta vida, pero no la practican, al morir pierden su conocimiento». «Si el saber», dice el califa Alí, «lleva a la práctica, bien está; de lo contrario, desaparece». La única manera de acceder a la naturaleza es realizar nuestra mejor visión. De inmediato somos poetas superiores y podemos hablar según una ley más profunda. Haced lo que sepáis y la percepción se convertirá en carácter, tal como las islas y continentes surgieron de infusorios invisibles, o tal como las hojas del bosque absorben la luz, la electricidad y los gases volátiles, o como el nudoso y milenario roble detiene y fija las corrientes más volátiles y etéreas. La doctrina de esta presencia suprema es un grito de gozo y exultación. ¿Quién se atreverá a pensar que ha llegado tarde a la naturaleza o se ha perdido algo ex celente ocurrido en el pasado al ver las admirables estrellas de la posibilidad y el aún intacto continente de la esperanza que brilla con todas sus montañas en el vasto oeste? Alabo con asombro esta gran realidad que parece ahogar todas las cosas en el diluvio de su luz. ¿Quién puede apartar esto de sus pensamientos tras haberlo visto, o pensar en algo inferior? Su entrada en el espíritu parece el nacimiento del hombre. No podemos describir la historia natural del alma, pero sabemos que es divina. No puedo decir si las maravillosas cualidades que se alojan hoy en esta estructura mortal se reunirán con una actividad igual en una estructura similar, o si han tenido antes una historia natural como la del cuerpo que veis ante vosotros; pero lo que sé es que estas cualidades no empiezan a existir ahora, no pueden enfermar de mi enfermedad ni ser sepultadas en mi tumba, sino que circulan por el universo: existían antes que el mundo. Nada puede excluirlas o encerrarlas, sino que penetran el océano y la tierra, el espacio y el tiempo, la forma y la esencia, y tienen la llave de la naturaleza universal. De esta fe obtengo valor y esperanza. El alma conoce todas las cosas. Ninguna comunicación puede sorprenderla. Nada puede ser mayor que ella. Que teman y adulen los que quieran. El alma está en su reino nativo y es más amplia que el espacio, más antigua que el tiempo, amplia como la esperanza, rica como el amor; rechaza con hermoso desdén la pusilanimidad y el temor: no son propios de quien viste las ropas de la coronación y, a través del amor universal, alcanza el poder universal.

El reformador*

Conferencia dictada ante la Mechanics' Apprentice's Library Association en el Masonic Temple de Boston, el 25 de enero de 1841. Aunque precede en el tiempo al discurso sobre «El método de la naturaleza», Emerson la situaría después en el volumen de 1849 para indicar un cambio de carácter literario, que coincidiría con la publicación de la primera serie de los Ensayos y el inicio de la preocupación social del autor. El texto aparecería en The Dial con el título «Man the Reformer» (El reformador) y no volvería a reeditarse hasta el volumen de 1849, aunque circularían numerosas ediciones pirata.

Señor presidente, caballeros:

Querría ofrecer a vuestra consideración algunos pensamientos sobre las relaciones generales y particulares del hombre como reformador. Doy por supuesto que el propósito de cada joven miembro de esta asociación es el más elevado que corresponde a un ser racional. La vida que llevamos es, sin duda, vulgar y mezquina; algunos de los oficios y funciones para los que principalmente fuimos creados se han vuelto tan raros en sociedad, que su memoria se guarda sólo en viejos libros y tradiciones oscuras; ya no somos profetas ni poetas, esos seres hermosos y perfectos, a los cuales ni siquiera hemos visto; algunas fuentes de la instrucción humana han perdido su nombre y nos resultan desconocidas; la comunidad en la que vivimos apenas ha oído hablar de que cualquiera habría de estar dispuesto al éxtasis o la iluminación divina, y ver enaltecido su paseo diario por el contacto con el mundo espiritual. Aunque debía decir todo esto, no creo que ninguno de mis oyentes, que ningún alma honrada e inteligente niegue que debemos tratar de seguir las disciplinas y cursos que merece una comunicación más clara y directa con la naturaleza espiritual. No renuncio tan poco a la esperanza de que cada una de las personas a las que me dirijo se haya sentido llamada a arrojar de sí las malas costumbres, la timidez y las limitaciones y a ocupar su lugar como un hombre libre y útil, un reformador, un benefactor, que no se contenta con pasar por el mundo como un soldado de infantería o un espía, esquivando con agilidad y disculpas cuantos golpes pueda, sino como un hombre honrado y valiente, que ha de encontrar o abrir un camino recto hacia todo lo que hay de excelente en la tierra, no sólo para salir él con honor, sino para que sea más sencillo que quienes le siguen salgan con honor y con beneficio.

En la historia del mundo, la doctrina de la Reforma no había tenido nunca tanto alcance como ahora. Luteranos, Hernhutters, jesuitas, monjes, cuáqueros, Knox, Wesley, Swedenborg, Bentham, todos, al acusar a la sociedad, respetaban algo: la Iglesia o el Estado, la literatura o la historia, las costumbres domésticas, el mercado municipal, la mesa de comer, la moneda corriente. Pero ahora todo eso y todo lo demás han oído la trompeta y se apresuran al juicio: el cristianismo, las leyes, el comercio, las escuelas, la granja, el laboratorio, y no hay reino, ciudad, estatuto, rito, vocación, hombre ni mujer

que no estén amenazados por el nuevo espíritu.

No importa que algunas de las objeciones y objetores que asaltan nuestras instituciones sean extremos y especulativos, ni que los reformadores tiendan al idealismo. Esto sólo muestra la extravagancia de los abusos que han llevado al extremo opuesto. Cuando el exceso de falsedad vuelve irreales y fantásticos hechos y personas, el escolar busca refugio en el mundo de las ideas y trata de abastecer y rellenar la naturaleza con aquella fuente. Dejad que las ideas recobren su preponderancia en sociedad, que la vida sea hermosa y poética, y los escolares serán alegres amantes, ciudadanos y filántropos.

Las nuevas ideas no aportan seguridad alguna respecto a que las viejas naciones, las leyes seculares, la propiedad y las instituciones de cien ciudades se vayan a construir sobre otros cimientos. El demonio de la reforma tiene una puerta secreta en el corazón de todo legislador, de cada habitante de la ciudad. El hecho de que un nuevo pensamiento y una nueva esperanza amanezcan en vuestro pecho ha de advertiros de que, al mismo tiempo, una nueva luz se ha encendido en mil corazones. El secreto que queríais guardar, tan pronto como salís fuera os lo encontráis en el dintel, y os dice lo mismo. Ni el más bronceado y astuto de los acreedores dejará, para nuestra consternación, de estremecerse y temblar cuando oiga las preguntas suscitadas por las nuevas ideas. Creíamos que tendría donde apoyarse, que la gente como él es dura de roer, pero flaquea y huye. Entonces dice el escolar:

Las ciudades y los vagones no volverán a imponerse sobre mí, pues están a punto de cumplirse mis sueños solitarios. Esa fantasía que albergaba y dudaba en expresar porque os reiríais está en boca también del corredor de bolsa, del fiscal, del mercader. Si hubiera esperado un día a decirla, habría llegado tarde. ¡Mirad, State Street piensa y Wall Street duda y empieza a profetizar! 1

No puede extrañar que este examen general de los abusos surja en el seno de la sociedad si tenemos en cuenta los obstáculos prácticos que se hallan en el camino del joven virtuoso. Al entrar en la vida, el joven encuentra bloqueados con abusos los accesos a los empleos lucrativos. Los procedimientos comerciales se han vuelto egoístas hasta el extremo del robo, dóciles a los límites (si no los han traspasado) del fraude. El comercio no es intrínsecamente inapropiado para el hombre, ni poco idóneo para sus facultades, pero está ahora, en general, tan viciado por el descuido y los abusos que todos cometen, que requiere más vigor y recursos de los que pueden esperarse de un joven para comportarse como es debido. Se pierde en ellos, no puede mover manos ni pies. ¿Tiene genio y virtud? No le valdrán para medrar, y si quiere progresar tendrá que sacrificar los sueños brillantes de la juventud por ser sueños; tendrá que olvidar las plegarias de la infancia y ponerse el arnés de la rutina y el servilismo. Si no es así, no le queda sino empezar en el mundo desde el principio, como hace quien cava la tierra en busca de alimento. Todos estamos implicados, por supuesto, en esto; basta con plantear

algunas preguntas sobre cómo llegan los artículos de comercio desde los campos donde crecen hasta nuestras casas para darnos cuenta de que comemos y bebemos y vestimos el perjuicio y el fraude en cien mercancías. Cuántos artículos de consumo diario provienen de las Indias Occidentales; sin embargo, dicen que, en las islas españolas, la venalidad de los funcionarios del gobierno se ha convertido en costumbre y que nada pasa a nuestros barcos que no haya sido fraudulentamente abaratado. En las islas españolas, todos los agentes comerciales americanos, salvo el cónsul, han jurado que son católicos, o han hecho que un sacerdote lo declare en su lugar. Los abolicionistas nos han enseñado nuestra sórdida deuda con el negro del sur. En la isla de Cuba, además de las abominaciones ordinarias de la esclavitud, al parecer, sólo se compra a los hombres para las plantaciones, y uno de cada diez de esos miserables solitarios muere cada año para que tengamos azúcar. Dejo para quienes conozcan el asunto el examen de los juramentos de nuestras aduanas; no entraré en la opresión de los marineros; no me meteré en los entresijos de nuestro comercio al por menor. Me contentaré con señalar que nuestro sistema general de comercio (aparte de la trata de negros, que, espero, es una excepción en la que nadie respetable interviene, y que denuncia) es un sistema de egoísmo que no dictan los más elevados sentimientos de la naturaleza humana, que no se mide por la ley exacta de la reciprocidad, mucho menos por sentimientos de amor y heroísmo, sino que es un sistema de desconfianza, de ocultación, de ansia desmesurada, de no dar sino de tomar ventaja. No es lo que un hombre se complace en descubrir a un noble amigo, en lo que se detiene con gozo y aprobación en su hora de amor y aspiración, sino más bien aquello que aparta de la vista para mostrar sólo el resultado, sorprendido por el modo de adquirirlo, de gastarlo. No acuso al mercader ni al fabricante. Los pecados de nuestro comercio no pertenecen a ninguna clase, a ningún individuo. Uno recoge, otro distribuye, uno más come. Todos participan, todos confiesan; todos se ofrecen voluntarios a confesar, pero nadie se siente responsable. Nadie ha creado el abuso, nadie puede alterarlo. ¿Quién podría? Todos son personas oscuras que han de ganarse el pan. Ése es el vicio, que nadie se siente llamado a comportarse como un hombre, sino sólo como una fracción de hombre. Lo que sucede, entonces, es que las almas sinceras que sienten los impulsos irreprimibles de la nobleza, que por la ley de su naturaleza habrían de comportarse como hombres, consideran que los procedimientos del comercio no son apropiados para ellos, y se alejan. Cada vez es más frecuente esto.

Pero por alejarnos del comercio no nos hemos librado. El rastro de la serpiente llega a todas las prácticas y profesiones lucrativas del hombre. Cada una tiene sus propios errores. En todas, una conciencia afable y muy inteligente es un inconveniente para el éxito. Todas requieren que el practicante cierre los ojos, se muestre obsequioso y dócil, acepte las costumbres, acalle los sentimientos de generosidad y amor, olvide la opinión personal y la firme integridad. Las malas costumbres afectan a toda la institución de la propiedad, de modo que las leyes que la establecen y protegen no parecen nacidas del amor y la razón, sino del egoísmo. Suponed que una persona es tan desdichada como para haber nacido santa, capaz de agudas percepciones, pero con la conciencia y el amor

de un ángel, y ha de ganarse la vida. Se verá excluida de todos los trabajos lucrativos; no tendrá granja, ni podrá adquirir una, pues ganar el dinero suficiente para comprarla requiere concentrarse en el dinero, venderse a uno mismo durante años, y para esa persona la hora presente es tan sagrada e inviolable como cualquier hora futura. Por supuesto, mientras haya un hombre que no tenga tierra, mi título de propiedad, el vuestro, está viciado. Parecen inextricables la duplicidad y los zarcillos de este mal, en el que estamos profundamente involucrados al entablar relaciones, al tener mujer e hijos, beneficios y deudas.

Consideraciones de esta clase han llamado la atención de muchas personas filantrópicas e inteligentes respecto a la necesidad de que el trabajo manual sea una parte de la educación de los jóvenes. Si la riqueza acumulada de las generaciones pasadas está manchada - sin que importe cuánto nos corresponde-, tendremos que empezar a pensar si no sería más noble renunciar a ella y establecer relaciones primordiales con el suelo y la naturaleza, abstenerse de cuanto es deshonesto y sucio, de aceptar cada uno su parte, con sus propias manos, en el trabajo manual del mundo.

Pero dirán: «¿Cómo? ¿Renunciar a las inmensas ventajas amontonadas por la división del trabajo y poner a cada hombre a que se haga sus zapatos, su mesa, su cuchillo, su coche, sus velas y aguja? Sería devolver al hombre a la barbarie». No veo perspectiva inmediata de una revolución virtuosa; sin embargo, confieso que no me disgustaría un cambio que supusiera la pérdida de algunos lujos y conveniencias sociales si se basara en la preferencia de la vida agrícola y en la creencia de que nuestras obligaciones primordiales como hombres podrían cumplirse mejor de ese modo. ¿Quién lamentaría que una elevada conciencia y un gusto más puro ejercieran un efecto sensible en los jóvenes que buscan ocupación y mermaran las filas de la competición en las labores del comercio, la ley y el Estado? Es fácil ver que los inconvenientes durarían poco. Sería una gran acción, lo que siempre abre los ojos de los hombres. Cuando mucha gente lo haya llevado a cabo, cuando la mayoría admita la necesidad de reformar todas las instituciones, sus abusos se reducirán y volverá a estar expedito el camino para las ventajas que surgen de la división del trabajo, y cualquiera podrá escoger de nuevo el empleo más adecuado a su talento sin comprometerse.

Pero aparte del énfasis que nuestra época da a la doctrina de que el trabajo manual de la sociedad han de compartirlo todos sus miembros, los individuos tienen razones para no privarse de ellos. El uso del trabajo manual no se vuelve nunca obsoleto y es aplicable a cualquiera. Un hombre habría de tener una granja o un ingenio mecánico para su cultura. Hemos de tener una base para nuestros logros más elevados, nuestros delicados entretenimientos de poesía y filosofía, en el trabajo de nuestras manos. Hemos de encontrar un antagonismo en el rudo mundo a la variedad de nuestras facultades espirituales, o no nacerán. El trabajo manual es el estudio del mundo exterior. La ventaja de la riqueza es para quien se la procura, no para el heredero. Cuando entro en mi jardín con la azada y excavo un lecho, me siento tan exultante y sano que me doy cuenta de que

me he estado engañando todo el tiempo que he dejado que otros hicieran por mí lo que debería haber hecho yo con mis manos. En el trabajo no sólo hay salud, sino educación. ¿Es posible que yo, que obtengo cantidades indefinidas de azúcar, maíz, algodón, cubos, loza y papel poniendo simplemente mi nombre cada tres meses en un cheque a favor de John Smith y Compañía, comerciantes, tenga la medida justa de mis facultades por todas esas cosas forzadas que la naturaleza ha querido que sean importantes para mi comodidad? Es el propio Smith, y sus transportistas, y empleados, y fabricantes, es el marinero, y el buzo, el carnicero, el negro, el cazador y el plantador, quienes interceptan el azúcar del azúcar y el algodón del algodón. Ellos obtienen la educación, yo sólo la mercancía. Todo eso estaría muy bien si yo estuviera ausente por necesidad, ocupado en mi trabajo, como ellos, un trabajo con las mismas facultades; entonces estaría seguro de mis pies y de mis manos, pero ahora siento vergüenza ante mi leñador, mi agricultor y mi cocinero, que poseen cierta autosuficiencia y pueden, sin mi ayuda, dar la vuelta al día y al mundo, mientras que yo dependo de ellos y no me he ganado mi derecho a usar mis brazos y mis pies.

Examinemos la diferencia entre el primer y el segundo dueño de la propiedad. Cada tipo de propiedad es presa de sus enemigos, como el hierro de la herrumbre, la madera de la podredumbre, la ropa de las polillas, las provisiones del moho o los gusanos, el dinero de los ladrones, el huerto de los insectos, el campo sembrado de la cizaña y el paso del ganado, el rebaño del hambre, el camino de la lluvia y la helada, el puente de la riada. Quien tome posesión de estas cosas tendrá que hacerse cargo de defenderlas de tropas enemigas y mantenerlas a salvo. Un hombre que hace frente a sus necesidades, que construye una balsa o un bote para ir a pescar, encuentra hecho calafatearlos o ponerles un tolete o arreglar el timón. Pero cuando tiene que entregar todos los bienes que ha reunido año tras año a su hijo, hacienda, casa, huerto, tierra labrada, ganado, puentes, armas, utensilios, alfombras, ropa, provisiones, libros, dinero, y no puede darle la habilidad ni la experiencia con que los ha reunido, ni el método y el lugar que ocupan en su vida, el hijo se verá con las manos llenas, no para usar todas esas cosas, sino para cuidarlas y defenderlas de sus enemigos naturales. Para él no serán medios, sino dueños. Sus enemigos no cejarán; la herrumbre, el moho, el gusano, la lluvia, el sol, la riada, el fuego, tomarán lo que les corresponde, lo vejarán hasta convertirse de propietario en vigilante o perro guardián de este almacén de nuevos y viejos enseres. ¡Qué cambio! En lugar de predominar el buen humor, y la sensación de poder, y la fertilidad de recursos propios; en lugar de las manos fuertes y diestras, los ojos penetrantes y expertos, el cuerpo flexible y el po deroso y prevaleciente corazón del padre, a quien la naturaleza amaba y temía, a quien la nieve y la lluvia, el agua y la tierra, las bestias y los peces parecían conocer y servir, tenemos ahora a una persona diminuta, protegida, guarecida de la tierra y el cielo tras muros y cortinas, estufas y lechos, coches y criados y criadas, y que, educado para depender de todo esto, teme cuanto amenaza sus posesiones, obligado a pasar tanto tiempo velando por ellas que pierde de vista su uso original: que le ayudaran en sus fines, en la prosecución de su amor, en acudir en socorro de sus amigos,

en adorar a Dios, en aumentar su conocimiento, en servir a su país, en mostrarse indulgente con sus sentimientos. Ahora es lo que se llama un hombre rico, el lacayo y el recadero de sus riquezas.

Por ello, todo el interés de la historia reside en la fortuna del pobre. El conocimiento, la virtud, el poder son la victoria del hombre sobre sus necesidades, su marcha hacia el dominio del mundo. Todos los hombres han de tener la oportunidad de conquistar el mundo por sí mismos. Sólo esas personas nos interesan: espartanos, romanos, sarracenos, ingleses, americanos, que han hecho frente a las necesidades, y con su propio ingenio y poder se han librado de ellas para darle la victoria al hombre.

No quiero exagerar esta doctrina del trabajo ni insistir en que todos debieran ser granjeros más de lo que debieran ser lexicógrafos. En general, podríamos decir que la profesión de agricultor es la más antigua y universal y que, si un hombre no ha descubierto en sí mismo el trabajo que le conviene, sería una ocupación preferible. Pero la doctrina de la granja consiste sólo en que todos los hombres deberían mantener relaciones primordiales con el trabajo del mundo, hacerlo por sí mismos y no tolerar el accidente de tener dinero en el bolsillo, o haber sido educado para una tarea deshonrosa y perjudicial que le separe de sus obligaciones. Por esta razón, ese trabajo es la educación de Dios: sólo aprenderá con sinceridad, y se convertirá en maestro, quien aprenda los secretos del trabajo y con astucia le robe el cetro a la naturaleza.

No haré oídos sordos a la exigencia de las profesiones cultas, la del poeta, el sacerdote, el legislador, los hombres de estudio en general, de que, en la experiencia de todos ellos, la cantidad de trabajo manual que es necesaria para mantener una familia indisponen y previene en contra del ejercicio intelectual. Sé que sucede con frecuencia, tal vez demasiada, que donde hay una hermosa organización adecuada para la poesía y la filosofía, ese individuo se ve obligado a mantenerse a la espera de sus pensamientos, a dejar que pasen los días hasta que pueda realzar y glorificar uno solo de ellos, y que aprende más con un ejercicio moderado y delicado, como pasear por los campos, remar, esquiar o cazar, que con el trabajo monótono y rudo del granjero o el herrero. No olvido el venerable consejo de los antiguos misterios egipcios, que decía que «el hombre tiene dos pares de ojos, y es necesario que el par inferior se cierre cuando el par superior percibe, y cuando el par superior se cierra, entonces ha de abrirse el inferior». Sugiero, sin embargo, que no podemos separarnos del trabajo sin que el vidente pierda poder y verdad; que, sin duda, las faltas y los vicios de nuestra literatura y filosofía, su excesivo refinamiento, delicadeza y melancolía son atribuibles a los hábitos enervados y enfermizos de la clase literaria. Sería mejor que el libro no fuera tan bueno y quien lo escribe fuera más capaz, en lugar de procurar con frecuencia un contraste ridículo con lo que escribe.

Aun dando por supuesto que, tratándose de fines tan sagrados y caros, ha de darse cierta relajación, creo que si un hombre encuentra en sí mismo una fuerte inclinación

hacia la poesía, el arte, la vida contemplativa, y se entrega a ella con una devoción incompatible con la agricultura, ese hombre debería recapacitar y, teniendo en cuenta las compensaciones del universo, librarse de las obligaciones de la economía mediante cierto rigor y privación en sus hábitos. No le ahorremos pagar una gran tasa por privilegios tan raros. Que sea un cenobita, pobre y, si es necesario, célibe. Que aprenda a comer de pie y a saborear el agua clara y el pan negro. Otros se ocuparán de las ventajas costosas de mantener una casa y ser hospitalarios y poseer obras de arte. Que sienta que el genio es una hospitalidad y que quien puede crear obras de arte no necesita coleccionarlas. Habrá de vivir en una habitación y posponer la indulgencia consigo mismo, advertido y armado de antemano contra la frecuente desgracia del hombre de genio: el gusto por el lujo. Ésa es la tragedia del genio: tratar de recorrer la eclíptica con un caballo celeste y otro terrestre, lo que sólo procura discordia y ruina y caída para el auriga y el carro.

El deber de que cada hombre asuma sus promesas, y obligue a las instituciones sociales a dar cuenta y examinar su adecuación, adquiere un énfasis mayor si nos fijamos en nuestros modos de vivir. ¿Mantenemos nuestra casa de un modo sagrado y honorable? ¿Nos enaltece e inspira, o nos debilita? Cada parte y función de mi casa, mi función social, mi economía, mi comida, mi voto, mi tráfico, habrían de abastecerme. Sin embargo, aún no soy una parte de estas cosas. La costumbre lo hace por mí, me priva de su poder y, por añadidura, me deja en la ruina. Gastamos nuestros ingresos en empapelar, en trivialidades, en no sé qué, y no en lo que concierne a un hombre. Todo lo gastamos en conformidad. Nos arruinamos por un pastel; no es la inteligencia, ni el corazón, ni la belleza, ni el culto lo que nos cuesta tanto. ¿Por qué necesita alguien ser rico? ¿Por qué hemos de tener caballos, y hermosos vestidos, y encantadores apartamentos, y acceso a los lugares públicos y de diversión? Sólo por falta de pensamiento. Una vez despierta en nosotros un pensamiento divino, volaremos a un jardín o a una buhardilla solitaria para disfrutarlo, y seremos más ricos con ese sueño de lo que podríamos serlo con los impuestos de un condado. Pero primero somos insensatos y luego nos damos cuenta de que no tenemos dinero. Primero somos sensuales y luego tenemos que ser ricos. No nos atrevemos a confiar en nuestro ingenio para hacer agradable nuestra casa a un amigo, y por eso compramos helados. Está acostumbrado a las alfombras, y no tenemos suficiente carácter para que no se dé cuenta del linóleo mientras está en casa, así que amontonamos las alfombras. Que la casa sea un templo de furias lacedemonias, formidables y sagradas para todos, para que nadie, salvo un espartano, pueda entrar, ni siquiera contemplar. Tan pronto como hay fe, tan pronto como hay sociedad, los confites y almohadas quedan para los esclavos. El gasto ha de ser inventivo y heroico. Hemos de comer y yacer con austeridad, vivir, como los antiguos romanos, en tiendas estrechas, mientras nuestros edificios públicos, como los suyos, sean dignos, en proporción al paisaje en que los levantemos, para la conversación, el arte, la música, el culto. Seamos ricos con grandes propósitos, pobres para los egoístas.

¿Qué ayuda hay para estos males? ¿Cómo podría adquirir quien sólo ha aprendido un arte las ventajas de vivir honradamente? ¿Diremos todo lo que pensamos? Tal vez con sus manos. Supongamos que lo hace mal; aun así habrá aprendido la lección. Si no puede, entonces puede pasarse sin eso. La sabiduría inmensa y las riquezas están ahí. Es mejor pasarse sin ellas que procurárselas a un gran coste. Aprendamos el significado de la economía. La economía es un oficio elevado, humano, un sacramento, cuando lo que se propone es grande, cuando supone la prudencia de los gustos sencillos, cuando se practica por la libertad o el amor o la devoción. Buena parte de la economía que vemos en las casas es de bajo origen y se mantiene fuera de la vista. Tomar cereal tostado hoy para poder comer pollo el domingo es mezquino, pero cereal tostado y una casa con una sola habitación, de modo que esté libre de perturbaciones, sereno y dócil a lo que Dios diga, y dispuesto a emprender el camino para una misión de conocimiento o buena voluntad, es frugalidad propia de dioses y héroes.

¿No podríamos aprender la lección para ayudarnos a nosotros mismos? La sociedad está llena de gente vacilante, que incesantemente les pide a los demás que la sirva. Se empeñan en todas partes en agotar, para su sola comodidad, todos los recursos y aplicaciones del lujo que nuestra inventiva ha logrado. Sofás, otomanas, estufas, vino, gallos de pelea, especias, perfumes, carreras, teatro, entretenimientos, esto es lo que quieren, lo que necesitan, y todo cuanto pudiera sugerirse lo anhelarían también, como si fuera el pan que les librara del hambre, y si se pierden algo, se imaginan las personas más desgraciadas y miserables de la tierra. Tendríamos que haber nacido y habernos criado con ellos para saber cómo preparar una comida para su estómago educado. Mientras tanto, no se preocupan por servir a otra persona, ¡ellos no! Tienen que hacer por ellos mismos más de lo que podrán, y no se darán cuenta del cruel juego de sus vidas; cuanto más odiosos se hagan, más agudo será el tono con el que se quejen y anhelan. ¿Hay algo más elegante que tener pocas necesidades y servirse a uno mismo, de modo que nos quede algo para dar, en lugar de estar siempre dispuesto a apoderarse de las cosas? Es más elegante hacer frente a nuestras necesidades que servirnos de las riquezas; tal vez a unos pocos no se lo parezca hoy, pero es una elegancia eterna y para todos.

No quisiera resultar absurdo y pedante en la reforma. No quisiera llevar mi crítica del estado de cosas que me rodea hasta un punto extravagante que me obligaría a suicidarme o a aislarme por completo de las ventajas de la sociedad civil. Si de repente nos levantáramos y dijéramos: «No volveré a beber ni comer ni vestirme ni tocaré alimento ni producto alguno del que no esté seguro que sea inocente, ni trataré con nadie cuyo modo de vida no sea claro y racional», nos quedaríamos de pie. ¿De quién es, entonces? Mío no, ni tuyo, ni suyo. Pero creo que hemos de aclararnos a nosotros mismos preguntándonos si nos hemos ganado el pan de cada día por una contribución cordial de nuestras energías al beneficio común. Hemos de tender continuamente a la corrección de los errores flagrantes arrimando el hombro cada día.

Pero la idea que ahora empieza a agitar la sociedad tiene un alcance más amplio que nuestros empleos, nuestras casas y las instituciones de la propiedad. Tenemos que revisar toda nuestra estructura social, el Estado, la escuela, la religión, el matrimonio, el comercio, la ciencia y explorar sus fundamentos en nuestra naturaleza; hemos de darnos cuenta de que el mundo no sólo era apropiado para los primeros hombres, sino también para nosotros, y despojarnos de los hábitos que no arraiguen en nosotros. ¿Para qué ha nacido el hombre sino para ser un reformador, un re-hacedor de lo que ya está hecho, alguien que renuncia a la mentira, un restaurador de la verdad y el bien, que imita a la gran naturaleza que nos cobija y que no se detiene en el viejo pasado, sino que se repara a cada instante y nos entrega cada mañana un nuevo día y en cada pulsación una nueva vida? Renunciemos a lo que no sea fiel a nosotros y devolvamos todas nuestras prácticas a los primeros pensamientos, y no hagamos nada para lo que no tengamos el mundo entero por razón. Si hay inconvenientes, y el camino amenaza con la ruina debido a que nos hemos enervado y mutilado a nosotros mismos, será una muerte dulce fracasar en el esfuerzo de remitir los hechos de cada día a los misteriosos y sagrados retiros de la vida.

El poder que al mismo tiempo impulsa y regula todos los intentos de reforma es la fe en el hombre, la convicción de que hay en él una dignidad infinita que aparece a la llamada del valor, y de que todas las reformas particulares remueven algún obstáculo. ¿No es el supremo deber honrar al hombre en nosotros? No debería permitirle a nadie, aunque tuviera muchas tierras, que se sintiera rico en mi presencia. Debería hacerle sentir que puedo pasarme sin su riqueza, que no puedo ser comprado - ni con comodidades ni con orgullo-, y que, aunque esté sin un penique, y acepte su pan, él es el pobre a mi lado. Si, al mismo tiempo, una mujer o un niño descubren un sentimiento de piedad, o un modo más justo de pensar que el mío, debo confesarlo con mi respeto y obediencia, aunque altere toda mi vida.

Los americanos tienen muchas virtudes, pero carecen de fe y de esperanza. No conozco otras dos palabras cuya significado se haya perdido de vista tanto como éstas. Las usamos como si fueran tan obsoletas como sela y amén2. Sin embargo, tienen el más amplio significado y la aplicación más apropiada a Boston en este año. Los americanos no tienen fe. Confían en el poder del dólar, son sordos al sentimiento. Creen que pueden aplacar al viento del norte tan fácilmente como surge la sociedad, y ninguna otra clase carece tanto de fe como los escolares o intelectuales. Si hablo con un sabio sincero y amigo mío, con un poeta, con un joven consciente que aún está bajo el dominio de sus propios pensamientos salvajes, y aún no lleva el arnés de la sociedad para seguir con nosotros las rodadas de la costumbre, veo en seguida qué miserable es toda esta generación de incrédulos y qué castillo de naipes son sus instituciones; veo lo que un valiente, lo que un gran pensamiento llevado a cabo podría hacer. Veo que la razón de la desconfianza del hombre práctico en la teoría reside en su incapacidad para percibir los medios con los que trabajamos. Mirad, dice, las herramientas con las que este mundo vuestro ha de levantarse. Como no podemos hacer un planeta, con atmósfera, ríos y

bosques, con las herramientas de los carpinteros e ingenieros, en el laboratorio del químico y la forja del herrero, entonces tampoco podemos construir la sociedad celestial de la que habláis con locos, enfermos y egoístas, pues ya sabemos que eso es lo que son hombres y mujeres. Pero el creyente no sólo considera que su cielo es posible, sino que ya ha empezado a existir, no con los hombres y materiales que usa el estadista, sino con hombres transfigurados y elevados sobre sí mismos por el poder de los principios. Para los principios algo más es posible que trascienda todo el poder de nuestros recursos.

Cada uno de los grandes e importantes momentos en los anales del mundo es el triunfo del entusiasmo. Las victorias de los árabes tras Mahoma, que, en pocos años, desde un comienzo pequeño y miserable, establecieron un imperio mayor que el de Roma, es un ejemplo. No sabían lo que hacían. El desnudo Derar, a lomos de una idea, fue superior a toda la caballería romana. Las mujeres luchaban como hombres y conquistaron a los romanos. Iban miserablemente equipados, apenas alimentados. Eran las tropas de la abstinencia. No necesitaban coñac ni carne para alimentarse. Conquistaron Asia, África y España con la cebada. El bastón del califa Omar suscitaba más horror en quienes lo veían que la espada de cualquier otro. Su dieta era el pan de cebada; su condimento la sal, y a menudo, como abstinencia, comía pan sin sal. Bebía agua. Su palacio era de barro, y cuando dejó Medina para conquistar Jerusalén, cabalgó en un camello rojo, con un cuenco de madera colgando de la silla, con una botella de agua y dos sacos, uno de centeno y el otro de frutos secos.

Pero amanecerá mucho antes en nuestra política, en nuestros modos de vivir, una mañana más noble que la de la fe árabe, en el sentimiento del amor. Es el único remedio para todos los males, la panacea de la naturaleza. Seamos amantes, e instantáneamente lo imposible será posible. La historia de nuestra época, durante mil años, no ha sido la historia de la amabilidad, sino la del egoísmo. Nuestra desconfianza es muy cara. El dinero que gastamos en tribunales y prisiones está mal gastado. Con la desconfianza hacemos al ladrón, al salteador y al incendiario, y con nuestros tribunales y cárceles lo mantenemos. La aceptación del sentimiento del amor por toda la cristiandad durante una temporada traería ante nosotros al traidor y al forajido envueltos en lágrimas, y pondría la devoción de sus facultades a nuestro servicio. Mirad esta amplia sociedad de hombres y mujeres trabajadores. Dejamos que nos sirvan, vivimos aparte de ellos e intercambiamos saludos en la calle. No celebramos su talento, ni nos alegramos de su buena fortuna, ni alentamos sus esperanzas, ni en la asamblea popular votamos lo que es crucial para ellos. Así representamos la parte del noble y el rey egoístas desde la fundación del mundo. Fijaos, ese árbol siempre da fruto. En cada casa, la malicia, el disimulo, la indolencia y la enajenación de las cuestiones domésticas emponzoñan la paz de la pareja. Juntad a dos comadres y observad qué pronto su conversación se vuelve hacia los problemas con su pariente, como dice la jerga. El rico no se considera entre amigos ante un grupo de trabajadores, y en las elecciones los encuentra alineados en masa contra él. Nos quejamos de que la política de masas está a menudo controlada por

intrigantes, en oposición a la justicia manifiesta y al bien común, y a su propio interés. Pero la gente no quiere que la representen ni gobiernen los ignorantes y los malvados. Sólo votan por ellos porque se lo piden con la voz y el semblante de la amabilidad. No lo votarán durante mucho tiempo. Inevitablemente preferirán el ingenio y la honradez. Para usar una metáfora egipcia, ya no querrán «levantar las uñas de las fieras y abatir las cabezas de los pájaros sagrados». Nuestro afecto ha de ser para nuestros semejantes: en un día obraría la mayor de las revoluciones. Es mejor trabajar por las instituciones con sol que con viento. El Estado ha de tener en cuenta al pobre y todas las voces hablar a su favor. Todo niño que nazca ha de tener oportunidad de ganarse el pan. La mejora de nuestras leyes sobre la propiedad ha de provenir de las concesiones del rico, no de la opresión del pobre. Empecemos por un reparto habitual. Tenemos que comprender que la regla de igualdad consiste en que nadie debería tomar más de lo que le toca para no ser siempre tan rico. He de sentir que soy un amante. He de ver que con ello el mundo es mejor para mí y encontrar mi recompensa en el acto. El amor le daría un nuevo rostro a este ajado viejo mundo en que hemos vivido demasiado tiempo como paganos y enemigos, y calentaría el corazón para ver con qué rapidez la vana diplomacia de los estadistas, la impotencia de los ejércitos, de las armadas y de las líneas de defensa son sustituidas por ese niño desarmado. El amor se arrastrará donde no pueda llegar, logrará con métodos imperceptibles - siendo su propia palanca, su punto de apoyo y su poder - lo que la fuerza no puede lograr. ¿No habéis visto en los bosques, en una mañana de finales de otoño, una pobre seta - una planta sin solidez, que parece un poco de musgo o de jalea, arreglándoselas con un empuje constante, completo e inconcebiblemente suave, para encontrar su camino a través del suelo helado y levantar una dura costra en su cabeza? Es el símbolo del poder de la amabilidad. La virtud de este principio en la sociedad humana aplicado a los grandes intereses está obsoleta y olvidada. Una o dos veces en la historia ha habido ilustres ejemplos que han tenido éxito. Nuestro gran, excesivo cristianismo guarda al menos el nombre de un amante de la humanidad. Algún día todos los hombres serán amantes y todas las calamidades se disolverán en un rayo de sol universal.

¿Me dejáis que añada otro rasgo a este retrato del reformador? El hombre completo debería tener una gran prudencia prospectiva para ejercer el oficio de mediador entre el mundo espiritual y el real. Un poeta árabe describe a su héroe con estas palabras:

Era el rayo de sol
En invierno;
Y en medio del verano
La frescura y la sombra.

Quien quiera ayudarse a sí mismo y a los demás no ha de estar sujeto a impulsos irregulares e interrumpidos de virtud, sino que debe ser una persona persistente, impasible, como las que hemos visto dispersas aquí y allá para bendición del mundo;

hombres que tienen, en la gravedad de su naturaleza, una cualidad que responde al volante del molino, que distribuye equitativamente el movimiento por todas las ruedas y evita que haya sobre saltos desiguales y repentinos. Es mejor que la alegría se extienda a lo largo del día en forma de fuerza en lugar de concentrarse en éxtasis, peligrosos y seguidos de reacciones. Hay una prudencia sublime, que es lo más elevado que conocemos en el hombre, mediante la cual, creyendo en un vasto futuro - seguro de que habrá más de lo que hemos visto-, pospone la hora presente a toda la vida, pospone el talento al genio y el resultado especial al carácter. Igual que el comerciante toma dinero de sus ingresos y los añade a su capital, el gran hombre está dispuesto a perder poderes y talento particulares para ganar en elevación de su vida. La apertura de los sentidos espirituales dispone al hombre a grandes sacrificios, a dejar su talento distintivo, sus mejores medios y habilidad para procurarse un éxito momentáneo, su poder y su fama, para dejarlo todo a sus espaldas en una sed insaciable de comunicaciones divinas. Una fama más pura, un poder mayor recompensa el sacrificio. Es la conversión de nuestra cosecha en semilla. ¿Hay algo más sublime que el acto del granjero que arroja al suelo los mejores granos? Llegará el momento en que no tengamos nada a nuestras espaldas y convirtamos más de lo que ahora tenemos en medios y poderes, cuando estemos dispuestos a plantar el sol y la luna como semillas.

Introducción a la época*

Primera de una serie de conferencias sobre la época que Emerson leería en el Masonic Temple de Boston en el invierno de 1841-1842. Emerson escogería tres de ellas - ésta, que servía de introducción, «El conservador» y «El trascendentalista» - para su publicación en el volumen de 1849. Emerson trataría de lograr con ellas una escritura distinta a la de los Ensayos, cuya segunda serie preparaba por entonces, y a la de los discursos. Con el título «Introductory Lecture on the Times» («Conferencia de introducción a la época») aparecería en *The Dial* en julio de 1842.

La época, como solemos decir, o el aspecto actual del estado social, las leyes, la teología, la ciencia natural, la agricultura, el arte, el comercio, las letras, tienen su raíz en una invisible realidad espiritual. Para presentar tal aspecto, en primer lugar debe existir, o tener un fundamento necesario. Además de las razones menores que les asignamos, hay una gran razón para la existencia de cualquier hecho, una razón que permanece grande e inamovible, a menudo insospechada y silenciada. La época es la mascarada de la eternidad; es trivial para el torpe, señal de agentes nobles y majestuosos para el sabio; es el receptáculo en que el pasado deja su historia, la cantera con la que el genio construye el futuro. La época - las naciones, las costumbres, las instituciones, las opiniones, los votos - debe ser estudiada como presagio, como hojas sagradas en las que se inscribe un significado importante, con tal que tengamos el ingenio y el amor para descubrirlo. La naturaleza misma parece proponernos este tópico e invitarnos a explorar el sentido de los hechos conspicuos del día. Se dice que todo lo que es popular merece la atención del filósofo, y ello por la razón obvia de que, aunque carezca en sí de valor, aún caracteriza al pueblo.

Si somos diestros, aquí podemos manejar una materia muy buena, muchas cuestiones prácticas e importantes que nos conviene comprender. Veamos las pretensiones de la acusación y la defensa. Tenemos aquí el gran hecho del conservadurismo, atrincherado en sus inmensos reductos, con el Himalaya al frente, el Atlas en su flanco, los Andes a la espalda y los océanos Atlántico y Pacífico como canales y zanjas, un hecho que ha plantado sus cruces y lunas crecientes, sus barras y estrellas y sus varios signos e insignias de posesión en cada encrucijada del planeta, y que dice: «Me mantendré firme, y le daré a quien yo quiera, y excluiré y asolaré a quien yo quiera»; así dice el conservadurismo, y todos los hijos de los hombres atacan al coloso cuando son jóvenes, y todos, o todos salvo unos pocos, se inclinan ante él cuando envejecen. El fundamento en que se apoya es una necesidad aún no ordenada, una negativa impuesta a la voluntad del hombre por su condición, una fuerza deficiente. Dejemos que esta parte se afirme por completo. Mientras tanto, por otro lado, surge la reforma y ofrece el sentimiento del amor para superar esta potencia material. Quisiera considerar bien esta parte afirmativa, que ha alcanzado un porte y razón más elevados

que nunca, que se extiende hacia la otra cada día, la desencaja, la saca de quicio y la deja callada y contenida.

La aristocracia, con sus dos armas de riqueza y modales, es un rasgo tan dominante en el siglo xix y la república americana como en la antigua Roma o en la moderna Inglaterra. A continuación consideraremos la razón e influencia de la riqueza, el aspecto de la filosofía y la religión y las tendencias que han adoptado el nombre de Trascendentalismo en la Nueva y Vieja Inglaterra, el aspecto de la poesía como exponente e intérprete de estas cosas, el pleno desarrollo y el más libre juego del carácter como agente político y social, así como otros tópicos afines.

Pero el tema de la época no es una cuestión abstracta. Hablamos del mundo, pero nos referimos a unos pocos hombres y mujeres. Si habláis de la época, os referís a vuestro propio grupo de personas, así como Milton y Dante retrataron colosalmente sus grupos y los llamaron el cielo y el infierno. Con nuestra idea de progreso no salimos de este cuadro personal. No creemos que el cielo sea más azul, la miel más dulce o el clima más templado, sino sólo que la relación con nuestros semejantes será más sencilla y feliz. ¿Qué razón puede darse de esta extrema atracción que sentimos hacia las personas, sino que son la época? Son el resultado del pasado, son los heraldos del futuro. Ingeniosas, sufriendoras, tímidas, intimatorias, las figuras de la única raza en que hay individuos o cambios indican lo lejos que ha ido el hado y adónde conduce. Así como los árboles forman un decorado y un paisaje hospitalario, las personas son el mundo para las personas. Se trata de un ingenioso misterio por el que el Gran Desierto de los pensamientos y planetas asume esta forma sugerente, al parecer para aproximar sus significados a nosotros. Los pensamientos caminan y hablan y me miran y me trasladan a nuevas y magníficas escenas. Son los instructores punzantes que estremecen el corazón de cada uno de nosotros y hacen que las demás enseñanzas resulten formales y frías. Los sigo con el corazón dolorido, con agudo deseo. No soy nada ante ellos. Moriría alegre por ellos. Pueden hacer conmigo lo que quieran. ¡Cómo nos azotan con sus lenguas! Nos hacen llorar, sonrojarnos, palidecer y sorber en el Elíseo dulces y gratos sueños y levantar castillos en el aire. Con tono triunfal, con grato amor, con amenazas, con orgullo helador, tienen la habilidad de hacer que el mundo resulte desolado e inhospitalario o que parezca un nido de ternura y alegría. No me asombran los milagros que la poesía atribuye a la poesía de Orfeo cuando recuerdo lo que he experimentado con las notas variadas de la voz humana. Son una energía incalculable que contrarresta las demás fuerzas de la naturaleza, porque son el canal de poderes sobrenaturales. No hay interés o institución tan pobre o marchita que no sea de inmediato reemplazada y sustituida si un hombre nuevo y fuerte nace en su seno. La ascendencia personal es el único hecho digno de mención. Recuerdo que hace unos años alguien alarmó aquí, en Boston, a un círculo de amigos del orden que creían que nuestro pueblo se identificaba con sus denominaciones religiosas, al declarar que un hombre elocuente - cualquiera que fuera su secta - sería ordenado de inmediato en una de nuestras iglesias metropolitanas.

Seguro que sería así, y no sólo en las nuestras, sino en cualquier iglesia, mezquita o templo del planeta; pero debería ser elocuente, capaz de suplantar nuestro método y clasificación con su propia belleza superior. Todo hecho conocido se debe a cierta persona y cualquiera cambiará y desaparecerá ante la persona cuya naturaleza sea más amplia que la de aquélla que representa el hecho en cuestión. Así, descubro que la época camina en naturalezas felices y esperanzadas, de mirada firme y gratos pensamientos, y su lectura resulta más próxima y sincera que en los libros de estatutos o en las inversiones de capital, que celebran más bien con música luctuosa los obsequios de épocas pasadas. En el cerebro de un fanático, en la salvaje esperanza de un muchacho montañés al que los de la ciudad llaman ignorante porque no saben lo que su esperanza le ha dicho que será, en la mirada amorosa de una joven, en la conciencia meticulosa de un excéntrico que ha descubierto un nuevo escrúpulo para incomodarse e incomodar a otros, se encuentra lo que constituirá el tiempo por venir, más que en los oráculos hasta ahora organizados y acreditados. Porque todo lo que sea afirmativo y progresivo lo contiene. Creo que sólo es real lo que los hombres aman y disfrutan, no lo que toleran, sino lo que eligen; lo que abrazan y confiesan, y no lo que los hiela, entumece y asusta.

¿Y por qué no pintar para esta época una galería de retratos? Pintemos a los pintores. Mientras el daguerrotipista recorre la tierra con la cámara oscura y la placa plateada, plantemos también nuestra cámara y que el sol pinte al pueblo. Pintemos al agitador y al hombre de la vieja escuela y al congresista y al profesor universitario, al editor formidable, el sacerdote y el reformador, la joven contemplativa y el serio aspirante a la moda y las oportunidades, a la mujer de mundo que ha tenido experiencia y dice saber, y veamos lo que sabe. Si pudiéramos indicar a los indicadores, indicar a los que representan de manera más exacta toda tendencia buena y mala del sentir general en el mismo orden en que aparecen en el lienzo del tiempo, de modo que todos los testigos reconocieran una ley espiritual mientras cada una de las formas conocidas revolotea por un momento frente al muro, tendríamos una serie de bocetos que contaría a las épocas futuras el color y la calidad de la nuestra.-

En verdad, si hiciéramos esto, creo que habría mucho que admirar y también que condenar; aparecerían almas de porte tan elevado como las de fama griega o romana, hombres de gran corazón, de pulso fuerte y voz persuasiva; pensadores sutiles y hombres de amplia simpatía, con una comprensión que domina toda la historia y en todo lugar reconoce la suya propia. Sin duda, habrá demasiados fragmentos y conatos de hombres: grandes promesas que acaban en poco o en nada. Y también hombres realmente grandes, pero con algún defecto en su composición que neutraliza toda su fuerza. Examinaríamos en vano la naturaleza en busca de una espada de Damasco como la que yace, enmohecida y arruinada, sobre el estante de cierta ciudad. ¡Y cuántos parecen inútiles con vistas a la idea que representan! Aquí y allá surge un espíritu más osado, debería decir un alma más rendida, mejor informada y guiada por Dios, que está muy por delante de los demás, más allá de su simpatía, pero que predice lo que pronto será la plenitud general; como cuando

estamos a la orilla mientras sube la marea y una ola supera a las anteriores en la playa y se retira; durante un rato ninguna iguala su marca, pero al instante el mar llega y la desborda.

No se nos permite ser espectadores del desfile de la época: también somos parte de él y tenemos una responsabilidad a la que no podemos renunciar. Por un momento gozamos de este intervalo para el asombro y la comparación, pero con el fin de que interpretemos un papel principal. Así como el sistema solar sigue adelante, unas estrellas se nos muestran y otras nos quedan ocultas, lo mismo ocurre con la vida humana. Las reputaciones que eran grandes e inaccesibles cambian y se deslustran. ¡Qué grande nos parecía Bacon! Ahora su estatura se reduce casi a la mitad, y muchas otras estrellas se han quedado en planetas o asteroides: sólo hay unas pocas estrellas fijas no sujetas a paralaje, al menos para nosotros. El cambio y decadencia de las antiguas reputaciones son las graciosas marcas de nuestro crecimiento. Lentamente, como la luz de la mañana, nos sustrae el nuevo hecho de que nosotros, que éramos estudiantes o aspirantes, ahora formamos la sociedad: somos una porción de esa cabeza y corazón en la que solemos pensar con reverencia y atención. Somos los representantes de la religión y la inteligencia y seguimos la luz de las ideas, cuyos rayos irradian a través de nosotros hasta los más jóvenes y desorientados. No sabemos ahora qué nuevas relaciones mantenemos, en qué nuevas casas entramos. El día de hoy es un rey disfrazado. El día de hoy siempre parece pobre al atolondrado, frente a una experiencia uniforme: todas las acciones buenas y grandes y felices están hechas precisamente de estos días vacíos. No nos engañemos. Descubramos al rey cuando pase. No debemos vivir una época de maravillosas y diversas promesas sin adivinar su tendencia, ni ver con mirada distraída, preocupados por naderías, los cimientos de las naciones y del nuevo y mejor orden de las cosas.

Los dos partidos omnipresentes de la historia, el partido del pasado y el partido del futuro, dividen la sociedad tanto hoy como ayer. Aquí está la innumerable multitud de los que aceptan el Estado y la Iglesia de la última generación y cuyo único argumento es la posesión. También tienen razón y, a mi juicio, más de lo que suele decirse. Ningún Burke, ningún Metternich ha hecho aún justicia al lado conservador. Esta clase, por grande que sea, que no se apoya en la inteligencia, sino en el instinto, se mezcla con las fuerzas brutas de la naturaleza y es respetable sólo en la medida en que lo es la naturaleza, pero sus individuos no nos atraen. Quien despierta nuestro interés es el disidente, el teórico, el aspirante que abandona este antiguo dominio para embarcarse en un mar de aventura. Omitiendo por ahora, pues, toda noticia de la clase estacionaria, vemos que el partido del movimiento se divide en dos clases: los actores y los estudiantes.

Los actores constituyen ese gran ejército de mártires que, al menos en América, por su conciencia y filantropía, ocupan el lugar que el calvinismo ha ocupado en la época anterior, y forman la iglesia visible de la generación actual. Esta época quedará señalada

por su abundancia de proyectos para reformar las instituciones domésticas, civiles, literarias y eclesiásticas. Desde los líderes de las cruzadas contra la guerra, la esclavitud de los negros, la embriaguez, el gobierno coactivo, los tratos comerciales, los votos judiciales y aduaneros, hasta los agitadores del sistema educativo y las leyes de la propiedad, son los auténticos sucesores de Lutero, Knox, Robinson, Fox, Penn, Wesley y Whitfield. Tienen las mismas virtudes y vicios, el mismo noble impulso y el mismo fanatismo. Estos movimientos son importantes en todos los aspectos; no sólo frenan los abusos particulares, sino que educan la conciencia y la inteligencia del pueblo. ¿Cómo puede agitarse una cuestión como el tráfico de esclavos durante cuarenta años en todas las naciones cristianas sin que la gran luz de la ética ilumine el espíritu común? La furia con la que el negrero defiende cada pulgada de su cruenta bodega y su vociferante subasta es una trompeta que ha de alarmar el oído de la humanidad, despertar al sordo y hacer que los neutrales se alineen y escuchen el argumento y el veredicto. La cuestión de la templanza que recorre la conversación de diez mil círculos y se recuerda tácitamente en toda mesa pública y privada, arrastrando consigo la curiosa ética del brindis, de la cuestión del vino, de la equidad de la manufactura y el comercio, es el entrenamiento gimnástico de la casuística y la conciencia del tiempo. El movimiento contra la masonería ha tenido sus fundados pros y contras, expuestos gradualmente a la vista de la turbia controversia. Las cuestiones políticas relativas a los bancos, la tarifa, los límites del poder ejecutivo, el derecho de los electores a instruir al representante, el trato a los indios, las guerras fronterizas, el congreso de las naciones, todas están impregnadas de conclusiones éticas; y bien está si el gobierno y nuestro orden social pueden abstraerse de estos alambiques y perdurar como gobierno y orden social. El estudiante de historia calculará en adelante el valor singular de nuestra discusión interminable de estas cuestiones en recuerdo del período.

Mientras que cada una de estas aspiraciones e intentos de la gente en aras de lo mejor es magnificada por la obvia exageración de sus abogados, hasta que oculta a las demás y repele a personas discretas por lo desleal de la súplica, los movimientos, en realidad, forman parte de un solo movimiento. Hay una cadena perfecta - veámosla o no - de reformas surgidas de la oscuridad circundante, cada una de las cuales acaricia una parte de la idea general, y todas deben ser vistas para hacer justicia a cada una. Consideradas en su relación natural, son sublimes. La conciencia de la época se demuestra en el esfuerzo por elevar la vida del hombre y ponerla en armonía con su idea de lo bello y lo justo. La historia de la reforma es siempre idéntica; es la comparación de la idea con el hecho. Nuestro modo de vivir no es agradable para nuestra imaginación. Sospechamos que es indigno. Acusamos a nuestro trabajo diario. Nos parece inadecuado, indigno de las facultades que gastamos en él. Al conversar con un hombre sabio, pedimos disculpas por nuestro trabajo, hablamos de él con vergüenza. La naturaleza, la literatura, la ciencia, la infancia nos parecen hermosas, pero no nuestro trabajo diario, no el fruto maduro y las notables tareas del hombre. Esta belleza que la fantasía descubre en todo lo demás indica, por cierto, el tipo de vida que llevamos. ¿Por qué ha de ser odioso?

¿Por qué ha de contrastar así con toda belleza natural? ¿Por qué no ha de ser poético e invitarnos y elevarnos? ¿Son las obras del hombre necesariamente sórdidas? Tal vez no. De esta hermosa idea surge el esfuerzo por lo perfecto. Es el testimonio interior de la posibilidad de una vida y costumbres más hermosas, que agita a la sociedad cada día con la oferta de una nueva enmienda. Si indagamos su origen, nos aproximamos rápidamente a los límites interiores del pensamiento, el término en que la expresión se vuelve silencio, y la ciencia, conciencia. Porque el origen de toda reforma se halla en esa misteriosa fuente del sentimiento moral en el hombre que, en medio de lo natural, siempre contiene lo sobrenatural para los hombres. Eso es nuevo y creativo, está vivo; es lo único que puede hacer al hombre distinto de lo que es. Aquí, o en ninguna parte, reside la energía ilimitada, el poder ilimitado.

Las nuevas voces en el desierto, que gritan «¡Arrepentíos!», han revivido una esperanza que casi había perecido en el mundo, por la que los pensamientos del espíritu, en una época lejana, en una hora feliz, pueden realizarse con las manos. Esa es la esperanza de la que son parte las demás esperanzas. Durante épocas, estas ideas han sido consignadas al poeta y al compositor musical, a las oraciones y sermones de las iglesias, pero parece que el pensamiento de que pueden presentarse en la vida real ha sido rechazado por todas las personas juiciosas. Milton, en su mejor tratado, describe una relación entre la religión y las ocupaciones diarias que hasta ahora ha resultado cierta:

El hombre rico, adicto a su placer y sus beneficios, considera que la religión es un tráfico tan enrevesado, con tantas cuentas confusas, que con todos sus misterios no puede lograr un depósito en ese negocio. ¿Que ha de hacer? De buena gana querría ser llamado religioso y ayudar a sus vecinos. Lo que hace, por tanto, es dejar de esforzarse y buscar algún factor a cuyo cuidado y crédito confiar el manejo de los asuntos religiosos, un hombre santo de nota y estimación. Se une a él, le concede la custodia de todo el almacén de su religión, con todos los cerrojos y llaves, y convierte a ese hombre en su religión; considera su asociación con él prueba y recomendación suficiente de su propia piedad. De modo que ahora puede decirse que su religión ya no está en su interior, sino que es un ser móvil que va y viene, según el buen hombre frecuenta la casa. Le recibe, le agasaja, le aloja: su religión viene a casa de noche, reza, cena generosamente y se acuesta suntuosamente, se levanta, saluda y, tras la malvasía o alguna bebida especiada, con un desayuno mejor que el de quien se contenta con higos verdes entre Betania y Jerusalén, su religión sale a pasear a las ocho y deja a su amable huésped en la tienda, que comercia todo el día sin ella.

Esta imagen sirve para nuestra época. No invitamos a la religión a comer o dormir o beber con nosotros, o a lograr o dividir una propiedad, sino que ha sido nuestro huésped sagrado. Juzgamos a la Iglesia por tales omisiones, así como el compromiso con el traficante de esclavos, inadvertido al principio, cada día parece más una violación

flagrante de la Constitución americana. Pero ahora los puristas se fijan en estos asuntos. A los más inteligentes les molesta la cuestión del matrimonio. Quieren ver el carácter representado también en ese pacto. No habrá nada brutal en él, sino que honrará al hombre y la mujer como la acción más difundida y universal. De manera implacable, el mismo espíritu se fija en la ley de la propiedad y acusa a los hombres de hacer negocios con la ilimitada providencia que ha proporcionado el aire, el agua y la tierra a los hombres, con el fin de usarlos, no de cercarlos y monopolizarlos. Fija su mirada en el comercio y en la jornada laboral, y sube y baja, inspeccionando la tierra, destruye la privacidad y lo revela todo. ¿Será en vano? ¿Creéis que las reformas que se preparan serán tan superficiales como las que conocemos?

1 Por los libros que se leen y traducen, juzgad los que ahora se editan. Gran parte del pensamiento más profundo de la antigüedad, que resultaba tan bueno como obsoleto para nosotros, reaparece ahora en extractos y alusiones, y en veinte años estará todo reimpresso. Ved qué osada es la lectura, la especulación, la experimentación del tiempo. ¡Si surgiera un genio que pudiera unir estos rayos dispersos! Tal genio encarna siempre las ideas de su tiempo. Hay aquí un misticismo abundante y variado, cada una de cuyas partes ahora causa disgusto, mientras que forma el único pensamiento de un pobre perfeccionista o «prometedor»; sin embargo, cuando sea considerado la guarnición de un pensador profundo y capaz de reconciliarlo todo, parecerá el brillante y apropiado ornamento de sus ropas.

Estas reformas son nuestros contemporáneos, somos nosotros mismos, nuestra propia luz, vista y conciencia; sólo nombran la relación que subsiste entre nosotros y las viciadas instituciones que van a rectificar. Son las afirmaciones más sencillas del hombre en estas cuestiones, lo bueno y lo malo. No puedo sino consentir en ellas y honrarlas. El impulso es bueno, y también la teoría; la práctica no es tan bella. Los reformadores afirman la vida interior, pero no confían en ella, sino que usan medios exteriores y vulgares. No confían precisamente en esa fuerza que me gana para su causa, en el amor o en un principio, sino en los hombres, las multitudes, las circunstancias, el dinero, el partido, es decir, en el miedo, la ira y el orgullo. El amor que elevaba a los hombres a la vista de fines mejores era la auténtica y mejor distinción de este tiempo, la disposición a confiar en un principio más que en una fuerza material. Creo que eso es el alma de la reforma; la convicción de que no son la sensualidad, la esclavitud, la guerra, la prisión, ni siquiera el go bierno es necesario, sino, en lugar de todos, la confianza en el sentimiento del hombre, que trabajará mejor cuanto más se confíe en él; no la confianza en los números, sino, al contrario, la desconfianza en los números, y el sentimiento de que somos más fuertes en la mayor soledad y privación. Parece que los jóvenes, que han irritado a la sociedad en los últimos años con métodos regeneradores, han cometido este error: todos han exagerado ciertos medios y no han entendido que la reforma de las reformas debe realizarse sin medios.

Las reformas tienen su elevado origen en una justicia ideal, pero no conservan la

pureza de la idea. Rápidamente se organizan de manera inferior, inadecuada, y ya no presentan un aspecto más poético que la perjudicial tradición que reprueban. Mezclan el fuego del sentimiento moral con corazones parciales y personales, con exageraciones desmesuradas y con la ceguera que prefiere una medida mimada a la justicia y la verdad. Los que piden con más ardor los llamados mayores beneficios de la humanidad resultan hombres estrictos, egoístas y presumidos, y su desequilibrio nos afecta. Nos muerden y nos volvemos locos. Considero el trabajo del reformador tan inocente como cualquier otro, pero, si lo veo de cerca, no me agrada más. Lo hace de la misma manera, profana, no piadosamente, con manejos, tácticas y clamores. Es un zumbido en el oído. No puedo sentir placer alguno en sacrificios que muestran tal parcialidad de carácter. No queremos acciones, sino hombres, no una gota química de agua, sino lluvia, el espíritu que vierte y empapa incontables, innumerables acciones. En ocasiones habéis hecho algo osado. Habéis enfrentado vuestro corazón y cara a la sociedad, al creer que estaba equivocada, y le habéis devuelto la condena. Excelente. Ahora bien ¿podéis olvidarlo, y no tener en cuenta esa acción en mayor medida que un gesto de la mano o un suspiro? El mundo no deja huella en el espacio, ni la mayor acción del hombre deja marca alguna en la vasta idea. El joven que desconfía de su habilidad, lleno de compunción por su existencia estéril, siempre se siente tentado a prestarse a movimientos públicos, y realiza como miembro de un partido lo que no espera efectuar a solas. Pero debe resistirse a la degradación del hombre a una medida. Debo actuar según la verdad, aunque mis actos, como decís, no tengan efecto alguno. Debo consentir en la inacción. Una gran paciencia, un descuido valiente y frío de las tareas que la prudencia exige, de modo que se obre por una piedad profunda, superior; el consentimiento en la soledad y la inacción, que proviene de la reluctancia a violar el carácter, son el siglo que forma la gema. Por tanto, mientras que deseo expresar el respeto y gozo que siento ante esta sublime conexión de las reformas, que ahora se hallan en su infancia, reclamo con la mayor seriedad los deberes principales de la confianza en sí mismo. No encuentro una lengua lo bastante enérgica para transmitir el sentido de lo sagrado de la integridad privada. Todos los hombres, todas las cosas, el Estado, la Iglesia, los amigos del corazón, son fantasmagóricos e irreales junto al santuario del corazón. Respetémoslo con gran admiración, con gran temor.

La gran mayoría de los hombres, incapaz de juzgar según principio alguno hasta que su luz ilumina un hecho, no es consciente del mal que la rodea, hasta que lo ve en una forma grosera, como en la clase de los alcohólicos o los traficantes de esclavos o los soldados o los fraudulentos. Entonces se conmueve mucho y, magnificando la importancia de ese mal, se imagina que si ese abuso fuera reparado todo iría bien, y clama por toda la tierra que hay que corregirlo. De ahí los esfuerzos misioneros y religiosos. ¿No se curarían las heridas del mundo y se enderezaría al hombre si en toda isla y en toda casa hubiera una Biblia, si todos los niños acudieran a la escuela dominical?

Pero el hombre de ideas, que desprecia la circunstancia, juzga la república según su propio estado. Dice: «Si soy egoísta, entonces la esclavitud, o el empeño de establecerla, están dondequiera que vaya. Pero si soy justo, entonces no hay esclavitud, por mucho que digan las leyes. Si trato a los hombres como dioses, ¿cómo puede existir para mí un esclavo?» Sin embargo, qué frívola es vuestra guerra contra las circunstancias. El filántropo denunciador es en sí mismo un propietario de esclavos con cada palabra y mirada. ¿Acaso me libera, o me alegra? Es el estado de Georgia, o de Alabama, el que pasea con sus leyes sanguinarias por nuestras orillas del norte. Agradecemos que no tenga más poder político de igual modo que estimamos nuestra libertad. Me temo que nuestra virtud es un poco geográfica. Nuestro vicio no me mortifica; es obstinado: colorea y tergiversa, maldice y jura, y puedo verlo de extremo a extremo; pero confieso que nuestra virtud me avergüenza: es amarga y estrecha, escuálida y ciega, parecida al vicio. De nuevo, las contiendas del abolicionista parecen triviales si apuntan sólo a la circunstancia del esclavo. Dad al esclavo la menor elevación del sentimiento religioso y ya no será un esclavo: vosotros lo seréis; él siente su superioridad no sólo en la humildad, siente que esa deplorable condición suya es una nadería evanescente, y os lo hace sentir a vosotros. Es el amo. La exageración que resulta de los errores de los jóvenes los caracteriza; lo que no consideran naderías, creen naturalmente que tampoco lo son para Pompeyo.

Decimos, pues, que el movimiento reformador es sagrado en su origen; tímido y profano en su manejo y detalles. Estos benefactores esperan elevar al hombre mejorando sus circunstancias: al combinar lo que está muerto, esperan dar vida a algo muerto. En vano. Un hombre sólo puede rehacerse y reforzarse mediante infusiones del espíritu que le forma y dirige. El triste Pestalozzi, que compartió con todos los ardientes espíritus la esperanza de Europa al inicio de la Revolución francesa, tras presenciar su secuela, recordó su convicción de que «la mejora de las circunstancias exteriores será el efecto, pero nunca el medio de la mejora espiritual y moral». Tras los actores, veamos la otra clase a la que nos hemos referido, la de los estudiantes.

Una nueva enfermedad ha aparecido en la vida del hombre. Toda época, como todo cuerpo humano, tiene su propia destemplanza. Otras épocas han tenido como antagonistas la guerra o el hambre o la barbarie doméstica o fronteriza. Nuestros antepasados caminaron por el mundo y se fueron a la tumba atormentados por el temor al pecado y el terror al Día del Juicio. Tales terrores han perdido su fuerza, y nuestro tormento es la incredulidad, la incertidumbre sobre lo que deberíamos hacer, la desconfianza del valor de lo que hacemos y la desconfianza de que la necesidad (en la que al fin todos creemos) sea justa y beneficiosa. Nuestra religión asume la forma negativa del rechazo. Por amor a lo verdadero, repudiamos lo falso, y la religión es una crítica abolicionista. El período se distingue por una gran perplejidad que pende como una nube sobre la frente de las perdonas cultas, cierta imbecilidad en los mejores espíritus. No hallamos el mismo rasgo en los períodos árabe, hebreo, griego, romano,

normando, inglés; en esos hombres había una firmeza natural. Los hombres no veían más allá de la necesidad de la hora. Plantaban el pie firme y no dudaban de nada. Nosotros desconfiamos de cada paso que damos. Descubrimos lo peor del tiempo: que no sabemos qué hacer con él. Somos tan perspicaces que no podemos trabajar ni pensar, ni leer a Platón ni dejar de leerlo.

Existe entonces lo que se llama una tendencia demasiado intelectual. ¿Puede haber demasiada inteligencia? Nunca hemos conocido tal exceso. Pero la crítica, que apunta a las leyes y costumbres, acaba en el pensamiento y no es capaz de producir un nuevo método de vida. El genio del día no se inclina a un hecho, sino a una suspensión. No es que los hombres no quieran actuar; anhelan trabajar, pero los paraliza la incertidumbre de lo que deberían hacer. La inadecuación del trabajo a sus facultades es la dolorosa percepción que los hace callar. Así les ocurre a los mejores. Luego, el talento presenta sus tentaciones habituales, y la literatura y poesía corriente nos arrastra con perversa ingenuidad desde la vida hasta la soledad y la meditación. Sería fácil soportar esto si resultara soberbio e involuntario, si los hombres fueran encantados por su pensamiento y llevaran a cabo extravagancias ascéticas. La sociedad podría liberarlos de su rueda y asegurarles durante un tiempo este privilegio del sábado. Pero no es así. El pensamiento, que era una furia, se ha convertido en un arte. El pensador me ofrece resultados, pero nunca me invita a estar presente cuando invoca a la verdad y a disfrutar con él del acceso a su espíritu.

Se trata de una acción tan pequeña en medio de una confesión tan audaz, pero sincera, que empezamos a dudar de si no se habrá operado en la reforma esa gran revolución en el arte de la guerra que ha transformado el juego de batallas en un juego posiciones; dudamos de si no será también ésta una guerra de posiciones, un bloqueo de papel, en que cada partido despliega los máximos recursos de su espíritu y convicción, y nada ocurre; pero el mundo seguirá el curso que le indique la demostración de la verdad.

Con todo, debemos pagar por ser, según se dice, demasiado intelectuales. La gente no se desentiende de ello. Creo que los hombres nunca han amado menos la vida. Me pregunto si la preocupación y la duda han escrito alguna vez sus nombres de manera tan legible en los rostros de un pueblo. Este ennui, para el que los sajones carecen de nombre, esta palabra francesa ha adquirido un terrible significado. Acorta la vida y priva al día de su luz. La vejez empieza en la guardería, y antes de que el joven se vista con chaqueta y pantalones, dice: «Quiero algo que no haya visto antes», y «ojalá fuera alguien distinto.» He visto la misma tristeza en la mirada de los aventureros de la clase intelectual que se han sumergido a mayor profundidad y con mayor éxito en la vida activa. He visto un auténtico signo de la ansiedad y la perplejidad en la mayor frente del estado. El gusano ha subido hasta la rama más alta del olmo y se contonea desde allí. ¿Hay menos oxígeno en la atmósfera? ¿Qué ha coartado en esta época al espíritu animal que dio a nuestros antepasados su pulso resuelto?

Sin embargo, tengamos paciencia con este humor melancólico. Su incredulidad surge de una creencia mayor; su inacción, de un desprecio por la acción inadecuada. Junto a estos hombres, los ardientes agitadores tiene un aspecto barato y ridículo; parecen menores que los demás. De los dos, confieso que me gustan más los especulativos. Tienen cierta piedad que mira con fe a un futuro justo, no profanado por intentos precipitados y desiguales para llevarlo a cabo. Y nos consuela realmente considerar la causa de su inquietud. Es el amor a la grandeza, es la necesidad de armonía, el contraste entre la actualidad diminuta y la idea exorbitante. Nadie puede comparar las ideas y aspiraciones de los innovadores de hoy en día con las de los períodos anteriores sin entender esta crítica potente y elevada. Las revoluciones que se ciernen sobre la sociedad no proceden ahora de la ambición y la rapacidad, de la impaciencia por una u otra forma de gobierno, sino de nuevos modos de pensar que recompondrán la sociedad según un orden nuevo, que animará el trabajo con el amor y la ciencia, que destruirá el valor de muchos tipos de propiedad y repondrá toda propiedad en el dominio de la razón y la equidad. Nunca como ahora ha operado un pensamiento tan grande en el pecho del hombre. Casi parece que lo que antiguamente se dijera de manera fabulosa y jeroglífica ahora se diga claramente, es decir, la doctrina de que el creador habita en el hombre. El espiritualista sólo desea esto, que el principio espiritual pueda demostrarse hasta el final, en todas las posibles aplicaciones al estado del hombre, sin admitir nada que no sea espiritual, es decir, nada positivo, dogmático o personal. La excelencia de esta clase consiste en esto: en que han creído; en que, afirmando la necesidad de modos de vida y acción nuevos y superiores, se han abstenido de recomendar métodos inferiores. Su error es que se han detenido en la percepción intelectual, su voluntad no se inspira ya en la fuente del amor. Pero ¿de quién es el error? ¡Y qué error, y a qué indagación conduce! Hemos llegado al origen de todo poder, de la belleza y la virtud, del arte y la poesía, ¿y quién nos dirá según qué ley se ofrecen o retienen sus inspiraciones y sus informaciones?

No quisiera ser culpable de la estrechez y pedantería de inferir la tendencia y genio de la época de unos pocos e insuficientes hechos o personas. Toda época tiene mil lados y señales y tendencias, y sólo aparece gran variedad de caracteres cuando se la examina desde puntos de vista inferiores. Nuestro tiempo también está lleno de actividad y realizaciones. ¿No hay algo comprensivo en el abrazo de una sociedad que a la gran invención mecánica y a las mejores instituciones de la propiedad añade las teorías más osadas, que explora los problemas más sutiles y universales? Frente al riesgo manifiesto de repetir lo que toda otra época ha pensado de sí misma, creemos que el genio de esta época es más filosófico que el de ninguna otra, más correcto en su objetivo, más sincero, menos temeroso, menos fabuloso, con menor mezcla de cualquier tipo.

Por muchas vueltas que le demos, cuando ponderamos el significado de la época todo pensamiento nuevo nos lleva al hecho profundo de que el tiempo es el hijo de la eternidad. El principal interés que cualquier aspecto de la época nos presenta es el gran espíritu que mira a través de él, la luz que arroja sobre las cuestiones asombrosas: ¿qué

somos, y adónde vamos? No queremos ser engañados. Vamos a la deriva, como una vela blanca en el salvaje océano, que ahora brilla sobre las olas y luego se oscurece en su seno. Pero ¿de qué puerto hemos zarpado? ¿Quién sabe? ¿O a qué puerto nos dirigimos? ¿Quién sabe? Nadie nos lo dirá, salvo marineros tan curtidos como nosotros, con los que hablamos de paso, o que han izado alguna señal o nos han enviado desde lejos un mensaje en una botella. Pero ¿qué saben ellos que no sepamos nosotros? También han estado en este admirable mar. No; de los viejos marineros, nada. Por encima de sus voces, el gris mar y el silbante viento responden: no en nosotros, ni en el tiempo. ¿Dónde conoceremos la verdad, pues, salvo en nosotros mismos, dónde, salvo en ese pensamiento con el que nos comunicamos con la naturaleza absoluta, y por el que sabemos que, mientras perdemos el polvo del que estamos hechos, grano a grano, hasta que todo se pierda, la ley que nos reviste de humanidad permanece nueva? ¿Dónde, salvo en las intuiciones concedidas desde el interior? Sin fe, nos imaginamos que, con el polvo, desaparecemos y dejamos de existir; y no sabemos que la ley y la percepción de la ley son al fin una sola; que sólo en la medida en que la ley entra en nosotros, forma parte de nosotros, somos hombres vivos, inmortales con la inmortalidad de esa ley. Bajo estas apariencias, yace lo que es, lo que vive, lo que causa. Esta renovadora generación de apariencias depende de una realidad, y una realidad que está viva.

Para un verdadero escolar, la atracción de los aspectos de la naturaleza, los departamentos de la vida y los pasajes de su experiencia es sólo la información que éstos le proporcionan de esa naturaleza suprema que alienta en el interior de todo. Esa realidad, esa fuerza causal es moral. El sentimiento moral no es sino su otro nombre. Con su presencia o ausencia determina lo bueno y lo malo, la belleza y la fealdad, el genio o la depravación. Así como el granito aflora a la superficie y se encumbra en lo alto de las montañas y, si cavamos, lo descubrimos bajo los estratos superficiales, en todos los detalles de nuestra vida doméstica o civil se oculta la realidad elemental, que de vez en cuando sale a la superficie y forma a los grandes hombres, que son los líderes y ejemplos, antes que los compañeros de la raza. El granito se esconde curiosamente bajo mil formaciones y superficies, bajo suelos fértiles y hierbas y flores y campos abonados y arables y grandes ciudades, pero constituye siempre su fundamento y siempre indica su presencia con señales nimias, pero seguras. Así ocurre con la vida de nuestra vida; tan cerca se oculta también. La leo en los ojos alegres y lacrimosos, la leo en el orgullo y en la humildad de la gente; se la reconoce en todo trato y complacencia, en toda crítica y en todo elogio, se vota por ella en las elecciones, gana la causa de los jurados, dirige la tempestuosa elocuencia del senado, la única vencedora; por ella se escriben las historias y se celebran las vacaciones; en su honor se construyen estatuas, tumbas, iglesias; sin embargo, los hombres parecen temerla y rehuirla apenas se presenta en nuestra inmediata vecindad.

Representemos esa realidad: sirvámosla y hablemos en su nombre. Sólo en la medida en que ella brilla a través de la época es ésta o cualquier otra digna de

consideración. Quisiera hablar de nuestra política, educación, negocios y religión sin ceremonia o falsa deferencia. Me absolveréis de la acusación de ligereza o malignidad, o de decir cosas elegantes a costa de cualquiera, cuando entendáis que esa realidad es cuanto apreciamos, y que, al entrar en la naturaleza, estamos destinados a hablar en su nombre. Que no se registre en nuestro recuerdo, en este momento de la eternidad en que, tras haber sido llamados por nuestro nombre, hemos aleteado en la luz, que nos ha asustado hecho alguno o que hayamos estropeado el hermoso día por preferir pusilánimes nuestro pan a nuestra libertad. ¿Para qué sirve el escolar, para qué el hombre, salvo para acoger cada nuevo pensamiento de su tiempo? ¿Tenéis ocio, poder, bienes, amigos? Seréis el asilo y patrón de todo nuevo pensamiento, de toda opinión inédita, de todo proyecto inaudito que surja de la buena voluntad y la búsqueda sincera. Todos los periódicos, todas las lenguas del presente difamarán, al principio, lo que es noble; pero vosotros, que no os aferráis al presente ni a la época, sino a lo eterno, debéis representarlo: y el mayor cumplido que el hombre ha recibido del cielo es el envío de sus ángeles disfrazados y desacreditados.

El conservador*

Segunda de las conferencias dedicadas al tópico de la época, Emerson la leyó en el Masonic Temple el 9 de diciembre de 1841. Con el título «The Conservative» (El conservador) aparecería en The Dial en octubre de 1842. Es notable su uso del diálogo.

Los dos partidos que dividen el Estado, el partido del conservadurismo y el de la innovación, son muy antiguos y se han disputado la posesión del mundo desde que se creó. Esta disputa es el motivo de la historia civil. El partido conservador estableció las venerables jerarquías y monarquías del mundo antiguo. La batalla del patricio y el plebeyo, de la metrópoli y la colonia, de las antiguas costumbres y la acomodación a los nuevos hechos, del rico y el pobre, reaparece en todos los países y en todas las épocas. La guerra no se libra sólo en los campos de batalla, en consejos nacionales y sínodos eclesiásticos, sino que agita a cada instante el pecho del hombre con ventajas opuestas. El viejo mundo sigue desarrollándose y ahora uno, luego el otro, colman su día, y la lucha se renueva como si acabara de empezar, con nuevos nombres y personalidades acaloradas.

Un antagonismo tan irreconciliable ha de tener, por supuesto, su profunda correspondencia en la constitución humana. Es la oposición de pasado y futuro, de memoria y esperanza, de entendimiento y razón. Es el antagonismo primordial, la aparición trivial de los dos polos de la naturaleza.

Hay un fragmento de una vieja fábula que parece haberse desprendido de las mitologías corrientes y que podría merecer atención en relación con todo esto.

Saturno se cansó de estar solo o de que únicamente lo contemplara el gran Urano o Cielo, y creó una ostra. Volvió a obrar, pero ya no hizo nada más que crear la raza de las ostras. Entonces Urano exclamó: «¡Una nueva obra, Saturno, la vieja ya no es buena!»

Saturno replicó:

Tengo miedo. No sólo existe la alternativa de hacer o no hacer, sino también la de deshacer. Fíjate en el gran mar, cómo sube y baja la marea. Lo mismo me ocurre a mí; mi poder retrocede y si me pongo a ello, no hago, sino deshago. Así que hago lo que ya he hecho. Conservo lo que tengo y resisto a la noche y al caos.

Saturno - replicó Urano-, no te puedes conservar a ti mismo salvo haciendo algo más. Las ostras son percebes y berberechos, y con la siguiente marea se convertirán en guijarros y espuma.

Veo - repuso Saturno - que te has aliado con la noche y te has convertido en un ojo malvado; antes hablabas con amor, ahora tus palabras me golpean con odio. Apelaré al hado. ¿No habrá descanso? También yo apelaré al hado - dijo Urano-, ¿no ha de haber movimiento?

Pero Saturno calló y siguió haciendo ostras durante mil años.

Entonces, la palabra de Urano se le cruzó como un rayo de sol, y creó a Júpiter, y volvió a tener miedo, y la naturaleza congeló lo que había quedado atrás, y, para salvar el mundo, Júpiter asesinó a su padre Saturno.

Esto podría explicar una conversación sobre política entre un conservador y un radical que ha llegado hasta nosotros. Es la réplica de las fuerzas centrípeta y centrífuga. La innovación es la energía saliente; el conservadurismo la pausa del último movimiento. «Lo que hay ha sido hecho por Dios», dice el conservadurismo. «Está abandonando eso e introduciendo esto», contesta la innovación.

Hay siempre cierta mezquindad en el argumento del conservadurismo, unida a cierta superioridad. Afirma porque mantiene. Sus dedos cogen el hecho y no abrirá los ojos para ver otro mejor. El castillo, que el conservadurismo defiende, es el actual estado de cosas, bueno y malo. El proyecto de innovación es el mejor estado de cosas posible. Por supuesto, el conservadurismo siempre se lleva la peor parte; siempre está disculpándose, alegando la necesidad, alegando que cambiar significa deteriorar, soportando el peso montañoso de toda la violencia y el vicio de la sociedad. Tiene que negar la posibilidad del bien, negar las ideas y sospechar del profeta, y lapidarlo. Por su parte, la innovación siempre está en lo cierto, triunfante, a la ofensiva, segura del éxito. El conservadurismo se basa en las limitaciones incontestables del hombre, la reforma en su infinitud indiscutible; el conservadurismo en la circunstancia, el liberalismo en el poder; uno forja a un miembro apto para la estructura social, el otro lo remite todo al hombre; el conservadurismo es afable y social, la reforma es individual e imperativa. Somos reformadores en primavera y verano, en otoño e invierno nos apegamos a lo antiguo; reformadores por la mañana, conservadores por la noche. La reforma es afirmativa, el conservadurismo negativo; el conservadurismo busca la comodidad, la reforma la verdad. El conservadurismo está más dispuesto a reconocer el valor del otro, la reforma a mantener e incrementar el propio. El conservadurismo no hace poesía, no emite plegarias, carece de inventiva; es todo memoria. La reforma no es agradecida, ni prudente, ni frugal. Que nuestros pies avancen o retrocedan marca una diferencia en nuestra figura y en nuestro pensamiento. El conservadurismo no da nunca un paso adelante; cuando lo hace ya no es lo establecido, sino la reforma. El conservadurismo tiende a una semejanza universal y a la perfidia, cree en un hado negativo; cree que el temperamento de los hombres los gobierna; que, en lo que nos concierne, no sirve de nada confiar en principios, que nos fallarán. Hemos de transigir, desconfiar de la naturaleza. El conservadurismo cree que hay una ley general sin aplicación particular:

una ley para todos que no incluye a nadie. En su antagonismo, la reforma se inclina hacia una torpe resistencia, a dar patadas; se precipita en el egoísmo y en un vano autoengaño; en una pretensión corporal a un refinamiento y elevación innatural, que termina en la hipocresía y en la reacción sensual.

Mientras que no pasemos de enunciados generales, podremos decir sin equivocarnos de estos dos antagonistas metafísicos que cada uno de ellos es una buena mitad, pero un todo imposible. Cada uno expone los abusos del otro, pero en una sociedad verdadera, en un hombre sincero, han de combinarse los dos. La naturaleza no da la corona de su aprobación, es decir, la belleza, a ninguna acción o emblema o actor que no combine ambos elementos; no a la roca que resiste el oleaje una y otra vez, ni a la ola que se estrella incesantemente contra la roca, sino que la belleza superior reside en el roble que se mantiene con sus cien brazos a pesar de las tormentas del siglo y crece cada año como un retoño; o en el río que no deja de fluir, aunque siga en el mismo cauce; o, sobre todas las cosas, en el hombre que ha subsistido durante años en medio de los cambios de la naturaleza, distanciándose de tal modo que, cuando recordamos lo que fue y vemos lo que es, decimos: ¡qué cambio, qué disparidad!

A través de la naturaleza, el pasado se combina en cada criatura con el presente. Cada una de las circunvoluciones de una concha marina, cada uno de los nudos y espigas marca un año en la vida de un pez; lo que fue la boca de la concha en un momento se convierte en una vuelta ornamental. Las hojas y la corteza de la madera blanda son todo lo que la vegetación de este verano ha producido, pero el sólido tronco, que eleva el follaje al aire para atraer la mirada y refrescarnos con su sombra, es el don y el legado de años muertos y sepultados.

En la naturaleza, cada uno de esos elementos está siempre presente, cada teoría tiene un soporte natural. Según nos apoyemos en la necesidad o en la ética, nos inclinaremos por el conservador o el reformador. Si leemos el mundo históricamente, diremos que, de todas las épocas, la hora y la circunstancia presente es el resultado acumulado, la mejor tirada de dados de la naturaleza, o la mejor posible. Si lo vemos con la perspectiva de la voluntad, o el sentimiento moral, acusaremos al pasado y al presente, y exigiremos lo imposible del futuro.

Pero aunque este doble hecho se encuentre unido en la naturaleza real, tan unido que nadie podría seguir existiendo si no se dieran ambos elementos, hay hijos insensatos, que por parcialidad lo ven todo del modo más absurdo y son víctimas en cualquier época del objeto más cercano. Ni siquiera un filósofo es filósofo en todas las ocasiones. Nuestra experiencia, nuestra percepción, están condicionadas por la necesidad de lograrlas por partes y sucesivamente, es decir, con cierta falsedad en cada verdad. Como ése es el método invariable de nuestra preparación, tendremos que tolerarlo y consentir que los hombres aprendan como lo han hecho durante seis mil años, una palabra a cada momento, para adscribirse a bandos insensatos y aprender la cantidad de verdad que

cada uno conoce negando una parte equivalente de verdad. En el presente, para alcanzar la suma que nos resulta asequible, tenemos que oír las alegaciones de las partes como partes.

Lo mejor del conservadurismo, aquello que, aunque no puede expresarse con detalle, inspira reverencia, es lo inevitable. No sólo se trata de lo que el conservador dice para sí mismo, sino, de una manera más profunda, por qué debe decirlo. ¿Qué hecho insuperable le obliga a inclinarse así? Aquí está lo que los hombres llaman hado, y el hado en una sucesión terrible, hado tras hado, sin que podamos disponer de él con la consideración de que la conciencia impera aquí o allá, teniendo que plantear la pregunta de si las facultades del hombre le ayudarán a resistir los hechos de la experiencia universal. Pues, aunque los mandatos de la conciencia son esencialmente absolutos, son históricamente limitados. La sabiduría no busca una rectitud literal, sino útil, es decir, condiciona da, la rectitud que las facultades del hombre y la constitución de las cosas garantizan. El reformador, el partisano se pierden llevando al extremo los ejemplos de conducta correcta, hasta que su propia naturaleza y toda la naturaleza se lo impiden, pero la sabiduría no se propone nada enorme y desproporcionado a sus poderes, que no pueda llevar a cabo o casi llevar a cabo. Tenemos cierta inteligencia o presentimiento de reforma que no desciende al carácter, y quienes se arrojan ciegamente se pierden. Cualquier cosa que intenten en esa dirección fracasa, y reobra de un modo suicida sobre el actor. Ése es el castigo por trascender la naturaleza. Pues el mundo existente no es un sueño y no puede ser tratado impunemente como un sueño; tampoco es una enfermedad, sino el suelo sobre el que nos levantamos, la madre de la que hemos nacido. La reforma tiene que ver con posibilidades, tal vez con lo imposible, pero éste es un hecho sagrado. También esto era verdadero o no habría sido: había vida en ello o no habría existido; hay vida en ello, o no continuaría. Nuestros planes serán factibles o no, pero esto tiene el respaldo de la naturaleza y cuenta con una larga amistad y cohabitación con los poderes de la naturaleza. Perdurará hasta una tirada mejor de los dados. La contienda entre el futuro y el pasado es la contienda entre la divinidad que interviene y la divinidad que se marcha. Estamos invitados a probar nuestros experimentos y, si podemos, a desplazar el orden actual con la república ideal que anunciamos, pero nada, salvo Dios, expulsará a Dios. Dicho sencillamente, la carga de la prueba está en el proyector. Nos atendremos a esto hasta que se demuestre algo mejor.

El sistema de la propiedad y de la ley se remonta en sus orígenes a tiempos sagrados y bárbaros; es el fruto de la misma causa misteriosa del mundo animal o mineral. Hay un sentimiento natural y una disposición a favor de la antigüedad, de los ancestros, de costumbres bárbaras y aborígenes, que es un homenaje a ese elemento de necesidad y divinidad que hay en ellos. El nombre indio y bárbaro no se puede reemplazar sin pérdida. Los antiguos nos dicen que los dioses preferían a los etíopes por sus costumbres estables, y las tribus más jóvenes de Grecia e Italia consideraban a egipcios y caldeos, cuyo origen no pudieron explorar, naciones sagradas.

Tan profundo es el fundamento del sistema social existente que no deja a nadie fuera. Podemos ser parciales, pero el hado no lo es. Todos los hombres tienen sus raíces en él. Quienes combaten contra las disposiciones de la sociedad y quieren embrollarlo todo, arriesgando el bien indiscutible que existe con la posibilidad de algo mejor, viven, se mueven y existen aquí, y sus hechos contradicen sus palabras a cada instante. Del mismo modo que no podemos saltar sin contar con la resistencia del suelo, ni empujar al mar nuestra barca salvo desde la orilla, ni lograr la libertad sin rechazar la obligación, es necesario que usemos el orden actual de las cosas para dejarlo obsoleto, que lo vivamos antes de quitarle la vida. El pasado ha calentado nuestra rebanada, y gracias a la fuerza de su pan podrás prescindir del horno. Nuestra naturaleza nos traiciona. También somos conservadores. Por mucho que a los hombres les gusta destacarse, no veo otra cosa que un partido conservador. No tenemos las mismas necesidades, pero nuestros métodos y propósitos son idénticos. Lucharás contra mi conservadurismo, pero para edificar el tuyo; tendrá un nuevo principio, pero el mismo curso y final, las mismas pruebas, las mismas pasiones; entre los amantes de lo nuevo observo que hay un celo por lo que aún es más nuevo, y el que se separa del que se separa es tan perjudicial como el papa.

Con estos y otros motivos parecidos, el conservadurismo se mantiene sin riesgo de ser desplazado. Especialmente antes de esa apelación personal, el innovador debe confesar su debilidad, confesar que nadie es lo suficientemente bueno para considerarse el campeón de los principios. Pero cuando esa gran tendencia se lleva a la práctica, y hay jóvenes que la desafían, para los cuales no es una abstracción, sino hambre, enfermedad y exclusión de las oportunidades, es necesario que parezca lesiva. El joven, por supuesto, es innovador por derecho de nacimiento. Ahí está, recién llegado al planeta, un mendigo universal, con toda la razón del mundo, diríamos, de su parte. Al pensar por primera vez cómo alimentarse, vestirse y calentarse, por todas partes le advierten de que esto y aquello tienen dueño y de que tendrá que irse a otra parte. Entonces dirá: «Si he nacido en la tierra, ¿dónde está mi parte? ¿Tendrán la bondad, caballeros de este mundo, de mostrarme mi lote, dónde puedo dejar caer mi leña, en qué campo plantar mi cereal y el terreno adecuado para levantar mi cabaña?»

-Toca esa leña, o ese campo, o esa casa, y verás - exclaman todos los caballeros de este mundo-, aunque puedes venir a trabajar a los nuestros, para nosotros, y te daremos un pedazo de pan.

-¿Qué es lo que veré?

-Cuchillos y mosquetes, si te cogemos in fraganti; la prisión si te encontramos después.

-¿Con qué autoridad, caballeros?

-Con la de nuestra ley.

-Y esa ley, ¿es justa?

-Lo es para ti como lo ha sido para nosotros. Ya hemos forjado a otros con esta ley, y trabajado nuestras tierras así.

-Repito la pregunta, ¿es justa vuestra ley?

-No sólo justa, sino necesaria. Además, es más justa ahora que cuando nacimos; la hemos hecho más suave y equitativa.

-No acepto vuestra ley - responde el joven-. Me oprime. No logro entenderla, ni puedo perder el tiempo en leer esa innecesaria biblioteca de vuestras leyes. La naturaleza me ha dado ya suficientes recompensas y penas que no puedo transgredir. Como el viejo noble persa, ni quiero mandar ni obedecer. No quiero entrar en vuestro complejo sistema social. Serviré a los que pueda, y los que puedan me servirán. Buscaré a quien amar y esquivaré a los que no ame. ¿Qué más pueden ofrecerme vuestras leyes?

Con la misma seriedad y buena fe, un defensor de lo establecido, un hombre de muchas virtudes, respondió al demandante:

-Tu oposición es necia y frívola. Joven, no tengo capacidad para hablar contigo, pero mírame. Me levanto temprano y me acuesto tarde, y he trabajado honrada y penosamente durante muchos años. No he soñado con métodos; me he dejado los huesos, afanándome por el bien que tengo. No lo he logrado con fraudes, ni por suerte, sino trabajando, y tendrás que darme una garantía parecida a estos hechos obstinados de tu fidelidad y trabajo antes de que yo consienta, fiándome de unas cuentas palabras bonitas, en que entres en mi hacienda con la intención de repartirla.

-Ahora has dado en el clavo - replica el reformador-. A esa fidelidad y trabajo les rindo homenaje. No soy digno de recusar tu modo de vivir hasta haber sido puesto a prueba. Pero sería más indigno si no te dijera por qué no puedo seguir tus pasos. Encuentro esta vasta estructura, a la que llamas propiedad, extendida por todo el planeta. No puedo ocupar el risco más desolado de las Montañas Blancas o de la cordillera de los Alleghanies sin que un hombre o una corporación me persigan para decirme que es suyo. Aunque soy apacible, y me doy cuenta de que puedo morir, puesto que parece que hay algo defectuoso en mi creación y que he sido enviado por error a esta tierra, en la que ya no quedan localidades, sin embargo, la naturaleza racional que represento me obliga a decirte mi opinión: si la tierra es tuya, también es mía. Todas vuestras existencias juntas no son tan importantes como la mía; puesto que he nacido en la tierra, la tierra es mía, y la quiero para sembrar y plantar; no podría pedir menos sin ser pusilánime. No sólo he de tener un nombre para vivir, he de vivir. Mi genio me lleva a preferir un modo de vida distinto al vuestro. No podéis quedaros todo el mundo. Quiero algo mejor para vosotros. Os diré la verdad de un modo práctico, y tomad lo que sea vuestro. Éste es el mundo de

Dios y mío; vuestro tan to como queráis, mío tanto como yo quiera. Además, conozco vuestros procedimientos; conozco los síntomas de la enfermedad. Al final de vuestro poder, serviréis a esta mentira que os degrada. Vuestra necesidad es un golfo que la posesión de toda la tierra no podría llenar. Derribaríais al sol en el cielo para que no brillara en el universo y hacer de él una propiedad privada, si pudierais, y la luna y la estrella polar, si tuvierais ocasión, la guardaríais en vuestro dormitorio. Lo que no necesitáis, lo queréis como adorno, y aunque os convendría prescindir de algunas cosas, vuestro orgullo no os lo permite.

-Por otra parte, precisamente la defensa que se ha hecho de la Constitución británica, es decir, que a pesar de todos sus defectos, burgos podridos y monopolios, funciona, y se imparte una justicia sustancial; la sabiduría y la dignidad entran en el parlamento, donde están representados todos los intereses legítimamente, por poder o por astucia, esa misma defensa vale para las instituciones existentes. No son las mejores, no son justas, y en lo que a ti respecta, joven valiente, no se pueden justificar. Es cierto que no te han dejado un acre que puedas llamar tuyo, ni otra ley que la nuestra, en cuyo ordenamiento no has tomado parte. Pero sirven al fin, son afines al bien y ajenas al mal, apoyan al industrioso y afable, fomentan el genio. Son verdaderamente tan flexibles que consienten en que tu talento y carácter, en conjunto, tenga la misma oportunidad para demostrar lo que vale y el mismo éxito que podría tener si no hubiera ley ni propiedad.

Es trivial y una mera superstición decir que no te queda nada, ni preparación, ni ostentación, pues en esta institución del crédito, que es tan universal como la honradez y la promesa en la serenidad humana, siempre hay un prójimo a quien alimentar y tierra y herramientas y pertrechos para el joven aventurero. Si en algún aspecto no han llegado lejos, fíjate en la amplia retribución que tienen por el bien que han hecho. No han perdido el tiempo ni escatimado gastos para reunir bibliotecas y museos y galerías, universidades, palacios, hospitales, observatorios, ciudades. Ninguna época ha sido ociosa, ni laxos los reyes, ni mezquinos los ricos. ¿No hemos pagado esta pequeña ofensa (que no podíamos evitar) de no dejarte derecho alguno al suelo con la espléndida indemnización de la riqueza ancestral y nacional? ¿Habrías preferido nacer como un gitano tras un seto, libre en un páramo, con toda la extensión del planeta sin sombra ni bosque que te protegieran del sol y el viento, en lugar de en este mundo encumbrado y civilizado, el mundo de Roma, Menfis, Constantinopla, Viena, París, Londres y Nueva York? Para ti Nápoles, Florencia y Venecia, para ti el hermoso Mediterráneo, el soleado Adriático, para ti las Indias florecen; para ti el hospitalario norte abre sus cálidos palacios bajo el círculo polar; para ti se han abierto carreteras en todas las direcciones, y flotas palaciegas, seguras, fuertes, lujosas, surcan a vela y vapor todas las aguas del mundo. Cada isla tiene para ti una ciudad; cada ciudad un hotel. Aunque naciste sin tierra, tu industria y frugalidad y tu breve condescendencia a los usos establecidos encuentran decenas de sirvientes en cada lugar extraño con gorra y rodilla a tus órdenes, decenas, cientos y miles para tu guardarropa, tu mesa, tu alcoba, tu biblioteca, tu ocio, y

la suprema capacidad de la población de todos los países se anticipan a servir cualquier capricho. El rey en su trono gobierna para ti, y juzga el juez; el abogado pleitea, el granjero siembra, el ebanista talla, el cartero reparte. ¿No resulta exagerado insistir en un reconocimiento formal de tus exigencias, cuando tienes aseguradas todas estas ventajas sustanciales? Tus hijos podrán ser educados, tu trabajo será fecundo y podrán gozar de sus frutos tras tu muerte. Es frívolo decir que no tienes un acre porque careces de una parte matemáticamente medida de la tierra. La providencia procura que tengas un lugar acreditado que te espera, y tan pronto como pongas en práctica tus dones, tendrás el acre o el valor de un acre de acuerdo con los méritos que manifiestes: un acre, si necesitas la tierra; el valor de un acre si prefieres cobrar, o esculpir, o hacer zapatos, o ruedas, a cultivar la tierra.

Además, plantearte la pregunta de cómo ha llegado la sociedad a encontrarse en esta situación podría atenuar tu indignación por la supuesta ofensa que la sociedad te ha causado. ¿Quién ha puesto las cosas en esta falsa posición? Nadie en concreto, sino todos. Nadie voluntariamente o a sabiendas, sino como resultado del grado de cultura que hay en el planeta. El orden de las cosas es tan bueno como permite el carácter de la población. Considéralo la obra de una gran necesidad beneficida y progresiva, que desde el primer latido de la primera vida animal, hasta la cultura más elevada de las mejores naciones, ha llegado todo lo lejos que podía. Agradece a la ruda madrastra que te haya enseñado más de lo que sabe y haya depositado en tu corazón esperanzas que serán historia en las épocas sucesivas. Tú mismo eres el resultado de este modo de vivir, de este compromiso fraudulento, de esta vituperada Sodoma. Te ha alimentado con cuidado y amor en su seno, igual que lo ha hecho con más de un amante de lo justo, y más de un poeta, y un profeta y un maestro de los hombres. ¿Es tan irremediabilmente mala? Si tienes en cuenta estas atenuaciones, ¿no se disipan todos los equívocos? La forma es mala, pero ¿no ves cómo cada rasgo personal reobra sobre la forma y la renueva? Una persona fuerte anula la ley y la costumbre con su voluntad. Luego reaparece el principio del amor y de la verdad en los tribunales más estrictos de la moda y el decoro. Bajo las ropas más caras, en los favoritos de los círculos más selectos de la aristocracia europea y americana, el corazón firme late de amor por la humanidad, cansado de las distinciones accidentales, deseoso de alcanzar su destino y convertir sus adornos en algo auténtico y real.

Más aún, del mismo modo que hemos demostrado que no hay un reformador puro, tendríamos que considerar que no hay un conservador puro, nadie que desde el principio hasta el final de su vida mantenga las instituciones defectuosas; pero aquel que frunce el ceño ante cualquier novedad que se le presenta con la confianza de la conversación, en presencia de personas amables y generosas, tiene también su hora de gracia y ternura y abraza por un momento la causa del hombre, y aunque sea una emoción pasajera, al recordarla en privado atenuará su egoísmo y complicidad con la costumbre.

Fray Bernardo lamentaba en su celda en el Monte Cenís los crímenes de la

humanidad y una día, antes de que amaneciera, se alzó de su lecho de musgo y hojas secas, mordisqueó sus raíces y bayas, bebió de la fuente y marchó a Roma para acabar con la corrupción de la humanidad. En el camino se encontró con muchos viajeros que le saludaron con cortesía, y las cabañas de los campesinos y los castillos de los señores abastecieron sus necesidades. Cuando, por fin, llegó a Roma, su piedad y benevolencia le franquearon en seguida las casas de los ricos, y desde el primer día vio y habló con dulces madres con criaturas de pecho, que le dijeron cuánto amaban a sus hijos y cuánto se esforzaban por atender sus obligaciones con ellos. ¿Cómo? - les dijo-, ¿con estas alfombras recamadas, y estos suelos de mármol, y estas graciosas esculturas, y estas maderas talladas, y estas ricas pinturas, y estos estantes de libros a tu alrededor?

Mira - le dijeron - nuestras pinturas y libros, y te diremos, buen padre, cómo pasamos la última tarde. Son historias de hijos divinos y sagradas familias y sacrificios románticos en tiempos antiguos y recientes de grandes personas, no miserables; la última tarde, reunida la familia, nuestros maridos y hermanos hablaron con tristeza de lo que podríamos salvar y entregar en tiempos difíciles.

Luego llegaron los hombres y dijeron: «¡Qué alegría, hermano! ¿Necesita dotaciones tu convento?» Entonces el hermano Bernardo volvió rápidamente a casa con pensamientos distintos a los que trajo, diciéndose: «Este modo de vida es malo, pero estos romanos, a los cuales pedí a Dios que destruyera, son amantes, lo son. ¿Qué puedo hacer?»

El reformador concede que existen esas atenuaciones y que, si proponía consuelo, debe ponerse del lado de lo establecido.

-Tus palabras son excelentes, pero no lo dicen todo. El conservadurismo es generoso a manos llenas, pero los ricos engañan con astucia. Observo que toman algo por cada cosa que dan. Parezco mayor, pero he perdido; tengo más vestidos, pero no estoy tan cálido; tengo una coraza, pero menos valor; más libros, pero menos ingenio. Lo que dices de tu mundo plantado y edificado y decorado es cierto, desde luego, y me procuro alegremente lo que me conviene, pero me he dado cuenta de que lo que sostiene lo particular, sostiene lo general, que la planta Hombre no requiere para florecer del modo más glorioso esa pompa de preparación y conveniencia, sino los pensamientos de un Homero mendicante que vagó, Dios sabe cuándo, en la infancia y barbarie del viejo mundo; la gravedad y sensatez del esclavo Moisés que arrancó a sus semejantes de sus amos; la contemplación del escita Anacarsis; el firme y formidable valor de los dorios de Esparta, el vigor del franco Clodoveo, del sajón Alfredo, del godo Alarico, y de los árabes Mahoma, Alí y Omar, del kurdo Saladino, del turco Otmán, que bastan para edificar lo que llamas sociedad, en el lugar y en la hora en que aparece una mente sana en un cuerpo sano. Conservadurismo, ¡ricos y delicados son tus atuendos! Tus caballos son purasangre, tus caminos están bien trazados y pavimentados, tu despensa está llena de comida y tu bodega de vinos, y tus caballeros y damas viven en buenas condiciones;

pero cada uno de esos bienes me roba una gota de sangre. Prefiero la necesidad de hacer frente a mis necesidades. Toda esa costosa cultura tuya es innecesaria. La grandeza no la necesita. Ese pobre hombre que se sienta olvidado en un rincón lleva una revolución completa del hombre y de la naturaleza en su cabeza, que será una historia sagrada para épocas futuras. Pues el hombre es el fin de la naturaleza; nada se organiza tan fácilmente como él en ninguna otra parte del universo; ni el musgo ni el líquen nacen con tanta facilidad. El hombre lleva consigo y saca de sí mismo todo el aparato de la sociedad y de las condiciones extempore, como un ejército acampa en un desierto y, donde sólo había arena, crea una ciudad blanca en una hora, un gobierno, un mercado, un lugar para fiestas, para la conversación y el amor.

Estas consideraciones, movidas por aquellos cuyos caracteres y fortunas aún han de formarse, han de suscitar la simpatía de toda persona sensata. Pero, además de la caridad que ha de obligar a los adultos a interesarse por la juventud, y a conceder que ha de encontrar campo libre y juego limpio en su entrada en la vida, estamos obligados a ver que la sociedad, de la que formamos parte, no permite la formación ni la perduración de perspectivas y prácticas lesivas con el honor y el bienestar de la humanidad. La objeción al conservadurismo, cuando se incorpora a un partido, reside en que, en su preferencia por los hechos, odia los principios; en que vive de sensaciones, no de la verdad; en que se consagra a la desesperación; en que presenta al candidato disponible, no al más digno; en que toma medidas convenientes, pero no justas. Para atenuar la fricción, añade tantos suplementos a la máquina de la sociedad que funcionará suavemente, pero ya no será de provecho.

El partido conservador del universo concede que el radical atinaría si aún estuviéramos en el jardín del Edén; legisla para el hombre como debería ser; su teoría es correcta, pero no consiente la fricción, y esta omisión vuelve falsa toda su doctrina. El idealista replica que el conservador cae en un error aún más perjudicial en el otro extremo. El conservador asume la enfermedad como algo necesario, y su estructura social es un hospital, toda su legislación se dirige al peligro presente, un universo en pantuflas y franela, con baberos y gachas, píldoras y té. La enfermedad se organiza tan bien como la salud, el vicio igual que la virtud. Un sistema vicioso de comercio tan duradero se ha estereotipado en la generación humana, y nacen los avaros. La enfermedad tiene un firme asidero y la lepra ha ganado en astucia y vota; los leprosos expulsan a los limpios, la sociedad se ha convertido en un comité de hospital y todas sus leyes están en cuarentena. Si alguien resiste y alberga una esperanza insensata que considera tan buena como la desesperación general, la sociedad lo censurará, no le dará oportunidades, ni le franqueará el paso a sus graneros, sus refectorios, le negará el agua y el pan y le amonestará como el sacristán:

Las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo,
Aquí está el hoyo, y tú en él.

Adopta la perspectiva inferior de cada acción y pasión humanas. Su religión es igual de mala: una pastilla para los enfermos, un tono doloroso para engañar al mal genio, atenuantes del dolor mediante píldoras y calmantes; siempre atenuantes, nunca remedios, perdón del pecado, honras fúnebres, pero no autoayuda, renovación ni virtud. Su acción social y política no tiene otro propósito: ampararse del viento y la intemperie, acabar la semana y el año y hacer que el mundo dure lo que nuestro día, en lugar de sentarse sobre él y gobernarlo, y hundir la memoria del pasado en la gloria de una creación nueva y más excelente; pacatos remiendos y parches, que degradan cuanto tocan. La causa de la educación se toma en este país en serio. ¿Con qué fundamento? Pues que el pueblo tiene el poder y si no está preparado para simpatizar con la clase inteligente, leída, comerciante y gobernante, ni inspirado en el gusto por las mismas competiciones y premios, trastocará el hermoso espectáculo de la judicatura y tal vez eche mano de los títulos de la riqueza y distribuya de nuevo la tierra. La religión se enseña con el mismo espíritu. Hace unos años, los promotores que construían la carretera de Baltimore se encontraron con obreros irlandeses pendeñeros y reacios hasta un punto que desconcertó a los agentes e interrumpió gravemente la marcha de la obra. Aconsejaron a la corporación que despidiera a la policía y edificara una capilla católica, lo que hicieron. El sacerdote restauró en seguida el orden y la obra siguió su curso. Esas señales son demasiado valiosas para no tenerlas en cuenta. Si no valoramos el sábado, u otras instituciones religiosas, no nos preocupará mantenerlas. Han adquirido un valor de mercado como conservadoras de la propiedad, y si el sacerdote y los feligreses fallaran, las cámaras de comercio y los presidentes de los bancos, verdaderos propietarios y hacendados del condado, deberían acudir en tromba a defenderlas.

Por supuesto, la religión pierde en sus manos toda su esencia. En lugar de la profunda confianza que el alma deposita continuamente en la eternidad de la verdad y el deber, los hombres se ven empujados a confiar en instituciones podridas, en instituciones que, en el momento en que dejan de ser las creaciones instantáneas del sentimiento devoto, pierden todo su valor. La religión, entre lo degradado, se degrada. Igual que pierde su verdad, pierde su crédito para los más sagaces, que detectan la falsedad de la predicación. Pero cuando lo dicen, los buenos ciudadanos les recriminan: ¡Silencio!, no debilitéis el Estado, no les quitéis la camisa de fuerza a las personas peligrosas. Todo ciudadano honrado debe mantener el engaño lo mejor que pueda, mostrarse paternalista con la providencia y la piedad, y dondequiera que vea algo que entretenga a los demás, escuelas o iglesias o poesía o galerías de pintura o música, o que no lo haga, hará callar a los niños para que siga la bola. ¡Qué cumplido pagamos al buen espíritu con nuestro celo tan servil!

Pero no demos más razones a favor o en contra de lo establecido, y si aún hay que preguntar, en esta coyuntura de organización parcial, qué partido en conjunto podría reclamar con más derecho nuestra simpatía, me volveré a casa, a la intimidad, donde esas preguntas han de encontrar su arbitrio. ¿Con quién se alineará el que sea fuerte y

generoso, con los defensores de lo antiguo o con los que buscan lo nuevo? ¿Qué estado promete edificar un hombre grande, valiente y benévolo, entregado a sus recursos y que haya de pagar por toda la fortaleza de su carácter? ¿De qué lado estará cada uno de nosotros en la hora de la salud y las aspiraciones?

Entiendo el respeto de la humanidad por la guerra, porque rompe el estancamiento chino de la sociedad y demuestra los méritos personales de cada uno. Un estado de guerra o anarquía, donde la ley apenas tenga fuerza, es tan valioso que pone al hombre a prueba. Reconocemos así al hombre de principios, y lo respetamos incluso en medio de la furia facciosa. Durante las guerras civiles en Francia, sólo Montaigne, entre toda la nobleza francesa, mantuvo abiertas las puertas de su castillo, y su integridad personal fue tan buena como un regimiento. A un lado está el hombre valiente y con recursos, al otro el pusilánime y vil. Es fácil discriminar a quienes se levantan por encima de la guerra y a quienes caen por debajo, igual que a aquellos que, aceptando sus rudas condiciones, mantienen la cabeza en alto con su espada.

Pero en paz y en un estado comercial, dependemos, aunque no deberíamos, de nuestro conocimiento y del conocimiento de los demás para ser honrados, pero cobardemente nos apoyamos en la virtud ajena. Pues al final siempre es la virtud de algunos hombres en sociedad la que mantiene la reverencia a la ley y su poder. ¿No es vergonzoso que deba la ocupación pacífica de mi casa y mis campos no a que mis conciudadanos sepan que soy útil, sino a su respeto por la reputación de otros, a quienes no conozco, cuyas virtudes reunidas mantienen el decoro de la ley?

Para un héroe no hay diferencia entre las leyes. Su grandeza resplandece y se mantiene hasta el final, aunque los demás no le sigan. Si se gana el pan con el sudor de la frente, y en los lugares estrechos y escarpados donde una ley perversa le ha situado, lo hará de un modo honorable. No prestará atención al pasado, pues no es responsable de sus errores. Dirá: «Toda la mezquindad de mis progenitores no me priva del poder de convertir esta hora y esta compañía en algo hermoso y afortunado. Las corrientes de poder y utilidad que fluyen hacia mí adquirirán de mí una virtud sanadora y se convertirán en fuentes de salud. ¿No puedo yo también descender como un redentor a la naturaleza? Quien de ahora en adelante pronuncie mi nombre, no recordará a un malhechor, sino a un benefactor de la tierra. Si hay poder en las buenas intenciones, en la fidelidad y el trabajo duro, el viento del norte será más puro, las estrellas brillarán en el cielo con una radiación más clara que la que yo viví. Estoy comprometido primordialmente conmigo mismo para ser un servidor público de todos los dioses y demostrar a los hombres que hay inteligencia y buena voluntad en el corazón de las cosas, y una dirección cada vez más elevada. Éstos son mis compromisos. ¿Cómo podría vuestra ley ayudarme o impedirme en lo que yo hago con los hombres? Por otra parte, esas disposiciones establecen sus relaciones conmigo. Dondequiera que haya valor, me encontraré a gusto. Donde haya hombres, serán el objeto de mi estudio y de mi amor. Antes o después, todos serán amigos míos y testificarán de cualquier forma la energía de

su propósito. No puedo agradecer a vuestra ley que me proteja. Yo la protejo. No tiene poder para protegerme. Mi cometido es hacerme respetable. Dependo de mi honor, de mi trabajo y de mis disposiciones para ocupar un lugar en el afecto de la humanidad, y no de vuestras convenciones y remiendos.

Si me dejara llevar de añoranzas, y me volviera ocioso y disoluto, rápidamente preferiría la protección de una ley fuerte, porque no tendría derecho a ventaja alguna. El amor no fluye hacia los inmoderados y taimados; para ellos, la humanidad carece de renta y de dividendos si la fuerza se relajó alguna vez, y si pudieran dar su opinión, dirían que esa indulgencia consigo mismos y su opresión merecen el castigo de la sociedad y no la pensión y el alojamiento del que disfrutaban. La ley obra entonces como una pantalla de su indignidad y los hace peores cuanto más los protege.

En conclusión, para pasar de esa alternativa de perspectivas parciales a la plataforma más elevada de la historia universal y necesaria, es una bendición para la humanidad que la innovación haya ido tan lejos y tenga tanto campo libre por delante. La osadía de la esperanza que el hombre alberga trasciende toda experiencia previa. Lo tranquiliza y alegra con la imagen de una vida sencilla e igual de verdad y piedad. ¿En qué árbol florece esa esperanza? No proviene de un vivero celestial, sino que crece aquí, en la salvaje recriminación del conservadurismo. Es mucho que este viejo y vituperado sistema haya engendrado un hijo tan hermoso. Predice que, en un planeta poblado de conservadores, aún puede nacer un reformador.

El trascendentalista*

Tercera y última de las conferencias dedicadas al tópico de la época, Emerson la leyó en el Masonic Temple en diciembre de 1841. Con el título «The Transcendentalist» (El trascendentalista) aparecería en The Dial en enero de 1843. Emerson pondría de relieve en este texto su «ansiedad de la influencia» tanto respecto a Kant como respecto a sus propios sucesores: «No hay - dirá - un trascendentalista puro.»

Lo primero que tenemos que decir respecto a las llamadas nuevas perspectivas aquí en Nueva Inglaterra, en este momento, es que no son nuevas, sino los pensamientos más antiguos vaciados en el molde de los nuevos tiempos. La luz es siempre la misma en su composición, pero cae sobre una gran variedad de objetos y al hacerlo no se nos revela con su forma, pues carece de ella, sino con la de los objetos; del mismo modo, el pensamiento sólo aparece en los objetos que clasifica. Lo que popularmente se llama entre nosotros trascendentalismo es idealismo, idealismo según aparece en 1842. La humanidad siempre se ha dividido, respecto al pensamiento, en dos sectas: materialistas e idealistas. La primera clase se basa en la experiencia, la segunda en la conciencia; la primera empieza a pensar con los datos de los sentidos, la segunda percibe que los sentidos no son la última instancia, sino que nos dan representaciones de las cosas, sin poder decirnos lo que las cosas son en sí mismas. El materialista insiste en los hechos, en la historia, en la fuerza de las circunstancias y en los deseos animales del hombre; el idealista en el poder del pensamiento y de la voluntad, en la inspiración, en el milagro, en la cultura individual. Ambos modos de pensar son naturales, pero el idealista insiste en que su manera de pensar es de una naturaleza superior. Concede todo cuanto el otro afirma, admite las impresiones de los sentidos, admite su coherencia, su utilidad y su belleza, y luego le pregunta al materialista qué garantías tiene de que las cosas sean como sus sentidos las representan. Yo afirmo - dice - que las ilusiones de los sentidos no afectan a los hechos, que son de la misma naturaleza que la facultad que informa de ellos sin ser susceptibles de duda; hechos que, en su primera aparición ante nosotros, asumen una superioridad primordial respecto a los hechos materiales, a los que degradan en una lengua con la que ha de hablarse de los primeros, hechos que sólo hace falta apartarse de los sentidos para discernir. Todo materialista será un idealista, pero un idealista no puede retroceder para ser un materialista.

El idealista, al hablar de los acontecimientos, los ve como espíritus. No niega el hecho sensible, en modo alguno; pero no será sólo eso lo que vea. No niega la presencia de la mesa, de la silla y de las paredes de la sala, pero contempla estas cosas como el reverso del tapiz, como el otro extremo, secuelas o complementos de un hecho espiritual que le concierne. Esta manera de contemplar las cosas transfiere cada objeto de la naturaleza en una posición independiente y anómala a la conciencia. Incluso el materialista Condillac, tal vez el más lógico de los defensores del materialismo, se vio

obligado a decir: «Aunque nos remontáramos a los cielos, aunque nos hundiéramos en el abismo, no saldríamos de nosotros mismos; sólo percibimos nuestro pensamiento.» ¿Qué más podría decir un idealista?

El materialista, seguro de la certeza de la sensación, se burla de las teorías sutiles, de los contempladores de estrellas y soñadores, y cree que su vida es sólida, que al menos él no da nada por sentado, pues sabe dónde está y lo que hace. Sin embargo, es fácil mostrarle que también él es un fantasma que ronda y trabaja entre fantasmas y que sólo tiene que plantear una o dos preguntas más allá de sus preguntas diarias para descubrir que su sólido universo se desvanece y vuelve impalpable delante de él. El capitalista más resuelto, por profundos y asentados sobre bloques de granito de Quincy que ponga los cimientos de su banco o casa de cambio, tendrá que apoyarse, al menos, no en un cubo que se corresponda con los ángulos de su estructura, sino sobre una masa de materiales y solidez desconocidos, al rojo vivo o al blanco en su núcleo, que gira en una esfera casi perfecta y flota suavemente en el aire, y sigue girando hasta llevarse consigo banco y banquero a una velocidad de miles de millas por hora, sin que nadie sepa hacia dónde; una bala que resplandece a través de un espacio cúbico al borde de un inimaginable pozo vacío. Ese globo salvaje, en que ha embarcado toda su fortuna, es un símbolo de todo su estado y facultades. Una cosa, al menos, dirá que es cierta y no le da dolor de cabeza: que las cifras no mienten. La tabla de multiplicar ha sido hasta ahora una verdad irrevocable. Si pongo un águila de oro en mi haber, la encontraré mañana, pero, en cuanto a los pensamientos, no sé de dónde vienen. Cambian y pasan. Preguntadle por qué cree que una experiencia uniforme seguirá siendo uniforme, o por qué motivo tiene fe en las cifras, y se dará cuenta de que su fábrica mental se levanta sobre cimientos tan extraños y endebles como su orgulloso edificio de piedra.

En el orden del pensamiento, el materialista parte del mundo exterior, y considera que el hombre es un producto suyo. El idealista parte de su conciencia y da cuenta del mundo como una apariencia. El materialista respeta las masas sensibles, la sociedad, el gobierno, el arte social, el lujo, todo lo establecido, cada masa, sea en mayoría de cosas o en extensión espacial o en cantidad de objetos, la acción social. El idealista tiene otra medida, que es metafísica, es decir, el rango que las cosas mismas tienen en su conciencia, no el tamaño ni la apariencia. La mente es la única realidad, que los hombres y las demás naturalezas reflejan mejor o peor. La naturaleza, la literatura, la historia son sólo fenómenos subjetivos. Aunque se ve superado en su acción por las leyes de la acción y, por tanto, coopera cálidamente con los demás, incluso prefiriéndolos a sí mismo, cuando habla científicamente o según el orden del pensamiento, el idealista se ve obligado a degradar a las personas en representantes de verdades. No respeta el trabajo ni los productos del trabajo, es decir, la propiedad, más que como un símbolo múltiple, que ilustra con maravillosa fidelidad de detalle las leyes del ser. No respeta el gobierno, salvo que reitere la ley mental; ni la iglesia, ni la caridad, ni el arte por sí mismos, sino que oye, a una vasta distancia, lo que dicen, como si su conciencia le hablara a través de

una escena de pantomima. Su pensamiento es el universo. Su experiencia le lleva a contemplar la procesión de cosas que llamamos el mundo como si fluyera perpetuamente desde un centro invisible e insondable que se encuentra en él y que fuera distinto tanto de él como de los hechos, que le obligara a considerar las cosas como si su existencia fuera subjetiva o relativa, relativa a ese centro desconocido de sí mismo.

De esta transferencia del mundo a la conciencia, este contemplar las cosas mentalmente, se sigue fácilmente toda su ética. Es más sencillo depender de uno mismo. La cima, la deidad del hombre es sostenerse a sí mismo, no necesitar don alguno ni fuerza ajena. La sociedad es buena cuando no me viola y mejor cuanto más se parece a la soledad. Todo lo real existe por sí mismo. Todo lo divino comparte la autoexistencia de la deidad. Todo lo que llamamos el mundo es la sombra de esa sustancia que somos, creación perpetua de los poderes del pensamiento, de los dependientes y de los independientes de nuestra voluntad. No nos encumbremos mediante esfuerzos inútiles para arreglar y remediar efectos remotos; que el alma se yerga y todo irá bien. Creéis que soy hijo de mis circunstancias: yo hago mi circunstancia. Si uno de mis pensamientos o motivos fuera distinto, la diferencia transformaría toda mi condición y economía. Yo - el pensamiento llamado yo - soy el molde en que el mundo se vierte como cera fundida. El molde es invisible, pero el mundo delata la forma del molde. Lo llamáis el poder de la circunstancia, pero es mi poder. ¿Estoy en armonía conmigo? Mi posición te parecerá precisa e imperiosa. ¿Soy vicioso y carezco de salud? Mi fortuna se te antojará oscura y decadente. Me asocio según soy; obro según soy. La historia de César retrata a César. Jesús obró así porque pensaba así. No quisiera sobrestimar ni contradecir realidad alguna. He dicho que hago mi circunstancia, pero si me preguntas de dónde vengo, me siento, como los demás, en relación con ese hecho inefable, indefinible, impensable, que sin embargo existe y existirá.

El trascendentalista acepta la relación completa de la doctrina espiritual. Cree en el milagro, en la apertura perpetua a nuevos influjos de luz y de poder; cree en la inspiración y en el éxtasis. Desea que el principio espiritual pueda demostrarse hasta el final, en todas las aplicaciones posibles al estado del hombre, sin admitir nada que no sea espiritual, es decir, que sea positivo, dogmático o personal. La medida espiritual de la inspiración es la profundidad del pensamiento y no quién lo diga. Así resiste el trascendentalista todos los intentos de aplicar a su espíritu otras reglas y medidas distintas a las suyas.

En la acción, incurre fácilmente en la acusación de antinomianismo por su confesión de que él, que contiene al Legislador, puede con seguridad descuidar e incluso contravenir cualquier mandamiento escrito. En el drama de Otelo, la moribunda Desdémona absuelve a su esposo de asesinato ante su criada Emilia. Luego, cuando Emilia le acusa del crimen, Otelo exclama:

La oíste decir que no fui yo.

Y Emilia replica:

Cuánto más angelical es ella, más diabólicamente negro eres tú.

De este pasaje sublime, Jacobi, el moralista trascendental, se vale, con otros ejemplos paralelos, en su respuesta a Fichte. Jacobi, rechazando cualquier otra medida de lo justo y lo injusto que no sean las determinaciones del espíritu personal, observa que no hay crimen que no sea a veces una virtud.

Yo - dice - soy el ateo, el hombre sin Dios que, en oposición a una imaginaria doctrina del cálculo, mentiría como la moribunda Desdémona, mentiría y engañaría como Pilades al hacerse pasar por Orestes, asesinaría como Timoléon, perjuraría como Epaminondas y Jan de Witt, me suicidaría como Catón, cometería sacrilegio como David, sí, y cogería espigas en sábado sin otra razón que la de desmayarme por falta de comida. Pues estoy seguro de que, al perdonar estas faltas a la letra, el hombre ejerce el derecho soberano que la majestad de su ser le confiere; imprime el sello de su naturaleza divina a la gracia que le corresponde'.

De igual modo, si hay algo grandioso y osado en el pensamiento o la virtud humana, confianza en lo vasto, en lo desconocido; presentimiento; extravagancia en la fe, el espiritualista lo acepta como lo supremo en la naturaleza. La mentalidad oriental siempre ha tendido hacia esta amplitud. El budismo es una expresión de esto. El budista que no da las gracias a nadie y dice: «No adules a tus benefactores», pero que, convencido de que ninguna buena acción escapa a su recompensa, no engañará al benefactor fingiendo que ha hecho más de lo que debía, es un trascendentalista.

Con este esbozo comprenderéis que no hay un partido trascendentalista, que no hay un trascendentalista puro, que no conocemos sino a los profetas y heraldos de esa filosofía, que todos cuantos, por una fuerte propensión de la naturaleza, se han inclinado por la doctrina espiritual, se han detenido antes de alcanzar la meta. Hemos tenido muchos arengadores y precursores, pero la historia no aporta ejemplo alguno de una vida puramente espiritual. Quiero decir que aún no tenemos a nadie que se haya apoyado íntegramente en su carácter y tomado el alimento de los ángeles; que, confiando en sus sentimientos, considere la vida una serie de milagros; que, trabajando con miras universales, se haya sentido nutrido sin saber cómo; vestido, abrigado y armado, sin saber cómo, aunque lo haya hecho con sus propias manos. Sólo en el instinto de los animales inferiores encontramos una sugerencia de este método y algo superior a nuestro entendimiento. La ardilla guarda nueces y la abeja produce la miel sin saber lo que hacen, y de ese modo se abastecen sin egoísmo ni desgracia.

Digamos, entonces, que el trascendentalismo es una Saturnalia o exceso de fe, el presentimiento de una fe más propia del hombre en su integridad, excesiva sólo cuando

su obediencia imperfecta impide la satisfacción de su deseo. La naturaleza es trascendental, existe primordialmente, necesariamente, no deja de obrar y avanzar, aunque sin preocuparse por el mañana. El hombre posee la dignidad de la vida que late a su alrededor en la química, en el árbol, en el animal y en las funciones involuntarias de su cuerpo, pero se queda parado cuando trata de arrojarle a este círculo encantado, donde todo se hace sin degradarse. El genio y la virtud predicen en el hombre la misma ausencia de fines privados y de superioridad respecto a las circunstancias, unida a cada rasgo de belleza y poder.

Este modo de pensar, en la época romana, forjó a los filósofos estoicos; en épocas despóticas a los patriotas Catón y Bruto; en las supersticiosas a los profetas y apóstoles; en las papistas a protestantes y monjes ascetas, predicadores de la fe contra los predicadores de las obras; en las prelaticias a puritanos y cuáqueros, y en las unitarias y comerciales forma las sombras peculiares del idealismo que conocemos.

La mayoría del público sabe que el idealismo del presente adquirió el nombre de trascendental por el uso que Immanuel Kant, de Königsberg, dio a ese término al responder a la filosofía escéptica de Locke, que insistía en que no había nada en la inteligencia que no estuviera antes en la experiencia sensible, y mostrar que había una muy importante clase de ideas, o formas imperativas, que no provenían de la experiencia, mediante las cuales se adquiría precisamente la experiencia y que eran intuiciones mentales a las que denominó formas trascendentales. La extraordinaria profundidad y precisión del pensamiento de ese hombre puso en boga esa nomenclatura, en Europa y América, hasta el punto de que todo cuanto pertenece al pensamiento intuitivo se llama popularmente en la actualidad trascendental.

Aunque, como hemos dicho, no hay trascendentalistas puros, la tendencia a respetar las intuiciones y darles, al menos en nuestro credo, autoridad sobre la experiencia, ha teñido profundamente la conversación y la poesía actuales, y la historia del genio y de la religión en estos tiempos, impura y no encarnada aún en individuo poderoso alguno, será la historia de esta tendencia.

Es una señal de nuestra época, visible para el observador más torpe, que muchas personas inteligentes y religiosas se retiren de las labores comunes y las competiciones del mercado y la liza electoral, y lleven un modo de vida solitario y crítico, del que aún no ha aparecido fruto alguno que justifique su separación. Se mantienen aparte: sienten la desproporción entre sus facultades y el trabajo que se les ofrece y prefieren vagar por el campo y morir de aburrimiento a degradarse con la caridad y las ambiciones que la ciudad les propone. ¡Son un trabajo asombroso y exigen algo digno de hacer! Hacen lo que hacen sólo porque están agobiados por la humanidad que los acosa y se entregan al trabajo disponible, aunque, en sus elevados sueños, escribir la Iliada o Hamlet, o edificar ciudades e imperios, se les antoja monótono.

Ahora bien, cada uno ha de hacer lo suyo, sea serpiente o ángel. La pregunta que el hombre sensato y el estudiante de historia moderna plantearán es qué es lo suyo. Igual que en la historia eclesiástica nos tomamos la molestia de saber lo que creían los gnósticos, los esenios, los maniqueos y los reformadores, no resultará inapropiado que, de un modo más cercano, investiguemos lo que nuestros compañeros y contemporáneos piensan y hacen, al menos mientras esos pensamientos y acciones no parezcan accidentales y personales, sino comunes a muchos, como si fueran la flor inevitable del árbol del tiempo. Nuestra literatura e historia espiritual americana son, me temo, optativas; pero todo aquel que conozca a estos cerebros ardientes, a estos radicales admirables, a estos devotos insociables, a estos habladores que harán callar al sol y la luna, sabe que esta herejía no pasará sin dejar huella.

Son solitarios; el espíritu de su escritura y conversación es solitario; les repele la influencia, esquivan la sociedad general, se inclinan por encerrarse en la habitación de su casa, por vivir en el campo antes que en la ciudad y encontrar su tarea y diversiones en la soledad. A la sociedad, desde luego, esto no le gusta y se queja: quien camina solo, acusa al mundo entero y afirma que nadie es digno de ser su compañero; es algo poco cívico, insultante. La sociedad se vengará. Mientras tanto, ese retiro no procede de un capricho de quienes se separan; si alguien se tomara la molestia de hablar con ellos, descubriría que lo escogen por temperamento y por principios, con cierta involuntariedad, incluso, y por ser la opción menos mala, pues estas personas no son melancólicas, tristes e insociables por naturaleza - no son insensibles ni burdas-, sino alegres, solícitas, afectuosas y desean, más que otras, ser amadas. Como el joven Mozart, podrían decir diez veces al día: «¿Seguro que me quieres?» Pero si os lo dicen todo, confesarán que el amor les parece el último y supremo don de la naturaleza; que cada día agradecen de todo corazón que existan algunas personas, cuyo rostro tal vez no conozcan y que sólo hayan penetrado en su soledad por su fama y su espíritu, y por las cuales existen. Contemplar la belleza de otro carácter, que inspira un interés renovado por el nuestro; contemplar la belleza alojada en el ser humano, con tal vivacidad de comprensión que me obliga a preguntarme si no seré yo la deformidad misma; contemplar en otro la expresión de un amor tan elevado que se afirma a sí mismo, que se afirma incluso para mí contra toda posible contingencia, salvo la de mi indignidad, son grados en la escala de la felicidad humana a la que ellos han ascendido, y por fidelidad a este sentimiento la asociación común les resulta desagradable. Quieren una camaradería justa y recíproca, o nada. No chismorrearán con nosotros, ni desean, a fuer de sinceros y religiosos, satisfacer ninguna mera curiosidad que tengamos. Como las hadas, no quieren que se hable de ellos. Ámame, dicen, pero no me preguntes por mi primo ni mi tío. Si no te hace falta oír lo que digo, porque lo puedes leer en mi rostro y en mi conducta, entonces te lo contaré de sol a sol. Si no puedes adivinarlo, no entenderás lo que digo. No me tomaré molestias por ti. No quiero ser profanado.

Sin embargo, cuando los tenemos cerca, parece como si esa soledad, y no el amor,

prevaleciera en sus circunstancias, debido a las extravagantes exigencias que plantean a la naturaleza humana. Eso constituye, de hecho, un nuevo rasgo de su retrato: son los críticos más puntillosos y exagerados. Su lucha con cada hombre con el que tropiezan no es con su semejante, sino con su rango. Nada les basta: ése es su único defecto. Prolongan el privilegio de la infancia al no hacer nada más que plantear inmensas exigencias a todos los gladiadores en las listas de la acción y la fama. Nos hacen sentir esa extraña decepción que procura la juventud humana. ¡Tantos jóvenes prometedores y ningún hombre completo! La naturaleza profunda tendrá una rudeza salvaje; la delicada será superficial o víctima de la sensibilidad; la ostentosa tendrá alguna falta capital, y así cada una será una grieta. Es extraño, pero esta obra maestra es el resultado de una delicadeza tan extrema que la imperfección menos visible en el niño neutralizará la aspiración del genio y echará a perder la obra. Comentad con un hombre de mar los riesgos vitales de su profesión, y os preguntará: «¿Dónde están los viejos marineros? ¿No veis que todos son jóvenes?» Nosotros, en este mar del pensamiento humano, preguntamos lo mismo: ¿dónde están los viejos idealistas?, ¿dónde están aquellos que representaban en la última generación esa extravagante esperanza que unos cuantos aspirantes nos sugieren? Al contemplar la clase del consejo, del poder, de la riqueza, y el matriarcado de la tierra, entre la prudencia y la trivialidad, nos preguntamos: ¿dónde están los que representan para ellos el genio, la virtud, el mundo invisible y celestial? ¿Están muertos, escogidos en una temprana madurez por los dioses, como la antigua sabiduría predecía su hado? ¿O se ha extinguido la idea suprema con ellos, dejando su cuerpo inodoro como tumba y lápida, para anunciar a todos que el habitante celestial, que una vez les dio la belleza, se ha marchado? ¿Irá mejor con la nueva generación? Predecimos fácilmente un hermoso futuro a cada nuevo candidato que entra en las listas, pero somos frívolos y volátiles, y con bajos propósitos y malos ejemplos hacemos cuanto podemos para truncar esa esperanza. Entonces es cuando esos jóvenes nos proporcionan una ayuda torpe, pero eficaz. Con su insatisfacción manifiesta exponen nuestra pobreza y la insignificancia del hombre para el hombre. El hombre es un benefactor muy limitado. Habría de abundar en beneficios, ser una gran influencia que no dejara irse a su hermano y renovara continuamente los viejos méritos con nuevos, de modo que, incluso ausente, nunca fuera olvidado y su nombre no se borrara de mis labios: si la tierra se abriera a mis pies o me llegara la última hora, su nombre sería la plegaria que pronunciaría ante el universo. Pero en nuestra experiencia, el hombre es barato y la amistad carece de su profundo sentido. Fingimos estar con nuestros amigos en su ausencia, pero no es así; los dejamos ir si no acuden las obras, las palabras o las cartas. Estos puntillosos muchachos nos advierten de nuestras necesidades. No hay cumplidos ni conversación tranquila con ellos; nos responden sólo con el cumplimiento de la expectativa insaciable: aspiran, exigen, y si siguen firmes en la torre vigía, y persisten en sus demandas hasta el final, y sin final, entonces son amigos terribles, ante los cuales el poeta y el sacerdote enmudecerán de espanto. No importa si se alimentan de nubes y beben los vientos: no han dejado de estar al servicio de la raza humana.

Con esta pasión por lo grande y extraordinario, no es extraño que les repela la vulgaridad y frivolidad de la gente. Se dicen a sí mismos que es mejor estar solos que mal acompañados. En realidad, es el deseo de un encuentro - el deseo de sociedad para su esperanza y religión - lo que los lleva a esquivar la supuesta sociedad. Creen que nunca han estado tan dispuestos para la amistad como cuando han abandonado la humanidad y se entregan al amigo. Una pintura, un libro, un lugar favorito en las colinas o los bosques, que puedan poblar con la hermosa y digna creación de la fantasía, suele darles formas tan vívidas que por el momento parecerán reales y la sociedad ilusoria.

Pero sus solitarios y molestos modales no sólo los apartan de la conversación, sino de las tareas del mundo; no son buenos ciudadanos ni buenos miembros de la sociedad; involuntariamente llevan su parte de las cargas públicas y privadas; no toman parte voluntariamente en la beneficencia pública, ni en los ritos religiosos públicos, ni en el sistema educativo, ni en las misiones en el extranjero o en nuestro país, ni en la abolición del comercio de esclavos o en las sociedades de abstinencia. Son inactivos, ni siquiera les gusta votar. Los filántropos se preguntan si trascendentalismo no significa pereza. Estarían tan dispuestos a oír que un amigo suyo ha muerto como que es trascendentalista, pues entonces se habría paralizado y no podría hacer nada por la humanidad. ¿Qué derecho tiene el hombre de genio - exclama el buen mundo - a abstenerse de trabajar y ser indulgente consigo mismo? El credo literario popular parece ser: «Soy un genio sublime, por tanto, no he de trabajar.» Pero genio significa poder para trabajar mejor y con más provecho que los demás. Merécete el genio: enáltécelo. El bueno, el iluminado, se sienta aparte del resto, censura su torpeza y sus vicios, como si pensara que, por estar en un lugar eminente, los corredores de bolsa, los abogados y congresistas verían el error de su proceder y se reunirían con él. Pero el bueno y el sabio deben aprender a obrar y llevar la salvación a los combatientes y demagogos que combaten en la arena inferior.

Pero esos niños replicarán que la vida y su facultad les parecen dones demasiado ricos para malgastarlos en las trivialidades que les proponemos. Lo que llamamos instituciones fundamentales, nuestras grandes y sagradas causas, se les antojan grandes abusos y, vistos de cerca, asuntos mezquinos. Cada supuesta causa - la abolición, la abstinencia, el calvinismo, el unitarismo - se convierte en seguida en una pequeña tienda, donde la mercancía, que al principio era sutil y etérea, se transforma en galletas manejables y apropiadas, y se vende al por menor a los compradores oportunos. Usamos libremente las palabras «grande y sagrado», pero pocas cosas se lo parecen a ellos. Pocas personas poseen la magnificencia de la naturaleza para inspirar entusiasmo, y la filantropía y la caridad tienen cierto aire de charlatanería. En el modo corriente de vivir y los empleos cotidianos de los hombres, los trascendentalistas no ven demasiada virtud, puesto que son partes del círculo vicioso, y como los hombres no se proponen grandes fines, no hay nada noble en las artes con que viven. Han llevado a cabo un experimento y descubierto que, desde las profesiones liberales hasta el más rudo trabajo manual, y

desde las cortesías de la academia y la universidad hasta los grandes bailes y la congregación matinal, hay un espíritu de cobarde compromiso y apariencia, que propicia un terrible escepticismo, una vida sin amor y una actividad sin propósito.

Salvo que la acción sea necesaria, salvo que sea adecuada, no deseo llevarla a cabo. No deseo hacer las cosas más de una vez. No me gusta la rutina. Una vez en posesión del principio, es tan fácil aplicarlo cuatro o cuarenta mil veces. Un gran hombre se contentará con indicar de la manera más sucinta posible su percepción de la idea dominante de su época, y dejará a quienes lo prefieran la multiplicación de los ejemplos. Una vez ha dado en el blanco, los demás no pueden más que romper la diana. Todo nos advierte de lo innecesariamente larga que es la vida. Cada momento de un héroe nos eleva y alegra de tal modo que doce meses son una época. Todo cuanto el valiente Janto trae consigo de sus guerras es el recuerdo de que, en el fragor de Samos, «en lo más duro de la batalla, Pericles me sonrió y siguió a otro puesto»². Es la calidad del momento, no el número de días, de acontecimientos, de actores, lo que importa.

Confesemos que nuestra condición es nueva y en modo alguno feliz: si necesitáis la ayuda de nuestro trabajo, nosotros tenemos una gran necesidad de trabajar. La inacción nos hace miserables. Morimos de reposo y herrumbre. Pero no nos gusta vuestro trabajo.

-Entonces - dice el mundo - muéstrame el tuyo.

-No tengo.

-¿Qué harás entonces? - exclama el mundo.

-Esperar.

-¿Cuánto tiempo?

-Hasta que el universo se levante y nos llame al trabajo.

-Pero mientras esperas, te harás viejo e inútil.

-Que así sea: me sentaré en un rincón y moriré (como tú dices), pero no me moveré hasta tener el mando supremo. Si durante años no se produce la llamada, ni en siglos, entonces sabré que la necesidad del universo es la prueba de fe de mi abstinencia. Tus virtuosos proyectos no me alegran. Sé que lo que suceda me alegrará. Si no puedo trabajar, al menos no necesito mentir. Lo único que hace falta en la actualidad es no mentir. En otros lugares, otros hombres se han enfrentado a duras pruebas y se han comportado bien. Los mártires fueron despedazados o colgados vivos de ganchos de cocina. ¿No podemos fiar nuestro valor a la paciencia y la verdad y, sin quejarnos, incluso con buen humor, esperar nuestro turno de acción en los consejos infinitos?

Pero, para acercarnos a los secretos de estas personas, hemos de decir que les resulta sencillo responder a las objeciones del hombre de mundo, pero no tanto hacerse cargo de las dudas y objeciones que se les ocurren a ellos mismos. Se han ejercitado en las preguntas, que plantean en toda su adversidad, y en las pruebas de los héroes más valientes. Cuando les pregunto por su experiencia personal, contestan algo así: no podemos negar que ha de haber una gran diferencia entre mi fe y otra fe, y que la mía es una experiencia efímera, que me cogió por sorpresa en el camino o en el mercado, en alguna parte, en algún momento - de un modo corporal o extracorporal, Dios sabe-, y me hizo consciente de que había sido un necio entre necios hasta entonces, aunque la ley existía para mí y para todos, que me pertenecían la confianza, la confianza y la inocencia de un niño, y el culto de las ideas, y de que no debía volver a ser un necio. En el espacio de una hora, probablemente, descendí de esa altura, y me encontré con mis viejos trucos, un miembro egoísta de una sociedad egoísta. Mi vida es superficial, no arraiga en el mundo profundo. Me pregunto cuándo moriré y declinaré la responsabilidad de ver un universo que no uso. Querría cambiar esta fe de relámpago por una continua luz diurna, esta fiebre por un clima benigno.

Estos dos estados de pensamiento divergen a cada instante y mantienen su contraste. Para quien contempla su vida desde estos momentos de iluminación, le parecerá que holgazanea y desempeña una parte miserable, vacilante y subalterna en el mundo. Ha de hacer aquello para lo que no tiene capacidad, o decir lo que otros podrían decir mejor, y mentir u ocuparse de cosas sin importancia hasta que llegue su hora. Buena parte de nuestras lecturas, de nuestro trabajo, parece mera espera: no es aquello para lo que nacimos. Cualquiera podría hacerlo tan bien o mejor. Hace falta tan poca capacidad para estas tareas, se mezclan tan poco con la vida divina que, en realidad, no significa nada lo que hacemos, ya sea que demos vueltas a una piedra de molino, cabalguemos, corramos, hagamos fortuna o gobernemos el Estado. Lo peor de esta doble conciencia es que las dos vidas que llevamos, la del entendimiento y la del alma, apenas tienen relación entre sí, no se encuentren ni comparan entre sí: una prevalece ahora, con zumbido y estrépito, y la otra prevalecerá después, toda infinitud y paraíso, y, en el transcurso de la vida, ninguna de las dos descubre una gran disposición a reconciliarse. ¿En qué consiste mi fe? ¿Qué soy yo? ¿Qué, salvo un pensamiento de serenidad e independencia, una morada en el profundo cielo azul? Ahora las nubes se cierran de nuevo, pero conservamos la creencia de que la pequeña red que tejemos tendrá retículas azules y que los momentos caracterizarán los días. Nos toca paciencia, ¿no es así? Paciencia, y más paciencia. Cuando hayamos pasado, como ahora pasamos, a una nueva infinitud, fuera de esta tierra helada de negaciones, nos resultará grato recordar que, aunque tuvimos pocas virtudes o consuelos, soportamos nuestra indigencia y no tratamos de ocultarla con hipocresía ni falsa calidez.

Pero esa clase no se ha caracterizado lo suficiente si omitimos que son amantes y adoradores de la belleza. De la trinidad eterna de la verdad, el bien y la belleza, cada una

de las cuales incluye a las otras en su perfección, prefieren hacer de la belleza el santo y seña. Podríamos observar algo parecido en todos los movimientos morales de la época, en las empresas religiosas y benevolentes. Tienen un espíritu liberal, incluso estético. La referencia a la belleza en acción suena, desde luego, a vacío y parece ridícula a oídos de la vieja iglesia. En política suele bastar, si se trata de la justicia, con mantenerse en los límites del cálculo egoísta. Si garantizan la restitución, era por prudencia. Pero la justicia que ahora se exige para el negro, el pobre y el borracho es por la belleza, por una necesidad del alma del agente, no del beneficiario. Señalo que ésa es la tendencia, no su realización. Nuestra virtud camina a tientas, no con firmeza. Sus representantes son austeros: predicán y denuncian; su rectitud aún no es una gracia. Aún son susceptibles de esa ligera mácula de ridículo que, en nuestro extraño mundo, le corresponde al celota. Un santo habría de resultar tan querido como la niña de los ojos. Pero sonreímos y pasamos del reformador laborioso al especulativo para escapar a ese ligero ridículo. ¡Ay de estos días de burla y de crítica! Consideramos supremo lo hermoso porque nos parece el dorado término medio, ajeno al desaliño del bien y a la falta de piedad de la verdad. Los trascendentalistas también aman la naturaleza, y encuentran una indemnización a la violación del orden y de la gracia del hombre en el orden inviolable del mundo.

Sin duda, podrían plantearse muchas y fundadas objeciones a lo que dicen y hacen los trascendentalistas, algunos de cuyos rasgos hemos expuesto; sin duda están expuestos a la crítica y al escarnio, y podrían contarse de ellos historias tan ridículas como las de cualquiera. Habrá entre ellos hipocresía y fingimiento, sutilezas y disparates. Son de una fortaleza desigual y no todos prosperan. Se quejan de tener que negar todo cuanto los rodea: si son débiles, tendrán que emplear toda su fuerza en negar antes de empezar a vivir su propia vida. Los ancianos insisten con gravedad en respetar esta institución o aquella costumbre, en respetar una historia obsoleta o una vocación o la universidad o la etiqueta o al beneficiario o la caridad o las campanas matutinas o vespertinas, a lo que los trascendentalistas se oponen porque no les concierne. Pero cuesta muchas noches sin sueño, alineaciones y celos para los que tienen distintos estados de ánimo. Los viejos guardianes no cambian de opinión: sólo tienen una al respecto, es decir, que Antonio es perverso, que es todo cuanto Antonio puede hacer, afirmar sus derechos, abstenerse de lo que considera insensato y conservar la serenidad. No puede evitar su propia reacción a la injusticia. Está animado y erguido, lleno de libertad y genio desbordante, ajeno a las salidas del ingenio y a la naturaleza jovial; basta con resistirse a la mentira, la injusticia y el suicidio. No hay tiempo para la alegría y la gracia. Su fuerza y su humor se gastan en el rechazo. Pero los espíritus fuertes superan a los que los rodean sin esfuerzo. Su pensamiento y su emoción llegan como una inundación, que aparta de la vista a estos críticos capciosos; se entregan de buen grado a la guía celeste y sólo por implicación rechazan el clamoroso absurdo del momento. Los mayores hablan gravemente a los sordos: la iglesia y el viejo libro mascullan y ritualizan ante una mentalidad que no les atiende, preocupada y avanzada, y así, por una felicidad de la mayor importancia, no pierden el tiempo, sino que emprenden el camino acertado desde el principio.

Todos estos de quienes hablo no son expertos, sino novatos; sólo muestran el camino por el que debería viajar el hombre cuando el alma tuviera más salud y valor. Dejemos que se den cuenta de la dignidad de su cargo y merezcan más poder. Su corazón es el arca en que se oculta el fuego que arderá con una llama más grande y universal. Dejémosles que obedezcan al genio cuando su impulso es salvaje, cuando parezca conducir a inhóspitos desiertos de pensamiento y vida, pues el camino que el héroe recorre solo es el camino de la salud y el beneficio de la humanidad. ¿Cuál es el privilegio y la nobleza de nuestra naturaleza sino su persistencia, el poder de dedicarse a lo permanente?

La sociedad también tiene obligaciones con esta clase y ha de tolerarla, si puede, con caridad. Tal vez pueda obtenerse algún beneficio para el Estado. En nuestra feria de mecánica no sólo ha de haber puentes, arados, planos de carpintería y abrevaderos, sino otros instrumentos más refinados: indicadores de lluvia, termómetros y telescopios, y, en sociedad, además de granjeros, marineros y tejedores, ha de haber algunas personas de llama más pura, conservados especialmente como indicadores y medidas del carácter, personas de un instinto fino y capaz de advertir las menores acumulaciones de ingenio y sentimiento en el observador. Tal vez haya lugar también para animadores y monitores, coleccionistas de esa chispa celestial capaz de transmitir la electricidad a los demás. Igual que el barco empujado por la tormenta se dirige a la fragata para conocer su situación, sería ventajoso contar con esos hombres raros y dotados para comparar nuestra brújula espiritual y verificar nuestra orientación con cronómetros superiores.

En la tendencia y propensión descendente de las cosas, cuando se alzan voces que piden una nueva carretera u otra estatua, una suscripción para mejorar el vestido o la odontología, para una nueva casa o una ampliación de capital, para un partido político o la separación de un Estado, ¿no toleraremos una o dos voces solitarias en la tierra que hablen de pensamientos y principios no venales ni perecederos? Las mejoras e invenciones mecánicas quedarán pronto desfasadas; los modos de vivir se olvidarán, las ciudades se derrumbarán, arruinadas por la guerra, por nuevas invenciones, por nuevas sedes del comercio o cambios geológicos: todo pasará, como las conchas esparcidas por la playa en una blanca colonia, que continuamente se renueva y destruye. Pero los pensamientos que esos eremitas tratan de proclamar en silencio y con palabras, no sólo con lo que hacen, sino con lo que no hacen, mantendrán su fuerza y su belleza para reorganizarse en la naturaleza y renovarse, tal vez más dotados y mezclados con una arcilla más dichosa que la nuestra, en una unión más plena con el sistema circundante.

El joven americano*

Conferencia leída ante la Mercantile Library Association en el Odeón de Boston, el miércoles 7 de febrero de 1844. A diferencia de las conferencias anteriores, el lugar, más que la época, determinó la posición de Emerson en el momento en que se publicaba la segunda serie de los Ensayos. Éste es uno de los textos más revisados de Emerson, que suprimiría párrafos enteros en la edición de 1849, cuando el entusiasmo por el nacionalismo americano empezara a desaparecer conforme la nación se enfrentaba a un expansionismo que amenazaba con hacer que la esclavitud perdurase. «The Young American» era, de hecho, el nombre de un movimiento político marcadamente nacionalista, y Emerson mantendría la ambigüedad respecto a si su texto se refería o no a él. La elección de James K. Polk, defensor a ultranza del «destino manifiesto», despejaría en la década siguiente las dudas y obligaría a una generación entera de trascendentalistas a tomar partido definitivamente. La nación envejecería en una década hasta alcanzar los tonos apocalípticos de Lincoln. El texto se publicó con el título «The Young American» (El joven americano) en The Dial en abril de 1844. Ponemos entre corchetes los pasajes más significativos eliminados por Emerson.

Caballeros:

Es admirable que nuestro pueblo tome su cultura intelectual de un país y sus deberes de otro. [Nuestros libros son europeos. Nacemos en la fama y esfera de Shakespeare y Milton, de Bacon, Dryden y Pope; nuestros libros de texto universitarios son los escritos de Butler, Locke, Paley, Blackstone y Stewart, y nuestras lecturas domésticas son Clarendon y Hume, Addison y Jonson, Young y Cooper, Edgeworth y Scott, Southey, Coleridge y Wordsworth y las Edinburgh y Quarterly Reviews. Nos envían a una escuela feudal a aprender democracia. Un abismo se abre ante el joven americano entre su educación y su obra. Somos como la dotada hija del banquero a la que, acabada su educación y arruinado su padre, le preguntan qué podría hacer por él en su enfermedad y desgracia. ¿Podría coserle una camisa, cocer el pan, calentar la leche? No, pero podría bailar el vals y recortar papel de arroz y teñir el terciopelo y copiar modelos y dar puntadas de satén y tocar el clavicordio y cantar canciones alemanas y actuar en charadas y organizar pantomimas, y muchas otras cosas útiles e indispensables. Parece que ha ocurrido lo mismo con la educación de nuestros jóvenes. El sistema de pensamiento era el crecimiento de las instituciones monárquicas, mientras que quienes florecían alrededor no estaban dedicados a su imaginación ni interpretaban su entendimiento.] Este falso estado de cosas empieza a ser corregido. América trata de infundir respeto en la sensibilidad e imaginación de sus hijos, y Europa retrocede en la misma proporción. La reacción sobre la educación da una nueva importancia a la mejora interna y a la política del país. ¿Quién no se ha sentido estimulado a reflexionar por las facilidades, ahora en proceso de construcción, para viajar y transportar bienes en los

[Estados Unidos?1](#) [El efecto añadido del aumento desproporcionado del tamaño de las ciudades se producirá rápidamente en esta metrópolis de Nueva Inglaterra. El crecimiento de Boston, nunca lento, se ha acelerado tanto desde que se inauguraron los ferrocarriles que la unen a Providence, Albany y Portland, que la extrema depresión del comercio general no lo ha ocultado ni siquiera a la mirada menos atenta. La estrecha península que hace pocos años albergaba treinta o cuarenta mil personas, con pastos y tierras baldías, sin mencionar los grandes jardines privados en medio de la ciudad, se ha quedado constreñida cuando las cuarenta se han transformado en cien mil. Las tierras baldías han sido valladas y se ha edificado en ellas, los jardines privados se han ido convirtiendo en calles. Boston consistía realmente en setecientos veinte acres de tierra. Desde entonces se han ido ganando acres al mar, y en breve el anticuario tendrá dificultades para trazar la topografía peninsular. En el último año, según los periódicos, se han levantado de mil doscientos a mil quinientos edificios de todas clases, muchos de ellos de carácter suntuoso y perdurable. Como cada una de las nuevas avenidas del camino de hierro se extiende como las ramas de un árbol, el crecimiento de la ciudad sigue una proporción geométrica. Ya se está abriendo un nuevo camino al noroeste hacia Connecticut y Montreal, y cada una de las grandes líneas trazadas abre secciones hacia otras, de modo que la tierra puede cartografiarse en un entramado de hierro.]

Esta ansia por trazar caminos es beneficiosa para América, donde las vastas distancias son una consideración muy importante de nuestra política y comercio domésticos, en la medida en que la gran promesa política de la fundación es mantener firmemente la Unión, cuyos días parecían contados por los inconvenientes de transportar representantes, jueces y cargos a través de las tediosas distancias de tierra y agua. No sólo se ha aniquilado la distancia, sino que, cuando, como ahora, la locomotora y el barco a vapor, como enormes lanzaderas, extienden cada día los miles de hilos de la sucesión y el empleo, y los tejen rápidamente en una red, la asimilación es inmediata y ya no hay peligro de que las peculiaridades y las hostilidades locales perduren.

[El nuevo poder no es menos perceptible en su relación con la población inmigrante, principalmente con los irlandeses, al haber dado empleo a cientos de miles de nativos de aquel país, que llegan continuamente con cada barco de Gran Bretaña.

En un país desigual el ferrocarril es un hermoso objeto en desarrollo. Introduce una multitud de rasgos pintorescos en nuestro paisaje pastoral. Los túneles en las montañas, los puentes sobre las corrientes, la osada mole transportada a la vasta pradera silenciosa, silenciosa y desconocida salvo para sus propios habitantes desde que se formó esa región; el encuentro cada pocos tramos de grupos de trabajadores, la energía con la que se vuelcan en su tarea, los gritos del supervisor o capataz, el carácter mismo de la obra, que viola y revoluciona las formas primordiales e inmemoriales de la naturaleza; las ciudades de chabolas al borde de hermosos lagos que hasta ahora eran el refugio inalterable del pato salvaje, y en los claros más recónditos del bosque, donde ahora se ve a las mujeres y los niños irlandeses; la cantidad de extranjeros, hombres y mujeres, a

quienes encuentra el habitante de los bosques en los senderos; la voladura de rocas, las explosiones cotidianas, con la alarma ocasional del accidente terrible, y la infinita promesa de lo que el nuevo canal de comercio hará y deshará en las ciudades rurales, todo esto mantiene los sentidos y la imaginación activos, y cada uno de los aspectos de la empresa son el tema de conversación de todas las reuniones, en los coches y en los arcos, y junto al fuego.

La imagen se hace más triste, vista de cerca, por las injusticias que se cometen en los contratos laborales. Nuestra hospitalidad con el pobre irlandés no tiene mérito en este caso. Pagamos muy mal al pobre diablo. Trabajar de sol a sol por sesenta, incluso por cincuenta centavos al día, es un salario lamentable para un hombre casado. Es una miseria cuando se paga en metálico, pero cuando, como suele suceder, debido a la necesidad extrema de una parte y a la astucia de la otra, recibe su paga en forma de vestidos y alimento y otros artículos de primera necesidad, su caso es aún peor. Lo compra todo sin ventaja y carece de alguien que le aconseje o proteja. Además, el trabajo es excesivo y a la vista recuerda la esclavitud de los negros. Los buenos granjeros y los trabajadores más tenaces dicen que nunca habían visto trabajar tanto a un hombre en un día. ¡Pobre gente! Si oímos la historia de su éxodo de su viejo país y su llegada al nuevo, su fortuna se nos antojará tan ajena a ellos mismos como las hojas del bosque que los rodea. Tan pronto como echa el ancla el barco que los traía, uno es llevado a Albany, otro a Ohio, otro más excavará el malecón de Nueva Orleans y otro junto a los molinos de Lowell, unos cogerán y transportarán las nueces de Nueva York y Boston, otros irán a los bosques de Maine. Tienen muy poco dinero, y apenas conocimiento, para poder elegir dónde ir o qué hacer más de lo que podría hacerlo la hoja que cae en la zanja o en el arroyo para perecer.

Sin embargo, su empeño no es tan penoso como parece. La salida de la escuálida desesperación de su condición en su país hacia las ilimitadas oportunidades de su existencia aquí ha de considerarse un logro. El padre y la madre irlandesa están mal pagados y son víctimas del fraude y la opresión privada, pero sus hijos son admitidos en seguida en las escuelas del país, crecen en perfecta comunicación e igualdad con los niños nativos y deben a sus padres una constitución vigorosa que al menos les promete una oportunidad equitativa en las competiciones de la nueva generación. Sea esta confianza que pone una gota de dulzura en su copa, o la pujanza de su espíritu connatural a su raza, lo cierto es que casi parecen tener el monopolio de la vivacidad y el buen humor en nuestras ciudades, que contrasta ampliamente, al respecto, con la gente nativa. En la ciudad donde resido, donde se está construyendo el ferrocarril, las damas de la caridad, movidas por lo que se sabe de las injusticias y aflicciones de los trabajadores recién llegados, se han llevado la sorpresa, al explorar las chabolas para ofrecer su alivio, de encontrar una acogida cortés y la solicitud más resuelta de los mayores hacia los jóvenes. Tal vez agradezcan esas torpes paladas como aliviadero de humores viciosos y la lóbrega jornada laboral de quince o dieciséis horas, deplorada por sus humanitarios

vecinos, sea mejor policía que el comisario y sus agentes.]

1. Pero me apresuro a hablar de la utilidad de esos adelantos para crear un sentimiento americano². Una consecuencia imprevista del ferrocarril es la creciente familiaridad que le ha dado al pueblo americano con los ilimitados recursos de su propio suelo. Si esta invención ha reducido Inglaterra a un tercio de su tamaño al acercar tanto a la gente, en este país le ha dado una nueva celeridad al tiempo, o ha anticipado en cincuenta años los contratos de tierras, la elección de privilegios respecto al agua, el trabajo en las minas y otras ventajas naturales. El ferrocarril es una varita mágica por su poder para evocar las energías dormidas de la tierra y el agua.

El ferrocarril es una flecha en nuestra aljaba, aunque tiene gran valor como bastón y medida del agrimensor. El abundante continente es nuestro, estado a estado, territorio a territorio, hasta las olas del Pacífico:

Nuestro jardín es la tierra inconmensurable,
Los pilares azules del cielo la casa de Medea³.

La tarea de medir, diseñar y edificar sobre este inmenso espacio requiere una educación y un sentimiento proporcionales. La conciencia de este hecho empieza a ocupar el lugar del mero espíritu y educación comerciales que se desarrolló mientras la población vivía junto a la orilla del mar. Incluso en la costa, los más prudentes han empezado a darse cuenta de que cada americano habría de ser educado con miras a los valores de la tierra. Se estudian las artes de la ingeniería y la arquitectura, la agricultura científica es objeto de atención creciente, se exploran las riquezas minerales, caliza, carbón, pizarra y hierro, y aumenta el valor de la madera.

Colón adujo como razón para buscar un continente en el oeste que la armonía de la naturaleza requería un gran espacio en el hemisferio occidental que equilibrara la extensión de tierra conocida en el oriental, y ahora parece que debemos estimar el valor natal de esta amplia región para rendir cuentas de nuestro juicio y apreciar las ventajas de la raza humana en este país, que es nuestro afortunado hogar. La tierra es el remedio señalado para todo cuanto es falso y fantástico en nuestra cultura. El continente que habitamos ha de ser física y alimento tanto para nuestra mente como para nuestro cuerpo. La tierra, con su influencia tranquilizadora y curativa, repara los errores de una educación escolástica y tradicional y nos pone en situación de establecer relaciones justas con los hombres y las cosas.

El hábito de vivir en presencia de estas invitaciones de la riqueza natural no es ineficaz, y este hábito, combinado con el sentimiento moral que, en años recientes, ha puesto en cuestión todas las instituciones, costumbres y leyes, ha impreso naturalmente una firme dirección a los deseos y propósitos de jóvenes activos que se retiran de la ciudad y cultivan el suelo. Esta inclinación ha aparecido en los lugares más inesperados,

en hombres supuestamente abortos en los negocios y en los que tienen profesiones liberales. Puesto que los caminos del comercio estaban poblados, y los de la agricultura difícilmente pueden estarlo, en la medida en que el granjero que no tenga necesidad de otros puede cocerse su pan, algo que no podrían hacer el fabricante ni el comerciante, parece una tendencia feliz. Además del beneficio moral que podemos esperar de la profesión del granjero, cuando un hombre la adopta deliberadamente, promete conquistar el suelo, abundancia y, más allá de esto, el adorno del país con las ventajas y el ornamento que el trabajo, la inventiva y el afecto por el hogar del hombre sugieren. [Este gran país salvaje debería ser surcado por el arado y rastrillado por la grada, los rudos Alleghenies habrían de saber quién es su dueño, los rugientes torrentes verse cruzados por orgullosos arcos de piedra; las praderas salvajes cargadas de cereal, los marjales de arroz, las colinas habrían de dar pasto a innumerables rebaños, los bosques interminables convertirse en gratos parques útiles y placenteros.]

Mientras tanto, barata la tierra y pacífica la disposición de la gente, todo invita a las artes de la agricultura, del ajardinamiento y la arquitectura doméstica⁴. No conocemos jardines públicos a semejanza de los plantados en Europa y Asia. No hay rasgo de los viejos países que cause una sorpresa más agradable al americano que los hermosos jardines de Europa, como los de Boboli en Florencia, la Villa Borghese en Roma, la Villa d'Este en Tívoli, los jardines de Munich y de Frankfurt del Main: obras que serían fáciles de imitar aquí y que harían que el ciudadano amara más su tierra y se inflamara de patriotismo. Nos quedan las bellas artes ahora que la escultura, la pintura y la arquitectura civil y religiosa se han agotado y han pasado a una segunda infancia. Tenemos veinte grados de latitud donde escoger un lugar, y los nuevos modos de viajar aumentan las oportunidades de escoger al hacer que resulte más sencillo cultivar partes muy remotas y seguir estando en contacto con los centros del comercio y la población. Toda la fuerza de las artes facilita la decoración de la tierra y de las moradas. Un jardín tiene la ventaja de que vuelve indiferente el lugar donde vives. Un jardín bien diseñado hace que el aspecto del país no tenga importancia; sea miserable o elevado, grande o mezquino, contamos con una morada digna del hombre. Si el paisaje es grato, el jardín lo muestra; si es insípido, lo excluye. Una pequeña arboleda, que cualquier granero encontrará, o hará que crezca cerca de su casa, logrará en poco tiempo que las cataratas y las montañas sean innecesarias en su escenario, y se contentará con sus avenidas, bosques, huertos y río de tal modo que el Niágara, y el Notch de las Montañas Blancas y la playa de Nantasket le parecerán superfluos. Sin embargo, escoger un buen emplazamiento tiene la misma ventaja sobre otro indiferente que escoger para un empleo a un hombre cuyo genio era apropiado para ello. En el último caso, una cultura de años no hará del aprendiz más concienzudo su semejante, como tampoco un ajardinamiento convertirá en un lugar feliz una casa construida en un agujero o en un pináculo. [«Dios todopoderoso fue el primero en plantar un jardín - dice lord Bacon-, y es el más puro de los placeres humanos. Es el mayor recreo para el espíritu, sin el cual, edificios y palacios son trabajos manuales, y puede verse que cuando las épocas crecen en cortesía y

elegancia, los hombres construyen más firmemente antes de ajardinar de una manera hermosa, como si ajardinar fuera la perfección suprema». Bacon ha insistido en este sentimiento en sus dos ensayos sobre las edificaciones y los jardines, con muchos gratos detalles sobre la decoración de las tierras, y Aubrey nos ha dado cuenta conmovedoramente de cómo Bacon acabó su propia mansión de Gorhambury.] En América, hasta ahora, no podemos jactarnos de esto. Las ciudades drenan el campo de lo mejor de su población: la flor de la juventud, de ambos sexos, va a las ciudades y el campo lo cultiva una clase muy inferior. La tierra - recorrida durante todo un día - parece golpeada por la pobreza y los edificios planos y pobres. En Europa, donde la sociedad tiene una estructura aristocrática, la tierra está llena de hombres de las mejores clases, y de la mejor cultura, cuyo interés y orgullo es permanecer durante la mitad del año en sus posesiones y colmarlas de todas las ventajas y ornamentos. Así, por supuesto, se hacen las granjas modelo, y la arquitectura modelo, y constituyen una educación constante para la mirada de la población circundante. Los acontecimientos en curso indispondrán a los hombres contra las ciudades e infundirán en ellos la pasión por la vida rural y los placeres del campo, lo que redundará en beneficio de todo el continente y fomentará la más poética de todas las ocupaciones de la vida real: exponer por medio del arte las gracias propias, pero escondidas, del paisaje.

Considero esos adelantos una tendencia directa para encarecer la tierra a ojos de los habitantes. Toda relación con la tierra, el hábito de cultivarla, de cavarla, de cazar, genera el sentimiento del patriotismo. Quien abre su tienda en ella o la usa sólo para apoyar su escritorio y su libro de cuentas, o su fábrica, la valora menos. La vasta mayoría del pueblo de este país vive de la tierra y lleva sus cualidades en sus maneras y opiniones. En los estados atlánticos, por nuestra posición, hemos sido comerciantes y, como he dicho, nos hemos embebido de cultura europea. Afortunadamente para nosotros, ahora que el vapor ha reducido el Atlántico a un estrecho, el inquieto y rocoso oeste empieza a introducir un nuevo elemento continental en la vida nacional, aunque aún tenemos un genio americano. Mucho mejor si la tierra es un jardín y la gente ha crecido al amparo del paraíso. Sin tener en cuenta, entonces, las extraordinarias influencias sociales que obran precisamente en esa dirección, sino sólo lo que resulta inevitable a nuestro alrededor, creo que habríamos de pensar que la tierra es un poder dominante y creciente sobre el ciudadano, la influencia curativa y americanizante, que promete descubrir nuevas virtudes en el porvenir.

2. En segundo lugar, el auge y culminación del nuevo y antifeudal poder del comercio es el hecho político de mayor significado para los americanos en la actualidad.

No podemos tener en cuenta la libertad de este país, en relación con su juventud, sin el presentimiento de que, aquí, las leyes y las instituciones existen a una escala proporcionada a la majestad de la naturaleza. A quienes legislan para el área comprendida entre dos océanos, entre las nieves y los trópicos, la gravedad de la naturaleza les infundirá el código mismo. Con una población heterogénea cargada en

barcos de todos los rincones del mundo hasta las grandes puertas de Norteamérica, es decir, Boston, Nueva York y Nueva Orleans, que se adentra en las praderas y montañas y contribuye en seguida con su pensamiento a la opinión pública, con su impuesto al tesoro y con su voto en las elecciones, no puede dudarse de que la legislación de este país será más universal y cosmopolita que la de ningún otro. Parece sencillo que América inspire y exprese el espíritu más humano y expansivo; recién nacida, libre, sana, fuerte, la tierra del trabajador, del demócrata, del filántropo, del creyente, del santo, se dirige a la raza humana. Es el país del futuro. Desde Washington, proverbialmente «la ciudad de las distancias magníficas», a través de todas sus ciudades, estados y territorios, es un país de comienzos, de proyectos, de diseños y expectativas. [No tiene pasado: todo tiene un aspecto prospectivo y progresivo. Está preparada para recibir en seguida cualquier rasgo generoso que la sabiduría o la fortuna del hombre hayan de imprimir.]

Caballeros, hay un destino sublime y amistoso que guía a la raza humana - la raza no muere, del individuo no se prescinde - a resultados que afectan a las masas y las épocas. Los hombres son mezquinos y egoístas, pero el genio o destino no es mezquino, sino beneficioso. No se descubre en la actividad calculada o voluntaria de los hombres, sino en lo que sucede, quiéranlo o no. Sólo nos interesa lo inevitable, y el amor y el bien lo son y forman parte del curso de las cosas. El genio se infunde en la naturaleza e indica, por un pequeño exceso de bien, un pequeño equilibrio en los hechos brutos que favorece a la razón. Los hechos de la naturaleza serán clasificados y los resultados indicarán seguridad y beneficio, tan tenues que apenas serán perceptibles, aunque estarán ahí. La esfera se achata en los polos y se dilata en el ecuador, una forma que se sigue necesariamente del estado fluido, aunque es la forma, nos asegura el matemático, que se requiere para impedir que las protuberancias del continente, o las montañas más bajas, se desprendan de vez en cuando con los terremotos, al desplazar el eje de la tierra. El censo de la población mantiene una igualdad invariable entre los sexos, con un nimio predominio masculino que parece compensar el riesgo de la vida masculina, que aumenta necesariamente con la guerra, la navegación y otros accidentes. Fijémonos en el incesante esfuerzo de toda la naturaleza en busca de algo mejor que las criaturas actuales: la mejora en la naturaleza, que permite y autoriza la mejora de la humanidad. La población del mundo es una población condicional; no es la mejor, sino la mejor posible en el estado actual del suelo, de los gases, de los animales y las costumbres; la mejor posible, sin embargo. Dios quiera que haya otra mejor. Ese genio, o destino, es de una administración severa, aunque corren rumores de su secreta ternura. Podría decirse que es una amabilidad cruel, que sirve al conjunto aunque arruine a sus miembros; un comunista terrible, que reserva el provecho para la comunidad sin dividendos para los individuos. Su ley es que lo tendremos todo como partícipes, no para nosotros mismos. La naturaleza es el ingeniero más noble, aunque usa una economía apremiante, y recicla todo cuanto se desecha hoy para la creación de mañana: ni un solo grano de arena superfluo, a pesar de la ostentación que hace de los gastos y obras públicas. Gracias a que la naturaleza procede así, trabajando por lo general, nosotros, pobres particulares,

nos vemos en apuros y encontramos tan arduo vivir. Nos golpea con su abundancia, pero no podemos perder ni un pelo, ni un recorte de uña, sin que inmediatamente los recoja y se apropie de ellos para la reserva general. Nuestra condición es la de los pobres lobos: si un miembro de la manada se lastima, o renquea, los demás lo devoran sin miramientos.

Ese sereno poder pone freno a los caprichos y veleidades de nuestra voluntad. Su caridad no es nuestra caridad. Uno de sus agentes es nuestra voluntad, pero lo que se expresa en nuestra voluntad es más fuerte que nuestra voluntad. Estamos ansiosos por ayudar, pero no irá más deprisa por ello. Se resiste a nuestras maquinaciones en trometidas y limosneras. Recurrimos a leyes suntuarias y asistenciales, pero el principio de la población consiste en reducir los salarios al mínimo con el que se pueda sostener la vida humana. Legislamos contra los acaparadores y el monopolio, para tener un granero común para los pobres, pero el egoísmo que almacena y acumula el grano hasta que sube de precio previene el hambre, y la ley de la autoconservación es una regla de acción más segura que ninguna otra legislación. Urdimos sistemas de limosna y sucede que nuestra caridad incrementa el pauperismo. Inflamos la moneda, reparamos el comercio con el crédito ilimitado y nos encontramos con la bancarrota ilimitada.

Es fácil ver que nosotros, la generación actual, conspiramos contra una beneficencia que, mientras obra por las generaciones futuras, sacrifica la existente, que adula a los más egoístas para que vayan en contra de sus intereses privados en aras del bienestar público. Construimos ferrocarriles sin saber para qué ni para quién, pero algo es cierto: que nosotros, que los construimos, obtendremos un beneficio menor. Se acumulará un inmenso beneficio, que es esencial para el país, pero será imperceptible hasta que no seamos ciudadanos. Hacemos lo mismo en todo:

[El Todopoderoso envía al futuro el corazón del hombre Por caminos secretos e inviolables'](#)

Plantamos árboles, edificamos casas de piedra, salvamos el yermo, promulgamos leyes prospectivas, fundamos universidades, hospitales, pero para muchas y remotas generaciones. Nos mortificaría saber que el pequeño beneficio que tendremos la ocasión de obtener era lo más que podían dar.

La historia del comercio, que por supuesto incluye la historia del mundo, es el registro de esta beneficiosa ten dencia. La forma patriarcal del gobierno se vuelve en seguida despótica, como cualquiera puede comprobar en su familia. Los padres quieren ser los padres de lo que piensan sus hijos tanto como de sus cuerpos, y contemplan con impaciencia un carácter o un modo de pensar nuevos que empiezan a asomar en su hijo o su hija. Este sentimiento, que ni el amor ni el orgullo de las facultades de sus hijos puede subyugar, se convierte en petulancia y tiranía cuando el cabeza del clan, el emperador de un imperio, trata con las distintas opiniones de sus súbditos. La diferencia de opinión es el único crimen que los reyes no perdonan. Un imperio es un inmenso egoísmo. «El

Estado soy yo», decía el francés Luis. Cuando el embajador francés le dijo a Pablo de Rusia que una persona de rango se interesaba por algo, el zar le interrumpió [vehementemente con estas palabras]: «No hay nadie de rango en este imperio, salvo aquel a quien yo me dirijo, y sólo tendrá ese rango mientras yo le siga hablando.» Del emperador Nicolás se dice que se dirigió así a su consejo: «Caballeros, la época está llena de opiniones. Confiad en mí: opondré una voluntad de hierro al progreso de las opiniones liberales.»

Es fácil ver que este arreglo patriarcal o familiar se vuelve controvertido para todos salvo para el papa; el cetro pasa a ser una palanca. A ese desagradable egoísmo se opone el feudalismo o poder de la aristocracia y al final lo destruye. El rey se ve obligado a llamar en su ayuda a sus hermanos y primos y parientes lejanos para mantener su casa en orden, y ese club de caballeros acaba por tener su propia opinión, desafía al soberano y llama en su ayuda al pueblo. Cada caudillo convoca tantos seguidores como puede por medio de la amabilidad, el sostén económico y los regalos, y, mientras dura la guerra, los nobles se muestran amos caprichosos e incómodos, sus manías se vuelven insultantes y degradantes para la gente corriente. El feudalismo se convierte en asunto de bandidos y bandoleros.

Mientras tanto, el comercio [(o el comerciante y el fabricante)] aparece: el comercio, una planta que crece cuando hay paz, tan pronto hay paz y sólo cuando hay paz. El lujo y la necesidad de los nobles lo fomentan. Tan rápidamente como los hombres viajan al extranjero, en barcos o caravanas, brota un nuevo orden de cosas, nuevas ideas despiertan. Ocupa su lugar un nuevo mandamiento, nuevos sirvientes y nuevos amos. Su información, su riqueza, su correspondencia, los libra de otros que dejaron su orilla natal. Ahora son nobles, con una patente distinta a la del rey. El feudalismo era bueno, había quebrado el poder de los reyes y tenía rasgos propios, pero se había vuelto equívoco y había llegado su hora: como ellos dicen de los moribundos, sus faltas saltan a la vista. El comercio fue el hombre fuerte que acabó con el feudalismo y dio origen a un poder nuevo y desconocido. Es un nuevo agente en el mundo, y su función es grande; es una auténtica fuerza intelectual, que desplaza la fuerza física e instala el cálculo, la combinación, la información y la ciencia en su lugar. Suscita una fuerza de cierta clase, latente en las antiguas dinastías. Ahora está en la mitad de su carrera. El feudalismo aún no ha terminado. Nuestros gobiernos siguen participando de ese elemento. El comercio tiende a volver insignificantes los gobiernos y poner a la venta cualquier facultad individual que pueda ser útil a alguien. En lugar de una abigarrada armada y flota, y de departamentos ejecutivos, el comercio hace del gobierno un servicio de inteligencia, donde cada uno encuentra lo que desea comprar y expone lo que tiene para vender, no sólo cuanto produce y fabrica, sino arte, habilidad y valores intelectuales y morales. Esto es lo bueno y lo malo del comercio, que todo lo lleva al mercado: talento, belleza, virtud y al propio hombre.

Sin embargo, esto significa que ha hecho su trabajo. Tiene sus defectos y tendrá su

final, como lo demás. [Nos encarrilamos hacia el comercio y] el filósofo y el amante del hombre podrán decir muchas cosas en contra, pero el historiador [universal] discierne que el comercio es el principio de la libertad, que el comercio plantó América y destruyó el feudalismo, que hace la paz y mantiene la paz y que abolirá la esclavitud. Nos quejamos de que oprime penosamente al pobre y de que levanta una nueva aristocracia sobre las ruinas de la aristocracia que ha destruido. [Pero hay una inmensa diferencia: que] la aristocracia del comercio no es permanente ni vinculante, sino el resultado del trabajo y el talento, el resultado de algún tipo de mérito, y está continuamente en decadencia, como las olas del mar, ante nuevas exigencias de la misma clase. El comercio es un instrumento en manos de ese poder amistoso que trabaja para nosotros a nuestro pesar. Lo diseñamos de un modo u otro, pero el comercio se vuelve de otro modo, mucho mejor. Esta beneficosa tendencia, omnipotente sin violencia, existe y funciona. Cada línea de la historia inspira la confianza en que no nos equivocaremos demasiado, de que las cosas mejoran. De eso se trata. Ésa es la moraleja que sacamos y que garantiza la esperanza, la esperanza, prolífica madre de las reformas. Nuestra parte consiste en no cruzarnos en el camino, en no impedir las mejoras ni sentarnos hasta petrificarnos, sino estar atentos a la llegada de las mañanas sucesivas y cooperar en los nuevos trabajos de los nuevos días. El gobierno ha sido un fósil; debe ser una planta. Creo que el cometido de los estatutos habría de ser expresar, y no inhibir, la opinión de la humanidad. Nuevos pensamientos, nuevas cosas. El comercio era un instrumento, pero también tiene su día y debe dejar paso a algo más amplio y mejor, cuyas señales empiezan a aparecer en el cielo.

3. Paso, en tercer lugar, a hablar de las señales de lo que constituye la secuela del comercio.

A consecuencia de la revolución que el comercio causa en el estado de la sociedad, el gobierno empieza, en nuestra época, a tener una apariencia torpe y pesada. Ahora sabemos emplear métodos más breves. El tiempo está lleno de buenas señales. Algunas han fructificado. Todo este beneficoso socialismo es un augurio amistoso, y el exaltado coro de voces por la educación del pueblo [indica que el gobierno tiene otros cometidos además de los de banquero y verdugo. Son testigo los nuevos movimientos del mundo civilizado: el comunismo de Francia, Alemania y Suiza; las Trade Unions, la Liga inglesa contra las leyes del grano y las llamadas estadísticas industriales. En París, la blusa, emblema del obrero, ha empezado a hacer su aparición en los salones. Testigo también el espectáculo de las tres comunidades que en poco tiempo han aparecido en este Estado, además de las que han formado ciudadanos de Massachussets en el territorio de otros Estados](#)⁶. Tienen motivos distintos, desde la impaciencia con las costumbres de la vida corriente hasta el deseo de una mayor libertad de lo que permiten los modales y opiniones de la sociedad, pero, sobre todo, la sensación de que el Estado ha dejado de lado su verdadero cometido, de que en la refriega de los partidos por la bolsa común se omiten los principales deberes del gobierno: el deber de instruir al ignorante, de

proporcionar al pobre trabajo y orientación. Esos comunistas consideran la vida agrícola la condición más favorable para la cultura humana, aunque piensan que la granja, según la manejamos, no satisface la ambición justa del hombre. El granjero, tras sacrificar el placer, el gusto, la libertad, el pensamiento, el amor a su trabajo, se declara en bancarrota, como el comerciante. El resultado es sorprendente. Toda esa monotonía, desde el canto del gallo hasta la primera luz de las estrellas, durante años, para acabar hipotecados en la casa de empeños, pasando de lo malo a lo peor. Es hora de examinar las cosas y de averiguar con una crítica certera quién es el loco. Parece mucho peor porque el granjero vive en la misma ciudad que quienes pretenden saber exactamente lo que necesita. Por una parte, [está la ingeniería agrícola, que expone friamente el absurdo de nuestra derrochadora agricultura y de nuestros gastos ruinosos en abono y ofrece, mediante una cucharadita de guano artificial, convertir un banco de arena en grano; por otra, el granjero, no sólo ansioso de información, sino con malas cosechas, en deuda y en bancarrota por falta de información. Aquí están Etzler](#)⁷ y los innumerables proyectistas mecánicos, quienes, junto a los fourieristas, afirman sin titubear que la unión más pequeña hará ricos a todos, y, a otro lado, la multitud de pobres hombres y mujeres en busca de trabajo y que no encuentran bastante para pagarse el alojamiento. La ciencia es confiada y, desde luego, la pobreza real. ¡Si hubiera modo de reunirlos!

Ése era el propósito de quienes crearon las asociaciones que ahora están llevando a cabo sus débiles experimentos. Se basaban en el amor y el trabajo. Proponían, como sabéis, que todos los hombres debían tomar parte en el trabajo manual, y proponían mejorar la condición del hombre sustituyendo la industria hostil por otra armoniosa. Era un pensamiento noble el de Fourier, y que da una idea favorable de su sistema, el de distinguir en su falansterio una clase, la Banda Sagrada, que asumiera todos aquellos deberes que fueran desagradables y proclives a ser descuidados.

Al menos, cierto éxito económico parece asegurado en la empresa, y la asociación agrícola habrá de fijar, antes o después, el precio del pan y llevar a los agricultores a asociarse en defensa propia, como han hecho las grandes compañías comerciales y fabriles. La comunidad es sólo la continuación del mismo movimiento que llevó a las compañías a reunir un fondo común para las fábricas, minas, seguros, bancos y demás. Es más barato que una compañía produzca el calicó, y lo que se propone es que una compañía plante el cereal y haga el pan, y los más informados afirman que se intentará hasta que se haga así.

Sin duda, estos primeros aventureros cometerán muchos errores, que dejarán en ridículo sus planes. Creo, por ejemplo, que exageran la importancia de dos de sus proyectos favoritos, el de equiparar el salario del talento y el trabajo, y pagar todos los servicios por igual, digamos diez centavos la hora. Lo pagan así, pero diez centavos no siguen siendo diez centavos ni un instante. En una mano se convierten en diez dólares, en otra en calderilla, pues resulta obvio que el valor final de diez centavos reside en saber qué hacer con ellos. Uno le comprará con ellos un título de propiedad a un indio, y

convertirá en príncipes a sus descendientes, o comprará grano suficiente para alimentar al mundo, o una pluma y tinta y papel, o el pincel del pintor, con los que se comunicará a la raza humana como si fuera fuego, y otro se comprará pasas y grosellas. El dinero carece de valor: no se puede gastar. Todo depende de la habilidad del gastador. Sigue sin determinarse tampoco si la objeción casi universalmente compartida por las mujeres de la comunidad, como si fueran madres, a una vida asociada, a una mesa común, a una lactancia común, etc., que dan un valor más elevado a la familia privada en pobreza que a una asociación rica, es insuperable.

Pero las comunidades se proponían algo mucho mayor al asegurar a todos sus miembros una misma y firme educación. En conjunto, podríamos decir que propósitos tan generosos, a los que la época les ha forzado, no serán desestimados aunque fallen estos intentos, sino que otros hombres, con opiniones parecidas, los mantendrán en cualquier sociedad hasta que tengan éxito.

Éste es el valor de las comunidades: no lo que han hecho, sino la revolución que sugieren de paso. Sí, el gobierno debe educar al pobre. Mirad a lo ancho del país desde cualquier colina que nos rodee, y el paisaje parece [rá anhelar el gobierno. Hay que reconocer las diferencias reales entre los hombres y hacerles frente con amor y sabiduría. Esos altozanos que dominan el campo allá abajo parecen buscar un dueño, un verdadero dueño, terratenientes que conozcan la tierra y su utilidad, su aplicación humana, y el gobierno del que podría esperarse que medie entre la necesidad y el abastecimiento. Cualquier ciudadano estaría conforme en pagar una comisión que apoyara la continuación de esa orientación. \[Goethe dijo: «No debería ser rico nadie que no supiera serlo», y desde luego el pobre pensará que muy pocos ricos saben cómo usar su ventaja para un buen propósito; carecen de originalidad e incluso de gracia en sus gastos. Pero si esto es cierto de la riqueza, lo es mucho más del poder.\] Nadie debería gobernar sin talento para el gobierno. Mucha gente tiene una habilidad innata para apropiarse los asuntos de otros, un genio para manejar las cosas, y no son nunca tan felices como cuando han de resolver difíciles cuestiones prácticas que embarazan a los demás: todo es claro para ellos, están en su elemento. ¡Ojalá tuviéramos los medios para nombrar a esas personas! Sería realmente un progreso llegar a esa situación, en la que el trabajo lo harían esos trabajadores naturales, no mediante una discreción creciente de los ciudadanos en las elecciones, sino mediante el desprecio paulatino en el que va cayendo el gobierno oficial y la disposición creciente de aventureros privados a asumir las funciones descuidadas. Así, el costoso servicio postal es probable que caiga en desuso ante el transporte privado de Harnden y sus competidores⁸. La circulación del dinero amenaza con caer en manos privadas. La justicia se administra cada vez más en privado, sin llegar a litigios. Tenemos gobiernos feudales en una época comercial. Sería una ampliación sencilla de nuestro sistema comercial pagar a \[un emperador privado por sus servicios, como pagamos al arquitecto, al ingeniero o al abogado por darnos su consejo. Si alguien tiene talento para corregir el error, para administrar asuntos difíciles, para\]\(#\)](#)

aconsejar a los granjeros empobrecidos cómo convertir su hacienda en una buena agricultura, para combinar cien empresas privadas y lograr un beneficio general, dejémosle que ponga su nombre en la ciudad o en Court-Street⁹: el señor Smith, gobernador, el señor Johnson, rey laboral.

¿Cómo pueden quejarse nuestros jóvenes de la pobreza de las cosas en Nueva Inglaterra y no darse cuenta de que la pobreza es una exigencia para que su caridad haga rica a Nueva Inglaterra? ¿Dónde está aquel que, al ver a mil personas inútiles e infelices, que hacen que toda la región parezca abandonada por su inactividad, y consciente de poseer la facultad que les hace falta, no oye su llamada para convertirse en su rey?

Debemos tener reyes y nobles. La naturaleza los proporciona [siempre] en cualquier sociedad. Pero tengamos los verdaderos en lugar de los titulares. Que nuestra orientación e inspiración provengan de los mejores. Las diferencias reales de poder personal no están en cuestión. En toda sociedad hay quien nace para mandar y otros que nacen para aconsejar. Que los poderes estén bien dirigidos, dirigidos por el amor, y en todas partes serán recibidos con alegría y honor. El jefe lo es en todo el mundo, no sólo su gorro y sus plumas. Lo que hace que, a veces, los hombres sean injustos con el hombre verdadero y completo es el disgusto ante el impostor. Si la sociedad fuera transparente, el noble sería recibido y acreditado alegremente en todas partes, y no se le preguntaría por el trabajo del día, sino que se percibiría como un beneficio, en la medida en que fuera noble. Ésa sería su obligación y su tarea: mantenerse puro y purificador, el fermento de su nación. Creo que veo el lugar y las obligaciones del noble en cualquier sociedad, pero no es beber vino ni montar en un bonito coche, sino orientar y adornar la vida de la multitud mediante la previsión, los estudios elegantes, la perseverancia, la abnegación y el recuerdo de los viejos amigos humildes, haciendo que su vida sea secretamente hermosa.

Os convoco, jóvenes, a obedecer a vuestro corazón y ser la nobleza de esta tierra. En cada época del mundo ha habido una nación dirigente, de sentimientos más generosos, cuyos ciudadanos eminentes defienden los intereses de la justicia general y de la humanidad, a pesar de que los demás los consideren quiméricos y fantásticos. ¿Cuál habría de ser esa nación sino estos Estados? ¿Cuál habría de dirigir el movimiento sino Nueva Inglaterra? ¿Quién habría de dirigir a los dirigentes sino el joven americano?¹⁰ El pueblo, y el mundo, adolecen de falta de religión y de honor en la esfera pública. En América, todo parece un mercado de puertas afuera; de puertas adentro, una estufa de tiro de convencionalismo. Todo el que viene a nuestras casas aprecia estos hábitos preciosos: el hombre, el mercado; la mujer, la costumbre. No encuentro expresión en nuestros documentos estatales ni en los debates legislativos de un elevado sentimiento nacional, ni grandes consejos que nos hagan sentir firmes. Me refiero a esos órganos que podrían presumir de hablar por el pueblo. Sólo recomiendan virtudes convencionales, que ganen y conserven la propiedad; siempre el capitalista, la universidad, la iglesia, el hospital, el teatro, el hotel, la carretera, el barco del capitalista; todo aquello que asegure,

adorne, aumente estas cosas es bueno; lo que lo ponga en peligro es condenable. Los documentos de la supuesta «oposición» caen del mismo lado. Atacan al gran capitalista, pero con el propósito de hacer del pobre un capitalista. La oposición se establece entre quien está dentro y quien está fuera, entre los que tienen dinero y los que desean tenerlo. Pero ¿quién nos anuncia en el periódico, o en el púlpito, o en la calle, el secreto del heroísmo, que «sólo el hombre puede lograr lo imposible»? [Es un placer para mí añadir los versos que siguen en la oda del poeta alemán:

Distingue,
Escoge y juzga,
Le da duración al momento.
¡Sea noble el hombre,
Útil y bueno!
Pues sólo eso
Le distingue
De cuantos seres conocemos.
¡Saludemos a los poderes
Desconocidos y supremos
Que adoramos!
Su pauta nos enseña
A tener fe en ellos]¹¹.

11 Emerson tradujo aquí el poema de Goethe «Das Göttliche» (Lo divino).

No necesito enumerar nuestros defectos y vicios nacionales como requiere el censo estatal. Podría no anotar nuestras ofensas proclamadas como lo peor. No suele ser lo peor lo que ocasiona la protesta más sonora. Los hombres se quejan de su sufrimiento, no del crimen. No temo los malos efectos de la repudiación, ni creo que se extiendan¹². El robo es un asunto suicida: sólo podemos repudiarlo una vez. Pero el osado aspecto y el tardío arrepentimiento permitidos a este error local revelan una opinión pública tan preocupada por el amor a la ganancia que el sentimiento común de indignación por el fraude no obra con su fuerza natural. Más necesario es que los valientes se retiren de la multitud y vuelvan a la fuente del derecho. La timidez de nuestra opinión pública es nuestra enfermedad, incluso el carácter público de nuestra opinión, la ausencia de una opinión personal. El buen natural es generoso, pero nos falta justicia, con un corazón de acero, para abatir al orgulloso. La opinión personal tiene acceso a la totalidad del bien y de la verdad, lo que equilibraría una sociedad corrupta, y mantener el veredicto personal contra el clamor público es el cometido del noble. Si se propone una medida humana a favor del esclavo, o del irlandés, o del católico, o para socorrer al pobre, ese sentimiento, ese proyecto, tendrá el homenaje del héroe. Ésa es su nobleza, su juramento de caballería: socorrer al necesitado y oprimido, ponerse siempre al lado del débil, de la

juventud, de la esperanza, en el lado liberal, expansivo, nunca al lado del sistema cerrado que niega su apoyo, defensivo, conservador, timorato. No podemos aportar otra cosa que nuestra buena voluntad. Tenemos nuestros asuntos, nuestro genio, que nos encadena a nuestra obra. No podemos dedicar nuestra vida a la causa del deudor, del esclavo, del pobre, como hacen otros, pero no estamos obligados a blasfemar del sentimiento y el trabajo de esos hombres, ni a poner obstáculos en el camino del abolicionista, del filántropo, como los órganos de la influencia y de la opinión se apresuran a hacer. Nos corresponde confiar en el supremo poder beneficioso sin dar crédito a nuestro dinero ni al Estado que lo guarda. En este momento, el terror de los viejos y de los viciosos es que se destruya la unión de estos Estados. Como si la unión tuviera otra base real que el placer de una mayoría de ciudadanos en unirse. El hombre sensato y justo siente, por el contrario, que se levanta por su propio pie, que le da fuerza al Estado sin recibir su seguridad y que, si todo se viniera abajo, él y otros como él se combinarían en una nueva y mejor constitución. Toda comunidad grande y memorable se ha compuesto siempre de individuos formidables, cada uno de los cuales, como los romanos y los espartanos, prestaba su espíritu al estado y lo engrandecía con ello. Sin embargo, el hombre es fuerte gracias a lo sobrenatural; sólo si confía en la divinidad que se agita en nosotros. Nada es tan débil como un egoísta. Nada es tan poderoso como nosotros, que somos vehículos de una verdad ante la cual el Estado y el individuo son igualmente efímeros.

Caballeros, el desarrollo de nuestros recursos internos americanos, la extensión máxima de nuestro sistema comercial y la aparición de nuevas causas morales que modificarán el Estado prestan al futuro un aspecto de grandeza, al que la imaginación teme enfrentarse. Todos los hombres de sentido común y conciencia saben que aquí, aquí en América, está la casa del hombre. A pesar de las deducciones que podríamos establecer de nuestra lamentable e indecente política, que apuesta las cuestiones nacionales más graves a la peor jugada - si James o Jonathan se sentarán en el escaño y se quedarán la bolsa-, a pesar de lo que podríamos deducir de nuestra frivolidad y locura, aún queda una sencillez y libertad orgánica que recupera el equilibrio cada vez que lo pierde y ofrece al ser humano una oportunidad desconocida en cualquier otra parte.

Es cierto que a la opinión pública carece de respeto por sí misma. Estamos hinchados de vanidad, de lo que nuestra susceptibilidad a la censura, especialmente la inglesa, es la mayor prueba. Una causa de esto es que leemos mucho y que esa lectura está sobre todo confinada a las producciones de la prensa inglesa. [No recuerdo una sensibilidad más equivocada que esta propensión a la fama a propósito de nuestro país y de nuestras instituciones civiles. No podríamos defender ni disculparnos por el sol y la lluvia. Aquí estamos, hombres de sangre inglesa, plantados desde hace cinco, seis o siete generaciones en este inmenso espacio de la zona templada, y plantados en una coyuntura temporal de los acontecimientos tal que hemos dejado atrás todo lo viejo y odioso de cuanto el hombre haya establecido. Nos hemos librado como de un salto de las cargas insoportables bajo las cuales Europa se tambalea y hacen que casi en cada boca se oiga

«¡Revolución! Revolución!». No por nosotros mismos, pero en el bendito curso de los acontecimientos sucedió que este país no fue franqueado por los puritanos hasta que sintieron la carga del sistema feudal y amaneció en la Europa moderna la era comercial, de modo que, sin saber lo que hacían, dejaron atrás esa condena y pusieron las tormentas del Atlántico entre ellos y la antigüedad. La tala de los bosques y el asentamiento en un área tan extensa del continente se llevó a cabo plenamente con el espíritu libre de las sociedades comerciales. No lo hicimos con la mano derecha, ni con previsión o habilidad, sino aceptando simplemente el camino más sencillo que nunca se les haya mostrado a los hombres. Era la raza humana, con la ayuda divina, la que avanzaba para recibir y habitar en su patrimonio. Ahora, si un inglés, o un francés, o un español, o un ruso, o un alemán, puede encontrar pábulo para su contento en el espectáculo, le damos la bienvenida para que baile. No ha habido nunca un pueblo que haya aceptado mejor que nosotros ser objeto de un poco de diversión. Un hombre honrado se preguntará por qué, con tanto de qué congratularse, nuestros vivaces visitantes son tan alegres y críticos. Tal vez tengan necesidad de unas breves vacaciones para olvidarse de sus preocupaciones domésticas, como otros que tienen lo suyo en casa y necesitan todo el recreo que puedan conseguir para mover sus pies, ahora que han entrado en trance.]

Es cierto que, para las personas imaginativas de este país, hay algo de intemperie en nuestra breve historia, de inhóspito desierto. Se preguntan quién viviría en un país nuevo si pudiera vivir en uno viejo. [Europa es para nuestros chicos y chicas lo que son las novelas y romances, y] no es extraño que ardan en deseos de ver los extremos pintorescos de un país anticuado. Pero una cosa es querer visitar las pirámides y otra querer vivir allí. ¿Les gustarían los diezmos para el clero, y la séptima parte para el gobierno, y los palafreneros, y la censura, y la pena de que nazca un niño, y los amenazados y hambrientos tejedores y el pauperismo que constituye una parte tan considerable de la población? En lugar del futuro abierto que se extiende ante los ojos de cualquier muchacho, ¿preferirían un futuro cerrado a un trocito de cielo que rápidamente se contrae para no ser futuro? Recomendamos que estudien las bellezas de la aristocracia a los viajeros americanos. Los ingleses, el pueblo más conservador al oeste de la India, no son susceptibles de restricción, pero un americano se resentiría de ello. La aristocracia, incorporada con la ley y la educación, degrada la vida de las clases sin privilegios. Es una compensación controvertida, en contraste con la sensación de amargura de un orgulloso hombre corriente, la reflexión de que el indigno señor que, por la magia del título, detiene su brazo y toma la mitad de las gracias y derechos del hombre que le corresponde, es él también un aspirante excluido con la misma falta de misericordia de los círculos superiores, pues no hay fin a las ruedas dentro de ruedas de este cielo espiral. Algo podría perdonarse al espíritu de lealtad cuando se vuelve fantástico, y algo a la imaginación, pues la vida más precaria es simbólica. Felipe II de España reconvino a su embajador por descuidar negocios de gran importancia en Italia, mientras debatía un punto de honor con el embajador francés. «Habéis abandonado asuntos de importancia por una ceremonia.» El embajador replicó: «¿Cómo? ¿Por una

ceremonia? Vuestra propia majestad es una ceremonia.» En el este, donde el sentimiento religioso apoya a la aristocracia, y también en la Iglesia romana, hay un grano de dulzura en la tiranía, pero en Inglaterra me parece intolerable lo que suele decirse, que tal es el honor trascendente asignado a la riqueza y el nacimiento que ningún hombre de letras, sea cual sea su eminencia, será recibido en la mejor sociedad salvo como león y espectáculo. [Me parece que, con las luces que empiezan a brillar en los ojos de los hombres, residir en aquel país degradará a todo aquel que no se dedique a revolucionarlo.] Los ingleses tienen muchas virtudes, muchas ventajas y la historia más soberbia del mundo, pero necesitan más que nadie los recursos del pasado para indemnizar a un caballero heroico en ese país por las mortificaciones que le causa el sistema social y que impone la alternativa de resistir o evitarlo. No es una excepción a la regla que haya atenuaciones a ese rigor. La dignidad y el poder personal deben coronar todas las compañías, y las personas extraordinarias no deben quedar a un lado ni ser ofendidas entre personas civilizadas. Pero el sistema es una invasión del sentimiento de justicia y de los derechos innatos del hombre que, por decorada que esté, reduce el valor de la ciudadanía inglesa. Han de tenerlo en cuenta los ingleses, no nosotros. Nosotros sólo diremos: vivamos en América, muy agradecidos por carecer de instituciones feudales. Nuestras casas y ciudades son como musgos y líquenes, delicados y recientes, pero la juventud es un defecto que corregimos cada día. [En realidad, todas las tierras acaban por parecerse. También] la nuestra es tan vieja como el Diluvio y no carece de los ornamentos y privilegios que la naturaleza le aporta. Aquí las estrellas, los bosques, las colinas, los animales, los hombres abundan, y las vastas tendencias concurren en un nuevo orden. Si los hombres se aplicaran con cuidado en seguir los designios del espíritu que nos guía hacia allí continuamente, pronto dejaríamos de oír las censuras de los demás y nuestros reproches, y entraríamos en un estado social nuevo, el más excelente que la historia registre.

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Contra heterodoxos (Al-luma) o lo que deben creer los musulmanes, Al-Ass`ari. Edición de Carlos A. Segovia.

La falosofía en América, George Santayana. Edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra.

La lógica considerada como semiótica. El índice delpensamiento peirceano, Charles S. Peirce. Edición de Sara Barrena.

Quirología. Sobre el modo de hablar de las manos, Juan Caramuel de Lobkowitz. Edición de Julián Velarde Lombraña.

Hacia otra España, Ramiro de Maeztu. Edición de Javier Varela.

La política como profesión, Max Weber. Edición de Joaquín Abellán.

Misión de la universidad, José Ortega y Gasset. Edición de Jacobo Muñoz.

Investigación sobre los principios de la moral, David Hume. Edición de Enrique Urdón.

El Corán. Religión, hombre y sociedad. Antología temática. Edición de Carlos A. Segovia.

Teoría de la valoración. Un debate con el positivismo sobre la dicotomía de hechos y valores, John Dewey. Edición de María Aurelia Di Berardino y Ángel Manuel Faerna.

Los políticos, Francisco Ayala. Edición de Pedro Cerezo Galán.

Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, Juan Donoso Cortés. Edición de Juan Olabarriá.

Ensayos económicos. Los orígenes del capitalismo moderno, David Hume. Edición de Javier Ugarte.

El Político, Azorín. Edición de Francisco José Martín.

España. Pensamiento, poesía y una ciudad María Zambrano. Edición de Eran c sco José Martín.

Teoría del saber histórico, José Antonio Maravall. Edición de Francisco Alía Miranda

Naturaleza y otros escritos de juventud, Ralph Waldo Emerson. Edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra.

2 Véase la anotación del 12 de septiembre de 1838: Montaigne no « nombra nombres », en Emerson in His Journals, selección y edición de Joel Porte, Cambridge, Mass., Harvard UP, 1982, pág. 196.

1 Sobre la composición y publicación de Naturaleza y de los discursos y conferencias adicionales, véase infra la Nota sobre esta edición.

4 En los discursos y conferencias, las alusiones al « escolar », por ejemplo, son recurrentes, mientras que la palabra aparecía una sola vez en Naturaleza.

5 Véase, por ejemplo, la temprana anotación del 18 de abril de 1824, en Emerson in His Journals, pág. 47: « No tengo lo que se dice un corazón cálido. »

6 La manera misma de componer el Diario, esencial en la elaboración ulterior de sus escritos publicados, alteraba las pautas del Commonplace Book, bajo la influencia de Locke, que Emerson había adoptado en principio como método de trabajo, y reflejaría la revolución que se operaba en su pensamiento. Véase Lawrence Rosenwald, Emerson and the Art of the Diary, Nueva York y Oxford, Oxford UP, 1988.

3 Stanley Cavell, « What's the Use of Calling Emerson a Pragmatist? », en Emerson Transcendental Etudes, ed. de David Justin Hodge, Stanford UP, 2003, págs. 215-223.

10 Henry Adams, La educación de Henry Adams, edición y traducción de J.Alcoriza y A.Lastra, Alba, Barcelona, 2001, pág. 75.

9 Emerson in His Journals, pág. 92.

Véase « A Memoir of Ralph Waldo Emerson, de James Elliot Cabot », en Henry James, La imaginación literaria, edición y traducción de J.Alcoriza y A.Lastra, Barcelona, Alba, 2000, págs. 150-151.

\$« El ojo más sabio es el más profético », en Emerson in His Journals, pág. 69.

"Compárese « El escolar americano » con « Respuesta ala pregunta: ¿ Qué es Ilustración? », en Immanuel Kant, En defensa de la Ilustración, introducción de J.L.Villacañas, edición y traducción de J.Alcoriza y A.Lastra, Alba, Barcelona, 1999.

Téngase en cuenta también lo que Emerson escribe en su Diario sobre el discurso público y privado de los clérigos (Emerson in His Journals, pág. 76).

12 Emerson in His Journals, pág. 202.

14 «La tradición gentil en la filosofía americana», en George Santayana, *La filosofía en América*, edición y traducción de J.Alcoriza y A.Lastra, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, págs. 43-44.

13 Véase una semilla de la «desobediencia civil» en la anotación del 10-11 de noviembre de 1838 sobre «my brave Henry Thoreau», en Emerson in His Journals, pág. 207.

15 La palabra de William James sobre Emerson en *Las variedades de la experiencia religiosa* («to suit the literary rather than the philosophic creed») parece haber sido una autoridad indiscutida. A la asunción del «credo literario» habrían respondido los estudios emersonianos desde E O.Matthiessen (véase su *American Renaissance. Art and Expression in the Age of Emerson and Whitman*, Nueva York, Oxford UP, 1941).

16 Wayne C.Booth, *Las compañías que elegimos. Una ética de la ficción*, trad. de A.Dilon, México D. E, FCE, 2005. Como textos ilustrativos sobre la ética de la literatura y la American Memory, en línea con aspectos aquí tratados de la obra de Emerson, véanse los de Joseph N.Riddel, «Leer América/Lectores americanos», en *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, 2 (LEliana, 2006/2007) y John Hollander, «La poesía de la vida cotidiana», en *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, 4 (LEliana, 2007/2008). Sobre la «indirección», véase Emerson in His Journals, pág. 217. (Éste es, curiosamente, el concepto rescatado por Cesare Pavese en su única mención notable de Emerson en *La literatura norteamericana y otros ensayos*, trad. de E. di Fiori, Barcelona, Ediciones B, 1987.)

* Elaborado largo tiempo en su Diario, el texto de *Nature* (Naturaleza) aparecería publicado anónimamente - según era costumbre entonces - en Boston en 1836. En la edición de 1849, ya con su nombre, Emerson introduciría algunos cambios, que fijarían la edición para las sucesivas ediciones.

4 Emerson cita a C.Oegger, *The True Messiah, or the Old and New Testaments, Examined According to the Principies of the Language of Nature*, traducido por E.P.Peabody en 1842.

3 Cita de Macbeth, III, iv, 110-112.

5 Emerson cita a George Fox según lo recoge William Sewell, *The History of the Rise, Increase, and Progress Called Quakers* (1823).

6 Emerson cita a Coleridge, *Aids to Reflection*, en la edición de James Marsh (1829).

Cita del obispo Joseph Butler que aparece en la novela *Tremaine* (1825), de Robert Plummer.

s Cita del *Wilhelm Meister* de Goethe según la traducción de Thomas Carlyle.

10 Emerson cita a través de *The Friend* (1818) de Coleridge.

9 Las citas de Shakespeare se corresponden, respectivamente, con el Soneto lxx, el Soneto cxxiv, *Medida por medida*, IV, i, 1-4, y *La tempestad*, V, i, 46-48. En esta última es Próspero, en realidad, quien habla, en lugar de Ariel. Emerson no corregiría el error en ninguna de las ediciones que revisó.

11 Paráfrasis de Proverbios, 8:2 3.

12 Paráfrasis de 1 Corintios, 4:18.

13 Cita de *Comus*, 13-14, de John Milton.

14 La noción del poeta órfico proviene de Proclo en su *Teología de Platón* y fue empleada por el trascendentalista Amos Bronson Alcott en sus *Orphic Sayings*. Lo más probable es que Emerson se refiriera a sí mismo, en parte por la dualidad de su escritura en prosa y poética.

1 «Self-trust». Poco más abajo, Emerson escribe «in the way of the self-relying». En la primera serie de los Ensayos (1841), Emerson preferirá «Self-Reliance».

2 Emerson cita aquí libremente el Webster Dictionary.

3 La obra del pedagogo suizo Johann Heinrich Pestalozzi fue pronto recibida por los trascendentalistas. Emerson cita del libro de Edgard Biber Henry Pestalozzi and His Plan of Education (1831).

1 Cita del soneto de William Wordsworth «The world is too much with us».

2 Denderah era una ciudad del Alto Nilo donde se encontraba el templo de la diosa Hathor, en el que se habían esculpido los signos del zodiaco.

'Esa persona era Lidia, la esposa de Emerson.

1 Emerson alude al ciclo de *Waverley* de Walter Scott, pero confunde *Castle Rackrent* de Maria Edgeworth con el nombre de Anne Radcliffe, autora de *Mysteries of*

Udolpho.

1 State Street y Wall Street eran los centros financieros de Boston y Nueva York, respectivamente.

2 Términos de la liturgia hebrea que indican la pausa del salmista y el asentimiento.

1 Emerson cita la adaptación que Coleridge haría en *The Friend* de la *Sendschreiben an Fichte* (1799) de Friedrich Heinrich Jacobi.

2 Cita de *Pericles and Aspasia* (1836) de Walter Savage Landor.

1 En la primera versión, la frase no era interrogativa: «No hay ningún ciudadano americano que no se haya sentido estimulado», etc.

2 En la primera versión Emerson escribió: «Pero ya he omitido bastante lo que me había llevado a este tópico: su importancia a la hora de crear un sentimiento americano.»

3 No se ha identificado la fuente de estos versos, que probablemente sean de Emerson.

4 En la primera versión, Emerson escribió: «En este país, donde la tierra es barata, la disposición de la gente pacífica, todo invita...»

5 Cita de Young, *Night Thoughts*, VII, 119-120.

6 Las tres comunidades a las que Emerson alude eran Brook Farm, Fruitlands y Hopedale; las que se instalaron en otros Estados eran la comunidad owenita de New Harmony en Indiana, la North American Phalanx en Nueva Jersey y la Oneida de Nueva York, que luego se trasladaría a Vermont.

Emerson se refiere a J.A.Etzler, autor de *The Paradise Within the Reach of All Men, Without Labor, by Powers of Nature and Machinery*, que Thoreau reseñaría en *The Dial*, el órgano de expresión de los trascendentalistas.

9 Court-Street era la calle comercial de Boston desde los tiempos de la colonia.

8 En la edición de 1876, Emerson añadió: «... el telégrafo y el transporte rápido». William Frederick Harnden estableció el primer servicio de transportes de los Estados Unidos en 1839.

10 Emerson se refiere aquí a sus jóvenes amigos, los trascendentalistas como Thoreau, William Ellery Channing o Charles Russell Lowell, y no al movimiento político conocido como Young American. Véase la nota preliminar de esta conferencia.

iz «Repudiación» puede tener aquí dos sentidos: el que los abolicionistas le dieron al término para repudiar su participación en la esclavitud y separarse de la Unión, y el que adquirió cuando algunos Estados, como Pensilvania, decidieron no participar en la emisión de deuda para la construcción de canales en la década de 1830. Las repercusiones económicas de la repudiación en este sentido habían sido perniciosas para amigos de Emerson como John Sterling y Thomas Carlyle.

Índice

ESTUDIO PRELIMINAR	7
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN	14
BIBLIOGRAFÍA	16
CRONOLOGÍA	19
Introducción	26
I. Naturaleza	28
II. Comodidad	30
III. Belleza	30
IV. Lengua	34
V. Disciplina	39
VI. Idealismo	43
VII. Espíritu	49
VIII. Perspectivas	51
El escolar americano	58
Discurso a la Facultad de Teología	72
Ética literaria	85
El método de la naturaleza	98
El reformador	111
Introducción a la época	123
El conservador	136
El trascendentalista	149
El joven americano	161
Si es cierto, como anotó Emerson en una entrada de su diario, que, junto a la escritura creativa, ha	180
res, como la noción de genio o la importancia de la representación.	180
Esto no supone negar el valor in	
Desde el comienzo mismo, una dificultad a la hora de interpretar a Emerson vendría dada por su incli	180
ble establecer vínculos entre las ideas de los discursos y	

conferencias que acompañan a ese título ⁴ .	
La reedición que Emerson haría de <i>Naturaleza</i> tras la publicación de su obra central, las dos serie	180
Es significativo que, tras su controversia con el clero de Nueva Inglaterra, el escritor de Concor	180
que llegar los años en que se desencadenase la crisis nacional de la Guerra de Secesión para que Eme	180
La idea de que la realidad no ha ido más allá de la capacidad de sugerencia que animan las páginas d	180
más, era susceptible de traducirse a los términos de la propia experiencia intelectual de Emerson, q	180
sor de <i>Historia de Harvard</i> ¹⁰ .	180
Tal vez ningún pensador haya sido consciente, del modo en que lo fue Emerson, de la oportunidad que	180
como él mismo habría previsto al denominar «reflexivo» al momento en que le correspondía vivir al es	181
El comienzo de todo el trabajo del escolar no se encontraría en los libros, que son la segunda de la	181
había de buscarse dentro, sino por encima de sí mismo. Al proponer la citada «integridad épica», sin	181
Una de las últimas lecturas de Emerson, la del filósofo Stanley Cavell, nos ofrece otra perspectiva	181
na) a la lectura ¹⁶ .	181
la esfinge en la cuneta y, de época en época, el profeta se acerca a probar fortuna leyendo su acert	181
Esta doctrina es abstrusa y, aunque las imágenes de «vestido», <i>scoriae</i> , «espejo» y otras estimulen l	181
Un nuevo interés nos sorprende cuando, con la perspectiva sugerida, contemplamos la temible extensió	181
Aquí nos vemos de nuevo impresionados e intimidados por el inmenso universo a explorar. «Lo que sabe	182
hace todas, y en lo que hace bien ve la semejanza de cuanto así se hace» ⁸ .	182

hace»8.	182
3. Mientras el poeta anima la naturaleza con sus propios pensamientos, difiere del filósofo en que e	182
4. Se ha observado que la ciencia intelectual engendra invariablemente una duda sobre la existencia	182
5. Por fin, la religión y la ética, que pueden llamarse debidamente la práctica de las ideas o la in	182
Así canta mi poeta órfico ¹⁴	182
Lo son del hombre que piensa. Pueden resumirse en la confianza en sí mismo'.	182
Todas las virtudes están comprendidas en la confianza en sí mismo. El escolar ha de ser libre, libre	182
Otra señal de los tiempos, marcada por un movimiento político análogo, es la nueva importancia dada	182